Caz Frear

Cinco malas acciones

AdN

Caz Frear

Cinco malas acciones

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN

Para Edie y Albert, con cariño e ilusión por todos los relatos que narraréis y los mundos que crearéis.

Tres meses después

La Meadowhouse ha salido a la venta esta semana. Ya lleva doce visitas, según me han dicho. Aunque a estas alturas es probable que lleve más, porque no llamo a casa desde el martes. Es que no me queda crédito para el teléfono. Ni desodorante. Menos mal que mañana es día de cafetería. Si administro sensatamente mis gastos saltándome todas las cosas esenciales de mi antigua vida, que aquí consideramos un lujo, podré comprar unos pocos minutos más de cotorreo insoportable con las personas que todavía me hablan. Principalmente mis gemelos, Max y Kian, que tienen cuatro años.

Cuatro años.

Tenían tres cuando les di el último abrazo; durante dos semanas eché de menos su cumpleaños. Cuando llegó el día temido, les canturreé *Cumpleaños feliz* por teléfono aspirando el rancio olor a pelo grasiento que desprendía el auricular y haciendo caso omiso del Código Rojo que acababa de encenderse justo detrás.

Código Rojo: una pelea con sangre. También conocida como nuestro entretenimiento matinal.

Tomamos la decisión desde el principio, y me refiero a Adam y casi con toda certeza a sus padres, de no someter a los niños a las visitas a la cárcel. Llegamos a la conclusión de que era demasiado traumático. Demasiado extraño. Demasiado contrario a los planes que habíamos hecho para su corta vida, tan organizada. Yo acepté, o accedí, a prometer que volveríamos a hablar de ello cuando estuviera «debidamente instalada». Adam prefiere hablar como si fuera mi primera estancia en Roedean, pero yo ya llevo varios meses «instalada» y él sigue negándose a darlo por bueno. Las mujeres que hay aquí dicen que me está castigando «porque eso es lo que hacen los hombres, Ellen». Pero yo intento creer que Adam no es uno de esos hombres, que jamás podría ser tan cruel.

Y sé que soy una de la afortunadas. Aquí hay muchas mujeres que no tienen a nadie que mantenga vivo el fuego del hogar. Carecen de familiares o amigos que cuiden de sus hijos, paguen el alquiler, guarden sus posesiones y, en el caso de mi compañera de celda, den de comer a su periquito. Al perder la libertad, lo pierden todo.

Aunque no todas merecen compasión.

Tres celdas más allá hay una mujer —la llaman Joy, seguramente sea Joyce; me da demasiado miedo preguntar para que me lo aclare— que le dice a todo el mundo que quiera escucharla que perdió a sus

hijos por un secador de pelo Dyson. No es la historia completa, por supuesto; en este agujero nunca se cuenta la historia completa. Siempre se le olvida mencionar los veinte «secadores de pelo» anteriores y las cuatro sentencias de cárcel que le han impuesto o el hecho de que amenazó con apuñalar en el cuello al guardia de seguridad cuando quiso registrarle el bolso.

Así y todo, es un buena historia melodramática, y en la prisión de Holbeach los melodramas son muy útiles.

Claro que yo no tengo ninguna historia que contar.

Nuestra historia es puro resentimiento.

Pero supongo que debe de resultar duro. Quince meses por un secador de pelo. O sea, los ladrones no gustan a nadie. Pero por lo menos nadie acabó muerto.

1
Ellen

Antes

—Por lo visto, uno tiene un catorce por ciento más de probabilidades de morir en su cumpleaños que ningún otro día del año. ¿A que es para alucinar?

Y con esa afirmación tan estimulante, mi hermana Kristy sopla las velas de la tarta. Hoy cumple treinta y nueve años, aunque, si se cuentan las velas, solo hay treinta y cinco.

Orla, mi hija mayor, no está impresionada, como es costumbre en ella.

—En serio, hay que acabar de una vez con este ritual de las velas. No sé, es antihigiénico. Podrías llenar toda la tarta de saliva. —Coge una cuña de patata de mi plato, la gorda y crujiente que yo estaba reservando, y le echa el aliento—. ¿Qué, te la comerías ahora? No, ya te digo yo que no.

Bienvenidos a mi vida, que, según dicen, es muy feliz. Y más tarde publicaré una foto en Facebook para respaldar aún más ese hecho. Será una foto llena de sonrisas y papel de regalo arrugado. Entrechocar de copas y filtros suavizantes. Sin mención alguna de muertes, gérmenes ni la mesa situada al fondo y barrida por corrientes de aire que nos han adjudicado en The Cricketers ni tampoco el hecho de que ni la chica que cumple años ni el mínimo número de invitados deseaban venir.

—Oye, ¿os acordáis de aquello que decía papá? —pregunta Kristy, ya un poquito más participativa después de dos Red Bull con vodka—. Decía que uno es un gran hombre el día que nace, el día en que lo entierran y el día de su cumpleaños. Todos los días que hay en medio es un pobre idiota como los demás.

Ah, sí. La sabiduría de Patrick J. Hennessey. Un borracho épico y un filósofo del montón. Nunca me decidí a cuestionar a nuestro fallecido y no tan querido padre sobre esta y otras muchas teorías suyas empapadas en cerveza, pero imagino que lo mismo valdría para las mujeres. No es que mi padre tuviera mucho tiempo para ellas, a no ser que estuvieran cuidando de los niños o repartiendo dinero para cerveza.

Creo que hoy se habría sentido orgulloso de mí. Recogiendo el ticket del almuerzo, cargando con tres niños revoltosos porque Orla

está de vacaciones escolares y no hay nadie que pueda cuidar de Max y Kian. Nadie de quien yo me fíe, claro. Todos los que están medianamente en forma para enfrentarse a ese peligroso desafío —mis amigos Nush y Gwen, los padres de Adam y Kristy (apurando mucho) — se encuentran aquí o, en el caso de mis suegros, de crucero por las islas Galápagos a bordo de un buque de cinco estrellas llamado *Sinfonía del Mar*.

Ojalá estuviera yo de crucero. De hecho, me conformaría con un viaje en autocar. Solo para tener un poco de tiempo para mí misma, para leer, pensar y descansar.

Llevo toda la mañana con ese pensamiento en la cabeza, agudo como un calambre menstrual.

A decir verdad, la resaca que tengo no me ayuda. Y Orla tampoco.

—Sabes, mamá, esa tarta es una atrocidad incluso para Muriel —dice, mirando la tarta vagamente rectangular como si fuese un trozo de carne podrida.

Gwen, que normalmente tiene buen corazón, se muestra de acuerdo con ella.

—Ya… A ver, Els, no soy Mary Berry, pero una tarta de color gris… parece la lápida de una tumba.

—Sí, una lápida que dice «Kirstie» —comenta Kristy.

—La pedí de color plateado —protesto pasando rápidamente por encima de la falta de ortografía.

Nush suelta un resoplido.

—Aun así, seguro que no dijiste nada aunque le estabas pagando.

—Aunque no la soportas —añade Kristy.

—No dijo nada, le dijo: «La tarta es preciosa, Muriel, tienes mucho talento». —Orla me imita poniendo una voz tan empalagosa como el cava cura resacas que Nush acaba de hacerme beber—. En serio, mamá, eres una tremenda hipócrita.

¿Hipócrita o simplemente educada? No estoy segura de que haya diferencia. Y de todas maneras, en primer lugar, los pequeños se la zamparán alegremente, porque la tarta es una de las pocas cosas que Max come sin transformarse en el Anticristo mientras que Bella, la hija de Gwen, y Kian se lo comen todo. En cierta ocasión, los pillé chupeteando una babosa. Pero en segundo lugar, y más importante, todo el mundo sabe que es muy útil halagar a las vecinas cuando uno está a punto de embarcarse en una reforma, y en última instancia me alegra mentir acerca de la tarta si así consigo ahorrarme una queja ruidosa.

Deposito mi cava sin tocarlo y me quedo mirando fijamente a Orla, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Y qué debería haber dicho, sabihonda? ¿«Por Dios, Muriel, preferiría graparme la lengua a un tren en movimiento antes que darle

un mordisco a ese desastre de tarta»? Se llama tener modales. Tú antes los tenías, ¿no te acuerdas?

Orla me lanza una mirada de asesino en serie, inundada de pies a cabeza por un profundo desdén adolescente. Pero yo también sé lanzar miradas asesinas, de modo que, pasados unos segundos, se cansa del duelo entre pistoleros y se va en dirección al cuarto de baño remarcando su salida de la escena con el golpeteo de sus tacones de aguja contra el traicionero suelo de adoquines.

La madre que llevo dentro quiere gritarle: «¡Cuidado, no vayas a torcerte un tobillo!», pero en los últimos tiempos hacer de madre de Orla es ser un puro kamikaze y, en cualquier caso, mi hija no es de las que se caen. Orla posee firmeza, arrogancia. Un contrato blindado con el mundo que afirma que tiene dieciséis años, es invencible y no tiene tiempo para torcerse el tobillo.

Además, ya es más alta que yo. Orla ha heredado el cabello pelirrojo de la familia de Adam y la estatura y talla de sujetador de la mía. Todo el mundo hace el chiste de que nos esperan unos cuantos años moviditos.

Estos últimos meses no han sido precisamente maravillosos.

Unos instantes más tarde, mientras Nush está respondiendo correos electrónicos y Kristy persigue a los niños y a Bella alrededor de la mesa, Gwen se da un toquecito en sus labios pintados de rosa fucsia, la señal para decir: «¿Te apetece echar un pitillo a escondidas?».

—Por Dios, aquí no —contesto yo como si me hubiera sugerido que nos desnudáramos—. Están ahí las amigas de Sylvia. Se volvería en mi contra, estoy segura.

—Y la suegra no lo aprobaría —confirma Nush, todavía tocándose los labios y con ello exigiendo a una pobre idiota que haga algo mejor o más deprisa, sin duda.

—¿Que no lo aprobaría? Anularía nuestro matrimonio. —Nush suelta una carcajada, divertida como siempre por mi nerviosismo basado en Sylvia. Pero claro, es que la perfecta Nush, refinada y competente en todas las cosas, no está casada con Adam, por mucho que eso decepcione a Sylvia, que apenas sabe disimularlo—. Tendría el poder, créeme. En esa familia hay sacerdotes. Bueno, hay un diácono, sea lo que sea eso.

—Els, por el amor de Dios, no seas blandengue —musita Kristy.

Gwen se pone de pie de un salto, calzada con sus bailarinas.

—Venga, vamos. Nos esconderemos detrás de los cubos de la basura. Será como volver a tener catorce años.

Le río la gracia, pero niego con la cabeza. Gwen chasquea la lengua y murmura «aguafiestas»; acto seguido, sale por la puerta para irse a fumar a solas, como la amiga simplona que es.

—¿No tiene frío? —dice Nush, una clara pulla al vestidito corto y con estampado de piñas que lleva Gwen—. Estamos a finales de octubre, por el amor de Dios. Es temporada de ponerse leotardos.

—Yo, si tuviera las piernas que tiene ella, tampoco notaría el frío. —Dejo escapar un suspiro—. Por desgracia, he heredado las patorras de mi madre. Cuando era más joven no estaban mal, ya sabes, fuertes, atléticas, pero ahora parecen las de la mujer de un agricultor. Son buenas para sacar a una oveja de una zanja, pero no para ir paseándome por ahí con vestiditos cortos. —Me subo una pernera de los vaqueros y enseño una robusta pantorrilla para demostrarlo.

—¿Y qué tal para pasearte por el instituto Pelham High? —Nush deja su teléfono con una sonrisa. Yo enderezo la espalda en mi asiento, prácticamente jadeando de emoción—. Espera, no te hagas las cuentas de la lechera, cielo, que todavía no es seguro oficialmente. Pero ciertas «fuentes», bueno, Joanna Plimpton me ha dicho que tú eres la primera en la lista de candidatos.

Kristy se queda quieta.

—¿Para ese puesto de trabajo?

—Sí. —Expulso un poco de aire de los pulmones—. Pero el nuevo director de Pelham High es inglés. —Nush me lanza una mirada de advertencia—.Vale, vale, todavía no es seguro, ya te he oído—. No puedo evitar sonreír—. Pero si Joanna Plimpton ha dicho eso, es que he debido de clavarlo en la entrevista. Lo cual no es malo, dado que veinte minutos antes estaba limpiando el vómito de Kian de la moqueta de la escalera.

Nush empuja el cava hacia mí.

—Bueno, opino que eso merece una copa, claramente, ¿tú no?

—Lo cierto es que no debería beber. Anoche tomé bastante vino y tengo el coche fuera.

—Venga, relájate, una copa no te va a hacer daño. Es prácticamente agua con gas. —Me pasa la copa y la choca con la suya—. Por la «potencial» buena noticia.

—Por la salvación, querrás decir. —Doy un sorbo largo, después otro—. En serio, desde que falleció el marido de Muriel soy una presa fácil. No tiene nadie a quien quejarse durante el día, excepto a mí.

—Bueno, Muriel no es mala del todo —dice Nush acariciándose el pelo con gesto ausente, como quien acaricia a un gato con pedigrí—. Es gruñona, eso nadie lo discute, pero hace muchas obras de caridad. Teje mantas para los sintecho. En el fondo, es buena persona.

«¿Y para qué sirve eso?», me entran ganas de decir. ¿Vas a exhibir tu bondad en mitad del escaparate? ¿De qué sirve ser bueno si todos los demás ven que eres malo?

Y, obviamente, Muriel no es mala del todo. Pocas personas lo son. Y pocas personas son buenas del todo. Puestos a analizarlo, todos somos

una maraña de roles distintos y no podemos ser buenos en todos. Por lo general, una es una amiga estupenda, pero una hermana impaciente. Una colega de sobresaliente, pero una madre de suspenso. Sin ir más lejos, hace solo una hora tuvimos que escuchar a Nush insistiendo una vez más en que, aunque su ex, Tom, era indudablemente un marido rastrero e infiel, era un padre maravilloso para Jasmine en muchos sentidos (como si el hecho de haberle construido un caballito balancín en 2007 lo hubiera convertido en el Señor de Todos los Papás).

—¿Sigues sin saber nada de Adam? —pregunta Kristy tomando asiento con ese gesto de dolor que ya lleva más de diez años siendo algo muy parecido a un reflejo. Sentiría lástima de ella si su pregunta no hubiera sido un intento tan obvio de revolver la mierda. Dejo que mi expresión lo diga todo y luego exclamo un «¡No!» en tono amenazante hacia Max, que en este momento está atizando golpes de kárate a la mesa por motivos que solo puede comprender el cerebro de un niño de tres años.

—Seamos justos —dice Nush—. Acaba de aterrizar hoy a las doce. Seguramente se habrá ido a casa a acostarse unas horas. No lo metieron en clase *business,* ¿verdad? Eso fue el colmo, teniendo en cuenta que estaba en Nueva York por temas de trabajo.

Mi compasión es finita. Desde que llegaron los gemelos, no he ido a Nueva York ni a ningún otro Nuevo Nada.

—Ya, bueno, cuando Adam quiera cambiarme el sitio, no tiene más que decirlo. Con mucho gusto me pasaré cuatro noches seguidas viendo porno y llamando al servicio de habitaciones. Él, que se quede aquí a sacar cacas de niño de la bañera.

—Hala, ya estamos otra vez, otra guerra de los Walsh —gime Kristy, aun cuando suele ser ella la que las provoca—. Primer asalto: ¿quién lo tiene peor, Ellen o Adam? Segundo asalto: segundo verso, igual que el primero. Así una y otra vez hasta que se muera uno de los dos.

—Siempre puedes irte a vivir a una casa propia —le dice Nush a Kristy, con lo cual me prepara para pasar otra noche convenciendo a mi hermana de que, por supuesto, es bien recibida si quiere vivir con nosotros; por supuesto, no estamos hartos de ella; por supuesto, yo no me quejo de que nunca cierre la puerta con llave ni compre más vino cuando se acaba—. Porque, sinceramente, vivir en un cobertizo a los treinta y nueve años…

—Es una cabaña de jardín —suelto yo, y no es la primera vez—. Tiene un porche, por el amor de Dios. Y la ducha es mejor que la mía.

Esto Nush lo sabe. Estuvo presente cuando la instalaron. De hecho, se mostró totalmente a favor, cuando era una potencial oficina con gimnasio y no un centro de reinserción para hermanas errantes.

—A lo mejor yo debería irme a vivir contigo —le contesta Kristy a Nush con un brillo malicioso en los ojos—. A ver, sin marido y sin niños, últimamente te sobra mucho espacio.

Kristy siempre ha tenido una lengua que parece un machete oxidado.

Han pasado cinco meses desde que mi hermana pequeña se presentó en la puerta de casa, tras regresar de Ibiza, cargada con una maleta que deprimía de lo poco que pesaba y luciendo los restos de un moratón en el ojo. Le pregunté por lo del ojo, naturalmente; ella prefirió mentir al respecto y me contó una milonga de un cepillo de dientes que se le cayó y la rígida composición de un lavabo de porcelana. Más tarde, le dijo a Kian que se había hecho el moratón luchando con un oso por un tarro de miel. A Adam le guiñó un ojo y le habló de los «peligros del sexo duro».

Llevábamos cuatro años compartiendo habitación. Cuatro años de FaceTime, de comunicarnos desde la clavícula para arriba. No es que estuviéramos lo que se dice distanciadas. Kristy y yo siempre habíamos tenido una relación intermitente, nos habíamos enamorado y desenamorado como hermanas, con toda naturalidad, en varios momentos de nuestra historia. Y, desde luego, desde que llegaron los gemelos, la mezcla de estilo de vida, geografía y prioridades completamente distintas dio como resultado que juntarnos fuese algo que siempre estábamos planeando hacer en vez de hacerlo de verdad. Pero hablábamos con regularidad, la distancia aportaba a nuestras llamadas una sensación casi confesional y nos permitía compartir secretos con la seguridad de que nuestras vidas jamás se entrecruzarían. Kristy supo que yo estaba embarazada de los gemelos tres días antes de que se enterase Adam. Yo fui la única persona a la que le habló de abortar a finales del año pasado. Una decisión tomada, por lo visto, «porque haces que la maternidad parezca peor que hacerse el harakiri».

¿Lo hago? A veces.

¿Lo es? No.

Kristy se toma las cosas en sentido demasiado literal. No comprende que estar embobado con tus hijos y luego llorar por el profundo tedio que supone cuidar de ellos forma parte del manual de instrucciones normal. La Carta Magna de la maternidad. Quiero decir, ¿importa algo que yo haya dicho que prefería tener cistitis durante un año antes que asistir a la obra de teatro de Navidad de los gemelos durante media hora? Estuve en ella, ¿no? Aplaudiendo, sonriendo y vitoreando a mis dos pastorcillos ataviados con los disfraces que les había terminado de coser a las tres de la madrugada. Demonios, hasta logré fingir interés durante los quince minutos de entumecimiento mental en los que mis niños no estuvieron en el escenario.

Vale, es posible que afirme a menudo que me encantaría recuperar mi antigua vida, pero está muy claro que lo digo en broma. Me bastaría con volver a mi antigua vida solo un momento. Solo diez benditos minutos en los que nadie me necesitara para encontrar algo o cocinar algo o explicar por millonésima vez que, aunque a Kristy le quede genial, a ellos de ninguna forma voy a permitirles que se hagan un *piercing* en el tabique de la nariz.

La cosa era diferente cuando solo estaba Orla, cuando teníamos rutinas que figuraban en el derecho de familia: los martes biblioteca, los viernes Disney, los domingos tortitas. Los gemelos trajeron la anarquía a nuestro hogar. Durante los dos primeros años, vivimos bajo un corrimiento de tierras esperando a que el próximo golpe en la cabeza o una galleta caída al suelo desatara un apocalipsis doméstico. De repente ya dejó de haber silencio, estructura. Solo había una interminable banda sonora de golpes, porrazos y chillidos. Como si compartieras tu casa con dos robots que no funcionaran bien.

La cosa fue mejorando, por supuesto. Yo le fui cogiendo el tranquillo a la situación y a ellos. Pero, detalle que no sorprendió a nadie, por el camino, Adam y yo nos perdimos y aún no hemos encontrado la manera de volver. Seguimos buscando a tientas dónde está nuestro matrimonio, igual que unos invitados en una cocina que no les resulta familiar; saben de forma instintiva y arraigada cómo funcionan las cosas normales como el hervidor de agua, la tostadora, el abrelatas o los grifos, pero no tienen ni idea de cómo encender la máquina de fabricación belga que sirve para hacer tortitas.

Pero jamás imaginé que íbamos a perdernos tanto Orla y yo. Todo el mundo dice que es normal, que forma parte de la evolución de los adolescentes. «Echa la culpa a las hormonas», me dicen. «Echa la culpa a TikTok, a las Kardashian, a lo que quieras, Ellen, porque seguro que la culpa no es tuya.»

Solo Orla y yo sabemos que eso no es verdad del todo.

Estoy agachada en cuclillas disciplinando a Max, o más bien amenazándolo con un futuro sin iPad si no deja de dar patadas a las cosas, cuando me llama Nush.

—Ellen, rápido, tienes que ver esto.

Me incorporo preparada para mostrar sorpresa hacia lo que sea que le haya llamado la atención, esperando algo así como una vecina que se ha teñido fatal el pelo o algún gilipollas intentando probar suerte con Gwen. Sin embargo, la expresión de Nush da a entender otra cosa. Sigo la dirección de su mirada y veo algo que es mucho más urgente.

Orla en el bar.

Más bien, Orla apoyada en la barra. Con las piernas estiradas, la espalda arqueada y el cuello estirado hacia delante. Tiene la cabeza,

pelirroja, inclinada hacia abajo y sonríe a algo que el camarero tiene en la mano.

—Cuesta calcularle la edad con todo el asunto del moño y la barba, pero debe de tener ¿cuántos, treinta? —dice Nush haciendo equilibrio de puntillas, con los talones fuera de sus elegantes zapatos de salón color beis—. Están haciendo algo con los teléfonos. Intercambiando números, tal vez.

Salto disparada hacia delante, viéndolo todo rojo. Kristy saca un brazo y me bloquea el paso.

—Oye, a lo mejor debería encargarse de esto la Tía Estupenda. Si vas tú, solo conseguirás que Orla se sienta violenta.

—De eso se trata.

Ayer, mientras comía la empanada vegana que yo había pasado casi dos horas preparando para ella, Orla anunció que mi dirección de correo electrónico le hacía sentirse violenta. Al parecer, ya es bastante malo que yo use el correo electrónico, pero que sea el de Hotmail «da escalofríos».

Aparto el brazo de Kristy y voy directa hacia la barra hecha una furia. Kristy me sigue pero se queda detrás, todavía sopesando qué caballo montar: si el de Tía Estupenda o el de Hermana Cómplice. El camarero es el que me ve primero, lo cual hace que Orla se vuelva y su sonrisa se esfume al instante. Presintiendo el peligro, se aparta rápidamente y se pega a la primera persona que cree que puede ofrecerle protección, que en este caso es Bella, ya que es menos probable que yo le eche la bronca si lleva en brazos a una niña pequeña.

Pero yo no tengo interés en echarle la bronca a ella.

—¡Tiene dieciséis años! —exclamo, atrayendo la atención de Greg, que lleva mucho tiempo siendo el gerente del Cricketers. Noto que mi furia es elástica, como si pudiera estirarme y duplicarme la estatura.

El camarero no dice nada; sus ojos verdes chispean, sus bíceps se flexionan mientras tira una cerveza clara y espumosa con la lenta precisión de un profesional. En el espejo de la barra veo que Orla está hablando a toda prisa con Gwen al tiempo que le hace gestos de estar llorando a Bella, pero noto que está furiosa. La conozco. Es mi niña. Soy capaz de percibir el estado de ánimo de mi hija solo por el modo en que se lava los dientes.

—¿Me has oído? He dicho que tiene dieciséis años. —Se me ponen los nudillos blancos al agarrar la madera de roble, oscura y granulada. Tengo que asirme a algo para no clavarle las uñas como una gata rabiosa.

—Sí, la he oído. Pues, entonces, es lo bastante mayor. —Por un segundo parece estar sinceramente perplejo por la mirada letal que le lanzo yo, pero luego cae en la cuenta de golpe—. Ay, Dios, no. ¡No!

Me refería a hacer de modelo. Es lo bastante mayor para trabajar de modelo, no para… Ya sabe… ¡Dios!

¿Trabajar de modelo? Seamos serios.

—¿Va todo bien, Ellen? —me pregunta Greg acercándose ligeramente.

Señalo al camarero.

—Este ha intercambiado números de teléfono con mi hija y quiero que borre el de ella, nada más. Con eso me conformo. —Me encojo de hombros—. Después, lo que decidas hacer con eso de que tus empleados intenten ligar con colegialas es cosa tuya.

Greg no consigue pronunciar palabra.

—¿Ligar con ella? No, ni hablar. Usted se está confundiendo totalmente. —El camarero mira a su jefe con una expresión de pánico en la cara—. Se confunde totalmente, Greg. Le estaba enseñando a la chica el Instagram de una prima mía que es modelo. —Vuelve a mirarme a mí—. Y, como puedes ver, parece un poco mayor que su hija, y siempre está diciendo que las pelirrojas están de moda, así que le he dicho a su hija que debería seguirla en Instagram, eso es todo. Para que vea de qué va el tema. Podría ser modelo, tiene la estatura necesaria.

—También tiene las pruebas de los exámenes finales el mes que viene.

Kristy me pone una mano en el hombro para decirme que ya deberíamos irnos y, dado que al fondo están los gemelos peleándose, me veo obligada a dejar para otro momento todas las amenazas, todos los insultos que me encantaría lanzarle a este insecto por haberse servido de una treta tan trillada y tan burda con mi inteligente y brillante hija.

—Y, de todas formas… —señalo a Kristy, no me resisto a lanzar una última pulla—, su tía aquí presente ha sido modelo de lujo, de modo que en ese sentido ya estamos servidas, gracias.

El camarero recorre con la mirada a Kristy. La cicatriz apenas visible que le cruza el puente de la nariz, levemente torcida. La forma en que arquea ligeramente el cuerpo, como una maldita patata frita de bolsa. Me vuelvo a toda prisa deseando no haber dicho nada y rezando para que Kristy no se haya percatado de la expresión divertida que ha puesto el camarero.

—Vamos —le digo para que venga conmigo, y después exclamo en dirección a Orla—: Y tú, haz el favor de recoger a tus hermanos. Nos vamos dentro de cinco minutos.

Orla se vuelve con un gesto en la cara más agrio que el vinagre.

—Esto… No soy tu canguro. Hasta que me pagues nueve libras la hora, ¿verdad, Gwen?

La pobre Gwen, atrapada en medio, me dirige una mirada solidaria.

—Els, si tienes prisa, yo puedo llevarme a los niños. No hay problema.

—Gracias, cielo, pero no pasa nada. —Mi determinación se refuerza —. Orla, te he dicho que recojas a tus hermanos.

Ella echa a andar despacio hacia mí. Noto el olor a limonada que despide su aliento cuando se me acerca para susurrarme al oído:

—Y yo te he dicho que no pienso hacerlo. Recoge tú misma a tus preciosos niñitos.

«Has dicho que nos iríamos dentro de cinco minutos, así que me iré dentro de cinco minutos.»

Como un chófer que espera a un cliente de alto nivel, me siento a esperar a Orla. Pasan cinco minutos, después otros cinco. Procuro no perder los nervios hablando lo menos posible, tan solo digo algún que otro «¡Chicos, por favor!» cuando los gemelos desparraman varios paquetes de patatas fritas sobre el vertedero que llamamos asiento de atrás.

Kristy, sin embargo, no guarda silencio.

—Bueno, ¿a qué vino lo de anoche? —me pregunta al tiempo que rebusca en mi bolso para sacar otro paquete de patatas fritas para ella —. No es propio de ti beber alcohol entre semana. Y mejor no hablar de ese selfi que te hiciste poniendo morritos…

—Ay, Dios, ¿lo viste? —Apoyo la frente en el volante con la nariz pegada al emblema de Audi—. Pensaba que la cosa no había ido más allá, lo borré de Facebook, no sé, a los cinco minutos.

—Pues sí que lo vi —dice Kristy riendo con la boca llena de patatas fritas—. No te habrás hecho ningún favor al poner violenta a Orla.

—Yo no me preocuparía. Tiene dieciséis años. No iba a aparecer muerta en Facebook. —Giro la cabeza para mirar a mi hermana—. Y para responder a tu pregunta, te diré que estaba aburrida. Adam otra vez de viaje, todo el mundo ocupado, nadie con quien jugar. Llamé a la puerta de la cabaña, pero estabas… —me vuelvo hacia los gemelos y bajo el tono de voz— ausente, tirándote a Shane. ¿Supongo bien?

—Se llama Shay, sin el «ane». Y supones bien.

—¿Vamos a conocer algún día a ese hombre tan internacional y tan misterioso?

—En fin, gracias por la fiesta de cumpleaños —me responde Kristy esquivando alegremente la pregunta, una habilidad particular que posee ella, por no decir que es su superpoder—. Quiero decir, lady Nush y Gwen son amigas tuyas, no mías, y me gustaría mucho que dejaras de intentar convertirnos en un cuarteto de lo más guay. Pero ha sido todo un detalle. Y esas botas de motera son… —Imita el beso de un cocinero.

—Pensaba que Gwen te caía bien.

—Corrijo: Gwen no me cae mal. No tiene nada que pueda disgustarme. Posee la misma personalidad que un batido de leche. —Decir eso es injusto y falso. El problema de Gwen es que es guapísima, apenas tiene treinta años y tiende a ver lo mejor de las personas. Al tercer delito, cadena perpetua en lo que a mi hermana se refiere—. De modo que adiós a eso de beber entre semana, entonces, una vez que empieces en ese trabajo nuevo, quiero decir. De ninguna manera podrías lidiar con las resacas. En serio, tienes una pinta fatal.

—Por Dios, no digas eso. Ya es bastante malo que una de las amigas de Sylvia me pillara aplicándome champú en seco en los lavabos. El pueblo entero se habrá enterado antes de la hora de cenar, ya verás.

Kristy pone los ojos en blanco.

—Els, tienes que relajarte. Calculo que a estas alturas ya has superado tu período de libertad condicional.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que ya no estás ahí fuera buscando. Puedes dejar de esforzarte. Ya eres una de ellas.

Una de ellas. Una Nush. Una Sylvia. Un ejemplo de perfección absoluta. Sin rastro de la jovencita de piso de protección oficial que compartió un dormitorio de literas con Kristy casi durante quince años.

—Qué va, no lo soy. Aún no. Si… Cuando me den este puesto de trabajo en Pelham, a lo mejor. Entonces tendré «posición», afortunada de mí. —Se me ocurre una idea horrible—. Dios, ¿tú crees que Sylvia podría pedirme que me incorporase a uno de sus comités?

—No vas a tener tiempo. Para serte sincera, no entiendo por qué quieres volver a trabajar a jornada completa. Creía que en estos tiempos lo bueno era disponer de flexibilidad.

—Bueno, existe una cosa que se llama ambición, Kris. —No era mi intención que sonara tan duro, pero por lo visto Kristy no se siente molesta—. Y también existe otra cosa que se llama dinero. Puede que sea la raíz de todos los males, pero resulta muy práctico cuando una tiene una reforma enorme que pagar.

—Cuando la tiene que pagar la familia de Adam, querrás decir.

—Es un préstamo —replico.

—Es una cadena. —Suelta un enorme bostezo. El tal Shane sin «ane» debe de tenerla despierta hasta bien pasada la hora de dormir—. Solo imagínate una vida entera estándole agradecida a Sylvia…

Admirando su plantel de zanahorias. Fingiendo que me cae bien ese puñetero gato. Santo Dios, ¿merece la pena?

Expulso ese pensamiento de mi cabeza.

—De todas maneras, no es solo por el dinero, sino por el reto que supone. Las clases particulares están bien, pero lo único que hago es animar a niños ricos e inteligentes a pasar unos exámenes que van a

aprobar sin ninguna dificultad. ¿Me darías un puñetazo en la cara si dijera que quiero cambiar un poco las cosas?

—Repetidamente. —Da unos golpecitos con los nudillos en la ventanilla del coche—. Además, lo único que vas a cambiar será que proporcionarás a unos cuantos chicos adolescentes una persona nueva en la que pensar cuando se hagan una paja.

—Pues que tengan buena suerte. A las que no soporto son las chicas. —Miro con gesto ceñudo el reloj del salpicadero—. He dicho cinco minutos. Está claro que Orla no siente el menor respeto hacia mí.

Kristy suelta un resoplido.

—No recuerdo que nosotras mostráramos mucho respeto hacia mamá cuando teníamos la edad de Orla.

Yo lanzo un resoplido más fuerte en respuesta a esa comparación.

—Cuando yo cumplí los dieciséis, mamá estaba siendo juzgada por comerciar con mercancías robadas. De todas formas, es algo más que eso, Kris. Es… Ella… —Hago un gesto negativo con la cabeza—. Bah, dejémoslo.

Me callo porque tengo que callarme. Porque, si empiezo, es posible que no termine nunca.

Además, ¿conozco de verdad a mi hermana?

Sé que lleva puesto un sujetador carísimo que es mío. Reconozco los puntitos de color verde lima que se distinguen a través de su fino jersey blanco. Ella sabe que he estado buscándolo por todas partes, abriendo cajones, revolviendo en los cestos de la ropa sucia, echando la culpa a Orla.

Cuatro años separadas es mucho tiempo.

—Ya, claro que es más que eso —dice, e incluso dicho por ella suena a resentimiento—. Contigo es siempre algo más, no puede ser solo un problema normal, tiene que ser especial, distinto.

Espero a verla sonreír, pero no sonríe. Permanece totalmente seria.

—Vaya, ¿qué mosca te ha picado de pronto?

Pero ahora ya no me mira a mí. Percibo una presencia que se mueve hacia la ventanilla del lado del conductor.

—Ya era hora —digo, aliviada por la interrupción.

Acciono el contacto y a continuación me vuelvo hacia Orla para sopesar rápidamente si cantarle las cuarenta, fustigarla con mi silencio o desconcertarla del todo mostrándome tranquila y agradable como si no hubiera pasado nada.

Pero quien me encuentro ahí no es Orla, sino un agente de policía.

Bajo la ventanilla y le ofrezco una ancha sonrisa de desconcierto.

—Hola, Jason. ¿Todo bien? ¿Estás buscando a…

No me deja terminar. Y tampoco me devuelve la sonrisa.

—Ellen, por favor, ¿puedes bajar del coche?

2
Ellen

Suelto una carcajada. Una carcajada de verdad. No ha sido la idea más acertada y, francamente, nunca me he imaginado a mí misma comportándome así con un policía. Cuando tenía quince años, en cierta ocasión pregunté a un guardia de seguridad si es que yo le gustaba o algo así después de que me mirase con gesto suspicaz mientras yo probaba perfumes en Debenhams, pero lo de ahora es lo más cerca que he estado de faltar al respeto a un tipo que lleve uniforme.

Perpleja, me apeo del coche.

A diferencia de su hermana Gwen, Jason Bale tiene un rostro excepcionalmente anodino, de esos que resultan olvidables pero familiares. Cabello de un color castaño mate a juego con los ojos. Una nariz recta e inofensiva y unos labios sin forma definida. Una podría planificar una comida, unas vacaciones o una operativa militar a gran escala sin dejar de mirarlo y no habría nada que la distrajera. Ningún punto de interés que resultase atractivo.

—¿Nombre, por favor? —me dice al tiempo que se frota la zona de la cara que se supone que se denominaría línea de la mandíbula.

Me lo quedo mirando con expresión de desconcierto, esperando que el mundo vuelva a su ser.

—Nombre —repite.

—Ellen Anne Walsh.

Al instante me arrepiento de haber dicho «Anne» y me doy cien patadas por parecer una delincuente experimentada.

—¿Y puedes confirmar tu dirección completa?

Puedo, y también puedo confirmar la tuya, Jason Bale del número doce de Wavertree Crescent; puedo confirmar que la puerta de tu casa está pintada de un color azul *denim* oscuro. Que hay que cambiar la luz del porche. Que las ventanas son nuevecitas. También puedo confirmar que tienes treinta y seis años, que eres Sagitario y que, aunque jamás lo diría en público, siempre me has parecido bastante maleducado.

Y que sostienes un pequeño dispositivo de color negro en la mano derecha.

Mierda.

—Pues… mi dirección es la Meadowhouse —balbuceo—. Número

cuatro, Caldicott Lane, Thames Lawley.

No añado que eso ya lo sabe. Que mi casa se ve enfrente, justo al otro lado del parque del pueblo. Que su hermana se pasa allí la mitad del tiempo y que él ha sido invitado muchas veces (invitaciones que siempre ignora sin molestarse en ofrecer una excusa de cortesía).

—¿Has bebido hoy? —me pregunta.

—No… Ah, en realidad, espera un momento, he tomado un sorbito de cava. No, dos sorbitos —añado, decidida a jugar limpio—. Como un tercio de una copa.

—¿Y anoche?

Esto es una pesadilla. Una pesadilla total. Y ni por asomo me ayuda el hecho de que los gemelos consideren a los policías aún más importantes que los dinosaurios y ahora estén imitando a voz en grito el ulular de la sirena policial en un tono agudo insoportable. Kristy intenta hacerlos callar, lo cual debería saber que solo sirve para incitarlos más, y para colmo está empezando a llover por primera vez hoy. Unos goterones dispersos pero enormes que van acumulándose en los socavones del suelo.

Tristemente, la lluvia no impide que comiencen a salir mirones del Cricketers. Serán unos doce o quince, apiñados y conteniendo el regocijo.

Sí, regocijo.

No soy tan sensible como para pensar que es algo personal. A la gente le gustan los escándalos, fin. A la gente de aquí le encantan. Viven para ellos. Tienen una necesidad, propia de los vampiros, de devorar algo más que algún que otro funeral y petición de que se reparen los socavones de la calle, para romper la monotonía.

—Oye, ¿esto es una especie de inspección sorpresa? —digo sabiendo que parezco desesperada.

—No hacemos inspecciones sorpresa —me replica él con el tono de un hombre aburrido de la vida hasta la médula de los huesos—. Tengo motivos para creer que es posible que hayas rebasado el límite legal y tienes intención de conducir.

—¿Qué motivos? —Suelto una risita frágil—. Mira, ya sé que la manera en que he aparcado no es para premio, pero es que tenía prisa. Kian ha…

—Hemos recibido una llamada —me corta al tiempo que levanta una mano para bloquear la pregunta obvia que voy a hacerle—. Un ciudadano preocupado. Eso es todo cuanto puedo decir.

—¿Disculpa?

Me cuesta reconocer mi propia voz. Parezco mojigata y cómicamente oficiosa. Lo siguiente será exigir ver al encargado o lanzar veladas amenazas sobre lo bien que juego al golf con su jefe.

Mi cerebro balbucea cuando intento computar lo que Jason acaba

de decirme y traducir sus palabras en datos nítidos.

¿Que alguien me ha denunciado?

—Y bien, ¿y anoche?

Me quedo mirándolo sin poder hablar, tan noqueada que no consigo rememorar el contexto de esa pregunta. Me froto los brazos como si pretendiera hacer fuego, pero el frío, o tal vez la impresión, lo tengo cosido a la piel.

Jason suspira y prueba por tercera vez.

—Anoche, Ellen. ¿Bebiste anoche?

—Pues sí. Tomé unos cuantos vinos.

—¿Cuántos?

—Bastantes. —Jason aguarda a que especifique—. Una botella, supongo.

—¿Y cuándo tomaste la última copa? —me pregunta—. Aparte de los sorbitos de hoy.

Dios sabe. Incluso estando sobria, no suelo mirar mucho el reloj. El llevar y traer a los niños de la guardería y las clases semanales que doy son las únicas horas que por lo visto están implantadas como es debido en mi cerebro. Aparte de eso, todo lo demás me resulta abstracto, es simplemente el espacio entre medias en el que se hacen todas las otras cosas.

—Pues… fue tarde, eso lo tengo claro. Como a la una de la madrugada. O ligeramente después. —Esbozo una sonrisa patética, esperanzada—. Pero había cenado mucho: empanada de pescado. Y antes de irme a la cama me bebí un vaso de agua.

Jason mira el reloj y hace cálculos.

—Verás, pueden ser necesarias hasta doce horas para que esas «bastantes» copas se eliminen del organismo, de modo que estás justo en el pico máximo. Supongo que no te importará hacer la prueba de alcoholemia.

Pulsa el dispositivo y la pantalla se ilumina, previendo ya cuál va a ser mi respuesta.

—Ah, no, claro que no. Será un honor. Mi primera prueba de alcoholemia. Yuju.

No me siento orgullosa de mi sarcasmo. El «yuju» era innecesario.

Pero es que esto me parece injusto. Se está cometiendo una injusticia conmigo.

—Puedes negarte —me dice Jason, alzando el dispositivo hacia mí y situando el tubo de goma a la altura de mi boca—. Pero se te acusará de no haber aportado una muestra.

De modo que bajo la cabeza, aspiro una bocanada y les doy a los mirones el espectáculo que estaban esperando.

Soplo.

3
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ESME: ¡Dios mío, Orla!

ORLA: Vaya, mira quién ha vuelto. Ya empezaba a pensar que no me hablabas.

ESME: Siempre te hablo, cielo.

ORLA: Bueno, excepto los cinco días que no.

ESME: He estado superocupada. Pero en serio, ¿estás bien?

ORLA: ¿Por qué no iba a estar bien?

ESME: Bueno, ya sabes… El cambio climático, la paz mundial. ¡LAS MADRES ALCOHÓLICAS!

ORLA: ¿Quién te lo ha contado? ¿Abi Devlin? Me pareció ver en el pub a esa abuela tan cotilla que tiene.

ESME: ¿Yyyyy?

ORLA: ¿Yyyyy quéééé?

ESME: ¡¡Suéltalo!! Es el problema que tiene tu madre con la bebida o una revisión de las placas tectónicas. ¡¡Necesito drama!!

ORLA: No hay ningún drama. Superó la prueba de la alcoholemia. Todo va divinamente, mi vieja amiga del pasado.

ESME: Joder, ya sé que superó la prueba. ¡Cuéntame más! Algo que no sepa Abi Devlin.

ORLA: ¿Por qué te preocupas? Yo no.

ESME: ¡Porque es tu madre! En plan, si fuera mi madre, me daría igual porque todo el mundo sabe que es un desastre en todo. ¡PERO ES TU MADRE! Es doña Perfecta, la presidenta de Limpio Como Una Patena, S. A.

ORLA: No tienes ni idea, te has pasado tres pueblos. Tenías que quedarte en Thames Lawley y te has ido a Nueva Zelanda.

ESME: Venga ya. Seguro que le come la polla a tu padre de vez en cuando, pero es bastante básica.

ORLA: Gracias por la imagen.

ESME: Quiero decir que tu padre es bastante mono.

ORLA: Creo que me caías mejor cuando me ignorabas.

ESME: Oye, cuando me gusta un viejo no puedo negarlo. Estoy harta de los tíos de nuestra edad.

ORLA: A mí me pasa igual. Muchos son unos babosos. El camarero del Cricketers me ha tirado los tejos…

ESME: ¡Qué! ¡Ese tío bueno que lleva ese moño tan cuqui! ¡Imposible!

ORLA: De imposible, nada. Me ha dicho que podía ser modelo.

ESME: ¡Qué tío más genial! ¡Está más bueno que comer pollo con los dedos! Paso de la barba, pero lo recomendaría al cien por cien. ¿Lo vio tu madre?

ORLA: Sí.

ESME: Ay, Dios. ¿Y cómo es que no te ha matado?

ORLA: ¿Por qué iba a matarme? No es culpa mía que él piense que estoy buena . Además, para ella ya estoy muerta desde que llegaron los gemelos, así que…

ESME: Sí, ahora eso es un poco demasiado .

ORLA: Es verdad. Los gemelos, la reforma y guardarse secretos. Eso es lo único que la preocupa.

ESME: ¿Qué secretos? Hacerse la misteriosa no la vuelve a una interesante, ¿sabes? La gente se molesta. O lo cuentas o te lo callas.

ORLA: Olvídalo. ¿Así que mañana por la noche vas a ir a la fiesta de Scotti Lund?

ESME: Pues sí.

ORLA: ¿No estabas harta de los tíos de nuestra edad?

ESME: Estoy harta de chuparles la polla. Pero me gusta que me inviten a beber vodka. ¿Tú vas a ir?

ORLA: No.

ESME: Ese pollasaurio de Roan Howells no va, si es eso lo que te preocupa.

ORLA: Qué va. Es que tengo que hacer de canguro.

ESME: ¿En casa de Jason el Terrorífico?

ORLA: En casa de Gwen.

ESME: Es lo mismo. La misma casa.

ORLA: ¿Sabes que fue él quien hizo soplar a mi madre?

ESME: Qué horror.

ORLA: No exactamente. Fue divertido.

ESME: Eres MUY dura con tu madre. Pobre señora W . En serio, quédate a la mía durante una semana, acabarás suplicando que vuelva la tuya. Esta mañana arrancó el coche con el bolso encima del techo. Está atontada.

ORLA: Pero es inofensiva.

ESME: ¿Y qué es la señora W? ¿Una asesina en serie? ¿Una sicaria entrenada? De hecho, se parece un poco a la asesina Villanelle. Con el pelo rizado, obvio.

ORLA: No es tan inocente como la gente piensa. Mi madre es muy siniestra.

4
Ellen

Si lo de ayer fue surrealista, lo de esta mañana raya en lo revolucionario.

Adam y yo hemos tenido relaciones sexuales. Un jueves.

No hablamos de buscar tiempo para practicar «algo de sexo» y tampoco lo pensamos: nos tumbamos y nos miramos el uno al otro como si fuéramos piezas de equipamiento de gimnasia sin usar, sabiendo con seguridad que después nos sentiremos mejor solo con que nos calcemos las zapatillas deportivas, metafóricamente hablando.

De hecho, lo hacemos.

Y también practicamos sexo de verdad. No ese rápido, de mantenimiento, provocado por el alcohol, el sentimiento de culpa o un sentido del deber casi propio de la realeza («hay que hacer que las cosas sigan funcionando»). No, esta mañana es sexo dinamita, de ese que hace que uno se pregunte por qué no practica «algo de sexo» más a menudo.

Pero no demasiado a menudo. Digamos que con una saludable frecuencia de dos veces por semana.

—No sueles estar tan cachondo al volver de un viaje de trabajo —comento mientras busco mis bragas entre las sábanas revueltas—. ¿Es que no había canales para adultos en la televisión? Deberías presentar una queja en Recursos Humanos.

—Es lo que tiene la policía —responde Adam, ejecutando un estiramiento lánguido y teatral, más apropiado de una estrella del rock permanentemente colocada que del director financiero de una empresa de consultoría de tamaño medio cuyo tren sale dentro de treinta minutos—. Todo eso de las chicas malas, ya sabes. Es un estimulante sexual.

Le apunto a la cabeza con las bragas.

—Lamento explotarte el globo, cariño, pero mis credenciales de buena chica están intactas. Superé la prueba de alcoholemia, ¿no te acuerdas?

—Por los pelos.

Cojo mi bata y entro con Adam en nuestro horripilante baño *en suite* (en la actualidad es de color aguacate y melocotón; el moho es su mejor característica). Me siento en el borde de la bañera y me tomo unos instantes para examinarlo desnudo como Dios manda por

primera vez en varios meses.

Llego a la conclusión de que no está mal del todo, en conjunto. La edad. El estrés. Los niños. Una predilección por la cerveza artesanal y por la pizza de pepperoni con extra de queso.

Nos conocimos en el año 2001, en el Sindicato de Estudiantes de Warwick. A mí me pareció que él iba de figurón, pidiendo champán cuando yo había dicho que quería una Guinness. Él pensó que yo me llamaba Helen y no le corregí hasta bien entrada nuestra primera cita. Después de aquello, nos hicimos inseparables, salvo en Navidad, claro, fecha en la que él regresaba a Thames Lawley y luego se iba a esquiar a Mont-de-Lans o a Val Thorens (dependiendo de la temporada) y yo me volvía a casa, a Leicester, a servir cervezas y rellenar estanterías.

Lo del «hogar» era una experiencia muy distinta, como no tardamos en descubrir durante las primeras incursiones que hicimos, nerviosos, en la vida no universitaria de cada uno. El hogar de Adam era un casoplón de seis dormitorios en el que se alojaban cómodamente los cinco que eran de familia. Los Walsh tenían «terrenos». Tenían un huerto. Tenían el más santo de los griales: televisión Sky. Para mí, el hogar eran seis personas irritables apiñadas en un piso de protección oficial de tres dormitorios ubicado en el condado de Highfield. No había huertos, rara vez había siquiera manzanas (ni otra fruta, a pesar de que mi madre discute ferozmente este detalle). Y no era del todo insólito descubrir que nuestro padre había vendido el televisor.

Con todo, siempre había música, peleas y dramas. Todos los días eran el acto final de una ópera italiana estresada. En aquella época, Adam, con su tendencia a romantizar las penurias, estaba encantado con todo aquello.

Yo no veía el momento de escapar.

—¿Tendré hoy noticias de Pelham? —digo mientras Adam se enjabona vigorosamente la entrepierna bajo el mísero chorrito de agua de la ducha—. ¿Crees que debería llamarlos para hacerme una idea de cómo va la cosa?

—Hum… —Hace una mueca—. No estoy seguro. Podrías parecer un tanto…

—¿Presuntuosa?

—Desesperada.

—Es que estoy desesperada.

Deja de enjabonarse.

—Eso no suena bien.

Se me pasa por la cabeza dejar el tema y restaurar el equilibrio postcoital, pero ahora tengo aquí a Adam. Un público cautivo. Aunque sea con un pene flácido en la mano.

—Es que… quiero recuperar mi carrera profesional. Ya sabes, valoraciones, promociones, puñaladas por la espalda, reuniones. Sí,

reuniones.

—Vaaale.

—Eso sí que no suena bien.

—No, no, es estupendo. Obviamente. Bien por ti. —Un poquito condescendiente, pero lo dejo pasar—. Y yo te apoyaré al cien por cien, ya lo sabes. Es que no resulta agradable oír a tu mujer decir que se siente desesperada, eso es todo. Pensaba que estabas contenta.

—Y lo estoy. —Moderadamente—. Pero olvídate de que sea jefa del departamento de Lengua, Adam; iba camino de optar al puesto más alto de St Mike cuando me invadieron tus espermatozoides. —Miro sus testículos con un ceño fingido. Aunque técnicamente fue culpa mía. Fui yo la que declaró: «Ah, no te preocupes por eso» cuando estábamos en París celebrando nuestro aniversario y me di cuenta de que me había olvidado de los anticonceptivos. Adam se ofreció a ir a la farmacia a comprar la *pilule de lendemain.* Pero yo ya había tomado en otra ocasión la píldora del día después y me había hecho vomitar sin parar y llevaba meses deseando ir a París y… En fin, como dicen, con la vida se aprende—. Quiero decir, está claro que no cambiaría a los gemelos por nada del mundo, pero ya sabes que siempre he tenido ese objetivo de llegar a ser jefa antes de los cuarenta. Y ahora tengo cuarenta y uno ¿y qué objetivos tengo? Encontrar las zapatillas de Kian. Llevar la ropa del difunto marido de Muriel a la beneficencia.

Adam sonríe.

—¿Montar ese podcast basado en crímenes reales, ciudadano-preocupado.com?

Anoche pasamos varias horas hablando de ello. Yo, todavía aturdida y devorando Doritos sin parar. Adam, alucinado. Kristy, muy divertida. Lo más que se nos ocurrió fue que había sido el camarero al que yo había llamado básicamente pervertido, o el tipo que vive enfrente del Cricketers y que en cierta ocasión me acusó —en falso— de haber hecho trampa en el concurso del pub.

Lo peor que se nos ocurrió fue que Kristy sugirió que había sido Orla, y después Adam sugirió que había sido Kristy. Por lo visto, fue «solo una broma», pero dio lugar a toda una retahíla de «que te jodan».

—De hecho, hablando de Muriel, a lo mejor ha sido ella —propone Adam—. Un acto tardío de venganza por aquel día que Max le pisoteó las begonias.

—No hables en plural, Adam. Fue una sola begonia. —La cual yo repuse con otras quince y una disculpa absurda, de tan grave—. Sea como sea, ni siquiera estoy segura de que exista un «ciudadano preocupado». Puede que solo haya sido que Jason quería ponerme en una situación violenta.

—Ay, ya estamos otra vez. —Adam pone los ojos en blanco y los

vuelve hacia el techo, salpicado de grietas y manchas.

—No, no, escúchame hasta el final. —Levanto un dedo—. Medio: Jason es policía. —Otro dedo—. Motivo: estoy segura de que no le caigo bien, es como si le irritase que sea amiga de Gwen. —Levanto un tercer dedo, que estoy convencida de que es mi pistola llameante, si no del todo humeante—. ¿Y adivinas quién estaba ayer por la mañana en Costcutter, justo en el pasillo de al lado, cuando yo estaba con Susi Sands quejándome de la resaca? El puñetero Jason Bale. De modo que ahí tienes la oportunidad: sabía que yo había estado bebiendo la noche anterior.

—De acuerdo, Poirot, pero también lo sabría cualquiera que hubiera visto tu selfi en Facebook. Las doscientas y pico personas que son supuestamente amigas tuyas. —Adam no está en las redes sociales, aunque disfruta fisgoneando en las mías—. De todas formas, siguiendo con lo de Jason; por lo que yo puedo ver, no se vuelve loco por nadie. ¿Recuerdas que le pedí que se sumara a nuestro equipo del concurso? Un cardo total. Ni siquiera Nush consiguió persuadirlo. —Vaya. Ni siquiera Nush la santa. Imaginen—. Por cierto, ¿cómo estaba ayer?

—Bien. —Esta palabra, que por lo general no significa nada, resulta apta en estas circunstancias. Nush estaba bien, ni más ni menos. Ese parece ser su estado permanente—. Todavía dando la brasa con Tom, claro.

—¿Dando la brasa? Por Dios, Els, eres todo corazón.

Sí, pero tú no tienes necesidad de escucharla. Contestas con un «ajá» y un «cielos» a los resúmenes que te hago yo después de hablar con Nush, sin tener que implicarte nunca.

Percibo levemente el ruido de unas fichas de Lego que se mueven: es la señal que me indica que debo ponerme en marcha. Me quito la bata y me meto en la ducha expulsando a Adam sin miramientos.

—Ya sé que parezco mala —digo al tiempo que manoteo el mando de la temperatura, por costumbre y no porque espere ningún resultado —. Pero ya ha pasado un año desde que Tom se fue…

—¿Y tú me olvidarías a mí pasado un año?

—No, pero a estas alturas ya me habría metido en la cama de otro. Por el subidón de ego, al menos. Probablemente un joven semental. Fuerte como un toro y el doble de guapo. —Adam se seca el pelo con la toalla fingiendo no reaccionar, pero a través de la nube de vapor veo que está sonriendo de oreja a oreja. Yo también sonrío—. Pues sí, has de saber que los cuarenta y pocos son la edad ideal de las asaltacunas. Lo he leído en Mumsnet. Una es lo bastante joven para conservar todavía «eso», sea lo que sea, pero lo bastante mayor para tener un aire de «madurez y misterio».

Ah, el misterio de que te duelan las articulaciones, de que las resacas te duren dos días y de que de vez en cuando te salgan pelos en

la barbilla.

Adam asoma la cabeza por la puerta de la ducha.

—Pues desde aquí me queda claro que tú todavía conservas «eso», señora Walsh. —Qué encantador. Dibujo un corazón en el cristal empañado—. Pero ya conoces a Nush, ella no es así.

Borro el corazón. El tono reverencial que ha empleado Adam me resulta molesto.

—Ah, sí, claro, se me olvidaba. Santa Nush de la Sagrada Virtud. Vive en un plano superior, por encima de todos nosotros.

Adam vuelve al dormitorio, se le está haciendo demasiado tarde para ir al trabajo y no quiere morder el anzuelo. Yo levanto la cara hacia el chorro de agua, saboreando los últimos minutos de soledad antes de que dé comienzo la jornada con todos sus duelos: niños, alumnos, otros conductores, «ciudadanos preocupados». Cuando regresa, unos momentos después, está vestido, engominado y perfumando el vapor con el mismo aroma a madera que viene usando desde finales de los años noventa. Me dice hasta luego, espero que tengas noticias de Pelham, llama al electricista y olvídate del policía.

Pregunto si el electricista es un joven semental al que tal vez apetezca darse una ducha templada con una madurita en sazón.

Adam me contesta que se llama Bert, tiene sesenta y tres años y cuando no está reparando cables en una casa está jugando al dominó con su padre.

Imaginándonos como futuras personas de éxito, después de la universidad nos fuimos a vivir a Londres; el plan era que Adam ganara tropecientos millones juntando números en la rueda infinita de una empresa y eso me dejara a mí libertad para que inspirase a las mentes jóvenes (también conocido como «cambiar el mundo») a cambio de un sueldo mucho más modesto. Si bien los tropecientos millones nunca llegaron a materializarse, sí que alcanzamos un nivel de vida bastante decente, al menos para lo que es Londres, y tardamos casi quince años, con una boda, tres pisos, dos despidos y una Orla por medio, en volvernos contra la capital y decir: «Basta, ya estamos servidos». El punto final fue la escolarización de Orla en la secundaria. En el aspecto financiero, la enseñanza privada suponía un gran esfuerzo (y en aquella época yo era más tozuda a la hora de rechazar ayuda económica de los padres de Adam), pero como los institutos estatales locales eran entre «mediocres» y «apocalípticos», comprendimos que teníamos que hacer algo. Y, como dice el refrán, si los mejores colegios gratuitos no vienen a Mahoma, Mahoma ha de ir a los mejores colegios gratuitos.

Y eso fue lo que hicimos: ir a Foxton Grammar, orgullo de Thames Lawley. Entre sus antiguos alumnos se encontraban un miembro

laborista del Parlamento, alguien que había sido tres veces medallista en los Juegos Olímpicos y un director financiero menos conocido: mi propio Adam Walsh.

Irnos de Londres no fue fácil. Uno no se da cuenta de lo mucho que añora las pintadas provocativas y los puestos de tacos abiertos las veinticuatro horas hasta que pasan a ser un recuerdo borroso y lejano, y durante el primer año la frase «cincuenta minutos» se convirtió en nuestro mantra, el tren rápido a Londres en nuestra salvación. Nos tranquilizaba saber que en solo cincuenta minutos, el tiempo que se tarda, por ejemplo, en cocinar una lasaña o leer por encima una hoja de cálculo, podíamos estar de nuevo en el centro de la capital. Trayectos de un día. Pasar noches fuera. Retomar Londres en el punto donde lo habíamos dejado.

Hasta que llegaron los gemelos y dejamos de molestarnos.

Además, Thames Lawley no estaba tan mal. Gradualmente, fui tomándole cariño. La sensación de comunidad. La seguridad. Hasta la mentalidad estrecha, en un día bueno, parecía inofensiva y extrañamente encantadora. Pero nuestra primera casa no me gustó. Nuestro adosado agradable pero aburrido en la calle principal que salía del pueblo. La clase de vivienda por la que habríamos matado en Londres, pero que aquí parecía una de tantas. Incluso al cabo de varios años, aún la seguía sintiendo como un recurso temporal. Un sitio donde comer, dormir y asearnos hasta que apareciera milagrosamente la casa perfecta pero asequible.

Ese milagro fue la Meadowhouse.

Mientras otros se enamoran de los famosos, las estrellas del deporte y, concretamente en el caso de Thames Lawley, de Nathaniel, el entrenador de Soccertots, a mí siempre me han chiflado las casas. Y me han chiflado a base de bien. La cosa comenzó en 1988, cuando envié a Santa Claus una carta de tres páginas en la que explicaba por qué me merecía una casa de ensueño de Barbie, y cuando vi que tristemente mi deseo no se materializaba, mandé esa misma carta al primer ministro. En los años noventa, fue la vivienda de la película *Solo en casa.* A principios de los 2000, el edificio antiguo de Carrie Bradshaw. Y esos eran solo mis amores principales; había muchos, muchísimos más. Pero nunca hubo un estilo en particular, un tamaño o un rasgo concreto que me enganchara. Lo único que tenían en común era lo que me hacían sentir.

Llena de energía y de aspiraciones. Como que tal vez la vida tuviera algo decente que ofrecerme. Como que tal vez yo valía algo más que unas ventanas tapiadas con listones de madera y una tos persistente provocada por la humedad. Mi madre decía que aquello era hacerse ilusiones; yo lo llamaba tener esperanzas.

Llevaba veinte años enamorada de la Meadowhouse (aunque no de

forma exclusiva, la casa tenía competidoras). Incluso le había sacado una foto a escondidas durante una visita que le hice a Adam en las vacaciones de Semana Santa.

—Es para mi tablero de sueños —le dije.

—Es probable que sea ilegal —repuso él riendo.

—¿El qué, fotografiar casas o tener un tablero de sueños?

—Lo primero, aunque deberían ser ilegales las dos cosas.

Y de repente, zas, hace aproximadamente quince meses, allí apareció, haciéndome guiños desde el portal inmobiliario Rightmove.

Mía, decidí, ya antes de reservar siquiera una visita para verla.

No era la casa más grande de Thames Lawley, ni muchísimo menos la más cara. Esa corona se la había apropiado una McMansion situada en las afueras, un edificio que verdaderamente hacía daño a la vista y que parecía separarse del resto del pueblo con la actitud un poco abochornada de quien sabe que se ha acicalado en exceso. Pero la Meadowhouse era la más bonita. Tenía «encanto», ese fue el término que empleó el de la agencia. Era una casa de campo de piedra, tradicional de los Cotswolds, con ladrillos dorados cubiertos de plantas trepadoras y rosales de color melocotón. Tenía un emparrado de flores rojas que formaban una guardia de honor por encima de un serpenteante sendero de gravilla. Varios años antes, el exterior había aparecido en una película de Hollywood ambientada en Navidad. Era, sin ninguna duda, tal como declaró el agente, la «típica casa inglesa».

En el interior, era el típico agujero sin fondo, pues se había reformado por última vez a mediados de la década de 1990. Era un laberinto de habitaciones pequeñas y asfixiantes, cada una más forrada de roble que la otra. Solo la cocina ofrecía un poco de espacio en el que moverse con ciertas anchuras. Pero incluso esta resultaba poco acogedora, a no ser que la familia tuviera como afición congregarse al lado de un armario lleno de manchas de tabaco.

No fue del todo una sorpresa, desde luego. Obviamente, había una razón para que ya llevase una temporada en el mercado y quedase justo dentro de nuestro presupuesto (debido a una reciente reducción del precio). Y, para ser justos, el de la agencia fue claro desde el principio en que «necesitaba una reforma completa». Una reforma con la que podíamos vivir. Una reforma que podíamos permitirnos. Sin embargo, lo que nos encontramos fue una casa que pedía a gritos una remodelación. Reconfigurar toda la distribución y transformarla en un espacio abierto que sería más ligero, más luminoso y más de moda. Eso implicaba tirar tabiques, elevar techos, rehacer escaleras, ampliar habitaciones.

Agotar nuestros ahorros.

Entonces entró en escena Sylvia, mi suegra, aunque dos meses más tarde. Yo ya casi había renunciado a mi sueño cuando de repente ella

se ofreció a ayudarnos.

—Ya me lo devolveréis cuando podáis —dijo con una elegancia impecable y escalofriante.

De modo que a mí se me acabó lo de escaquearme de las comidas de los domingos. Se me acabó lo de fingir que no había oído su llamada de teléfono.

Adam, por emplear su propia expresión, era un «agnóstico de la Meadowhouse». En el fondo, creo que sabía que Sylvia estaba comprando nuestra gratitud y, mientras que yo estaba enamorada hasta las trancas, él habría declinado alegremente todo el asunto. Incluso ahora se refiere a la reforma como Operación Ellen. Lo dice con una sonrisa, pero yo sé que es su manera de distanciarse, de decir: «Esto es cosa tuya, no me cargues con la responsabilidad».

Kristy se mostró vagamente escéptica, aunque lo es con muchísimas cosas. Mi madre, utilizando todavía la muerte de mi padre como excusa para mostrarse incansablemente desagradable con todo el mundo, comentó: «¿Desde cuándo eres experta en reformas de casas? ¿Quién te crees que eres, Bob el constructor?».

Al final, Nush fue la única persona que adoptó una postura firme sobre el tema y nos advirtió no del doble contratiempo que suponían los permisos de planificación y las normas sobre construcción, sino de algo más fantasioso.

—Esa casa tiene mala energía. Primero, la horrible agresión sufrida por los Merrick hace muchos años. Después de aquello, ya no volvieron a ser los de antes, eso he oído decir, y la casa tampoco. Dejaron de ocuparse, dejaron de cuidarla. Y luego vino el divorcio de los Sharp. Un matrimonio firme como una roca durante veinte años; se mudaron a esa casa y en menos de tres años ya solo se comunicaban por medio de abogados. Te digo que esa casa está maldita. No puede salir nada bueno de vivir ahí.

Mala energía, mala suerte y malos matrimonios; a la porra con todo eso.

Ya llevamos un año aquí y todavía estamos vivos para contarlo.

5
Ellen

La Gwen que está en mi cocina es una Gwen que no reconozco. Bella es la de siempre, animada, jugando con rotuladores con los niños y devorando todos mis colines de pan como de costumbre, pero Gwen, que por lo general se siente cómoda en esta casa, hoy parece una desconocida. Si tuviera que adivinar, diría que no ha dormido, o por lo menos que no ha dormido bien. Tiene los ojos enrojecidos y el cabello, cortado a lo chico y teñido de color escarlata, como si llevase varios días sin ver un peine.

—Debería haber venido anoche —está diciendo, rígida y de pie en la puerta de la cocina—, pero me sentía muy avergonzada. En serio, Els, es que lo mataría. Sabe Dios lo que debes de pensar de él. Y de mí.

Lo primero que se me ocurre pensar es: *Bendita sea*. Lo segundo es: *No tengo tiempo para esto*. Ya son más de las once, la mesa del desayuno todavía parece el resultado de un banquete medieval y, a pesar de varios intentos, los gemelos aún no se han vestido.

—¿De ti? No seas boba, Gwen. ¿Por qué iba a pensar mal de ti? —Le doy un abrazo de oso con la vista fija en los colgadores de cazuelas que estoy deseando quitar de ahí. ¿Será que los Sharp no sabían lo que eran los cajones?—. Y tampoco pienso mal de Jason —miento—. Solo estaba haciendo su trabajo. Lo entiendo.

Su voz se oye amortiguada por mi pelo rizado.

—No, abusó mucho de su autoridad. Así es él. Ya sabes, el típico sargento mayor. —Se retira un poco, pero todavía la tengo lo bastante cerca como para notar el olor que despide a pasta de dientes—. Echa la culpa a nuestra infancia, a todos los problemas, la inestabilidad. Pero yo tuve lo mismo. Yo lo tuve peor, cosa que se le olvida. Y no soy tan rigurosa con las normas.

—Él es policía, cielo. Resultaría extraño que no fuera riguroso. —Le doy un suave apretoncito. Conversación terminada, por lo que a mí respecta—. De verdad, ya es historia. Podría haber prescindido del público, desde luego, pero nadie salió herido. —Suelto una carcajada —. Además, me he quedado con el tubito de soplar. El mejor recuerdo de todos. En esta casa no hay un solo juguete que Kian no haya chupeteado.

Aflojo el abrazo y me aparto, pero ella aún no se ha calmado del todo. Unas cuantas lágrimas empañan sus grandes ojos color avellana.

—Venga, no llores —le digo en voz baja disimulando que por dentro estoy gritando: «¡Por el amor de Dios!».

—No me hagas caso, soy una tonta. —Parpadea con fuerza para contener el llanto—. Mañana vuelvo al trabajo, lo cual seguramente no ayuda. Antes he estado llorando al escuchar esa canción de Katy Perry, ya sabes, *Firework*.

—Oh, no me hables de llorar. El mes pasado lloré por una ardilla a la que no dejaba de caérsele una bellota. Me destrozó. —La empujo hacia el asiento de la ventana, o el trono de Gwen, como hemos empezado a denominarlo, porque ella es la única persona de toda la cristiandad que encuentra «bastante mona» esa monstruosidad bordada con estampado de faisán—. Pero, hablando en serio, tú y yo estamos en paz, ¿vale? No pasa nada.

Gwen y Jason viven en los insulsos edificios de nueva construcción que hay al otro lado del parque del pueblo. Llegaron uno o dos meses antes que nosotros y también eran nuevos en Thames Lawley. Tal y como explicó Gwen más adelante, tras unos pocos años difíciles criando a Bella ella sola en el centro de la ajetreada localidad de Reading, le entraron ganas de cambiar de escenario y de ritmo, una mejor calidad de vida para las dos. Y como Jason, en Londres, a todos los efectos estaba sin techo tras la ruptura de su matrimonio, fue lógico que se trasladaran a vivir juntos y compartieran la renta, que no era insignificante.

A Gwen la conocí unas pocas semanas después de llegar a la Meadowhouse. Ella pasó por delante con Bella mientras yo estaba de pie, en el jardín de la entrada, un poco abrumada por la jungla de flores que ahora tenía bajo mi cuidado.

—No parece justo —anunció con una gran sonrisa de lo más cálida. Yo me la quedé mirando sin comprender—. Quiero decir que yo todos los días veo su preciosa casa, mientras que usted tiene que mirar la mía.

Bueno, sí, pero a través de un frondoso parque de pueblo, famoso por los narcisos que tiene en primavera y los épicos partidos de críquet que se celebran en él en verano. Por no mencionar la escuela de cachorros de los domingos por la mañana, que contemplo cómodamente desde la fachada principal de mi casa. Las vistas que tenía desde el dormitorio de mi infancia eran de un pub en ruinas.

Gwen me cayó bien al instante. Su carácter despreocupado, su falta de ceremoniosidad. También me gustó el hecho de que Bella tuviese la misma edad que los gemelos y estuviera armando un tremendo escándalo por un casco de motorista. Pensé que no me vendría mal una amiga que tuviese una hija revoltosa, alguien que me recordase que yo no era la única a la que se salían las cosas mal.

—Oh, no sé si es tan preciosa —contesté con la intención de

parecer modesta, pero posiblemente resultando desagradecida—. Debería verla por dentro: es deprimente. De hecho…, ¿le apetece verla por dentro?

Y así empezó todo. Un café se convirtió en una copa grande de vino. La copa, en una botella. La botella, en algo normal.

Pero siempre solo con Gwen.

—Jason no es muy sociable —insiste siempre, lo cual sería perfecto si Jason fuese el farero de una isla remota y no un agente de policía que tiene que trabajar de cara al público—. Y ahora no se encuentra en su mejor momento, con la separación, la mudanza y el trabajo nuevo. Es complicado.

«O puede que el problema sea él», me entran ganas de decir, aunque difícilmente puedo reprocharle nada, teniendo yo a una hermana también complicada que ha echado raíces en el patio trasero. Pero Kristy por lo menos es entretenida. Jason es todo el tiempo el Grinch, el típico que se negaría a ponerse el gorrito de Navidad por miedo a parecer frívolo.

—Bueno, en fin, me alegro de haber venido ahora —dice Gwen en un tono sinceramente más animado—. Esta noche Orla viene a hacer de canguro. Espero que no se sienta incómoda si Jason vuelve antes que yo.

—¿Incómoda? ¿Orla? Esa sí que es buena. —Cojo un cuenco de la mesa y arrojo los Cheerios reblandecidos en el cubo de la basura—. Orla no sabe lo que es sentirse incómoda; más bien «es» incómoda, ella inventó esa palabra.

—¿Está en casa? —Gwen inclina la cabeza señalando el techo. La guarida de Orla se encuentra justo encima de nuestra cabeza.

—No. Se levantó, se bebió un Actimel y se fue. Sin decir una palabra.

Gwen pone un gesto de preocupación.

—Oye, ¿quieres que hable yo con ella? Solemos charlar un rato antes de que yo salga de casa o cuando vuelvo, de modo que sé hacerlo con sutileza. Acuérdate de que he trabajado como relaciones públicas y que todavía me dedico a ello si contamos que soy una autónoma fracasada. A lo que voy es a que se me da bien colar sutilmente un mensaje. Una madre sabe más que tú, esa clase de cosas. ¿Merece la pena que lo intente?

—Probablemente no. —Abro el lavavajillas—. Pero sí que puedes hablar con tu hermano. A ver si consigues sonsacarle cómo se llama el cabrón que me denunció.

Gwen frunce el ceño.

—Se lo sonsacaría si creyera que iba a servir de algo. Pero no va a servir de nada. Y, a decir verdad, puede que él ni siquiera lo sepa. Lo siento.

—Olvídalo —le digo, temiendo otra avalancha de disculpas—. Vamos a hablar de otra cosa. De algo que sea divertido. —*Algo que sea rápido.*

Gwen sonríe.

—Bueno, ¿y qué ocurre ahora? ¿Cuenta atrás, dos meses para el despegue? —Se refiere a la reforma de la casa. Por lo visto, de tanto usar el color blanco, que es mi fetiche minimalista, estoy transformando la Meadowhouse en el cuartel general de la NASA—. Voy a echar de menos esta cocina —comenta mirando a su alrededor como si fuera la última vez y poniendo el gesto de echarse a llorar—. Me cuesta creer que vayas a quitar la despensa, para empezar. Una despensa verdadera. Es igual que en la novela *El viento en los sauces* o en esa serie… ¿Cómo se llama?… *Downton Abbey*. —Yo sonrío y pongo los ojos en blanco—. Sí, ya sé. Parezco una abuelita. Me gusta el encanto de los rústico.

—Lo rústico sí. Lo geriátrico no. —Cierro la puerta del lavavajillas —. Además, he dicho algo que sea «divertido», Gwen. Llevo como trescientos años hablando de esta reforma.

Eso me recuerda que necesito llamar a Bert, el electricista. A la luz de la cocina le da por apagarse cada pocos días.

Agarro el teléfono y busco su número.

—¿Y cómo es que Orla va a hacerte hoy de canguro? ¿Tienes una tórrida cita romántica?

El timbre del cartero le impide responder. Salgo disparada hacia la puerta, no sea que Max se me adelante y tenga que pasarme diez minutos arrancándole facturas de la manita.

Cuando vuelvo a entrar, Gwen me responde:

—De tórrida cita romántica nada. Ni siquiera es una cita templadita. He quedado con una amiga a tomar algo. —Duda un momento—. Puedes venirte si quieres.

La pausa sugiere que lo ha dicho solo por quedar bien. No me siento ofendida, yo hago lo mismo. De hecho, diría que más de la mitad de las ofertas y los favores que hago van acompañados por dentro de la súplica de «por favor, no aceptes, lo he dicho solo por ser amable».

—Gracias, cielo, pero no puedo —le contesto, soltando el anzuelo —. Esta noche Adam va a jugar al bádminton. Sí, bádminton.

Mi desdén no tiene nada que ver con ese deporte y todo que ver con que Adam nunca está en casa.

Mientras Gwen se embarca en una anécdota que tiene que ver con el bádminton, yo me pongo a mirar el correo y me sorprendo al descubrir que entre la morralla hay noticias verdaderas, buenas y malas. Debido a un error de contabilidad, por desgracia, le debo dinero a Hacienda. Sin embargo, gracias a que tengo totalmente sana

la cérvix, mi última citología ha dado resultado negativo. La última carta del montón va dirigida a mí, con una caligrafía que no conozco y con matasellos de High Wycombe. Se me cae el alma a los pies ante la perspectiva de que sea otra invitación de boda. Este año ya llevamos cinco: hemos asistido a dos y hemos rechazado tres.

Pero no se trata de una invitación. Es una hoja de papel pautado. Escrita a mano con tinta negra.

TARDE O TEMPRANO, TODOS NOS SENTAMOS ANTE UN BANQUETE DE CONSECUENCIAS.

¿Sabes quién dijo eso, Ellen?

Seguro que sí.

Porque tú lo sabes todo. Lo tienes todo. Lo quieres todo.

Pero yo también sé cosas.

Te conozco a ti. Y sé que las personas tienen que aprender que hay consecuencias.

Voy a enseñarte esa lección.

Justo delante de tus narices.

Lo leo dos veces, después otra más, con el cuerpo calcificado a causa de la impresión y ese texto rebotando por el interior de mi cerebro.

Consecuencias. Tengo. Quiero. Sé.

¿Esta persona me conoce? ¿Quién es? ¿Cómo?

¿Por casualidad? ¿Hemos coincidido un domingo por la mañana en Soccertots buscando protectores para las espinillas? ¿Les he estado enseñando expresiones adverbiales a sus educados y aburridos hijos?

Pero las letras mayúsculas, el subrayado… implican algo más profundo.

Algo peligroso.

Trago saliva. No.

No.

No puede tratarse de él.

He tenido cuidado. Ese era el trato. Ese fue el pacto que firmé solemnemente conmigo misma.

Si tienes cuidado, podrás hacer esto, Ellen. Ten cuidado y nadie saldrá perjudicado.

De manera que no, esto tiene que ver con algo de poca importancia. Es típico de un pueblo pequeño hacer una montaña de un grano de arena.

Piensa, Ellen.

¿Habré ofendido a alguien recientemente? ¿Me habrán pillado chismorreando o criticando o ridiculizando a alguien con un comentario vulgar? Mi yo sobrio no haría tal cosa. Mi yo sobrio

siempre es el primero en acallar la menor insinuación de maldad, pero el vino blanco es una mala influencia y a mi yo borracho le gusta ser un cabrón. Cruel nunca, pero sí algo mordaz y, en alguna que otra ocasión, indiscreto.

Excepto cuando la cosa tiene que ver con mis propios secretos, claro.

—Els. Ellen. Hola. —Levanto la vista, sobresaltada por el tono alegre y enérgico de Gwen—. Te he preguntado que si te apetece que juguemos al tenis. En Whistlebrook Park hay pistas de tierra. Podemos fingir que estamos disputando el Open de Francia. Es ese, ¿no? ¿No es el único que se juega en pista de tierra?

Me la quedo mirando sin saber muy bien qué responder ni de qué diablos me está hablando. De pronto siento un cansancio infinito; la adrenalina del pánico ha sido sustituida por el agotamiento del miedo puro.

—Chica, ¿te encuentras bien? Tienes cara de estresada. —Frunce el ceño al ver la nota que sostengo en la mano—. ¿Alguna mala noticia?

Respiro hondo y me concedo unos minutos para decidir si contárselo todo o cerrarme en banda.

Elijo lo segundo.

—No, no, no pasa nada —le contesto con una sonrisa y un encogimiento de hombros, probablemente excediéndome del todo—. Es un presupuesto para limpiar los canalones. Un robo a mano armada. Es posible que decida limpiarlos yo misma. —Me guardo la nota en el bolsillo de los vaqueros; me sabe mal estar a punto de explotar el sentimiento de culpa que tiene Gwen por lo de Jason—. Gwen, ya sé que es decírtelo con muy poca antelación, pero tengo que pedirte un favor grandísimo.

Por supuesto, ella responde que sí.

—¿Te importaría cuidar de los niños un rato? Tengo unos recados que hacer y ya sabes cómo es esto, será diez veces más cómodo si no llevo conmigo a los Destructores.

Y me sentiré diez veces más segura cuando sepa que esto no tiene que ver con Zane.

6
Ellen

La primera vez que me percaté de que la gente arrugaba la nariz cuando le mencionaba el Bajo Lawley, que es claramente el primo pobre de Thames Lawley y mucho menos fotogénico, supuse que lo que seguramente le faltaba de farmacias orgánicas y gastropubs experimentales lo compensaba con casas decentes que uno podía comprar por menos de un millón.

Pero estaba muy equivocada con mi esnobismo al revés. Resultó que a menos de diez minutos en coche del mundo de colegios públicos y cabañas en el jardín había un microclima totalmente distinto que no me pareció ajeno del todo.

Sin embargo, aunque yo me crie en Highfield, donde la delincuencia era constante pero también la comunidad, Zane Jackson sobrevive a duras penas en la planta baja de la Lomax Tower, un lugar en el que, si no estás comprando drogas o armas, más vale que verifiques si tienes la dirección correcta. La Lomax Tower apesta a apatía. El ascensor está siempre averiado o resulta inhabitable. Y algunas veces, cuando estoy sentada en mi coche delante de ella, intentando convencerme de volver a meter, o no, la mano en ese avispero, me gustaría saber una cosa: si Zane viviera en la última planta y yo hubiera tenido que atreverme a coger el ascensor o las escaleras aquella primera vez, ¿me habría detenido aquel obstáculo físico? ¿Me habría hecho entrar en razón?

Pero esta va a ser la última vez.

Juro eso mismo cada vez que vengo aquí y cada vez que me voy. Incluso a veces lo juro en serio. Por lo general, cuando Zane se ha puesto difícil y alguna vez cuando ha estado encantador, lo cual abarca la mayoría de las veces, la verdad. Lo cierto es que Zane no tiene un estado neutro.

Y algún día habrá una última vez. De un modo u otro.

Zane tiene diecisiete años, pero diecisiete años de Lomax. Es listo y sabe mucho de la vida, como todos los niños-hombres gallitos que conocí durante mi adolescencia. Inteligente pero errático, un guapo de esos que generan tantos problemas como oportunidades, este mismo año lo han expulsado para siempre de los dos últimos cursos de la secundaria tras una «confusión» o un «montaje» que tuvo algo que ver con el hecho de llevar encima una pistola. La versión que dé él

dependerá de lo que le apetezca ese día.

La primera vez que le di clase, fue maleducado y se presentó desnudo de cintura para arriba. Un metro ochenta de arrogancia, pantalón de chándal a la cadera y descalzo. Ahora, cuando vengo, lleva loción de afeitar y polos holgados. En lo que se refiere a su trabajo, es meticuloso, aunque, si tuviera la más mínima ocasión, lo hablaría conmigo.

«¿Has visto Pantera Negra, Ellen?»

«¿Has estado en Koh Phangan? Por lo visto, las fiestas de la Luna Llena son épicas.»

«¿Alguna vez te has colocado con Benadryl?»

«¿Has tenido mononucleosis infecciosa?»

«¿Te gusta Hemingway?»

«¿Te gusto yo?»

Una tarde que estaba de un humor especialmente melancólico —hay que ver el efecto que puede causar en una persona ver *Muerte de un viajante*—, me preguntó, en un tono que no fui capaz de descifrar, que cómo era mi madre, que si me llevaba bien con ella.

La madre de Zane hace mucho que no está y no se la echa de menos, si hemos de creernos lo que diga un adolescente dolido. Además, «lo más probable es que le esté haciendo una mamada a alguien en los lavabos de un pub», si hemos de creer a Paulo Jackson, el padre de Zane.

De modo que aquel día le respondí con sinceridad. No diluí la personalidad de mi madre, como hago con la mayoría de las personas. No me reí de ella ni puse excusas ni la describí como una chiflada inofensiva. En lugar de eso, le conté a Zane lo de las comparecencias en los juzgados y lo sucedido en mi graduación. Le conté que, aunque mi madre podía ser graciosa y de vez en cuando sensata, intrínsecamente era un ser egoísta y propenso a guardar rencor. Me resultó liberador decirle aquello a alguien en voz alta. No sentirme criticada, avergonzada ni disminuida por los fallos de mi madre.

Y a Zane se le daba bien escuchar. No tuvo necesidad de sondear. Comprendió.

—¿Quieres saber cómo era mi madre? —me dijo después, mirándome tan fijamente que yo debería haber apartado la vista—. A ti te odiaría a muerte, Ellen. Era guapísima y muy inteligente, en serio, te ponía cachondo.

Ese día debería haberme marchado para no volver jamás.

Paulo Jackson abre la puerta desconcertado al verme ahí de pie. El sentimiento es mutuo, dado que por lo general está durmiendo los excesos de la noche anterior tumbado en su sillón reclinable de cuero rojo y, a no ser que me equivoque totalmente, esta es la primera vez

que lo veo levantado.

—Joder, ¿es viernes? —exclama tocándose la cabeza rapada. Como cabía esperar, tiene los ojos inyectados en sangre, pero habla con lucidez, casi de buen humor—. ¿Qué ha ocurrido con el jueves? ¿Me he perdido un día? No sería la primera vez.

—Que no cunda el pánico, es jueves —le contesto, aunque sabe Dios por qué iba a entrarle el pánico. Paulo no sigue lo que se dice un programa exacto, dudo que tenga muchos compromisos que cumplir —. Pasaba por aquí, nada más.

Lo acompaño al interior del piso por el pasillo oscuro y estrecho que lleva necesitando que le cambien la bombilla desde la primera vez que vine a esta casa. Se le ve estable. Incluso sobrio. Pero aunque me parece una sorpresa agradable, no es lo ideal. Que Paulo esté inconsciente significa que hay paz. E intimidad.

Zane aparece en la puerta de su dormitorio: ojos azules, calzoncillos blancos, el cabello rizado y revuelto. Tiene una arruga que le baja por la mejilla izquierda y una sonrisa capaz de frenar una guerra.

—¿Pasabas por aquí? —dice al tiempo que se acaricia los duros abdominales con una mano—. ¿Has venido a por un poco de heroína para una fiesta? Pues espero que no hayas estado usando la de Danno, porque él la corta con las pastillas para las garrapatas que le da a su perro. —Me mira frunciendo el ceño con preocupación fingida—. Mejor ve sobre seguro, ¿vale, Ellen? Confórmate con el queso y las galletas.

No le entro al trapo.

—¿Acabas de despertarte? —le pregunto. Él se frota los ojos a modo de respuesta—. Zane, ya hemos hablado de esto. Dormir hasta el mediodía es una mala costumbre. Necesitas tener una rutina.

—¡Como si le hablaras a la pared! —grita Paulo desde la pequeña cocina, haciéndose oír con su voz ronca por encima del ruido del extractor y del beicon que está friendo—. Yo no dejo de decirle que si no deja de hacer el gilipollas va a acabar como yo.

Zane y yo compartimos un sonrisa, aunque el hecho de pensar que Paulo tiene razón, la probabilidad de que Paulo tenga razón, me deprime tanto como cuando se esfuma un arco iris. «Zane podría haber apuntado muy alto» fue lo que dijo al despedirse el anterior director del colegio; el motivo por el que yo me involucré fue cerciorarme de que ese objetivo lo tuviera al alcance de la mano.

Ahora mis motivos están muy mezclados, son incomprensibles. Y no son tanto motivos como impulsos y ninguno de ellos es bueno.

Quiero decir, ¿por qué razón he venido hoy aquí? No soy lo bastante valiente para preguntarle directamente.

¿Qué crees saber, Zane?

¿Me has mandado una carta?

¿Sabe alguien lo que hay entre tú y yo?

Él me indica con un ademán que pase yo primero y a continuación me acompaña a la salita de estar; una vez allí, me apodero del sillón reclinable y silencio el volumen del televisor. Se me pasa por la cabeza decirle que se vista. Debería decirle que se vista. Pero, en vez de eso, cojo una camiseta del radiador que casi seguro será de Paulo y se la arrojo con autoridad. Él se la pasa por la cabeza y me dice:

—No se te ocurra decirle a nadie que me has visto con una camiseta de Iron Maiden.

Dedico un segundo a imaginar un mundo en el que pudiera decirle algo de él a alguien.

Se deja caer de espaldas sobre el sofá y lo ocupa entero.

—Venga, suéltalo ya. Porque es evidente que no «pasabas por aquí». ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar? —Y añade, sonriendo todo engreído—: Ya sé que estoy buenísimo, pero no voy a irme a ninguna parte.

Abro la boca, pero no sale nada de ella. Tengo las palabras atascadas en la garganta, amontonadas como si fueran pegamento reseco. Veinte versiones distintas de la misma pregunta volcánica.

¿Has sido tú?

Zane sube de pronto las antenas.

—¿Qué ocurre? —me dice, incorporándose de golpe y olvidando de repente toda su arrogancia—. En serio, Ellen, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿He hecho algo malo?

¿Lo ha hecho?

Aquí mismo, ahora, resguardada en el calor acogedor de su diminuto apartamento, me cuesta trabajo creer que haya sido él. Desde luego, no da la sensación de que él sea capaz de hacerme daño.

—Es posible que acepte un empleo de jornada completa. —Es lo primero que se me ocurre que no vaya a dar lugar a una confrontación —. Todavía no está confirmado, pero quería darte a ti la primicia.

—Ah, vale, de acuerdo. —Se muerde la uña del dedo pulgar, señal clara de que esto le decepciona un poco—. Es justo, supongo. Sí, bien por ti. ¿Por qué no? —Señala la cocina con un gesto de la cabeza—. Oye, por lo menos has podido ver a mi padre haciendo algo útil por una vez, antes de irte. Siempre te he dicho que no es tan malo hasta que se ha tomado la cuarta o la quinta lata.

—No es malo y punto, Zane. Se esfuerza a su manera. Te quiere. Está friendo beicon.

—Está achicharrando beicon. —Esboza una sonrisa y luego vuelve a adoptar una expresión de no entender—. En serio, Ellen, ¿un empleo nuevo? ¿Me haces una visita especial para decirme eso? Eso ya es un servicio personal de otro nivel, Ellen. Se merece cinco estrellas en Tripadvisor.

—Solo quería quitármelo de encima. Mañana hay que trabajar. Tenemos mucho que resolver.

—Qué va, no tenemos nada. —Vuelve a recostarse y estira sus largas piernas sobre la gastada moqueta de color marrón—. Ya he terminado de leer *The Changeling,* pero no tengo mucho que contarte, si te soy sincero. Temas, subtemas, toda esa mierda que tanto te emociona a ti…, no son más que una serie de pijos cachondos, ya te digo. Alonzo desea a Beatrice, Beatrice desea a Alsemero. De Flores es un imbécil y Diaphanta también desea a Alsemero. —Hace una pausa —. Ah, sí, y hay un viejo envidioso casado con una mujer a la que desean todos. —Hago ademán de ir a decir algo, pero él no ha terminado—. Y es muy evidente que Beatrice se muere por De Flores. ¿Todo eso de fingir que lo odia? —Me mira intensamente moviendo el labio superior, más un gesto burlón que una sonrisa—. No lo odia para nada, Ellen. Se odia a sí misma por tener ganas de follárselo.

Me pongo en tensión. ¿Estará intentando sorprenderme, o impresionarme, o coquetear conmigo o amenazarme? Mi radar con Zane, que normalmente es tan preciso, se ha descalibrado del todo por el veneno que contiene esa nota.

Llega Paulo con una montaña de tiras de beicon y me salva de tener que intentar responder.

—Oye, puede que no haga cosas útiles a menudo, pero no estoy sordo. —Deposita el plato en la mesa de centro, junto a lo que sospecho que son los restos de la sesión de coca de anoche, y a continuación se deja caer en el suelo con las piernas cruzadas, mucho más ágil de lo que suponía yo—. ¿Así que nos dejas, Ellen?

Debería aprovechar esto, esta oportunidad, para decir: «Por desgracia, eso parece».

—No. Si vosotros no queréis, no. —Una expresión de alivio recorre el semblante de Zane, pero brevísima: si parpadeas, te la pierdes—. Pero es obvio que los viernes por la tarde no voy a poder. A lo mejor podemos organizar algo por la noche.

No tengo ni idea de cómo voy a hacer tal cosa. Qué voy a decirle a Adam. Qué historia podría tragarse. Adam no tiene ni idea de que yo vengo aquí y, si gestiono esto bien, no la tendrá nunca.

Zane se encoge de hombros.

—Supongo que podemos intentarlo. —Su tono de voz dice «lo que sea», aunque ambos sabemos que es fanfarronería—. Pero te advierto que la cabeza deja de funcionarme a eso de las cinco. Hablo de síndrome de déficit de atención grave.

—El chico lo dice en serio. Siempre ha sido así, nunca ha aprendido a salir de la hora bruja. —Paulo coge cuatro tiras de beicon y las pone encima del plato improvisado que tiene más cerca: una factura del gas sin abrir—. Pero miente en lo de que ha leído ese tal *Changeling.* Lo ha

visto en YouTube. Para ser justo con él, reconozco que es más rápido.

Zane me dirige una media sonrisa.

—Bueno… Es lo mismo, ¿no? El mismo argumento. Deberías verlo. Está muy bien, el protagonista es Hugh Grant.

—Y ese actor gordo —añade Paulo—. El de *Roger Rabbit*.

Me lleva un minuto, pero acabo cayendo en la cuenta.

—¿Te refieres a Bob Hoskins?

Él chasquea los dedos manchados de grasa.

—Ese, Bob Hoskins. Oye, ¿ya se ha muerto o todavía está vivo? Pierdo la cuenta de quién se ha muerto y quién no.

—Se murió —confirmo—. Hace una eternidad.

Paulo sonríe a Zane de oreja a oreja.

—Debería hacer sabido que ella lo sabría, ¿a que sí? Tiene el cerebro del tamaño de un planeta.

—Pero solo el de Mercurio —replica Zane. Paulo mantiene el semblate inexpresivo—. Es el planeta más pequeño, papá. Era una broma. Un chiste malo.

Paulo pone los ojos en blanco.

—¿Pero el más pequeño no era la luna?

—La luna no es un planeta —digo yo.

—Funciona un poco como si lo fuese —añade Zane—, pero en realidad es un satélite.

—Lo que tú digas, Stephen Hawking.

El tono que ha empleado Paulo podría ser de parodia, pero se siente superorgulloso de su hijo, a pesar de que lo expulsaron del instituto. En la Lomax, que a uno lo expulsen del colegio no es extraordinario; a decir verdad, apenas es digno de mención; pero sí es extraordinario entender de planetas, y de Hemingway, y de todas las cosas a las que Zane dedica su rápido intelecto cuando le apetece.

Me estiro hacia delante y busco la tira de beicon que esté menos quemada. Paulo, como siempre, se muestra exageradamente encantado.

—¿Ves?, eso es lo que me gusta de ti, Ellen, que no te das aires de señorona. No te crees la puñetera reina de Saba solo porque tienes un título universitario y unos dientes bonitos. No eres como esa otra que nos enviaron, una tía estirada que ni siquiera quería tomarse un té.

«Esa otra» era la tutora real de Zane, la que le impuso la tarea de leer *The Changeling*. La nombrada de manera oficial —finalmente— por las autoridades educativas locales.

La que Zane sabe que no debe hablarle de mí.

7
Adam

Adam abrigaba la esperanza de que la buena voluntad engendrada por el sublime revolcón improvisado de esta mañana durase hasta la noche y que incluso provocara la chispa para repetir.

Pero la esperanza es lo que nos mata, murmura a la vez que arroja su bolsa sobre la mesa. Ya notó que pasaba algo malo en cuanto vio a Ellen cortando con rabia una quiche de espinacas.

—¿De verdad? ¿Me estás tomando el pelo? —dice Ellen ahora, y él desearía que soltase el cuchillo. No porque su mujer sea una maníaca homicida, sino porque cuando está furiosa se vuelve manazas—. Alguien me envía una nota amenazante que me estresa los nervios hasta volverme loca y lo mejor que se te ocurre a ti es decir que ha sido una broma de mal gusto.

Sí, piensa Adam, *en este preciso momento es lo mejor que se me ocurre. Llevo todo el día con reuniones y no hace ni dos minutos que he entrado por la puerta. Necesito unos momentos de descompresión. Dar un beso a los gemelos. Comerme unas patatas o un cuenco de cereales. Lo que no necesito es que me reciten los titulares del día con una voz aguda de falsete y a la velocidad del rayo.*

Pero está bien, está bien, a lo mejor su reacción ha sido un tanto frívola. Como de costumbre, el problema es el momento que ha escogido Ellen: problemas, preparativos, anécdotas enrevesadas sobre personas que él solo ha conocido de paso; todo ello se lo lanza como si fuera una andanada de perdigones antes de que él pueda echar una meada siquiera.

Albañiles vaqueros.

Un brote de tiña en la guardería.

Cancelación de una cena con Jed y Kay, a lo que Adam responde para sus adentros con un ¡aleluya! seguido de un «recuérdame quiénes eran Jed y Kay».

Y ahora esto. No sé qué nota desagradable, al parecer. Bueno, ya la advirtió de que habría protestas cuando la gente se enterase de lo de la reforma. Casi hubo una pelea en The Cricketers una vez que las furgonetas de los albañiles bloquearon Caldicott Lane.

Tarde o temprano, todos nos sentamos ante un banquete de consecuencias.

Dios. Procura actuar con normalidad aunque se le haya cortado la

respiración. Durante un instante de pánico cree que esas palabras van dirigidas a él, pero luego vuelve a leerlas con atención. No pasa nada. Pone claramente «Ellen». Sabe que es una cabronada por su parte experimentar semejante sensación de alivio.

—¿Y bien? —Ellen deja el cuchillo y se cruza de brazos, tiesa como el cemento—. ¿Se te ocurre qué clase de broma pesada puede ser ahora que la has leído, o esa es tu respuesta final?

Adam rememora cómo estaba Ellen esta mañana: tan suelta, tan fluida retorciéndose (sí, retorciéndose) debajo de él. Si ahora intentase abrazarla, no está muy seguro de que no se rompiese.

Aunque debería abrazarla, ¿no?

—Els, por Dios, no lo sé —responde, optando por no abrazarla. Conoce su lenguaje corporal tanto como para saber que es un gesto del que podría arrepentirse—. Supongo que habrá sido el que provocó la prueba de alcoholemia, lo cual deja a Jason Bale libre de toda sospecha. Ellen inclina la cabeza hacia un lado de un modo que sugiere que discrepa totalmente, pero que antes va a permitir que se enrede él solo—. Venga, ¿por qué iba Jason Bale a mandarte cartas amenazantes?

—Y… ¿por qué iba a mandármelas nadie? Me parece que el asunto radica en eso.

Adam no pretende escaquearse, pero la verdad es que no le encuentra ni pies ni cabeza a todo esto. Es posible que Ellen lo ponga de los nervios de vez en cuando, pero es franca y directa, una buena persona. No se le ocurre ni una sola persona que pueda desear ponerla nerviosa de esta manera.

A menos que…

No. No, ella no lo haría, ¿verdad?

Dios, si lo ha hecho ella, es un poquito excesivo.

Solo fue un beso, por amor de Dios. Un único beso y, vale, muchas, muchísimas horas de conversación inocente. Conversación de verdad. Sueños y esperanzas. Arrepentimientos del pasado. Los mejores macarrones con queso que habían comido nunca. Los más extraños laberintos con que se habían topado en la Wikipedia.

Algo muy diferente de lo que se habla en casa, donde los temas principales de conversación son sacar la basura o haber perdido las llaves y de vez en cuando una pugna sobre cuál de los dos está más cansado.

Y a pesar de lo bueno, buenísimo, que fue, a pesar de lo joven y lleno de posibilidades que le hizo sentirse aquello que había nacido entre los dos, lo cortó de raíz. Mantuvo la polla dentro de los pantalones y aquellas ideas dentro de la cabeza. Decidió que era mucho más seguro masturbarse en secreto en la ducha. Fantasear con el hecho de que aquella no era Ellen dentro de los confines del sexo

marital.

Y tampoco se siente culpable por ello. En absoluto. Es una persona realista. Después de veinte años viviendo juntos, le sorprendería que Ellen no fantaseara también un poco. La ha oído reír con Gwen de los méritos de cierto repartidor de DHL. Ha leído los comentarios del grupo de WhatsApp de Soccertots que hablaban de ese entrenador «obscenamente musculado» que no puede tener ni veinte años cumplidos.

Pero esos son solo chaladuras, fantasías tontas. Pasan el tiempo y no hacen daño a nadie. Y él cortó con su amorcito amablemente; ambos estuvieron de acuerdo en que era una idea bastante mala.

¿No es verdad?

Se deja caer en la mesa del desayuno y retira la silla que tiene al lado, una invitación a que Ellen se siente con él.

—Mira, Els, este tío está como una cabra. Peor que una cabra. ¿Quién demonios iba a tener un problema contigo?

—¿Sabes, Adam? A veces hablas como si yo fuera una puñetera aburrida.

«Cuando eres de todo menos eso», siente deseos de decir, o por lo menos lo era la antigua Ellen. La chica que bailaba como un demonio al ritmo de The Prodigy en el Sindicato de Estudiantes de Warwick. La chica que se limpió un bigote de espuma de una cerveza Guinness y dejó ver unos labios perfectos. Y, por supuesto, ya sabe que las personas cambian, pero por Dios que echa de menos a la Ellen de antes. Ellen la instigadora, capaz de pasarse hasta altas horas de la noche discutiendo sobre la desigualdad y sobre cómo se pronunciaba correctamente David Bowie. La Ellen capaz de encontrarle la cara divertida a todo y de nunca tomarse los inconvenientes como algo personal. La nueva Ellen, seamos sinceros, la de después de los gemelos, se altera por cualquier tontería, luego se queja de que él nunca la escucha, cuando en realidad él con gusto la escucharía el día entero si le hablase de algo que no fuera la política de las madres trabajadoras o lo último que Max se ha negado a comer.

Pero todo esto no se lo dice. En vez de eso, vuelve a leer la nota y comenta:

—Bueno, ¿y sabes de quién es esta frase?

—¿Qué?

—A ver… Esta persona, por lo visto, cree que lo sabes. Solo me pregunto si es verdad.

Su expresión dice que lo considera un imbécil. Y puede que lo sea. Puede que le gustase serlo. La vida es menos estresante si se es idiota, es lo que ha pensado siempre.

—Esa frase es de Robert Louis Stevenson. Y no, no lo sabía. He tenido que buscarlo en Google. ¿Qué, hay algo más constructivo que

desees aportar? Ya sabes, algo que ayude de verdad.

Qué presión.

—Bueno, ¿has hablado con Nush o…

Ellen lo interrumpe:

—¿Con Nush? No. ¿Por qué?

No es solo el tono empleado lo que implica que él ha dicho de nuevo lo que no debía, sino también el hecho de que ella se haya sentado a la mesa, pero no en la silla que él había retirado.

La Ellen de antes nunca recurría a esas jugadas de ajedrez de estilo pasivo-agresivo.

—Iba a preguntarte si has hablado con Nush o con Kristy o Gwen. Si le has enseñado la nota a alguien más.

Ellen niega con la cabeza.

—Cuando llegó en el correo, estaba aquí Gwen, pero yo me quedé demasiado aturdida para decir nada.

Una expresión le cruza el rostro, pero no tiene tiempo de asentarse, porque de repente llega Orla con una carta suya en la mano. Adam se queda mirando a Ellen, que palidece de inmediato. Si también le han enviado una nota a Orla, está claro que esto es algo más que una broma pesada.

Pone delante de Adam un papel impreso.

—Papá, el mes que viene hay un viaje a Frankfurt. Solo cuesta setecientas libras. —Ellen lanza un resoplido de alivio que resulta audible, pero Orla está demasiado ocupada en convencer a Adam para percatarse—. Está enfocado en el alemán para los negocios, en cómo expresar mis ideas y mis opiniones con mucha más precisión. —*Bendito sea Frankfurt,* piensa Adam—. Necesito la firma de un progenitor y una reserva de doscientas libras antes del lunes.

Ellen se pone de pie y se sitúa casi a la altura de los ojos de su hija.

—No necesitas nada porque no vas a ir.

—Ah, a ver si lo adivino: no podemos permitírnoslo. —Orla se acaricia la barbilla con gesto teatral—. Recuérdame, mamá, ¿cuánto va a costar esa nevera nueva que es tan grande como toda Francia?

—Mucho, pero eso no es de tu incumbencia en este momento. —Ellen no pestañea, aunque Adam sabe que por dentro está en conflicto respecto al precio de la nevera. Por un lado, su mujer adora las cosas: cosas caras, cosas llamativas, cosas que cuando era pequeña solo podía soñar poseer. Por otro lado, detalle que a él lo irrita ligeramente, en ocasiones se comporta como un pequeño dictador—. No vas a ir, Orla, porque, en primer lugar, son «solo setecientas libras». ¿Te haces idea de lo que pareces al decir eso? —*Una niña malcriada de tomo y lomo,* piensa Adam, *pero ¿qué crío de por aquí no lo es?*—. Y, en segundo lugar, no necesitas ir. Hablas alemán mejor que algunas personas hablan nuestro propio idioma. Ya se prevé que vas a

sacar muy buena nota.

A Adam no le sorprendería que su hija ahora suspendiera esa asignatura por puro despecho.

—¿Papá? —Orla lo mira con ademán expectante, como si el criterio de Ellen no fuese vinculante ni tuviera importancia.

—¿Y si paga ella la mitad? —sugiere, con la seguridad de que su hija preferiría rajarse el cuello antes que financiarse ella misma ese viaje de estudios—. Tiene el dinero que gana trabajando de canguro y su paga mensual.

—Vale; si es tan grave, olvidaos de ello. —Orla detecta la sonrisilla de su madre y responde sonriendo a su vez—. A propósito, mamá, ¿dónde has estado antes?

—¿Cuándo?

—A primera hora de la tarde. Bueno, a la hora de comer.

—Salí.

Es un diálogo simple, pero, tal y como viene sucediendo cada vez más entre ellas dos, Adam sospecha que se ha perdido información relevante. Las deja solas con el asunto y se pone a mirar el teléfono, medio leyendo titulares de noticias y medio escuchando.

—Es que llamé a Gwen porque me debía cinco libras y los gemelos estaban aquí, destrozándolo todo, obviamente. —Calla un momento—. Por lo visto, tú tenías unos «recados» que hacer. —Las comillas suenan exageradas; Adam no tiene ni idea de a qué se refieren—. ¿Por qué no te llevaste a los niños?

—¿Por qué no esperaste para cobrar esas cinco libras? —le dice Ellen—. Esta noche haces de canguro.

—¿Y por qué no esperaste tú a hacer esos recados mañana? Creía que esa era la razón de que los gemelos pasaran el viernes entero en la guardería, para que tú tuvieras tiempo de «hacer recados».

Adam levanta la vista.

—Oye, ya está bien de hablar con comillas. Os recuerdo que en esta casa no se habla con comillas.

Ellen taladra a Orla con la mirada.

—Ya aprenderás cuando crezcas un poco que en la vida las cosas no siempre salen como las planeamos.

Orla le contesta con un mirada todavía más severa y, acto seguido, sale corriendo de la cocina, pero al llegar a mitad de las escaleras lanza una última declaración:

—Por cierto, tengo suerte de conservar el trabajo de canguro después de lo de ayer. No me favorece en nada ser hija de una conductora alcohólica.

Unos cuantos pisotones más de protesta y luego un portazo allá arriba.

Tal vez debería ir yo a Frankfurt, piensa Adam. No le vendría mal

aprender a expresar sus opiniones con… ¿Cómo ha dicho Orla?… Con mucha más precisión. A lo mejor así practicaría más sexo y tendría menos reformas y menos conversaciones sobre brotes de tiña.

Y entonces es cuando las ve.

Unas marcas de rotulador en la mesa del desayuno. Desatan una furia vigorosa y abrasadora que no guarda ninguna proporción con el delito cometido.

Malditos críos. Maldito Frankfurt. Malditas marcas de rotulador en el maldito todo. La mesa de desayuno nueva, la que se encargó mediante la Operación Ellen, va a costar dos mil libras, y qué te apuestas a que acaba utilizándose como un puñetero cuaderno de colorear. Pues bien: como vea una sola marca en ella, una manchita de nada, va a…

¿Qué va a hacer?

Dejará el asunto en manos de Ellen, como de costumbre. Aunque juró que no iba a ocurrir, sabe que está volviéndose igual que su padre. El bueno de Roger Walsh, que solo deseaba tener una vida tranquila y que lo dejaran en paz.

¿Es posible que esté deprimido o que esté experimentando la crisis de los cuarenta? La verdad es que nunca ha entendido del todo si ambas cosas son la misma. Pero lo segundo sugiere Lamborghinis y novias llamativas y neumáticas; lo primero parece más su tempo.

En el vuelo de regreso de Nueva York, redactó su epitafio en una servilleta:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE ADAM RHYS WALSH.
DEVOTO (CASI) ESPOSO, PADRE, HERMANO E HIJO.
COMPETENTE DIRECTOR fINANCIERO.
SUELDO DE SEIS CIFRAS.
fINANCIADOR DE MESAS DE DESAYUNO.
SUFRIDOR DE ARDOR DE ESTÓMAGO.
ANTIGUO ESQUIADOR. ANTIGUO REGATISTA.
ANTIGUO TODO, EN REALIDAD.
SIEMPRE RECOGIÓ LA BASURA.
PENSÓ EN ENGAÑAR A SU MUJER Y LUEGO LO DESCARTÓ.
EN PAZ DESCANSE. AMÉN.

Por un instante estudió la posibilidad de enseñárselo a Ellen (penúltima frase incluida) con la esperanza de que eso provocase un cambio radical, una de esas conversaciones sísmicas que despejan el aire y que, aunque resultan dolorosas, suelen marcar el inicio de algo bueno o, por lo menos, algo mejor.

Pero eso acabó con el escándalo de la prueba de alcoholemia. Rompió en pedazos su epitafio y lo tiró por el váter. Probablemente fue lo más sensato, a la luz de todo esto.

—¿Todavía vas a ir al partido de bádminton?

La voz de Ellen lo saca de su ensimismamiento; aunque, como no estaba prestando atención, no es capaz de descifrar si se trata de una pregunta capciosa. ¿Es que no debería jugar ese partido de bádminton? ¿Eso es lo que está dando a entender?

Vuelve a mirar con gesto ceñudo las marcas de rotulador y, dando un salto mental claramente estrambótico, decide que se merece jugar ese partido.

—Por supuesto que sí. Cal ha reservado una pista. —Calla un momento y añade a regañadientes—: ¿Por qué? ¿Supone algún problema?

—No, no, ninguno. Obviamente, Kristy está en casa. —Se oye un débil retumbar de música tecno alrededor de la cabaña del jardín. Suena lo bastante fuerte para irritar, pero no tanto como para que ambos no parezcan dos fósiles si le ruegan que baje el volumen—. Le explicaré lo que ha pasado y le diré que cuide de los gemelos un rato. Ya están bañados y con el pijama puesto, así que no le darán mucho que hacer.

¿Será una pulla lanzada contra él? De verdad que se esfuerza por salir temprano del trabajo.

—¿Por qué? ¿Adónde vas? —le pregunta con la esperanza de que ella no se lo haya dicho ya dos veces.

—Necesito ver a Nush. Esta noche. —Adam frunce el ceño, desconcertado por la urgencia—. Es lo que tú has dicho antes —explica ella— de si había hablado con ella. Para serte sincera, no sé por qué no se me ha ocurrido antes.

—¿El qué?

—Que esto —recoge la nota de la mesa— podría ser obra del gilipollas favorito de todo el mundo.

Adam está bastante seguro de que así es como llamaba su mujer al primer profesor de violonchelo de Orla. Y a su propio hermano, Cahill. Y también al tipo que vivía en el piso de arriba en Streatham, que tocaba los bongos pasadas las doce de la noche y se negaba a firmar paquetes que fueran dirigidos a ellos.

Pero sabe a quién se refiere en este momento y tiene que reconocer que no es una teoría descabellada.

—Tom —dice Ellen como si Adam necesitara que se lo confirmase —. Siempre he tenido la sensación de que volvería para hacerme daño.

Primera mala acción

El mensajero

Ellen

—Vaya, Ellen, es genial ver que alguien va de conejita sexy. La mayoría de nuestros invitados son más de *Thumper* que de *Playboy*. Es espléndido tenerte aquí.

Hablando en sentido estricto, a Tom lo conocí antes que a Nush. Sea como sea, esa es la versión que cuenta él. La «versión del director» de Tom Delaney.

Apenas había transcurrido un mes desde que nos mudamos a Thames Lawley. Yo había llegado sola a la fiesta anual de disfraces de los Delaney, denominada «Extravaganza» —Adam se había visto retenido por motivos que ya hace mucho que he borrado de mi memoria— y con esas palabras de bienvenida, pronunciadas en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja que se las ingenió para que fuera a la vez tímida y picarona, al instante Tom hizo que me sintiera incómoda, por no decir sucia y barata.

«Odio» era una palabra demasiado fuerte, pero es justo decir que a partir de aquel momento me exasperó todo lo que tuviera que ver con Tom Delaney. El hecho de que usara crema de manos. Su abuso de la palabra «espléndido». Su tendencia a pasearse por ahí con las manos enlazadas a la espalda, como un miembro menor de la realeza de visita en una fábrica de embalajes.

Claro que nadie en absoluto habría adivinado cómo me sentía de verdad. Como mínimo, hacía todo lo contrario para compensar. Ningún favor era lo bastante grande, ninguna tarea era demasiado difícil. Fue más tarde, cuando comprendí mejor la psicología de Tom, cuando me di cuenta de que era precisamente mi inquebrantable amabilidad lo que hacía que yo no le cayera bien. Tom me consideraba un felpudo, una persona que siempre decía que sí, y si hay algo que a Tom Delaney le disgusta es que le pongan las cosas fáciles y rodadas. Conocí a su padre en una fiesta de vino y queso —otro evento anual de los Delaney— y digamos que eso lo explicó de sobra.

Nush y Adam se conocían ya desde que iban al instituto Foxton Grammar, aunque hasta que nos trasladamos a Thames Lawley ella solo había sido un nombre en una tarjeta de Navidad, no una persona a la que yo fuese a conocer. Habían mantenido el contacto de manera esporádica, una copa rápida cada vez que ella se pasaba por Londres, pero reconozco que al principio me dejó de piedra la fluida intimidad que había entre ellos. Adam le tomaba el pelo, pero sabía en qué

momento parar. Ella lo llamaba «Walshy» y sabía exactamente en qué punto le gustaba que le preparasen la carne.

Nush y yo no éramos colegas naturales, nos hicimos colegas por Adam. En la rueda de colores de la vida, ella era un morado intenso, mientras que yo era un rosa chillón. Nush se preparaba ella misma el sushi. Tocaba el piano. Llevaba prendas de cachemir. Había montado dos negocios exitosos desde la isla de su cocina (aromaterapia y materiales de fontanería, de modo que ni siquiera se la podía acusar de recurrir a un cliché), y lo cierto era que me sentía intimidada por ella y un poquito una don nadie a su lado. No era culpa suya, porque no podía ser más amable, pero su actitud de benevolencia y superioridad hacía que me costara mucho trabajo tomarle simpatía.

Y luego estaba lo del concurso del pub.

La pregunta había sido la siguiente: en el sur de Francia, ¿qué o quién es un *calisson?*

Mientras Tom y yo poníamos cara de no tener ni idea, Adam y Nush esbozaron una sonrisa de satisfacción.

—¡Un dulce! —exclamó Nush.

—Un poco parecido al mazapán —explicó Adam.

—Pero con melón —añadió Nush—. No sé, en aquellas dos semanas debimos de comernos cientos de ellos.

En plural: «Debimos».

A esas alturas, yo ya sabía que Adam y Nush habían tenido un «rollete» de adolescentes, pero imaginaba cabinas de fotomatón y cintas de canciones, ositos de peluche con la leyenda de «te quiero mucho» y magreos inocentes. Desconocía que Adam había pasado dos semanas en la villa que tenía la familia de Nush en Francia. O que habían pasado veinticuatro horas desaparecidos porque se fueron en autostop primero a Cannes y después a Antibes para que Nush pudiera visitar el museo de Picasso, donde lloró contemplando *La Joie de Vivre.*

Yo también lloré aquel verano. Mi hermano Cahill había allanado dos pisos de nuestra urbanización y mi padre se sintió tan ofendido que lo mandó al hospital con una fractura de mandíbula.

Así que ¿me escoció esa peregrinación encantadora, cinematográfica y soleada en la que ambos se habían embarcado? Pues sí, en un sentido infantil. Sin duda, fue más emocionante que la discusión que tuvimos él y yo a lo largo de los cinco kilómetros que hicimos andando hasta la catedral de Palma para al final encontrárnosla cerrada y cubierta con lonas.

Pero lo superé, claro que sí. Ya habían pasado más de veinte años y no soy idiota del todo. No tardé en olvidarme de todo aquello y, con el transcurrir de los años, Nush, así lo reconoció ella misma, dejó de ser amiga de Adam y pasó a ser amiga mía. Decir que nos convertimos en «inseparables» sería exagerar, pero íbamos de compras, cotilleábamos,

socializábamos y hacíamos gimnasia juntas, si por hacer gimnasia se puede entender que yo acudí a unas cuantas sesiones de la última devoción de Nush (¿Powerhoop? ¿Floatfit?) antes de claudicar alegando «problemas de cartílagos» y una total falta de interés.

También nos contábamos confidencias con regularidad, aunque solo sobre temas poco importantes, cosas que uno contaría a un taxista después de haberse tomado unas cuantas copas de más.

Hasta el año pasado, cuando de repente las cosas pasaron a ser muy importantes.

Era una de esas noches en las que una desearía no haberse levantado de la cama. El tren de Oxford se había retrasado, con lo que el trayecto de veinte minutos se había convertido en un festival de juramentos de una hora entera y Max la había tomado con el iPad de Orla como protesta porque yo me iba de casa.

Iba de regreso a la estación, pasando a toda prisa por Oxford Castle, cuando los vi. Salían del hotel Malmaison cogidos de la mano y riendo de forma íntima. Aún hoy veo todavía la expresión de apuro que puso Tom.

—Ellen, Dios santo, ¿qué estás haciendo aquí? —me preguntó, todo falsa afabilidad.

—Susi Sands cumple cuarenta —le respondí igualando su tono festivo—. Nush también estaba invitada, pero se le ocurrió pasar esta noche con Jasmine, ya sabes, como vuelve mañana a la universidad… —Miré a la mujer, bueno, la chica, y de nuevo a Tom—. ¿Qué, no vas a presentarnos?

Tiene un físico exactamente igual que el de Nush, no se me ocurría otra cosa. Alta y esbelta, con una melena negro azabache que le caía en espiral muy por debajo de los hombros. De ascendencia de Sri Lanka, quizá. Decididamente, del Sudeste Asiático. Hasta tenía los mismos modales que Nush: pose de bailarina de ballet, tranquila seguridad en sí misma, la sonrisa despreocupada y expectante de quien está acostumbrada a cautivar a la gente a voluntad. Siempre había asumido que la gracia de la infidelidad era la emoción de probar algo distinto, pero estaba claro que a Tom le parecía perfecto seguir con lo mismo, siempre y cuando fuera quince años más joven. En realidad, casi veinte.

—Ah… Jessie… —farfulló Tom y nos señaló alternativamente con el dedo índice—, te presento a Ellen. Es una… una amiga. —Hice una mueca exagerada de simpatía. Debió de resultar demoníaca. En mi defensa he de decir que me sentía más que perpleja y bajo la influencia de tres *mai tai*—. Ellen, Jessie es una colega del trabajo. Mi principal asociada, de hecho. Acabamos de tomarnos unas copas en el Malmaison. Tienen un Merlot sorprendente de bueno.

—Hola, Jessie. —Reconstruyo mi semblante en una sonrisa—. Cuando yo era pequeña, teníamos una perrita que se llamaba Jesse, una *cocker spaniel* de lo más libidinoso. De verdad, se tiraba a todo lo que se movía.

Sí, aquello fue un poco cáustico, pero verídico. Y, en cualquier caso, Tom llevaba la alianza de casado bien visible, así que, aunque allí la mala no era Jessie, tampoco era lo que se dice una ingenua.

Lo que vino después fueron dos minutos de conversación insoportable. Más publicidad para la carta de vinos, asombrosamente *espléndida,* del Malmaison. Un rollo interminable de cosas del trabajo, supuestamente diseñado para dar a entender que solo habían estado hablando de ello. Luego, para terminar, la sugerencia de que Orla debía presentarse candidata al programa de prácticas de la empresa, que era sumamente prestigioso. Al parecer, una insinuación no muy sutil de que sería admitida si mantenía cerrado el pico.

Llamé a Kristy desde el andén de la estación, indignada y llena de remordimiento contra Tom por ser un saco de escoria, pero más contra mí misma por haberle seguido el juego.

—Me cuesta creer que haya aguantado allí charlando, pero es que la situación me resultaba de lo más incómodo. Debería haberle cantado las cuarenta allí mismo, ¿no te parece? ¿Por qué seré tan cobarde?

Esperaba que Kristy me diese la razón; ella nunca ha sido de las que rehúyen una confrontación. Sin embargo, su consejo fue más bien el contrario, totalmente inequívoco.

—No te metas en eso, hermana. Esto es la vida real. Tú no eres la compi de armas tomar de una comedia romántica de los años noventa. No te preocupes, a Tom sus aventuras sexuales acabarán pasándole factura. Siempre les pasa eso a los tipos como él. Lo mejor que puedes hacer es irte a casa y olvidarte de esto porque lo normal es que maten al mensajero, acuérdate. Ahórrate las molestias.

Así que, cuando me fui a casa y me metí en la cama, me acurruqué contra mi encantador y fiel Adam y, todavía con la idea en la cabeza, mentí y dije que no tenía nada que contar de cómo me había ido la tarde, excepto que el tren se había retrasado como de costumbre y que el marido de Susi Sands había sufrido un nuevo ataque de gota. Razoné que no merecía la pena contarle lo sucedido. Aún no, hasta que decidiera qué hacer. Tenía que dejar que la cosa fuera cociéndose, que Tom se pusiera nervioso.

Apenas habían transcurrido doce horas cuando lanzó la primera volea.

Tenemos que hablar de lo de Oxford.

Tres horas y media más tarde, otros tres mensajes en rápida sucesión:

No es lo que tú crees.

Ellen, responde, por favor.

Vale, las cartas sobre la mesa. Fue algo puntual, lo juro.

El correo llegó más adelante:

De: tom4567x29@gmail.com
A: elsbelswalsh@hotmail.com

Ellen:

¿Podemos hablar? ¿Quizá cenar algo? Necesito explicarte y tengo que saber si vas a contárselo a Nush, aunque te rogaría que no lo hicieras. Nush no le ha dicho nada a nadie, pero en este momento no le está yendo muy bien. Serenity Scents está teniendo dificultades y, para empeorar las cosas, Shani ha vuelto a dejar la medicación, con todo lo que eso implica.

Por favor, Ellen, no se trata de protegerme yo, es que no creo que Nush pudiera soportar algo así en este momento.

Sé que tengo mis defectos, pero también sé que tú eres una buena persona. Por favor, piénsalo bien antes de causar un dolor innecesario a una querida amiga.

Tx

¿Qué podía hacer yo?

Si bien Nush nunca había dado muchos detalles, a lo largo de los años yo había deducido lo suficiente para saber que su madre, Shani, a menudo experimentaba períodos caóticos de euforia acompañados de otros de depresión profunda. De manera que actualmente Nush tenía una madre frágil, un negocio inestable y una ruptura matrimonial en ciernes. ¿Quería yo ser la persona que la cargase con esos horribles problemas?

Respondí con un único mensaje, calculando que Tom no se merecía más que cinco segundos de mi tiempo:

Ponle fin.

La solución de evitar el tema no podía durar mucho y, después de mentir diciendo que estaba enferma, que tenía trabajo o que de pronto me había surgido un montón de compromisos de tutorías, al final se me terminaron las excusas y tuve que aceptar una invitación. Diez días más tarde, volví a verme sentada ante la isla de la cocina de Nush, soportando una reprimenda por utilizar un tenedor para comer su *dim sum* vegetariano mientras Tom aburría al más pintado hablando de cuál era la mejor manera de reclamar una multa de aparcamiento.

Todo parecía tan normal que yo estaba casi relajada. No en el sentido de estar pasándolo bien, sino en el de desconectar: guardaba silencio y solo asentía con un «ajá» cuando se esperaba que lo hiciera. En realidad, me encontraba a un millón de kilómetros de allí,

intentando dilucidar qué era lo que sentía hacia las nuevas pantallas inteligentes activadas por voz, cuando el nombre de «Jessie» me devolvió a la realidad.

—Sea como sea, fue muy amable por tu parte, cielo —estaba diciendo Nush mientras inspeccionaba una manchita de aceite de chile que tenía Tom en la manga de la camisa—, pero no estoy segura de que entre las responsabilidades de un mentor se encuentre la de asesorar sobre multas de aparcamiento. Ya sé que te sientes responsable, pero el departamento de Recursos Humanos le ha rescindido el contrato a ella, no a ti.

Dejo en la mesa mi tenedor, tan mal visto, no vaya a ser que ensarte a Tom con él.

—Ah, pero fui yo el que avisó de que no cumplía los requisitos. —En ese momento me dirigió una mirada que me recordó a Kian: todo ufano y orgulloso de haber recogido sus juguetes como yo le había pedido—. Por supuesto, abrigaba la esperanza de que la tuvieran en cuenta para algo menos… difícil. Está claro que posee talento, simplemente no es persona de ingresos fijos.

«Ponle fin.»

Me sentí enferma, cruel. Peor: me sentí cómplice. Aunque Jessie difícilmente era mi persona favorita, no se merecía perder el trabajo por él. La idea de que Tom hiciera uso de su poder de aquella forma y de que pensara que yo iba a alegrarme de ello me causó un profundo asco.

—Entonces, ¿cómo es que sigues siendo su mentor, tío? —La total falta de astucia de Adam hizo que me entrasen ganas de acariciarlo primero y abofetearlo después.

—Sí, ¿cómo es eso, tío? —repetí apretando la mandíbula.

Tom se encogió de hombros y se hurgó entre las muelas buscando algo que se le había quedado atascado allí.

—Bueno, no es más que un arreglo informal, alguna sesión de vez en cuando. —Volvió a mirarme esbozando una sonrisita de satisfacción y en aquel momento lo supe. Lo supe—. Me gusta mucho hacer mentorías, pero lo cierto es que resulta mucho más lógico que el cliente esté fuera de la organización. Es menos… en fin, menos lioso, supongo. No hay una política que seguir. Uno puede examinar las cosas mucho más a fondo.

—Nush, ¿cómo está tu madre? —pregunté de repente. Desde el otro lado de la isla, Tom sonrió de oreja a oreja como diciendo *touché*—. ¿Se encuentra bien? Hace siglos que no hablas de ella.

Nush frunció el ceño, un tanto confusa por el giro brusco que había dado la conversación.

—Eh… Bien, sí, se encuentra bien. La verdad es que está genial. No ha ocurrido nada digno de mención, gracias a Dios. —La creí al

instante; no se puede fingir ese brillo interior que aflora cuando un ser querido por el que uno ha estado preocupado va recuperándose—. Obviamente, he aprendido a no albergar falsas esperanzas, pero creo que ya ha pasado casi un año desde el último episodio.

Tom ni se inmutó. En vez de eso, se inclinó hacia delante y dijo:

—¿A alguien le importa que me coma el último *wonton* de queso crema?

Más tarde, cuando Nush estaba en la planta de arriba comenzando a leer una novela policíaca que pensó que podía gustarle y Adam estaba en la calle cabreado porque nuestro Uber se había perdido, Tom me dijo, y no en un tono particularmente sereno:

—Vale, Ellen, ha sido una maniobra un poco ruin, estoy de acuerdo. Pero no finjamos que el hecho de que no le hayas contado nada a Nush ha tenido algo que ver con la pobre Shani.

Me quedé intrigada pensando qué había querido decir, y aunque una parte de mí, no toda yo, no deseaba darle la satisfacción de dejarle ver que sentía curiosidad, sin poder contenerme le respondí:

—¿Y qué se supone que significa eso, cabrón?

Sonrió al oír la palabrota como si fuese otra prueba más de su razonamiento.

—Estoy hablando del hecho de que todo esto te está encantando. Anotarte un tanto por encima de Santa Nush, saber algo que no sabe ella. —Dio un paso hacia mí—. Oh, sí, porque te conozco, Ellen. Esa inferioridad que sientes en lo más hondo de ti. Siempre te has sentido un poco insignificante al lado de ella, ¿verdad? En cambio, ahora le tienes lástima. Y eso resulta embriagador, ¿a que sí?

Mucho más tarde, ya acostada, una vez que se me hubo pasado la impresión, me enfrenté directamente a la acusación que me había hecho Tom. ¿Habría algo de verdad en ella? ¿Había siquiera una parte ínfima de mi persona que disfrutara viendo a Nush como víctima? Nush la emprendedora, que nunca usaba tenedor en lugar de palillos. Nush, la que había recorrido la Costa Azul en autostop para ir a sollozar delante de un Picasso en compañía del que actualmente era mi marido.

Cuando las primeras luces del amanecer se filtraban ya a través de los visillos del dormitorio, llegué a la conclusión de que no. No había nada de aquello, ni una pizca. A lo mejor me divertiría de manera infantil si Nush se tropezase en público o si Jasmine empezase a salir con un chatarrero pirado y en paro. ¿Pero aquello? Aquella clase de dolor no se la desearía a nadie. Su marido no solo la estaba engañando con otra, sino que además lo consideraba una hazaña de caza mayor.

Había que decírselo a Nush.

En primer lugar, sondeé a Adam.

—Necesito contarte una cosa —le dije, aprovechando la oportunidad a la mañana siguiente, mientras se lavaba los dientes.

—Me das miedo —replicó él con la boca llena de espuma.

—Esa noche de hace un par de semanas, en el cumpleaños de Susi… —Callé un instante y tomé aire mientras Adam me observaba a través del espejo del baño—. La cosa es que, cuando regresé andando a la estación, vi a Tom con una mujer.

Adam siguió lavándose los dientes.

—¿Con quién, con Nush?

Le dirigí a través del espejo la mirada que se merecía.

—No, Adam, porque si lo hubiese visto con Nush, habría dicho que vi a Tom y a Nush. Era otra mujer, so bobo. Una colega del trabajo. La que acaba de despedir, a la que todavía está ayudando como «mentor».

Sabía que Adam odiaba las comillas, pero había ocasiones en las que eran necesarias.

Dejó de lavarse los dientes.

—Vaaaale.

—Iban cogidos de la mano. Estaban juntos, o sea, juntos.

Tras un rápido lavado y aclarado, Adam se volvió hacia mí armado con su expresión de persona razonable.

—¿Cómo sabes que estaban juntos? Quiero decir, yo no voy por ahí andando de la mano de otras mujeres, pero ya sabes cómo es Tom.

—Porque él lo ha admitido. Le preocupaba que yo pudiera contárselo a Nush, así que me ha enviado varios mensajes con el cuento chino de que fue un hecho aislado y que Shani no estaba bien, así que no digas nada, bla, bla… —Hice una pausa esperando una reacción de sorpresa o por lo menos de asco, pero el semblante de Adam era inescrutable.

—Entonces, ¿no se lo has dicho a Nush?

Solté una carcajada, a pesar de todo.

—Bueno, ¡es evidente que no! Si se lo hubiera dicho a Nush, no creo que él se hubiera zampado esos *wontons* de queso crema, ¿no crees? —Levanté la barbilla—. Pero voy a contárselo. Tengo que contárselo.

—No. —Adam hizo un vehemente gesto negativo con la cabeza—. No. Els, déjalo. Se olvidará.

¿Que se olvidará? Como si engañar a tu mujer fuese tan solo una moda pasajera, como pescar carpas o aprender a tocar la trompeta.

—¿Tú crees? Porque no parece que vaya a suceder pronto. Todas esas chorradas de anoche, eso de «alguna sesión de vez en cuando» y de «examinar las cosas mucho más a fondo». —Me encrespé de rabia —. En serio, Adam, Tom necesita una castración y después el divorcio.

Adam se quedó mirando para el suelo con pena, tamborileando con

los dedos en el lavabo. Supuse que estaba sopesando si debía ofrecerse a desempeñar un papel de apoyo cuando yo hablase con Nush o si, como ocurre con la mayoría de las conversaciones desagradables, podía dejarme la peor parte a mí.

Levantó la vista.

—Déjalo, Ellen.

Fue lo más parecido a una instrucción que me había dado jamás.

Mi respuesta fue igual de resolutiva.

—No, Adam. No pienso dejarlo.

Irguió la espalda y amplió la postura y yo casi me eché a reír por aquel intento suyo de jugar al tira y afloja.

—Mira, puede que esto te sorprenda o no, pero no es la primera vez, ni tampoco la quinta, que Tom hace esto. Hasta ahora Nush siempre ha hecho la vista gorda y es probable que haga lo mismo en esta ocasión. Lo cual significa que lo único que conseguirás será generar un montón de incomodidad.

—Oh, Dios mío, ¿cómo es que nunca me habías contado eso? —No sabía qué me sorprendía más: la discreción de Adam, que Tom fuese tan hijo de puta o que Nush se dejase pisotear así—. Además, ya hace una eternidad que Nush y tú no sois amigos íntimos, ¿por qué iba a confiarse a ti y no a mí?

—Lleva años sin confiarse a mí, desde Londres, desde que nos vinimos a vivir aquí y empezamos a socializar con los dos. —Lanzó un suspiro—. Simplemente, no hablamos de ello. Es como que esas conversaciones nunca han tenido lugar.

Ahora todo tenía lógica. La actitud de Tom la noche anterior. Sus provocaciones ufanas y sin miedo alguno. Puestos a analizarlo, no estaba tan preocupado por que yo le contara el asunto a Nush o no. Si bien era posible que causara una incomodidad transitoria, ella lo perdonaría. La diversión consistía en ponerme nerviosa a mí.

Sentí que me inundaba una nueva oleada de furia.

—Adam, el problema es que Tom no solo es mal marido, además es una mala persona, y eso no puedo ignorarlo. Se valió de la salud mental de la madre de Nush para salir del atolladero. Ha despedido a esa chica, la tal Jessie. Da asco.

—Estás enfadada, lo comprendo. —Adam vino hacia mí y apoyó las manos en mis hombros—. Pero no confundas joder a Tom con ayudar a Nush.

—No es eso lo que estoy haciendo —repliqué, apenas convencida yo misma—. Si me hubiera ocurrido a mí, quisiera saberlo.

Adam suspiró otra vez y retiró las manos.

—Sí, tú sí; pero tú no eres Nush. Estás viendo esto con tus ojos, necesitas dar un paso atrás.

Respiré hondo y me calmé; pelearme con Adam no iba a beneficiar

a nadie.

—Mira, si Nush lo acepta, lo acepta. Perfecto. No diré ni una palabra más. Pero no puedo fingir que no he visto nada.

—A lo mejor deberíamos hablar con Shani, para ver qué opina.

Otra vez volví a encresparme.

—¡Por el amor de Dios, Nush no tiene trece años! Aquí no estamos hablando de si tiene permiso para agujerearse las orejas. No le corresponde a su madre decidir lo que es mejor para ella.

—Ah, ¿y a ti sí?

—Sí —contesté, y en aquel momento jamás me había sentido tan segura de algo—. Porque voy a contarle la verdad. Y la verdad es siempre lo mejor.

No puedo decir que Adam no me lo advirtió.

—Oh, Thomas, mira que eres bobo.

Miré fijamente a Nush pensando cuál fue la última vez que yo había llamado algo similar a Adam. Fue una vez que ya había llenado medio depósito de un coche alquilado con diésel en lugar de gasolina. No había estado sudando las sábanas con una chica igualita que yo físicamente pero con la mitad de mis años.

Aunque eso no implica que Nush no atravesara toda una variedad de sentimientos. Tuvimos sorpresa, agitación y yo diría que algo parecido al arrepentimiento. Pero lo que más me sorprendió fue que Nush no cambió nada al enterarse. Como si la infidelidad de Tom no fuese más que una pesada tarea que sabía que iba a tener que abordar de vez en cuando.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté probablemente veinte veces esa mañana.

Y todas las veces ella le restó importancia al asunto:

—Bueno, me parece justo decir que me han dado noticias peores, Ellen.

O bien:

—No voy a meter la cabeza en el horno, si eso es lo que te preocupa.

Transcurrido un rato, después de tomarnos el segundo café, probé una táctica distinta: acciones en vez de sentimientos.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

—¿Hacer? —A Nush, una de esas personas activas que hay en la vida, de pronto ese concepto le resultó gracioso—. ¿Por qué iba a tener que hacer algo? Tom me dirá que lo siente mucho, me prometerá lo que sea para evitar el castigo, sin duda, y después nosotras —agitó el dedo señalándonos a ella misma y a mí— nos olvidaremos de que hemos tenido esta conversación. —La expresión de mi rostro delató mi rechazo total—. Escucha, Ellen, todos tenemos

matrimonios diferentes. Mi matrimonio no es como el tuyo.

Adam ya me lo había advertido y aun así aquello me seguía pareciendo de lo más absurdo, típico de un ama de casa de 1950. Y ni siquiera era que yo considerase que perdonar una infidelidad equivalía automáticamente a insultar a todas las mujeres. ¿Pero una infidelidad repetida? Eso no podía reconciliarlo con la Nush que conocía yo.

—Nush, esa chica tenía, no sé, veinticuatro o veinticinco años —le dije no con el deseo de herirla, sino más bien con el de incitarla a una mínima sublevación—. ¿No te sientes…?

—¿Cómo? —saltó ella—. ¿Cómo quieres que me sienta, Ellen? —La miré abriendo mucho los ojos en un gesto de sorpresa y ella enseguida retrocedió y buscó mi mano desde el otro lado de la isla de la cocina —. A ver, perdóname. Lo siento. Y gracias por decírmelo, cielo, te lo digo en serio. Aquí hay muchas personas que se lo contarían a cualquiera menos a mí. —Al apartar la mano, me miró con lástima. ¿A mí?—. Pero si se supone que debo estar sorprendida de que un hombre de cuarenta y cinco años se sienta atraído por una joven de veinticinco, entonces me parece que la ingenua eres tú.

—¿Es así?

Nush tomó aire y acarició el borde de su taza de café.

—Venga, no irás a decirme que no te has fijado en que Adam mete la barriga cada vez que aparece esa amiguita tuya tan guapa con su pantalón corto vaquero.

«Esa amiguita tuya tan guapa.»

Se refería a Gwen y lo sabía perfectamente. Pese a su actitud de indiferencia, era demasiado inteligente y educada como para no acordarse del nombre de una persona. Podía haber sido envidia en el patio de recreo porque uno nunca madura lo suficiente para superar el sentimiento territorial con las amistades, pero lo más probable es que fuera el modo en que los hombres miraban a Gwen: como si fuese un vaso de agua helada en un caluroso día de verano.

—Seguro que sí —respondí sin alterarme—, pero meter barriga y sacar la polla son dos extremos opuestos del espectro. —Ella hizo una mueca de desdén, la misma que puso Tom aquella noche que me dijo que yo era «insignificante». Y eso me dolió, despertó algo, de manera que contraataqué—. Nush, en serio, ¿cómo te sentirías si alguien tratase a Jasmine como Tom te trata a ti? ¿No crees que deberías darle mejor ejemplo?

En cuanto dije eso, deseé no haberlo dicho. No porque no lo pensara ni porque no fuese una opinión legítima, pero cuando uno entra a hacer juicios morales resulta muy difícil retractarse.

Nush, cosa sorprendente, no hizo caso de mi crítica.

—Mira, Ellen, Tom se acuesta de vez en cuando con otras mujeres.

Yo lo sé. Es un picor que tiene y que necesita rascarse y no tiene nada que ver con el modo en que me trata a mí. Me trata maravillosamente. —Hizo una pausa en su discurso de «permanece junto a tu hombre» y ladeó la cabeza—. Por cierto, ¿qué tal van las cosas con Adam? ¿Continúa dejándote a ti la tarea de cuidar de los niños y apuntándose a todos los deportes?

Era una pregunta retórica. Estaba defendiendo su postura, lisa y llanamente. Una postura que a ella le parecía lógica, aunque a mí me costaba creer que estuviera equiparando los dos delitos.

Aun así, no tenía planeado decir lo que dije a continuación. En mi defensa, he de decir que había empezado ella, con sus referencias sarcásticas a Adam.

—¿Sabes? Tom le ha propuesto a Orla que solicite esas prácticas de verano el año que viene. —Nush frunció el ceño sin entender—. Lo que significa que en un futuro próximo no estará en el mercado de nuevas «mentorías». Es evidente que le gustan jóvenes.

—¡Ellen! Cómo has podido… ¡Orla es prácticamente una niña! —Se levantó de un salto, cogió un trapo y se puso a limpiar furiosamente la superficie de la isla, una superficie que ya estaba tan limpia que se podría operar en ella—. Creo que debes marcharte.

Pero algo había calado. No se atrevía a sostenerme la mirada.

No era el momento de aliviar la presión.

—No estoy diciendo que ella no vaya a tardar unos pocos años en esquivarlo. Imagino que Tom no será tan pervertido. —No imaginaba nada de eso, aunque si se le ocurría tan solo mirar a Orla, yo le estamparía la cabeza contra el suelo hasta rompérsela en pedacitos—. Pero ¿y las amigas de Jasmine? —Nush se quedó helada—. Esa chica tenía quizá cinco o seis años más que tu propia hija, Nush. ¿Quién dice que sus amigas no se convertirán en presas fáciles dentro de poco? —Callé un momento—. Piensa en eso. Vamos, piénsalo. Imagina qué humillación.

Dejó el trapo en el fregadero y permaneció unos instantes con la mirada fija en el jardín. Aunque no podía verle la cara, sus hombros hundidos lo decían todo.

Ataqué de nuevo, por última vez:

—Por lo menos, dale una lección.

—¿Y cómo hago eso? —contestó ella murmurando la pregunta al éter.

Me acerqué al fregadero y me situé a su lado hombro con hombro, mujer con mujer.

—Échalo de casa, al menos durante una temporada. No te conformes con una disculpa y unas cuantas promesas falsas. Eres Nush Delaney, por el amor de Dios. Eres un titán. Eres Boadicea. —Eso le provocó una débil sonrisa, al menos—. En serio, si no te plantas,

¿dónde va a terminar esto? Es necesario que asustes un poco a Tom, que le recuerdes que aunque tenga ese picor sigue habiendo normas que respetar, que no vas a tolerarlo todo. —Ella asintió con la cabeza, más resignada que resuelta—. Pero tiene que saber que estás hablando en serio, Nush. Tienes que demostrarle que hablas en serio. Se acabaron las palabras, tienes que echarlo de casa.

Pues eso.

¿Me pasé de la raya? ¿Presioné demasiado? ¿Lo de implicar a Orla y a Jasmine supuso un golpe bajo gratuito?

He estado pensando durante todo este tiempo y no, creo que no. Puede que fuese el resultado de mi frustración por la pasividad que mostraba Nush y por sus pullas respecto a Adam, pero hubo mérito en lo que dije. Sigo pensando que es una cuestión de tiempo.

Además, mi terapia de choque funcionó. Fuera cual fuese la escala con la que Nush había trabajado anteriormente, en la que las colegas de veintitantos eran lamentables pero, en última instancia, perdonables, la simple sugerencia de que Tom podía corromper a las amigas de su hija fue lo que hizo que entrara en acción el «hasta aquí hemos llegado».

No hizo la vista gorda. El episodio no se olvidó. Unos días después, echó a Tom de casa; fue rápido, brutal y, para gran sorpresa de todos, definitivo.

Este año pasado no ha sido fácil. Para ser una persona que ha llegado tan lejos en el ámbito profesional, Nush se definía principalmente como la «esposa de Tom» en un grado increíble. Pero lo logrará, sé que lo logrará. Es inteligente y atractiva y, cuando no está representando el papel de la abeja reina, también es graciosa y generosa. Se merece alguien que sea bueno.

De manera que a lo mejor fui un poco abusona, pero obré bien.

Solo piensa lo contrario Tom Delaney, que actualmente vive en el apartamento de Jessie mientras espera las consecuencias económicas del proceso de divorcio.

8
Nush

—La fama por fin, cielo. Tu nombre todavía no aparece iluminado, pero figura al lado del críptico crucigrama de *The Echo,* así que no es mal sitio.

Se oye silencio al otro lado de la línea, al menos por parte de Ellen. Como de costumbre, al fondo se oye el estruendo del alboroto que Nush ha llegado a asociar con Chateau Walsh: la televisión a todo volumen, Orla lloriqueando, los gemelos correteando como salvajes por toda la casa.

Nush se concede una sonrisa en el espejo del pasillo, sabedora de que el silencio total de Ellen solo puede significar una cosa: angustia.

—Oh, Dios, no, cielo. No me refiero a lo de ayer —dice para, de mala gana, sacar a Ellen de su sufrimiento. Aunque ¿de verdad cree que es tan importante que *The Echo* considere la vergüenza que pasó con la prueba de alcoholemia como una primicia bastante exclusiva? —. No, me refiero a lo de la semana pasada, la feria de alimentación retro, cuando adivinaste el número de gominolas. Hay una foto en la página nueve. Es preciosa, la guardaré para dártela.

Ellen fingió sentirse sorprendida al ver que había ganado. «¿Cómo, yo? ¡Pero si yo nunca gano nada!» Pero más tarde, tomándose una sidra, le confesó a Nush que la cosa tiene truco. Un cálculo aproximado que se puede aplicar. Algo que ver con los diámetros, los radios y el grosor del vidrio y en realidad da lo mismo. Lo único que pensaba Nush era en lo afortunado que era Adam. En Chateau Walsh las noches debían de pasar volando.

Aun así, haberse acercado tanto, hasta ocho diminutas gominolas, fue impresionante. Hasta ella misma es capaz de reconocerlo. Pero claro, es que a la maldita Ellen Walsh le resulta fácil todo: la vida, el amor, hasta las gominolas. Es la clásica chica lista tanto para ciencias como para letras.

La que siempre consigue lo que desea.

En este preciso momento desea venir a contarle la última odisea de Ellen y está empleando ese tono empalagoso y agradecido, como si estuviera buscando una mejora en el vuelo en vez de un poco de charla y una taza de té. Eso en ocasiones hace reír a Nush, pero sobre todo le desconcierta que una persona tan egocéntrica como Ellen pueda tener tan poca autoestima.

Tras colgar el teléfono, Nush se fija en la foto del periódico y va trazando con el dedo, de manera hipnótica, la forma de la cabeza de Ellen. Lo cierto es que es una foto favorecedora. La mandíbula no se le ve tan cuadrada y las clavículas aparecen bastante esculpidas. Ayuda el hecho de que Iván, el de *The Echo,* sea un fotógrafo de moda jubilado que sabe un par de cosillas sobre ángulos. Es un maestro a la hora de enmascarar defectos, un archimanipulador de lo que la gente ve.

Ellen fingirá odiar todo eso, naturalmente. La publicidad, la foto, todo el alboroto cursi y provinciano que se ha montado por los periódicos de la comunidad y por las gominolas.

—Bueno, qué, ¿abro el Pinot? —pregunta Nush cuando ve que se abre un hueco en la autocompasión de Ellen—. Siempre que no vayas a conducir, claro. Puede que no tengas tanta suerte por segunda vez.

Suprime una sonrisa, aunque a saber por qué la suprime. Aquí ya no hay nadie que vaya a juzgarla desde que la hija se le fue al Pembroke College, en la Universidad de Cambridge, y el marido a un piso de Amersham, que está a cincuenta kilómetros de aquí.

Ellen, de manera decepcionante, apenas se percata de la pulla. Responde que no quiere un Pinot, pero que de todas maneras irá andando. Necesita estirar las piernas y despejarse la cabeza. Por lo visto, las últimas veinticuatro horas han sido «más estresantes que lo de Dunquerque».

Hum.

Así que hay problemas en la Meadowhouse, pero, francamente, ¿cuándo no los hay? Si se le pregunta a Nush, el problema de Ellen es que no tiene problemas de verdad. Ninguno que sea sustancial, vamos. No sabe lo que se siente cuando se pierde todo. A Ellen se le viene el mundo abajo cuando no encuentra las llaves.

No, lo que tiene Ellen es dramatismo, y el dramatismo es algo que se inventa uno. Hace un drama de la reforma. Hace un drama de los gemelos, de Orla, de Adam. ¿Es eso de extrañar, piensa Nush a menudo, dado que tienen que aguantar tanto contigo?

Y luego están los dramas «independientes», como Nush ha llegado a considerarlos. La semana pasada, fue un lunar que la preocupaba; la semana anterior, la posibilidad de haber ofendido a Sylvia; la semana anterior a esa, que había hormigas en el salón, de hecho un hormiguero entero, atraídas por una galleta de jengibre que se había quedado debajo del sofá. Lo único que pudo hacer Nush fue sugerirle que, si de vez en cuando pasara la aspiradora por debajo de los muebles, en vez de pasarla solo alrededor, aquello no habría sucedido.

Pero con la aspiradora hace lo mismo que con el resto de su vida.

A Ellen solo le preocupan las partes que la gente ve.

9
Ellen

Es una norma tácita de educación y podría ser unilateral, pero incluso después de varios años de amistad sigo sin presentarme en casa de Nush sin avisar. Y a diferencia de Gwen, que una vez vino a nuestra casa para pedirnos que le prestáramos un cargador y terminó cocinando un *jalfrezi* de gambas, desde luego no me apodero de la cocina de Nush. Ni siquiera me he preparado una bebida caliente.

Por suerte, Nush es una anfitriona excepcional.

—Té dulce para el shock —me dice al tiempo que me pasa una taza y un trozo de algo pegajoso por encima de la isla de la cocina—. Y tarta casera de coco de Sri Lanka para lo mucho que hace sufrir.

Esta noche Nush se encuentra en buena forma, las crisis siempre la galvanizan. Y sobre el tema de su futuro ex está totalmente decidida.

—Cielo, ya sé que Tom tiene un don para lo dramático, pero las cartas envenenadas no son lo suyo. —Se muerde el labio inferior entrecerrando los ojos y poniendo una expresión de perplejidad—. Pero, claro, en realidad, ¿de quién puede ser? ¿Quién demonios iba a tener algo contra ti?

—Eso mismo me ha dicho Adam. —Emito una risa débil—. No me había dado cuenta de que era tan blandengue e inofensiva.

Un destello de la Lomax. De Zane. El más culpable de los secretos.

El lugar y la persona que sacan a la luz lo peor de mí.

Nush se sienta en la banqueta situada enfrente.

—Bueno, mira, te aseguro que Tom no ha sido. No recuerdo que haya escrito nunca una carta y mucho menos que se haya tomado la molestia de echarla al correo. Ni siquiera le escribía a Santa Claus, cosa que también desanimó a Jasmine a la hora de hacerlo. ¿Te lo puedes creer?

Sí que puedo, sin problema. Para tratarse de un hombre que tiene una relación tan holgada con la verdad, Tom siempre se ha aferrado a la creencia de que los adultos no deberían «perpetuar falsedades infantiles». Su último bicho fue el Ratoncito Pérez.

Dios, cuánto lo odio.

También sé que estoy proyectando, que deseo desesperadamente que esto sea obra suya. Porque por lo menos una maniobra hostil de Tom es una maniobra de la que puedo hablar. Incluso podría contárselo a la policía si llegara el caso si las cartas amenazantes

pasaran a ser acciones.

Pero sin saber con quién estoy tratando, involucrar a la policía podría resultar autodestructivo.

—Y de todas formas —continúa Nush—, aparte del hecho de que nunca ha sido un gran artífice con las palabras, lleva desde la semana pasada en Zúrich, a ochocientos kilómetros de High Wycombe.

La miro.

—Creía que últimamente estabais bastante incomunicados.

—Ah, pero tengo ojos y oídos.

Ojalá se olvidara de él. Y espero que no esté sirviéndose de la pobre Jasmine como soplona.

—Bueno, aunque esté en Zúrich, debe de tener un lacayo que envíe una carta por él. —Pruebo una esquina de la tarta y hago los necesarios ruiditos de gusto mientras formulo mi siguiente idea—. ¿Y lo de la prueba de alcoholemia?

Nush apunta con el tenedor.

—Eso sí que no descartaría que haya sido obra suya. Pero ¿cómo iba a saber dónde estabas?

—¿No publicaste nada en Facebook? ¿Una foto, una actualización de estado?

Su cuerpo se encoge en un nudo defensivo.

—¿Me consideras tan trágica como para no quitarle de mis amigos en Facebook?

Siento un estremecimiento. Lo último que quiero hacer es hurgar en las heridas de Nush cuando aún se encuentran en la fase en que están enrojecidas y pican.

—Pues verás, con independencia del «cómo», sigo pensando que Tom es un duro rival. Es evidente que me culpa a mí de que lo hayas echado de casa. —Siento una punzada de duda—. Aunque, ¿por qué ahora? Quiero decir, lo de que la venganza es un plato que se sirve frío queda muy bien en *El padrino,* pero esto es la vida real.

—Ya, bueno… —Nush calla unos instantes—. Por lo que parece, la vida está a punto de volverse muy real para mi querido ex. —Baja la vista a su taza de té y vuelve a guardar silencio durante unos segundos. Yo estoy a punto de explotar de curiosidad cuando de repente levanta la cabeza—. La perra *cocker spaniel* está preñada.

—Vaya. —Dejo el tenedor en la mesa. Este está resultando ser un gran día en todos los sentidos—. Dios, ¿de modo que… es serio?

—Eso parece. Un cachorro es para toda la vida, como dicen.

—Pero… yo pensaba que Tom estaba viviendo con ella solo por conveniencia. Para mantener la polla mojada y los pantalones lavados hasta que supiera cómo están las cosas en el terreno financiero. —Nush alza una ceja—. Entonces, ¿tú crees que Jessie es de las que lavan los pantalones?

—No tengo ni idea. No lo he dicho en sentido literal.

—Vamos, debes de tener alguna idea de cómo es. —Ya llevamos un año con esta misma rutina: Nush me sondea para que le proporcione detalles que no tengo, me presiona para que le dé alguna información sobre alguien con quien he hablado menos de cinco minutos—. Aunque ya se sabe que los *cocker spaniel* son una raza bastante cariñosa, ¿no? Yo diría que ella le lava la ropa.

La aplaco con una sonrisa, aunque me siento un tanto mortificada por lo de la *cocker spaniel.* Si bien ese término cumplió su función en las primeras semanas posteriores al apocalipsis de Tom, esperaba que ya lo hubiéramos superado, o que por lo menos hubiéramos adjudicado a Tom una etiqueta sarcástica parecida.

—¿Y cuándo te has enterado? —le pregunto.

—Ah, hace unos días. Por él no, claro. Por Jasmine.

El muy cobarde ni siquiera ha sido capaz de comunicárselo él mismo.

—¡Hace unos días! Dios, ¿por qué no has dicho nada?

Nush se pasa la mano por el pelo.

—Porque tú estás siempre muy ocupada. No quería agobiarte más.

—Pues deberías habérmelo dicho. Esto es importante, Nush. —Dejo escapar un largo suspiro—. En fin, ¿cómo os sentís al respecto Jasmine y tú?

—Jasmine lo lleva bien. Está preocupada sobre todo por mí, es un cielo. Pero te mentiría si dijera que no me duele, Ellen. Me duele justo aquí. —Se golpea el esternón con sus dedos largos y esbeltos—. Siempre he querido que tuviéramos otro hijo. Obviamente, no ha ocurrido.

Yo siempre quise saberlo, aunque de ninguna forma se lo habría preguntado a ella. Nush es de esas personas de las que uno espera recibir información y, en todo caso, el número de hijos que tenga una mujer, sean uno, dos, diez o ninguno, siempre me ha parecido un asunto que le incumbe exclusivamente a ella. Sin embargo, suponía que Nush se sentía contenta con su suerte. Siempre ha dicho que Jasmine es una «hija muy preciada» (como si yo hubiera encontrado a los míos en un contenedor de basura y hubiera pensado que ya me serían útiles para algo) y los tres parecían muy controlados, muy contentos, al menos en la superficie. Supongo que se mostró un poco distante cuando hace unos años le anuncié mi asombroso embarazo, pero eso lo achaqué a una pizca de melancolía por el hecho de que nuestra amistad iba a cambiar de forma inevitable.

—Bueno, para él va a suponer un infierno, por si eso te sirve de consuelo —le digo—. En serio, lleva casi dos décadas sin limpiar la caca de un culito. —La expresión de Nush sugiere que tampoco limpió muchos antes—. Y luego está lo de no dormir seguido y lo de

esterilizar todo constantemente. Y tendrá que aguantar todos los chistes de papá viejo. ¿Quién va a quedarse antes sin dientes? ¿Quién se echa más siestas? —Surge una mínima sonrisa irónica—. Y después, espera a que llegue a la edad de mis gemelos y la vida se convierta en un largo ataque de nervios en un supermercado.

—Disfruta de ellos, cielo. Antes de que te des cuenta, se irán a la universidad y tu casa te parecerá un mausoleo. —Me dirige una mirada tímida, comprendiendo que seguramente no sirve de gran consuelo eso de «aguanta otros quince años»—. En fin, ¿y cuántos ataques de nervios ha habido esta semana?

—Oh, solo tres. —Hace un gesto de dolor—. El último fue tan grave que llamé a Max «Satanás» delante de la señora O'Leary cuando fui a recogerlo. No creo que se percatase del chiste, pero bueno. —Ataco de nuevo la tarta; el azúcar y la grasa siempre reconfortan—. Sinceramente, entre ellos y Orla… ¿Sabes?, Kristy opina que pudo ser ella la que me denunció por conducir después de haber bebido.

—¡Orla! —A Nush esa idea le resulta tranquilizadora, de tan extravagante—. Pero ella no haría una cosa así, ¿no? Solo está atravesando una etapa, les ocurre a todos. —Algo fácil de decir cuando las etapas de Jasmine consistían en fotografiar viaductos y lanzar una campaña para salvar a los pangolines—. En serio, Ellen, Kristy no debería haber dicho eso. Pero claro, es que hay muchas cosas que Kristy no debería decir.

—Oye, ¿qué opinas de Jason Bale? —pregunto cambiando rápidamente de tercio. No me parece bien despotricar contra Kristy cuando está en mi casa cuidando de mis pequeños.

—¿De Jason Bale? ¿En qué sentido?

—Oh, probablemente no sea nada. Es que me da vibraciones extrañas. Resulta difícil de explicar. —Sobre todo, después del día que he tenido. Siento el cerebro como si funcionara empleando arroz con leche como combustible—. Es que me choca un poco, nada más.

—No puedo decir que no me haya dado cuenta. —Nush se inclina hacia delante cruzada de brazos, la clásica postura de chismorrear—. Pero una cosa te voy a decir: es muy raro que Jason haya terminado en este lugar, administrando pruebas de alcoholemia.

—Rompió con su mujer —digo yo—, quería empezar de cero…

—Rompió con su vida anterior, según Stu Bartlett. —No tengo ni idea de quién es Stu Bartlett, pero Nush es cotilla y tiene buenos contactos y de repente soy toda oídos—. Antes era un oficial de alto rango en la policía.

—¿Quién, Stu Bartlett?

—Nooo. —Su tono sugiere que la idea misma es para echarse a reír —. Stu trabaja en el mostrador principal de la comisaría. Su mujer, Pia, dirige el Bootcamp del parque. Es danesa, y él es…, no sé, del

norte. —Me mira con gesto de frustración, como si yo debiera estar enterada de todo eso—. Me refiero a Jason. Jason estuvo en la policía. Homicidios, contraterrorismo. Me parece que llegó al grado de inspector. Un tipo de altos vuelos.

—¿Lo degradaron? —pregunto. Eso podría explicar su mal humor.

—No. Eso es lo raro. Según Stu, Jason se degradó él solo. Le dio la espalda a su importante trayectoria profesional y a continuación solicitó un sencillo puesto de agente de policía en nuestra humilde parroquia. —Se yergue en el asiento, satisfecha consigo misma—. Qué quieres que te diga, cielo, eso sí que transmite «vibraciones extrañas».

10
Kristy

Kristy, ¿te importa que vuelva un poco más tarde? Eres un encanto, lo siento muchísimo. Eso era lo esencial del mensaje incoherente y humillante de Ellen. Y, por supuesto, Kristy respondió que no había problema, porque esas son las normas para que le proporcionen alojamiento gratis. Toda incomodidad debe atajarse con un «deja de estresarte, Ellen, lo entiendo».

Y es verdad que lo entiende. Entiende que Ellen considera que su tiempo vale más que el de nadie. Tiene tres hijos, ¿sabes?, tres, y una lista interminable de responsabilidades nobles: vecinas viudas a las que visitar, *Otelo* que enseñar, comerciantes a los que movilizar. Dicho en pocas palabras: Ellen tiene más cargas que posiblemente cualquier otro ser humano vivo, y como tiene más, uno tiene que esperar menos. Así que si se le hace tarde, no te irrites. Si se irrita ella, por favor, no la critiques. Además, en realidad tú no te puedes quejar, dado que vives en su casa y ella te ha incluido en el seguro del coche y te dice sinceramente que no supone ningún problema porque al final estas cosas se equilibran solas.

Ni por lo más remoto. Ellen no sabe ni la mitad. Los gemelos por fin están acostados, aunque sabe Dios si se habrán dormido ya. El trabajo de Kristy consistía en calmarlos y, francamente, eso ya ha sido una tarea. Ahora, en la paz y la tranquilidad, está de pie frente al abarrotado armario ropero de Ellen, maravillada de lo despilfarradora y ostentosa que hay que ser para pagar noventa libras por una camiseta blanca lisa.

Más que perpleja, descuelga la ofensiva prenda de su percha de terciopelo y la inspecciona buscando algún logo, pero por supuesto no hay ninguno. A ver, a Ellen Walsh no le van los logos de marcas, los considera pasados de moda, un poco de «ganador de la lotería». Su manipuladora, Nush, seguramente diría que son la «marca de un nuevo rico». Lo cierto es que Kristy se acuerda de cuando Ellen era Ellen Hennessey, la indiscutible reina de los logos de Leicester. Ellen Hennessey se sentía más que feliz de lucir en medio del pecho lo mucho que valía.

Cuando tenía diecisiete años, Kristy le regaló a Ellen una camiseta Gucci comprada con el dinero que había ganado con su primera sesión de fotos y después ambas se tomaron una elegante copa de vino en The Case de Leicester. Ellen no dejaba de decir: «¿Te imaginas si nos

vieran ahora los de Highfield…?».

Resulta extraño, dado que ya lleva siendo Ellen Walsh casi el mismo tiempo que fue Ellen Hennessey, pero Kristy no puede evitar pensar que son dos animales completamente distintos. En cierta ocasión compartió piso con una terapeuta que le preguntó con cuál de las dos Ellen preferiría quedarse atrapada en un ascensor, y cuando ella le respondió que con la Hennessey, su compañera de piso-psiquiatra le preguntó si eso significaba que estaba resentida con Adam. ¿Echaba la culpa al dinero de su cuñado del aparente cambio que había experimentado su hermana?

Lo que la molestaba era lo de «aparente» y cualquiera creería que Adam pertenecía a la aristocracia. Pero, para que conste, Kristy nunca ha culpado a Adam de los infundados aires de grandeza que tiene Ellen.

Y desde luego, tampoco de lo que hizo.

Vuelve a guardar la camiseta en el armario y acto seguido rebusca en los bolsillos de un chaquetón de color rojo. Le fastidia descubrir que no hay dinero suelto, solo una toallita húmeda ya reseca y las cabezas de dos muñecos de Lego. Los chaquetones suelen ser una mina de oro; solamente en los de Ellen debe de haberse encontrado como mínimo cincuenta libras. Justo la semana pasada descubrió un billete de veinte en una cazadora marca All Saints que iba a donar a la caridad. ¿Qué clase de cabeza de chorlito, imbécil privilegiada, le pierde la pista a un billete de veinte libras?

La primera vez que le robó dinero a Ellen solo andaba buscando algún analgésico decente. Algo para combatir el último ataque de ese abrumador dolor de espalda que hace que los calmantes que se compran sin receta resulten igual de eficaces que un caramelo. En medio del insoportable dolor, se acordó de una conversación que había oído de refilón unas semanas atrás: Ellen al teléfono alabando los méritos de la amitriptilina en dosis bajas mientras hablaba con una amiga aquejada de cistitis.

Dosis altas, dosis bajas, cualquier cosa era mejor que una ausencia total de dosis para una Kristy que estaba desesperada, de modo que se puso a buscar el medicamento y encontró el dinero allí mismo, 12,75 libras para ser exactos, abandonadas en un cajón debajo de un montón de cargadores viejos y antigripales infantiles.

«Hace mucho tiempo que me han olvidado», decía aquel dinero. «Adelante, cariño, sírvete tú misma.» Y eso fue lo que hizo.

Y esta noche, de verdad que solo estaba buscando el peluche de Kian, que llevaba el imaginativo nombre de Osito Marrón, cuando detectó el brillo plateado de la pulsera de colgantitos acumulando polvo debajo de la cama de Ellen.

—Feliz cumpleaños para mí —susurró.

«Toda tuya», le susurró la pulsera. «Ellen ni siquiera se ha dado cuenta de que me ha perdido. En eBay te darán por mí treinta libras, quizá cuarenta si me limpias bien.»

Eso puede que sea un poco ambicioso, piensa Kristy ahora. Con suerte, conseguirá que le den veinte. Las joyas nunca son fáciles de vender, a no ser que sean nuevas y vayan con su caja o se pueda demostrar de dónde proceden. La ropa de marca, todavía con la etiqueta, y los cosméticos de lujo, aún envueltos en celofán; esos son los productos por lo que la gente paga más, y por suerte Ellen tiene un cargamento de ellos. Una flota entera de armarios y cajones abarrotados de prendas que no se ha puesto nunca, cremas que nunca ha abierto, perfumes que no pidió. Casi todos son regalos de Adam provocados por el sentimiento de culpa y comprados mientras mataba el tiempo en una tienda *duty-free*. Cada vez que Ellen se queja de los viajes que hace Adam por trabajo, a Kristy le entran ganas de gritar: «¡Cierra la boca! ¡Es mi principal proveedor!». Precisamente esta semana ha vuelto a casa con un sérum de Dior que Kristy sabe que venderá por cincuenta libras. Y Ellen no va a percatarse siquiera; Kristy lo ha investigado y ha visto que ya tiene tres.

Sabe que debería buscar trabajo; de hecho, de vez en cuando, muestra voluntad. Pero lo de aceptar un trabajo ya es más complicado. Aceptar un trabajo significaría reconocer que piensa seguir viviendo aquí, y eso no lo ve probable. Ya no. Desde que conoció a Shay. Shay ya está hablando de irse a vivir juntos a otra parte, de empezar de cero. Está obsesionado con el norte de Cornualles. Kristy no se lo imagina subido a una tabla de surf, y ella hay días que no es capaz de caminar ni diez pasos, así que mucho menos ejecutar un recorte perfecto. Pero, con todo, resulta agradable oírle hablar de ello. De ese futuro en el que ella no siempre depende de la ayuda de otras personas.

Y es que las personas dicen que quieren ayudar, pero enseguida se sienten explotadas. Los años de *couch-surfing* y amistades destruidas le han enseñado esa amarga verdad. Porque, en realidad, las personas no quieren ayudar; lo que quieren es sentirse bien consigo mismas.

Y Kristy considera que ya es hora de que algunas de esas personas empiecen a sentirse mal.

11
Ellen

Alguien me está vigilando. Tengo los nervios en tensión y el pulso acelerado.

O, más probablemente, alguien se siente nervioso y a lo mejor debería aflojar un poco con la cafeína.

Es tarde y hace frío y debería haber llamado un taxi; el asfixiante silencio que reina en el barrio no hace más que acrecentar mi nerviosismo. Mientras camino a paso rápido por la calle principal, donde todas las persianas están cerradas, intento recordar los principios básicos de una clase de defensa personal que tomé hace unos años. ¿Hay que propinar una patada en los genitales o meter un dedo en el ojo? Me suena que había que dar un golpe seco en la garganta, pero, sinceramente, no presté tanta atención. Aquella clase no era más que una excusa para salir un día de casa. «Una oportunidad para dar patadas en vez de limpiar culos», como lo habría expresado otra madre.

En el horizonte se yergue amenazante el parque del pueblo, oscuro y desierto, y no puedo evitar pensar, siendo un poco cascarrabias, que si las circunstancias fueran las contrarias habría insistido en llevar en coche a Nush. Aunque es posible que ella hubiera bebido antes y por eso no se ofreciera. Y no se lo reprocho, la verdad, teniendo a Tom plantando su semillita en esa doble suya de veinticinco años. Si Adam estuviera a punto de embarcarse en una familia nueva, yo me bebería una bodega entera.

Ya estoy en la entrada del parque; tomo aire para sentirme fuerte y llega el momento de decidir. ¿Hago lo más sensato y doy un rodeo, o me lanzo a cruzarlo y en menos de cinco minutos tengo la llave metida en la puerta? A pesar del miedo que me ha entrado con la carta, el atajo resulta, como siempre, dolorosamente tentador. Ya noto que el frío me cala los huesos y ni siquiera he hecho esto antes.

Pero al menos debería procurar no ser hipócrita, me digo, sabiendo que, si a Orla siquiera se le pasara por la cabeza hacer esto, la castigaría de por vida.

Lo único que he querido siempre es que a mi hija no le suceda nada.

12
Jason

Desde la oscuridad de su coche, Jason observa a Ellen detenida a la entrada del parque del pueblo; sin duda, estará intentando decidir si cruzarlo o utilizar ese famoso cerebro que tiene y dar un rodeo.

Le causa perplejidad que la gente haga esos cálculos. Personas adultas. Personas supuestamente formadas. Idiotas que tienen hijos, responsabilidades, una larga vida por delante, sopesando la rapidez con la seguridad como si tuvieran que escoger entre té y café. ¿Es que no ven las noticias? ¿No se dan cuenta de que lo único que hace falta es una sola decisión errónea?

Si eso es lo que Ellen valora su vida, en fin…

Pero, claro, «¡Thames Lawley es muy seguro!». Ese es el mantra que repiten todos una y otra vez. Es la nana que los conduce al sueño por la vía rápida. Su justificación para la vida rancia que llevan.

¡Siéntete seguro! ¡Anda seguro! ¡Permanece seguro!

Ese eslogan está por todas partes. En el letrero de pueblo. En el boletín de noticias. Ellen se lo ha machacado a su hermana, Gwen, sin tener la menor idea. Oye su voz literalmente cada vez que Gwen empieza a citarle las estadísticas de criminalidad a él (sí, a él, que es policía) o cuando le dice con voz de arrullo: «Aquí todo el mundo está preparado para defenderte, Jason. Son todos muy cariñosos. Son geniales».

¿De verdad? Bueno, eso díselo a los Merrick, que hace unos cuantos años eran los propietarios de la casa de Ellen. Es evidente que nadie acudió a defenderlos cuando les arrearon una paliza. Eso díselo al viejo al que atracaron mientras paseaba al perro ayer por Proctor's Park o al crío que vive en esa horrible McMansion de la que todos echan pestes, ese mocoso que tiene una sala de juegos para él solo, un padrastro colérico y varias costillas rotas.

Jason sabe que la seguridad no existe, solo la ingenuidad y el privilegio sin medida.

Es cuestión de tiempo que también lo sepa Ellen.

A veces le cuesta trabajo creer que ella no se acuerde de él. Otras veces se pregunta si en realidad lo ve alguien. Incluso cuando eran pequeños, él era el decorado del escenario; quien acaparaba la atención era Gwen. Esa es en parte la razón por la que se hizo policía, piensa. La razón de que trabajara tantas horas y hasta tan tarde,

tardísimo, en los casos más relevantes. Todo tenía por objetivo construirse una identidad que lo convirtiera en algo más que simplemente el bueno de Jason.

Y ahora, aquí está, escondiéndose en su coche, un coche que ya no puede permitirse continuar pagando. Escondiéndose de Ellen, de Gwen, del futón de segunda mano que compró por cincuenta libras en eBay y las seis perchas de armario de plástico que constituyen su vida de perdedor total.

Ellen se decide por dar un rodeo. Bien.

No era tan difícil, ¿no, Einstein?

No tiene prisa por volver a casa, como de costumbre. Podría quedarse ahí sentado vigilando a Ellen, aunque probablemente la perderá de vista cuando se meta entre los densos sicomoros del lado oeste. Pero cuando llegue a la calle principal, las farolas de la calle la iluminarán de nuevo y él podrá seguir su trayectoria hasta el momento en que introduzca la llave en la puerta de su casa y sea tragada otra vez por el capullo protector de su vida «segura».

No sabe con seguridad durante cuánto tiempo podrá seguir haciendo esto.

«Estoy quemado», dijo, mintiendo, el día que abandonó el empleo que lo había sido todo para él. Echó la culpa a todos los asesinos, a los terroristas, a las personas con las que había tenido que relacionarse. Pero vivir en este limbo de Thames Lawley le ha enseñado lo que significa de verdad estar quemado.

Vigilar a Ellen es agotador. Es un trabajo de jornada completa.

Le vendría bien prescindir de Gwen esta noche. Le vendría bien prescindir de Gwen, punto.

—¿Dónde demonios has estado? —le pregunta su hermana como si él fuera tan descarado como para tener una vida propia de la que ocuparse—. Le dije a Orla que volverías antes de las ocho y media. He tenido que pagarle un extra. ¿Tu horario no era de diez a ocho?

Jason rebusca en su bolsillo y saca un billete de cinco libras y unas cuantas monedas. Su hermana no puede estar pagándole a Orla más de eso, sin duda. Para que luego se lea a toda velocidad *The Bumblebear* y pase el rato chateando con sus amigas. Cuando él tenía dieciséis años ya había estado currando en obras de construcción, cavando zanjas y paleando tierra a cambio de un salario del que la Walsh se reiría a carcajadas. Pero es que no le quedaba otra. Gwen solo tenía diez años y alguien tenía que ganar lo suficiente para que ambos pudieran vestirse y comer. Lo único que habían aportado sus inútiles padres eran el espermatozoide y el óvulo.

Arroja el dinero encima del sofá.

—Ahí tienes las horas extras de Mary Poppins. —Luego se dirige a

la escalera—. Estoy fundido y me voy a la cama.

Gwen se interpone en su camino, un muro de ladrillos con horquillas brillantes en el pelo.

—Te he hecho una pregunta, Jason. ¿Dónde has estado?

Podría apartarla a un lado. Empujarla. Pesa como mínimo treinta kilos más que ella. Pero, en lugar de eso, la acusa a su vez:

—Tú has ido a su casa esta mañana. Te he visto.

—Oh, por el amor de Dios —susurra Gwen y después más alto, en un tono mucho más alto, añade—: En serio, Jason, ¿se puede saber qué te ocurre? Quiero que esto se termine, ¿vale? Quiero que pares. —Su hermano le sostiene la mirada esperando la respuesta a su pregunta implícita—. ¡Pues claro que he ido a verla! Tenía que pedirle disculpas.

—¿Por qué? —pregunta Jason, desabrochándose el botón de la camisa. Ya lleva un año vistiendo de uniforme y todavía le resulta una forma lenta de asfixia—. He interrogado a un matón de la Lomax sobre ese atraco que tuvo lugar en el parque y resulta que tiene una coartada. ¿También vas a pedirle disculpas a él?

—No, porque ofenderlo a él no implica que pueda quedarme sin canguro.

—Ah, y eso supondría una gran pérdida. —De verdad que hoy ya no aguanta más. Deja atrás a Gwen y empieza a subir la escalera, pero al llegar al segundo peldaño hace un alto para añadir—: La semana pasada, cuando volví a casa la vi en tu habitación probándose cosas. Había ropa y maquillaje por todas partes. Si yo fuera tú, revisaría que no me faltase nada.

—Pero no eres yo, ¿verdad? No te pareces nada a mí.

En la casa se hace un silencio sepulcral. Tampoco se oye ningún sonido procedente del exterior: ni sirenas, ni voces, ni tráfico, ni vida alguna. Nada que le recuerde que existe algo más que ellos dos. Que esto. La frustración de Gwen y su… ¿qué? ¿Resentimiento? ¿Obsesión?

—No tenía necesidad de pedirle disculpas —dice Gwen de pronto —. Quería pedírselas. Ellen es amiga mía.

Ahora adopta una expresión de sentirse malhumorada y juguetea con el lóbulo de la oreja derecha. Un tonto tic infantil que ya resultaba bastante irritante cuando era pequeña, pero que ahora enfurece a su hermano.

—Amiga tuya. —Rezuma desdén—. Supongo que por eso estabas anoche chismorreando de ella.

—¿Cómo?

Podría ganar un Óscar, en serio.

—Por teléfono, Gwen. Ese es el problema de estas casas de nueva construcción, que las paredes son de papel y no hay intimidad.

Gwen reflexiona un minuto, o finge reflexionar, vamos.

—Eso no era chismorrear. Me llamó Susi Sands para saber si yo había puesto el nombre de Bella para Twirler Tots y luego me preguntó qué había ocurrido en The Cricketers y tuve que decir algo. Era mejor que se enterase de lo sucedido por mí en lugar de la versión aderezada, ¿no te parece?

—¿Y a todas tus amigas las llamas cosas como «destrozahogares»?

Gwen levanta las manos.

—¡Por el amor de Dios! Eso se lo llamo a Ellen a la cara. ¿Se te ha olvidado lo que es una broma? Simplemente, no entiendo por qué quiere transformar una casa acogedora y con encanto en algo que parece sacado de *Odisea espacial.* Necesita una mano de pintura, vale, pero ella va a meter las excavadoras.

—Y eso no es asunto tuyo.

—Oh, eso sí que es bueno viniendo de ti. —Lo mira fijo, sin pestañear, y acto seguido se deja caer en el sofá con aire teatral. Uno juraría que acaba de trabajar un agotador turno de diez horas en vez de haberse pasado tres horas sentada en la barra de un bar tomándose vinos a saber con quién—. Pero ¿sabes una cosa? Resulta que sí, que tienes razón. No es asunto mío. Como tampoco es asunto de Ellen con quién he quedado esta noche a tomar una copa, pero apuesto a que en estos momentos está hablando de ello… perdón, «chismorreando», con Adam o con Kristy. ¿Y sabes qué, Jason? Que no pasa nada. Eso es lo que hace la gente, hablar los unos de los otros. Es lo normal.

Lo normal. A esa palabra no le vendría mal airearse un poco. Gwen, cuando no la valora por encima de todo lo demás, la utiliza como una estaca para golpearlo a él con ella.

Gwen lanza un suspiro conciliador.

—Oye, ¿podemos dejar el tema? Hay una cazuela en la nevera, por si tienes hambre. Pero acuérdate de recalentarla bien, el pollo puede resultar letal. Usa el termómetro. —Jason casi se echa a reír por la previsibilidad de todo esto: primero la furia, luego la exasperación y por último la ofrenda de paz—. Y lleva judías guisadas —añade su hermana con una media sonrisa—, como te gusta a ti.

Él odia a muerte las judías guisadas. Lleva dos décadas sin gustarle. Gwen sigue atascada en un pasado reconstruido de color de rosa en el que la comida poco sana los hacía felices, en el que el azúcar y los carbohidratos ofrecían un respiro entre la constante mierda que les iba arrojando la vida a la cara.

Pero ya no le quedan ganas de pelear. Esta noche no. Está demasiado cansado. Ni siquiera tiene fuerzas para molestarse en señalar que ella fuma y conduce demasiado rápido y que ni una sola vez la ha visto ponerse crema protectora para el sol, pero vale, recalentará el pollo como es debido. No quisiera jugársela con una

carne «letal».

—Gracias —responde—. Mañana me lo llevaré al trabajo, para el almuerzo. —Indica la escalera—. Pero ahora necesito dormir, de verdad. Ha sido un día muy largo.

No dormirá hasta dentro de unas horas, pero mientras tanto están las redes sociales.

Bien podría pasar un rato criticando la vida de los demás en vez de tumbarse en la cama y echar la culpa a todo el mundo…, bueno, en realidad a una sola persona, del absoluto desastre en que se ha convertido la suya.

13
Ellen

Tras cerrar la puerta de la casa y echar ambos cerrojos con un manotazo neurótico, inmediatamente me pillan desprevenida unas risas procedentes de la sala de estar. Soy consciente de que encogerme al oír reír me convierte en el ser humano más desgraciado del mundo, pero suponía que Adam aún no habría vuelto, que todavía estaría tomándose unas copas después del partido de bádminton y que Kristy ahuecaría el ala en cuanto me oyera poner un pie en casa. Esperaba tomarme un Baileys en la bañera, no más conversación.

Entro en la sala de estar.

—¿Qué andáis haciendo? —pregunto a modo de saludo.

La habitación está a oscuras. Kristy está sentada en el suelo con la espalda apoyada en el sofá de cuero. Adam está sentado en un brazo del sofá, con sus huesudos codos apoyados en las rodillas hinchadas. *¿De qué ha servido regalarle una rodillera?* Ambos casi se tocan la cabeza mientras observan concentrados y sonrientes la pantalla del viejo ordenador portátil de Kristy. Junto al ratón hay una pegatina de un arco iris que dice: IBIZA ORGULLO 2014.

—Adam está ayudándome a rellenar esta solicitud —dice Kristy, mirándome por fin. Le chispean los ojos por efecto de algo tóxico—. Oye, Els-Bels, ¿qué canción te parece a ti que describe mejor mi ética del trabajo?

Me quedo en blanco, pero da igual; no es una pregunta, sino un reto. Una invitación a que sea maliciosa para que ella pueda corresponder con la misma inquina.

—¿Una solicitud? —Eso está genial —le contesto, negándome a morder el anzuelo—. ¿Para qué trabajo es?

—Palomitas gourmet.

Vale. ¿Hacerlas? ¿Envasarlas? ¿Comercializarlas? ¿Comerlas? Podrían ser cien verbos distintos. No tiene fin la lista de empleos que Kristy ha probado durante, no sé, unas semanas.

—Para A-Salt and Buttery —explica Adam enarcando las cejas en un gesto que dice «Mátame» por encima del pelo corto y con cresta que lleva Kristy—. Por lo visto, son «innovadores disruptivos», signifique eso lo que signifique.

—Significa que son una empresa nueva y progresista —salta Kristy en defensa de la empresa que, si ella termina trabajando allí, no

tardará en ser considerada «peor que Corea del Norte» simplemente por sugerirle que sea puntual—. Nacieron hace unos meses. Su intención es servir a ferias de comida callejera, festivales, esa clase de cosas.

Suena más a un premio que un trabajo, fundamentalmente un billete gratis para el festival de música de Glastonbury. Pero me reservo mi opinión, musito vagamente un «genial» para animarla y después digo:

—Bueno, ¿y qué tal por aquí? ¿Todo bien con los niños?

—Sí, se lo han pasado bomba jugando con las tijeras y metiendo los dedos en los enchufes.

Adam suelta una risita disimulada. Yo, un suspiro de mal humor.

—Oye, no he querido decir que…

—Ya lo sé, ha sido una broma. Claro que están bien. —Cierra el portátil de golpe y, valiéndose de Adam como plataforma, se apoya en él para ponerse de pie—. Hemos estado jugando a «lanzar el calcetín por los aires» unas… cuatrocientas veintisiete veces y después se han ido a la cama, tranquila. —Se flexiona de izquierda a derecha y estira la espalda… Es la vez número cuatrocientas veintisiete de esta semana (a menudo, Dios me perdone, pienso que se pasa de rosca)—. Bueno, aparte de la crisis por Osito Marrón, pero al final lo encontré en el armario de las toallas.

—¿Ha vuelto Orla? —pregunto, aunque sé intuitivamente que sí. La casa se nota diferente cuando mi hija está dentro; vibra con una energía distintiva, un ritmo lento, intranquilo. Como el cabeceo de un barco en un mar agitado.

—¿No has visto la bandera en lo alto del mástil? —dice Adam—. La reina se encuentra en casa.

—Olvidémonos de Orla. —Ahora Kristy está haciendo rotaciones de la columna vertebral—. Quiero saber qué tiene que decir lady Nush.

De modo que les cuento lo de que Tom está a punto de ser padre. Una vez que he terminado, Kristy, ya completamente estirada, suelta unos cuantos tópicos de «pobre mujer». Adam hace un gesto negativo con la cabeza y dice:

—Hay que joderse. ¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Bueno, ya sabes, con la firma de marca que la caracteriza: dolida pero elegantemente estoica. Igual que la princesa Diana en *Panorama*. —¿Ha sido una maldad ese comentario? Tal vez. Paso a adoptar un tono más solidario—. La verdad es que lo está llevando bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Mejor de lo que yo hubiera predicho.

—Estará tomándose tranquilizantes, supongo. —Estaba claro que Kristy adoptaría la postura escéptica—. ¿Qué pasa? —protesta al ver que yo pongo los ojos en blanco—. Su madre tiene problemas, ¿no es cierto? Esas cosas pasan en las familias.

—¿Y qué pasa en la nuestra, Kris? ¿Falta de compasión? ¿O sois solo mamá y tú? —Me bajo la cremallera del chaquetón y me dirijo a Adam—. Pero es algo que da que pensar, ¿no? Si Tom no está lo que se dice loco de contento por ese embarazo, ¿sabes a quién va a echar la culpa? A mí. Por haberle contado a Nush lo de Jessie. Por haber desbaratado la vida tan agradable que llevaba. Porque así es como le funciona el cerebro, él nunca tiene la culpa de nada.

Adam cierra los puños.

—Entonces, ¿de verdad piensas que el autor de esa carta podría ser el maldito Tom? —Le tiembla la voz al decir esto y yo no puedo evitar sonreír ante su machismo de modales suaves. Furioso, desde luego; protector, sí; pero también ligeramente aterrorizado al pensar que quizá le pidan que le arree un puñetazo a alguien.

—Lo considero posible —respondo—. La cosa es que Nush no. Ella insiste en que no es el estilo de Tom.

—Bueno, pues agárrate, porque me parece que yo coincido con su alteza real. —Miro a Kristy esperando a medias el final del chiste—. No, Els, en serio, escucha: la persona que te haya enviado esa carta quiere ver tu reacción, eso está claro. Es psicología de guardería. Y a no ser que Tom haya puesto micrófonos en la casa o te haya injertado un microchip en el brazo o algo parecido, no va a estar tan encantado de vivir en Amersham, ¿no crees? —Se encoge ligeramente de hombros—. Pero claro, por supuesto, si no ha sido él, ¿quién, entonces?

De repente me vibra el teléfono en el bolsillo, lo cual me causa un sobresalto de pura ansiedad. Si la persona que me ha enviado la carta sabe mi dirección, existe la posibilidad de que también sepa mi número de teléfono.

Por favor, que sea mi madre, ruego. Ella es la única que me manda mensajes a estas horas. En ocasiones, para decirme que somos unos «verdaderos canallas» porque no vamos a verla. Otras veces, para pedirme dinero. Siempre que está borracha.

Pero no es mi madre. Es Gwen.

Tu Facebook. ¿Qué demonios? ¿Quién es Ciara Harkin? ¿Cuál es su problema?

—¿Ciara Harkin? —digo mirando a Kristy, que no tiene la menor idea de lo que estoy hablando—. ¿No había algún Harkin en Highfield?

—Estás pensando en Hawkins. Jimmy Hawkins. Era amigo de Cahill.

Harkin. Ese apellido me resulta vagamente familiar, pero no me viene a la memoria ninguna cara, ningún evento, ni un solo recuerdo. Entro en Facebook sin hacer caso de Kristy, que al primer indicio de algo emocionante ha vuelto rápidamente a su portátil, ni de la exclamación de Adam, que acto seguido añade un «la Tierra llamando

a Ellen» al ver que no reacciono.

Cinco notificaciones. Ciara Harkin te ha etiquetado en una foto en Facebook.

Ciara Harkin no tiene foto de perfil, únicamente la típica silueta gris. En cambio, somos «amigas». Es obvio que yo en algún momento he aceptado su solicitud. A lo mejor el origen irlandés del apellido me hizo pensar que era una prima tercera.

Pincho en la primera foto, que lleva un pie que dice: ¡¡Fijaos en el ESTADO que aparece en esta foto, y eso que es MADRE!!

La siguiente lleva un comentario: Qué triste. ☹ Es obvio que necesita ayuda. #sonlosniñoslosquemedanpena.

En todas las fotos tengo cara de estar bebida y aun así, para mi bochorno, originalmente las publiqué yo. Esta tal Ciara Harkin ha hecho una captura de pantalla de las fotos originales y las ha publicado de nuevo con comentarios propios. Entonces, ¿quién demonios es y, citando las palabras de Gwen, cuál es su problema? ¿Y por qué, por qué, publiqué yo algo así? ¿En qué estaría pensando o qué intentaba demostrar?

Una larga fila de cervezas en un evento de beneficencia.

Sosteniendo dos cócteles en las manos mientras, con la ayuda de una antigua colega, bebía con naturalidad de un tercero.

Profundamente dormida en un puf, con un paquete de seis cervezas Carlsberg en el regazo como si fuera un recién nacido.

—¡Pero mírate! Nunca te había visto posando como una chica Jack Daniel's bebiendo directamente de la botella. —El regocijo de Kristy, a duras penas disimulado, me hace pasar la cuarta foto a toda prisa.

La quinta es la más antigua: Courchevel 2010. El fin de semana de despedida de soltera de la hermana de Adam, Zara (o una borrachera que duró una semana entera, para ser más precisos). En ella estoy a punto de cumplir los treinta y soy madre de una Orla que por entonces tenía cuatro años y es la primera vez que salgo de casa desde el día en que nació. Digo esto para explicar la euforia. Para poner en contexto el hecho de que aparezca bailando subida a la barra de un bar y bebiendo de una magnum de Moët que sostiene en la mano un adolescente rico, el champán resbalándome por las mejillas, que entonces estaban rebosantes de colágeno, y vestida con una falda que apenas era más larga que el cigarrillo que acabábamos de compartir.

La foto la hizo Zara en una rara ocasión en la que no estaba destrozando la despedida de soltero más cercana. Captó un día salvaje. Coronó un día carísimo. Champán. Reservados VIP. Más nieve metida por la nariz que en las montañas, aunque en mi caso no: mi libertinaje no fue más allá de beber alcohol con los alumnos de sexto curso de Eton.

Zara enmarcó la foto y me la mandó las Navidades siguientes a modo de broma. «Para que Orla se escandalice cuando sea mayor»,

sugirió. «Para que tú te rías cuando estés vieja y achacosa.»

Ya estoy achacosa y no estoy segura de que esto a Orla le interese tanto como para escandalizarse.

Pero de lo que sí estoy segura, y literalmente se me acaba de ocurrir, es de que, al igual que muchas fotos tomadas esa semana, esta no llegó jamás a publicarse en Internet. No es que fuera tan mala, sino que en 2010 las redes sociales no eran lo que son ahora. En aquella época, de vez en cuando había cosas que permanecían en la intimidad. No había que compartirlo todo.

De modo que la cruda y alarmante realidad es que esa foto no puede haber sido una captura de pantalla. Esta foto está en un collage que fabricó Adam para cuando cumplí los cuarenta, un collage que está colgado en la habitación de invitados.

Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que jamás ha salido de esta casa.

—Deberías acudir a la policía.

Estamos en la cama, la escena del sexo revolucionario de esta mañana. Ahora, la idea de tener un poco de intimidad resulta tan increíblemente ingenua que casi me produce vergüenza el acto en sí, el hecho de entregarme de manera tan completa. Y sin embargo, me fío plenamente de Adam. Tanto como me fío de cualquiera. Me quedo mirando la oscuridad, masajeándome las cejas con estrés.

—No.

—Es necesario, Els. Ya te acompaño yo.

—He dicho que no.

—Por el amor de Dios —susurra Adam. De ninguna manera va a arriesgarse a despertar a uno de los niños y pasarse la noche entera aguantando que un mocoso hiperactivo le aporree el escroto sin cesar —. La prueba de alcoholemia, la carta y ahora esto. Es acoso puro y duro.

—Oye, si quieres te lo digo en otro idioma. ¿Cuál prefieres? ¿No? *¿Nein? ¿Méiyóu?* Este último es chino mandarín. ¿A que soy listísima?

Adam, irritado, deja escapar un suspiro.

—Eso, ríete. Entretanto, Ciara Harkin planeará su siguiente maniobra.

Imito el gesto de gritarle a la oscuridad. ¿Estará haciéndose el denso a propósito?

—¿Qué parte no estás entendiendo, Adam? No existe ninguna Ciara Harkin. Alguien ha creado un perfil falso y me ha enviado una solicitud de amistad sabiendo que soy tan imbécil que casi siempre las acepto todas. —De inmediato me desenganché para no estar etiquetada en las fotos a fin de limitar el daño, pero de todas formas soy una idiota. ¡Las horas que habré pasado instruyendo a Orla en

tener mucho cuidado con la red!—. Y es muy probable que ese alguien haya tenido acceso a esta casa.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, a no ser que la causante de todo esto sea tu hermana, y la verdad es que yo no lo veo, no sé tú, la única manera de que esa foto de Courchevel haya terminado en la red es que alguien la haya fotografiado en la habitación de invitados.

—Ah, y eso no es un asunto que denunciar a la policía, ¿no? —Suspira otra vez—. En serio, ¿se trata de una especie de resaca de la infancia, algún código de honor? «Yo no hablo con la pasma.» —Sonrío a mi pesar ante la pose de matón típico que finge Adam, tan alejada de quien es en realidad—. ¿Te das cuenta de que esto es Thames Lawley? «¡Siéntete seguro! ¡Anda seguro! ¡Permanece seguro!» El enemigo no es la policía.

Tiro del cordón interruptor que pende por encima de la cama, otro residuo de la Edad Media. La intensa luz hace parpadear a Adam.

—¿Y qué crees, exactamente, que va a hacer la policía? —le pregunto, incorporándome para sentarme—. Ya te lo digo yo: a) no hará nada. ¿Recuerdas que hace unos años a Kristy comenzó a seguirla aquel hijo de puta? ¿Cuál fue la reacción de la policía? Decirle a Kristy que volviera cuando aquel tío hubiera hecho algo de verdad.

—Pero esta persona ya ha hecho algo…

Yo continúo:

—O b) empezarán a indagar en todos los rincones de nuestra vida, de la vida de nuestros amigos, de la de nuestra familia.

Adam se incorpora apoyado en los codos.

—Pues que indaguen. Yo no tengo nada que ocultar, ¿y tú?

¿Por qué habré encendido la luz? Contar mentiras resulta mucho más fácil a oscuras.

—Mira… —Respiro hondo y esquivo la pregunta—. A ver, esto no va a gustarte y no digo que haya sido ella, en absoluto. Pero, sinceramente, no descartaría que la causante fuese Orla.

No sé muy bien si estoy convencida de esto o si solo intento desviar el pensamiento de Adam. Me parece que es lo segundo, pero claro, es que últimamente Orla ha estado actuando de manera bastante rara. Interrogándome a mí acerca de dónde he estado, hablando con todas esas comillas respecto de mis «recados»; por lo general siempre le ha importado un pimiento adónde voy o de dónde vengo, de modo que no se explica este interés tan repentino.

El «no» de Adam es instantáneo y va seguido de un «¿por qué?» de desconcierto.

De ninguna manera pienso responder a eso. Sigo con lo mío:

—Y sí, es probable que si ha sido Orla la policía no haga nada, lo consideraría un asunto familiar. Pero aun así… es la policía. ¿Eso es lo

que quieres? Recuerda que, sea quien sea esa persona, ha estado en esta casa, en la planta de arriba, casi con toda seguridad es alguien que conocemos bien. Tenemos que pensarlo despacio, no digo más que eso. Como ha dicho Kristy, esa persona está buscando una reacción y por lo tanto terminará saliendo a la luz. En ese momento actuaremos.

Adam pone cara de sorpresa, como si a él no se le hubiera ocurrido pensar que pudiera tratarse de alguien muy cercano a nosotros. ¿Y qué pensaba, entonces? ¿Que era un albañil que nos la tenía jurada? ¿La mujer que vino a medir la ventana para la persiana de la habitación de invitados y a la que yo no volví a llamar?

Pasado un minuto, me dice:

—Oye, a lo mejor podrías pedirle asesoramiento a Jason de manera extraoficial, ¿no lo dicen así? —Previendo que voy a contestar con un «no», añade—: O pídele a Gwen que lo sondee un poco.

—Antes era inspector de policía, ¿sabes? —respondo desviando la conversación—. Nush y yo hemos buscado su nombre en Google. Participó en aquel caso importante que hubo en Londres hace unos pocos años, el del francotirador, ¿te acuerdas? —Adam me mira como preguntando: «¿Y?». Yo me encojo de hombros—. Resulta un poco extraño, ¿no crees? Harry el Sucio convirtiéndose en el Dixon de Dock Green.

—Lo extraño es que tú pienses que esto va a desaparecer solo con que no le hagas caso.

—Puede que así sea. A lo mejor el causante ya se ha divertido lo suficiente.

—Pero lo de la carta… Eso es más amenazador que el numerito de la prueba de la alcoholemia y una foto abochornante en Facebook. —Reanimado por sus propias palabras, asiente con un gesto firme y serio—. No, tienes que denunciarlo a la policía. Si no quieres ponerlo como algo grave, vale. Estoy seguro de que se quedarán más que contentos clasificándolo en la carpeta de los asuntos «no urgentes». Pero, por lo menos, notifícalo cuando suceda algo más si es que sucede.

Lleva mucha razón. Es muy racional. Pero hay cero posibilidades de que ocurra eso.

Porque si acudo a la policía, esta me preguntará si sé por qué razón alguien puede tener algo contra mí.

¿Y de qué sirve acudir a la policía solo para mentirle?

Porque desde luego que no pienso decirles la verdad.

14
Gwen

«Siempre advierto a mis clientes de que pueden hacer veinte buenas obras, pero lo que la gente recordará será la única mala.»

Esto lo dijo la antigua jefa de Gwen, Angie. Su primera mentora de Relaciones Públicas. Y es cierto. No hay más que fijarse en la pobre Ellen: siempre es la primera en ofrecerse a llevarte en coche, a regarte las plantas, a prestarte su robot de cocina. Pero Gwen sabe sin lugar a duda que ahora siempre va a recordarla como «Ellen, la de la prueba de alcoholemia». No importa que diera negativo ni que instantes después se fuera conduciendo. Simplemente, la percepción que hubo no fue buena. Y en el mundo moderno, lo que la gente percibe lo es todo.

No es que Gwen le reproche nada a Jason, a pesar de lo que le ha dicho a Ellen. Jason se limitó a hacer su trabajo, y su trabajo no consiste en proteger la reputación de Ellen.

Pero por Dios bendito, esas fotos de Facebook… Eran malas. O sea, supermalas. Tomadas de una en una no estaban mal, pero, viéndolas en conjunto, Ellen parecía un auténtico bombón. Gwen sabía que iba a tener que avisarla. Que sería una amiga pésima si no la avisara. Pero aguardó unos minutos. Aproximadamente diez minutos. Vale, tal vez quince.

Gwen se esfuerza por que Ellen le caiga bien.

Y Ellen le cae bien.

¿O será solo que quiere que Ellen le caiga bien?

Ha reflexionado mucho sobre esto y no termina de dilucidarlo.

Sabe que Ellen debería caerle bien, que siempre se ha mostrado muy acogedora con ella y con Jason (aunque este se encoge cada vez que se menciona su nombre… ¿Por qué será? Sabe que Ellen es buena persona, aunque se haga un poquito la mártir. Hace buena compañía, aunque un tanto frenética. Y puede resultar graciosa, graciosa de verdad, cuando suelta eso de «no tengo tiempo ni para limpiarme el culo». Por ejemplo, hace poco montaron una «discoteca en la cocina» para beber alcohol. Suena tonto, pero fue divertidísimo. Ambas lo dieron todo con Rihanna y rompieron dos baldosas bailando el tema *Rude Boy*. Solo pararon cuando Ellen pensó que se había meado encima y Gwen casi se mea también de la risa.

—Ya, bueno, eso es lo que pasa cuando salen de tu vagina de un

solo empujón seis kilos de carne humana. Se acabaron tus días de hacer *twerking*.

Fue una noche muy divertida. Muchas risas. Mucho vino *rosé*.

Y el mayor milagro de todos fue que Ellen no se quejó ni una sola vez de esa puñetera casa.

De hecho, Gwen no debería estar amargada con esa casa. Le encanta la Meadowhouse. De hecho, le encantaría la Meadowhouse. No; lo que la pone a cien es la propietaria, su inconsciencia resulta muy irritante. Ni siquiera por un momento piensa en la generación de Gwen, los maltratados *millennials,* que tienen problemas reales de los que quejarse, dado que una tercera parte de ellos no va a tener nunca una vivienda en propiedad. Ni siquiera un insignificante piso de un solo dormitorio.

Gwen no se ha sacado ese número de la nada. Ha investigado. Está un poco obsesionada con ello. También ha calculado que con la entrada que dieron los Walsh (en serio, Ellen lo cuenta todo), la cuota mensual de la hipoteca de la Meadowhouse es de solo doscientas libras más que lo que pagan Jason y ella de alquiler.

Y aun así Ellen viene con cosas como «por Dios, Gwen, dejemos ya lo de la reforma y vamos a hablar de algo divertido», como si crear tu casa perfecta no fuese un privilegio total. Luego estaba el día en que se conocieron, cuando Gwen señaló que era una casa preciosa; Ellen respondió haciéndole una visita guiada para mostrarle todo lo que se suponía que era erróneo y pasado de moda.

¿Es que no se da cuenta de lo afortunada que es? De lo afortunados que son todos, la Generación X y los *baby boomers*. Ah, y que Gwen no se ponga a hablar de los *baby boomers*. Están convencidos de que la única razón de que los «jóvenes» no puedan comprar una vivienda es que se gastan demasiado dinero en tostadas con aguacate.

De manera que sí, no debería ser mala con Ellen. Son todos iguales y Ellen no es la peor.

Pero es la única a la que Gwen tiene que escuchar, y un poco de autoconciencia no estaría de más.

15
Ellen

Por lo general, mi vejiga, destrozada por el parto de unos gemelos, es lo que me da el toque de atención a las dos de las madrugada, o la sensación de una subconsciente sensación de incomodidad de que me he olvidado de llamar a alguien. Esta noche puedo echar la culpa en parte a la intemperie, al viento no muy fuerte que suena igual que un huracán de categoría 5 al colarse por los huecos de nuestras ventanas mal ajustadas. Pero, sobre todo, estoy despierta por lo de Courchevel y por un sentimiento de culpa pasado de moda.

El chiste ha sido siempre que debería haber sido yo la que fuese en silla de ruedas. Con frecuencia me pregunto cómo me las arreglé para bajar de una montaña sin sufrir un solo golpe ni arañazo, con la poca experiencia que tenía en esquiar y mi infame torpeza, mientras que Kristy no hizo más que bajar corriendo la escalera de casa para coger el cargador del móvil y terminó rompiéndose la espalda.

La llamada llegó la noche del baile en la barra del bar, salvo que no la recibí porque unos días antes se me había caído el móvil desde la cabina de un teleférico. Solo Adam sabía que podía ponerse en contacto conmigo a través del teléfono de Zara en caso de una emergencia (¿Dónde están los brazaletes de Orla? ¿Castigo por haber arrojado un huevo cocido?) y no se enteró del accidente de Kristy hasta bien entrado el día siguiente. Mamá afirmó que no tenía su número de teléfono, lo cual, para ser justos, seguramente era verdad. A veces se le olvida cómo se llama; en cierta ocasión le mandó una tarjeta de cumpleaños dirigida a «Querido Alan».

Pero en cuanto me enteré, hice las maletas y me fui volando al aeropuerto, aunque me encontré con una frustrante falta de vuelos que hizo que tardase casi un día entero en estar al lado de Kristy con una bebida energética y conteniendo las ganas de llorar. Si estuviera paranoica, diría que Kristy estaba enfadada porque yo había llegado tarde, pero claro, es que estaba enfadada con todo el mundo, la verdad: parientes, amigos, enfermeras, cargadores de móviles; y solo se necesitaba un átomo de empatía para llegar a la conclusión de que estaba en su derecho de sentirse así.

Siempre me ha atormentado pensar que, mientras en Londres tumbaban a mi hermana en una camilla y la subían a una ambulancia, yo estaba moviendo el trasero en los Alpes franceses sin preocuparme

de nada más que de pensar qué beber a continuación. Ya sé que el sentimiento de culpa que llevo conmigo no sirve de nada y es irracional. Por ejemplo, a veces pienso que, si no hubiera ido a Courchevel, a lo mejor el accidente de Kristy no habría tenido lugar. Por qué pienso eso es un misterio, dado que ella vivía a muchos kilómetros de nosotros y, de todos modos, ¿desde cuándo soy experta en seguridad doméstica? Pero claro, es que el sentimiento de culpa es narcisista. Erosiona la perspectiva. Hace que todo tenga que ver conmigo y con nadie más.

Como si no me sintiera ya bastante mal, encima Kristy fue la que me prestó el dinero para ir a Courchevel. Tampoco fue un dinerillo de nada. Solo mi parte del chalet costaba más que nuestros gastos mensuales, y en aquella época Adam y yo estábamos un poco apretados: hipotecados hasta el cuello, afectados todavía por la crisis financiera de finales de los noventa en el trabajo de Adam y ambos con descubiertos en la cuenta del banco. Kristy, por otro lado, siempre estaba boyante, su carrera de modelo se encontraba en su apogeo.

Courchevel fue la última vez que Kristy me prestó dinero, a mí ni a nadie. Incluso después de varios meses de fisioterapia, sus andares torcidos y su pérdida de tono muscular, por no hablar de su incapacidad para permanecer más de cinco minutos de pie, hicieron que su trabajo de modelo fuese mermando y que su agencia dejase de llamarla. A menudo pienso que quizás ahora fuese distinto. Para la generación de Orla, la noción de belleza es más amplia, más interesante. Lamentablemente, cuando Kristy sufrió su accidente, las modelos seguían siendo maniquíes que respiraban, no mujeres de la vida real que sufrían catástrofes de la vida real.

Está claro que esta noche no voy a volver a dormirme.

Con la cabeza llena de malos pensamientos, cojo el teléfono y me voy a la planta de abajo en busca de algo que me distraiga. Podría preparar el almuerzo de los gemelos para mañana. Organizar la balda de las especias (¿qué será una semilla de alcaravea?). O tal vez ordene ese montón de ropa que llevo varias semanas pensando en llevar a la tienda de beneficencia.

Las luces de la cocina enseguida se vuelcan sobre mis buenas intenciones y se burlan de mí con unos cuantos chisporroteos esperanzadores antes de tirar la toalla. Podría aparcarme en el cuarto de estar, supongo, pero la puerta chirría como si la casa estuviera encantada y juro que Max tiene un oído finísimo. De modo que, con poco más que hacer, agarro un vaso de agua y me acomodo en el asiento de la ventana.

Primero: Facebook.

Como he limpiado mi cuenta de amigos, ya no hay ninguna Ciara

Harkin y la única sorpresa con que me encuentro es el puntito verde que indica que Nush está conectada. Esto no es propio de ella. Nush nunca ha sido nocturna, siempre ha presumido de ser madrugadora y de liquidar las tareas domésticas y montar negocios con la luz del amanecer como telón de fondo. Tecleo un mensaje: ¿No puedes dormir?, pero enseguida lo borro, pues no deseo dar pie a una charleta a altas horas de la noche. En vez de eso, recorro un poco la página sin atender mucho, en el intento de someter a mi cerebro. Como era de esperar, en este momento mi cuenta está tranquila; solo aparecen unas fotos que ha publicado Zara, que actualmente vive en Sídney, de su preciosa sobrinita, a la que todavía no conocemos, y un post de mi hermano pequeño, Mikey, afirmando que una cantante muy querida tiene una cara digna de un puñetazo.

De manera instintiva, compulsiva, paso al Instagram de Zane. No tengo cuenta y, aunque la tuviera, no lo seguiría, pero como la cuenta de él figura como «pública», puedo ver su página, tan ecléctica. Es un popurrí de memes supuestamente graciosos, selfis con gesto melancólico y demasiadas citas de Hemingway. El de hoy tiene un fondo de color blanco con una lágrima azul y dice: «La vida no es difícil de sobrellevar si uno no tiene nada que perder».

Antes de que tenga tiempo de ponerme nerviosa intentando adivinar en qué se ha inspirado para esto, el rugido del viento atacando la sombrilla de la terraza me obliga a salir al exterior a regañadientes. Maldiciendo primero a Adam y después a mí misma por no haber guardado los muebles del jardín hace ya semanas, meto mis pies del número 37 en las deportivas de Adam, que son del 43, y andando como un payaso cruzo el césped alumbrándome a duras penas con la linterna del móvil. Con la melena al viento, me enzarzo con la sombrilla y la llamo de todo al tiempo que intento arrancarla de su base por la fuerza bruta.

La carcajada proviene de aquí cerca; es una voz de hombre, ronca y terrible porque me resulta desconocida.

Me quedó helada en el sitio. ¿Es esto? ¿Es ahora cuando van a darme una lección de consecuencias?

El pánico me deja clavada en el suelo, la respiración se me queda atascada a medio camino entre los pulmones y la garganta reseca. Abro la boca para gritar, pero de ninguna manera voy a poder llamar la atención sin que los niños oigan el estruendo, y de solo imaginarlos bajando la escalera a la carrera y metiéndose directamente en la boca del lobo ya se me congela la sangre.

Tengo que enfrentarme a esto a solas.

Rápido. Sin hacer ruido. Con eficiencia.

Bajo la vista hacia la grava que hay a mis pies, el pequeño arsenal que tengo a mi disposición. No me hago muchas ilusiones, pero al

menos voluntad tengo.

Apedrearé a este hijo de puta si es necesario.

Suelto la sombrilla y recojo mi móvil de la mesa para darle al intruso una sola oportunidad de retirarse.

Por amor de Dios, aprovéchala, por favor. No quiero hacer venir aquí a la policía. No quiero que me hagan preguntas, que pongan el foco sobre mí.

—Se lo advierto, voy a llamar a la policía —digo enmascarando mi terror con el tono de voz firme y sereno que empleo con los gemelos para indicar que hablo en serio.

Me vuelvo para mostrar el teléfono, pero al instante me arrepiento; es más probable que huya si no le he visto la cara.

Pero él no tiene interés en huir. Emerge una sombra bajo el castaño que hay detrás de la cabaña de Kristy. Avanza hacia mí despacio, con cautela, tronchando ramitas a cada paso. Cuando la tengo más cerca, veo unas manos levantadas a medias, como en ademán de rendición. Un cigarrillo encendido y en alto, a modo de bandera blanca.

—Oye, retrocedamos un poco, ¿vale? —dice la sombra riendo de nuevo con esa voz ronca—. No hay necesidad de llamar a la poli. Soy Shay, un amigo de Kristy.

Apunto con la linterna en su dirección.

Tal vez no haya reconocido la voz, pero esa cara la conozco.

—¿Tú? —digo mirando de hito en hito al camarero barbudo del pub The Cricketers—. ¿Pero qué demonios estás…? ¿Cómo…? ¿Por qué…?

La sorpresa me traba la lengua y solo consigo farfullar exclamaciones y frases inacabadas.

Él, divertido, suspira.

—Mierda, seguimos empezando con mal pie, ¿eh? Ayer intentaste que me despidieran y ahora me amenazas con llamar a la policía. ¿Alguna vez pruebas a decir «hola»?

Sus ojos verdes resplandecen con un brillo casi radiactivo a la luz de la linterna, al igual que su atuendo, ligero y de color blanco, mucho más apropiado para un día de playa. Claro que yo tampoco puedo decir nada; lo único que llevo puesto son unas deportivas cuatro números más grandes que el mío y una camiseta Gucci encogida que me llega dos centímetros por encima de las bragas.

Pero es mi jardín y, si me apetece ir por ahí vestida como una loca, estoy en mi derecho. Él y sus bíceps no tienen nada que hacer aquí.

—Muy bien, pues hola —digo con un gruñido—. Y ahora, ¿qué demonios haces paseándote a hurtadillas por mi propiedad?

«Mi propiedad.» ¿Quién soy, Clint Eastwood?

—Oye, que estaba debajo de ese árbol ocupado en mis cosas. No recuerdo haber estado paseándome a hurtadillas. —La verdad es que parece ofendido—. Y acabo de decirte que soy amigo de Kristy, su

«misterioso amigo internacional». —Da una profunda calada al cigarrillo y a continuación lo apaga con dos dedos sin siquiera inmutarse—. Bueno, para empezar, en eso te has equivocado. Solo he estado en Holanda. Tres días en Amberes, en un viaje de estudios. Eso es todo lo internacional que soy.

—Amberes está en Bélgica. —Señalo la cabaña con el dedo—. Y que seas amigo de Kristy no explica por qué andas acechando en mi jardín.

Otra carcajada.

—Ah, ¿ahora estoy acechando? Hace un minuto andaba a hurtadillas. Ah, cómo se nota que eres profesora de Lengua. —Abro la boca para replicar, pero él continúa hablando, por lo visto ajeno a todo: a mi furia, al viento y, espero, al bultito que forman mis pezones —. No digo que eso sea malo, no es culpa tuya que yo fuera un negado en Lengua. Y también era un negado en Geografía, ¿no? Habría jurado que adonde fuimos era Holanda. —Calla un momento y baja levemente la cabeza para traspasarme con la mirada—. Lo que se me daba mejor eran los números, Ellen. Los números son la verdad, ¿sabes? Del todo.

Lo que sé es que este tipo está pisoteando mis verduras, como dice el padre de Adam.

—Te doy dos minutos para que te largues, ¿te gusta ese número? — Cruzo los brazos sobre el pecho, en parte para indicar que no estoy para tonterías y principalmente para ocultar los pezones.

Él afirma con la cabeza, como diciendo: «Sí, muy bueno».

—Oye, relájate. He venido a ver a Kris, como hago siempre después del turno de los jueves… —Lo cual es para mí una noticia, de modo que esa bronca de mañana queda resuelta—. Nos quedamos dormidos, el viento me despertó y me apeteció fumar, eso es todo. —Se encoge de hombros—. Sí, vale, a lo mejor no debería haberme reído al oírte soltarle tacos a esa sombrilla sin anunciarme primero, pero ¿qué puedo decir? Soy un imbécil. Eso está bien documentado, créeme. Pero no era mi intención asustarte. Perdona.

Y sin embargo, la risa que se filtra en su voz sugiere exactamente lo contrario. No es una risa nerviosa, como la que emite uno cuando ha dado un susto de muerte a la hermana sin sujetador de una «amiga». Es demasiado familiar, sugiere algo, aunque solo Dios sabrá el qué.

—¿Te apetecía fumar con este tiempo? —replico enarcando una ceja y haciendo caso omiso de su disculpa.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. —Shay introduce una mano en el bolsillo de atrás y saca una cajetilla de tabaco casi llena—. ¿Quieres uno?

A la porra que sean Marlboros con toda su fuerza; en este momento me apetecen varios.

—No, no fumo.

—Claro que no. —Su sonrisa es de profunda complicidad—. Yo tampoco. A no ser que esté borracho, o que vaya vestido de azul, o que el nombre de ese día contenga una s. Ya sabes a qué me refiero.

Otra vez esa familiaridad. La abrumadora sensación de que estoy siendo el blanco de una broma privada.

—Lo cierto es que no —respondo con actitud rígida—. Me fumo algún que otro pitillo de vez en cuando, pero no soy lo que se dice fumadora.

—Ya, claro, no lo eres en general. Pero hoy has tenido un día malo, ¿a que sí, Els-Bels? Me refiero a esa carta que recibiste, que llevaba muy mala hostia. Después de un susto como ese, uno no tiene que avergonzarse si necesita un pequeño chute de nicotina.

Puede que dentro de nada me eche a temblar, pero la cara me arde como si la hubiera metido en el horno.

¿Habrá algo que Kristy no le haya contado a este memo? La carta, mis hábitos de fumadora, lo de Els-Bels, mi trabajo. ¿Qué más? ¿Sabrá que mi primer flechazo lo tuve con Harv de Cagney & Lacey? ¿Tendrá idea de si me convendría volver a tomar la píldora combinada?

Encendida, vuelvo a ponerlo a él en el foco.

—¿Por qué Kristy no dijo nada ayer en el pub sobre quién eras cuando yo…? Ya sabes… —Cuando di a entender que eras un pervertido.

El mérito, para quien se lo merece; no me deja avergonzarme más que unos segundos.

—Dímelo tú. No sé por qué Kristy se pone tan misteriosa con lo nuestro. —De repente frunce el ceño y dice—: Pero espera un momento, no habrás creído en serio que yo estaba intentando ligarme a tu hija, ¿no? No me entiendas mal, es una chica muy guapa, pero es la sobrina de Kristy. Es una cría.

—Pues entonces, permíteme que te dé un consejo: no te sienta nada bien que vayas por ahí diciendo a las «crías» que tienes contactos en el mundo de las modelos. Eso es un poco de la década de 1970, un poco «deja la ropa en la silla, cariño».

—Ya, vale, vale. —Levanta un brazo musculoso y se tira del moño; es sin duda un gesto de estrés, así que por lo menos tiene algo de vergüenza—. Es que Kris mencionó que su sobrina quería ser modelo y… —No me digas. Lo último que supe yo es que quería ser abogada defensora del medio ambiente—. Así que pensé que si la ponía en contacto con un primo que tengo, ello me serviría para congraciarme con ella. Ganar unos pocos puntos para cuando Kris me presentara por fin. Pero me equivoqué. La cagué. Es lo que me pasa siempre.

La mirada triste, la cabeza gacha. Está claro que he de pensar que merece lástima. Lo que pienso es que «congraciarse» es una palabra

muy elegante para alguien que supuestamente es un negado para la Lengua y que ya me he hartado de congelarme el culo hablando con el último parásito de Kristy.

—Mira, voy a entrar —le digo al tiempo que doy media vuelta para regresar a la casa—. Pero, para que conste, admitir que eres un desastre tampoco es una buena manera de congraciarte. —Señalo un punto a mi espalda—. Sin embargo, quizá sí lo fuera arreglar esa sombrilla.

Me ofrece un saludo y yo asiento con la cabeza dándole las gracias de mala gana.

Estoy ya a dos pasos de la puerta trasera cuando me llama.

—¿Sabes?, todos somos un desastre, Ellen. Solo que algunos de nosotros lo aceptamos. De ese modo la vida resulta mucho más fácil, te lo digo yo.

Me vuelvo para mirarlo por última vez. De pie en medio del césped, con los pies muy separados y el cuerpo resistiendo la fuerza del viento, da la impresión de ser más firme y macizo que el castaño bajo el que ha emergido.

Parece inamovible.

Como si estuviera construido para sobrevivirnos a todos.

16
Ellen

A la mañana siguiente, de forma injusta e incomprensible, la mala soy yo. A Orla aún no se le ha pasado el berrinche por lo de Frankfurt y a Adam está claro que algo lo está reconcomiendo (y no pueden ser las marcas de rotulador de la mesa del desayuno, que, como yo soy la que más lidia con los gemelos, son obviamente culpa mía). Max me odia porque hoy no es su cumpleaños y, por lo visto, el único que me soporta es Kian, que me mira como si fuera el ser más maravilloso del mundo cuando acepto darle los cereales con chocolate que me ha pedido.

Pero es Kristy la que encabeza la rebelión desde su posición delante de la nevera. Es evidente que no he obtenido las mejores críticas de Shay.

—Els, dijiste que aquí era bienvenida. Me dijiste que me sintiera como en casa, «mi casa es tu casa».

Saco un puñado de cereales de la bolsa para mí misma; mis pautas nutricionales siempre son inestables cuando he dormido menos de tres horas.

—Exacto: tu casa, Kris. La tuya, no la de cualquier Fulano o Mengano al que le apetezca colarse por la puerta lateral para echar un polvo.

—Shay es mi novio.

Un término ambiguo en lo que concierne a Kristy. El «novio» que llevó a la primera comunión de Orla era un tipo que había conocido en la carpa de baile del festival de Glastonbury apenas una semana antes.

—Oye, ¿qué ha sido de Stefan? —pregunta Orla sondeando con una uña las yemas de sus huevos escalfados hechos por mí, su gran opresora—. Estaba, o sea, forrado, ¿no?

—Resulta que necesitaba estarlo —dice Kristy—. Una mujer y cuatro hijos cuestan un pastizal.

—Mierda, lo siento —murmura Orla.

Kristy emite una carcajada gélida.

—No lo sientes tanto como él.

Sabe Dios lo que querrá decir eso, y me parece muy bien. Siempre que puedo, tiendo a hacer la vista gorda ante los rasgos más siniestros de mi hermana. Su capacidad para guardar rencor durante más tiempo

que la mayoría de la gente aguanta una hipoteca. Su incapacidad para ser una persona madura. Para dejar estar un asunto.

—De todas formas, esto es diferente. Shay es diferente. —Adam suelta un bufido bebiendo el café. Yo reacciono de manera neutra, sin hacer el más mínimo gesto—. Los dos hemos salido de Tinder, ¿sabes?

—Ah, bueno, entonces… —Adam se arranca con la marcha nupcial.

—Ya, no tiene ni puta gracia —dice Kristy.

—¡Ha dicho una palabrota! —chilla Kian dando golpes con la cuchara como si fuera el martillo de un juez. Yo lo miro como diciéndole «buen chico» y Kristy lo fulmina con la mirada—. Quiero decir, Adam, que internet ni siquiera se había inventado cuando tú todavía estabas en el mercado, ¿no? ¿Cómo hacíais en esa época para hacerle saber a una chica que os interesaba? ¿Os pasabais el pañuelito por la cara?

—Pues si vais en serio —intervengo con la boca llena de cereales—, ¿a qué viene tanto secretismo?

—Que sea serio no lo convierte en algo de propiedad pública.

—¡Por Dios, que no sois Harry y Megan! «Camarero de Thames Lawley sale con la hermana de una vecina.» Dudo que causara mucha sensación en los medios. —Es malintencionado, pero es que está siendo ridícula—. En el pub permitiste que yo me plantase allí y que prácticamente lo llamase pedófilo. ¿Por qué?

—Ya, es que estuviste muy dura, mamá —dice Orla, levantándose —. Y delante de su jefe, además. —Va al cubo de la basura y tira los dos huevos escalfados haciendo ademanes de hostilidad. O a lo mejor es que se ha vuelto vegana. En cambio, ayer se tomó un Actimel—. Y de todas formas, tengo dieciséis años y ya he pasado la pubertad, así que él no sería un pedófilo.

—Y no es exactamente de Thames Lawley —dice Kristy frunciendo los labios—. Es de Londres. Del barrio de Brixton. No lejos de donde tú tenías aquel piso. Y no sé por qué no dije nada, Els. A lo mejor fue porque te había dicho que dejaras que me ocupase yo, pero no, tenías que ponerte furibunda como de costumbre. —Luego esboza una sonrisilla satisfecha—. O a lo mejor porque te resultó gracioso.

—¿Gracioso?

Adam hace una mueca que ya he comprendido que quiere decir: «Joder con tu familia». La dinámica de los hermanos Walsh es todo debates y diversión, un picarse sin agredirse, mientras que la chusma de mis parientes, excluyéndome a mí, nunca se divierte más que cuando se provocan brutalmente el uno al otro. La culpa se la echo a nuestros padres. Es la supervivencia del más malvado.

—Da igual, olvidémoslo. ¿Qué impresión te causó? —me pregunta Kristy antes de que yo tenga oportunidad de explicar que lo de anoche no me resultó particularmente «gracioso» cuando por un brevísimo

instante de pavor creí que no volvería a ver a mis hijos.

—Es joven —respondo manteniendo un tono práctico.

—Tiene treinta años.

—En un hombre, eso es ser joven. Todo el mundo sabe que las mujeres maduran más deprisa que los hombres.

Adam suelta una risotada.

—Y lo dices tú, que estás desayunando cereales a palo seco.

¿Pero qué le pasará? ¿Estará mosqueado porque nadie lo llamó para que se enfrentase al terrible intruso del jardín? ¿Seguirá dolido porque afirmé que a lo mejor Orla era la causante del último agravio?

Orla no tarda mucho en echar más leña al fuego.

—Mamá, estás demasiado obsesionada con la edad —dice al tiempo que abre el armario de los cereales—. Demasiado viejo para mí. Demasiado joven para tía K. ¿Qué más da? El ex de Gwen, el padre de Bella, tiene, no sé, cincuenta. Y está forrado. Le paga a Gwen un pastizal en concepto de pensión alimenticia.

—Vale, pues nada, todo es perfecto —salta Adam—. Es una lástima que no fuese al hospital cuando a Bella le salió aquel sarpullido tan grave. O que se tomase la molestia de mandarle una tarjeta de cumpleaños.

—Estás muy bien informado —comento yo, divertida—. Yo no me había enterado de lo del «sarpullido grave».

Adam se encoge de hombros y va al fregadero. Pasa su taza por debajo del grifo y a continuación se vuelve para mirar a Kristy.

—Verás, para volver a lo que Els y yo estamos intentando explicar… —¿Els y yo? No es que no agradezca que presente, aunque tardíamente, un frente unido, pero me desconcierta un poco que lo haga ahora—. Estaría bien que nos dijeras si vas a traer invitados, nada más.

—No «estaría bien» —corrijo yo—, sería esencial. En esta casa hay menores de edad y no sabemos nada de ese individuo.

—Vale. ¿Qué es lo que queréis saber? —Kristy se aparta de la nevera y arrastra una silla por el agrietado suelo de baldosas de la cocina hasta situarla en el centro para convertirse en el foco de atención—. Tengo cinco minutos, preguntadme lo que sea. —Luego le grita a Max—: Eh, Máximooo, ¿tú quieres preguntarme algo de mi amigo Shay?

—¿Cuándo es mi cumpleaños? —me dice Max a mí. La única pregunta que importa.

—Todavía falta un poco, cielo —contesto, acariciándole la cabeza —. ¿Te acuerdas de lo que hemos dicho? —Cinco mil veces—. Primero viene el cumpleaños de la tía Kristy, luego llega Santa Claus y después tu cumple. —Él arruga el entrecejo.

—De hecho, hay una pregunta, Kris —dice Adam—. ¿Qué te

regalaría por tu cumpleaños?

Kristy se encoge de hombros.

—Nada. Le he dicho que no se moleste. En realidad no necesito nada y él está un poco tieso ahora mismo.

Dirijo una mirada a Adam que dice: «Otro pelado». Kristy se da cuenta.

—Ya sé, Els. Ojalá tuviera una familia política millonaria que lo mantuviera, ¿no? —gruñe.

—Vale, yo tengo una pregunta —tercia Orla abriendo una caja de Cheerios—. ¿Alguien más lo ha acusado de aprovecharse de una adolescente y de haber cometido un delito en las mismas cuarenta y ocho horas?

En la pared donde está el armario de los cereales hay una foto con un marco en forma de corazón en el que aparece Orla con los brazos extendidos y sonriendo con una boca desdentada a un tipo disfrazado de Freddy Kruger. Así era ella en esa época: relajada y alegre. Adoraba a todo el mundo, hasta a los asesinos de niños que tenían la piel derretida y cuchillas en vez de dedos. Pero por encima de todo… ah, cuánto me quería a mí.

—¿No tienes cosas que estudiar? —le digo en un tono que quiere decir más bien: «¿Por qué no te vas con la música a otra parte?».

—¿A las siete y media? —Su expresión dice «boba»—. A las diez voy a ir a casa de Esme. ¿Te parece lo bastante temprano?

Hacia Esme Eavis siento la aversión que normalmente reservo para los estafadores que timan a las personas mayores. Si esa chica sirve a un propósito positivo en mi vida es para recordarme que Orla no es tan mala.

—Siempre y cuando sea para estudiar —contesto.

—Oh, da igual. No son más que simulacros de exámenes.

—Orla, todos los exámenes que hagas a partir de ahora son preparatorios para presentarte a Oxbridge. Y no me pongas esa cara, ese objetivo te lo has fijado tú, no yo.

—Sí, hace como un año.

—¿Y qué ha cambiado? —le pregunta Adam.

Orla se vuelve hacia mí y al instante vuelve a desviar la mirada.

—Es que… no es lo más importante ni el único objetivo. Hay muchas personas que no van a la universidad y que de todas formas se las arreglan para existir. —Kristy lanza una carcajada—. Quiero decir que para ser emprendedor no se necesita tener un título universitario, ¿no? Por ejemplo, la tía de Jodie es fontanera y gana una fortuna.

—Shay estudió para ser electricista —interviene Kristy—. Dice que con esa profesión se gana mucho dinero. —Se muerde la uña del pulgar al tiempo que su rostro se va distendiendo en una sonrisa de satisfacción—. Incluso le ha echado un vistazo a la luz de la cocina.

Pero calcula que debe de haber asbestos detrás de la caja de los fusibles y él no tiene licencia para manipularlos.

—¿Ha estado dentro de la casa? —Siento un hormigueo en el cuero cabelludo—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Hará un par de fines de semana. Tú estabas en la costa. —Durante un segundo pone cara de culpable, pero luego retoma la actitud defensiva—. Oye, que no monté precisamente una fiesta. No vacié tu mueble bar en un cuenco de ponche ni me tiré a Shay en tu cama. Fueron veinte minutos, entrar y salir. Mi intención era hacerte un favor. Bueno, más bien él. Fue idea suya.

Ah, conque fue idea suya.

A mí también se me está ocurriendo una idea, una que contradice cómo me siento de verdad en este instante: desconcertada, desprotegida y en absoluto acogedora. Sin embargo, es una idea que tiene su lógica, incluso puedo disfrazarla con el pretexto de parecer amistosa.

—Tráelo a comer mañana —digo ante la sorpresa palpable de todos los presentes.

Si ese tipo quiere hurgar en mi caja de fusibles, a lo mejor debería yo hurgar bien a fondo en la suya.

La cocina está despejada de niños, y de Kristy, y de todos los cereales con chocolate que he podido encontrar, cuando Adam hace su anuncio mientras busca las llaves.

—Lo de Facebook no ha sido obra de Orla —dice mirando dentro de la panera; la verdad es que las llaves podrían estar en cualquier parte—. He mirado el historial de búsqueda de su teléfono mientras estaba en el baño. No hay nada.

—¿Que has hecho qué?

En cuestión de segundos, Adam recorre una fuerte montaña rusa en mi grado de estima: sube, luego baja, luego vuelve a subir y se queda ahí. A fin de cuentas, aunque siempre he tenido la convicción de que a Orla se le debe permitir un cierto nivel de intimidad en lo referido a chicos, amistades y ponernos a caer de un burro, que es el comportamiento estándar de los adolescentes, cuando se trata de algo como esto lo siento mucho, el recibo lo pagamos nosotros.

Aunque me alegro de que haya sido Adam quien lo haya hecho; a mí me viene bien no cargar con más culpas.

Emito una risa un tanto temblorosa.

—Recuérdame que no deje mi teléfono desbloqueado cerca de ti.

—¿Por qué? ¿Te da miedo lo que pueda encontrar? —Lo dice en tono de malhumor, no de broma.

—No —miento—. Aunque el otro día pregunté en Google «¿Tiene Crazy Crocs Soft Play un bar con licencia completa?».

Espero que me responda con una carcajada, o al menos con una sonrisa. Pero lo único que obtengo es más malhumor y una búsqueda de llaves con actitud pasiva-agresiva.

—Por cierto, ¿tenías que invitar a comer a ese tal Shay? —Rebusca haciendo ruido en el cuenco de la fruta. Mira por tercera vez en el bolsillo de su abrigo—. Pensaba que iban a venir Gwen y Bella.

Advierto que sus llaves están en el cubo de camiones de juguete de Max, que está junto a la puerta trasera.

Que las encuentre él solito. Me está poniendo nerviosa.

—Así es, y también Nush. No me había dado cuenta de que teníamos un cupo de invitados. —Esto es impropio de Adam, por lo general suele creer en lo de que «cuantos más, mejor»—. Quiero tantearlo, Adam. A ver, no estoy sugiriendo nada, no lo he conocido hasta el otro día, de modo que a saber qué podría tener contra mí. Pero en un mismo día he tenido una carta amenazante y un intruso en el jardín; ¿eso no te huele un poco mal?

—Supongo. Puede que sí y puede que no.

—Vale, gracias por esa visión tan profunda de las cosas.

Él lanza un resoplido.

—¿Y tenías que decir que la malvada Esme podía venir? Le dices que no a Orla con bastante frecuencia; podrías haberle dicho que no en esta ocasión.

Suspiro.

—Si Orla percibe que estamos en contra de Esme, la adulará todavía más. Es mejor ser agradables. No te preocupes, Esme volverá a dejarla pronto.

—¿Esa es también la estrategia con el chico?

—¿Con el chico? —Hago como que le doy un puñetazo—. Adam Walsh, estás celoso, ¿a que sí? ¿Es porque prácticamente me vio los pezones?

Adam ignora la mención a mis pezones.

—¿Por qué razón trabaja en un pub? Eso es lo que me huele mal. Quiero decir, ¿cuántos electricistas conoces que no encuentren trabajo? La mayoría lo está rechazando.

—A mucha gente le gusta trabajar en un bar —replico, aunque, para ser sincera, lleva razón. Yo ni siquiera consigo que Bert el electricista me devuelva las llamadas, y eso que dicen que los de la vieja guardia son educados—. Créeme, hay días en que yo preferiría estar sirviendo pintas de cerveza antes que diseccionando tragedias de venganza jacobinas.

Pero hoy no. Cuando está Zane, no.

Siento un dolor de vergüenza tan profundo que no tiene fondo. Enseguida me aparto, con la seguridad de que debo de llevar el sentimiento de culpa grabado en la cara.

—Toma. —Recojo las llaves del cubo de juguetes y a continuación, para evitar sostenerle la mirada, me vuelvo hacia el reloj—. Venga, date prisa. Ya son las siete y media. Y déjame a mí las paranoias, ¿vale?

—¿Puedo dejarte también lo del soborno? No sé si te acuerdas de que nos costó dos mil libras librarnos del último vago.

17
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ORLA: *ALERTA* Si mañana mi madre te pregunta durante la comida, he estado estudiando en tu casa.

ESME: ¿Qué hemos estado estudiando? Tu madre querrá detalles.

ORLA: No. Finge que le importa un pito, pero no es verdad. No para de repetirme que para estudiar necesito silencio, pero ahora mismo está dando golpes y porrazos por toda la casa. Por el ruido que hace, debe de estar destrozando armarios roperos. Pero si pregunta, di que hemos estado estudiando la estructura del átomo. Ah, y también que estuve en tu casa el lunes por la noche.

ESME: ¡Vale, cuenta! Pero porfa, que no haya sido Callum Rudd (Abi Devlin te cortaría en rebanadas).

ORLA: No lo conoces (y yo misma me cortaría en rebanadas antes que acercarme siquiera a Callum Rudd o a cualquiera de esos gilipollas).

ESME: Eres mala. Que te arrepientas un poco no está mal, pero ahora no me cambies toda la historia. Declan O'Dell y tú hacíais una pareja muy sexi.

ORLA: Eso dice Declan.

ESME: Como sea. Pero a ver si lo he entendido bien: definitivamente, NO es el camarero musculitos del Cricketers, ¿verdad? No estaba coqueteando. Solo le estaba haciendo la pelota a tu tía, ¿no?

ORLA: A lo mejor sí estaba coqueteando. A lo mejor le estaba dando coba a tía K para acercarse más a mí.

ESME: Pues a mí puede darme coba cuando quiera. Con tu tía está perdiendo el tiempo. Es guapa porque tiene buenas piernas y tal, pero es mucho más vieja que él.

ORLA: ¡El ex de Gwen tiene cincuenta!

ESME: Eso es distinto. Cuando el viejo es el hombre, es menos raro.

ORLA: ¿Sabes lo que es la misoginia?

ESME: Sé lo que es la cruda realidad (¡Mala feminista! ¡Mea culpa!). Bueno, ¿y a qué hora es mañana la comida?

ORLA: No sé. Sobre las dos. Cuando sea. No va a ser gran cosa, solo pizza.

ESME: Dile a tu madre que la pida a Papa Johns. Las de Vesubio son muy rácanas con el queso.

ORLA: Las piensa hacer ella misma en casa.

ESME: ¿Quién hace una puta pizza en casa?

ORLA: Ya lo sé. Es porque viene Nush (la madre de Jasmine Delaney). La preocupa el #complejodeinferioridad de Nush.

ESME: #rollolésbico

ORLA: ¡Ja! Puede. Desde luego, algo trama.

ESME: Vale, tienes toda mi atención. ¿Hola? Acuérdate de lo que te he dicho de hacerte la misteriosa.

ORLA: Mira, no tengo ni idea. Es que a veces desaparece sin avisar. Y hace unos meses dejó a los niños en la guardería un viernes entero. Dijo que lo hizo porque tenía cosas que hacer, pero yo no veo qué mierda hace. La casa sigue estando patas arriba y sigue teniendo los mismos cuatro o cinco clientes.

ESME: A lo mejor se está reservando tiempo para ella. Para hacerse las uñas o depilarse las ingles.

ORLA: ¿Tú le has visto las uñas? Me parece que no.

ESME. Vaya. Pero deberías darle un respiro a tu madre.

ORLA: Anoche, cuando volvió a casa, me echó el sermón. Que madre no hay más que una, que la suya no se preocupaba un pimiento, que tengo suerte de que la mía se preocupe por mí, bla, bla. Era obvio que lo había aprendido de su madre.

ESME: Dame un toque cuando quieras cambiarte conmigo. Echo de menos ganar nueve libras la hora. La tacaña de Susi me paga solo seis por cuidar de ese niño fofo que tiene.

ORLA: Es poco. ¿Por eso estás siempre mangándome porros? BROMA. Sea como sea, al menos tú no tienes al asqueroso de Jason espiándote.

ESME: ¿¡Qué!? ¿Cuándo? ¿Anoche?

ORLA: No, hace un par de semanas. ¿No te lo conté? Me estaba probando ropa que Gwen iba a tirar a la basura cuando lo pillé mirándome desde la puerta del dormitorio.

ESME: ¿Estabas en bragas?

ORLA: Cuando lo vi no, pero no sé cuánto tiempo llevaba allí.

ESME: Cabrón pervertido. Te mereces nueve libras la hora por eso. Llámalo impuesto por Jason el Asqueroso.

ORLA: En este momento me vendrían bien novecientas. Mi madre se ha negado a soltar la pasta para lo de Frankfurt.

ESME: ¿En serio? ¿Por qué?

ORLA: Dice que tiene cosas más importantes en las que gastar el dinero, obvio.

18
Ellen

La primera vez que le regalé algo a Zane no fue nada por lo que extrañarse demasiado: cuatro cartones de leche y un paquete de perejil picado que necesitaba para un guiso de sardinas.

Expresé sorpresa por lo del guiso. Él se sintió ofendido al momento.

—Supongo que pensarás que subsisto a base de patatas fritas y que opino que las verduras son para los conejos, ¿a que sí?

Yo no pensaba tal cosa; solo con pasar dos minutos en compañía de Zane, uno sabía que no debía hacer suposiciones. Pero, aun así, ¿un guiso de sardinas? Parecía un plato salido directamente de una cartilla de racionamiento de la Segunda Guerra Mundial.

—Exacto. ¿Y qué se necesita en una guerra, Ellen? Fuerza y no perder la cabeza. Si uno solo quiere sobrevivir, tiene que comer algo más que esa mierda de alimentos procesados.

Estuve a punto de responder en broma que eso mismo le diría yo a Max, que es un tiquismiquis con la comida. Pero rara vez menciono a mis hijos cuando estoy con Zane. No es tanto una norma como una salvaguarda, una manera de mantener todo en su sitio. Sí que vio una foto de Orla en una ocasión, muy al principio, mientras echaba un vistazo a mi nuevo iPhone. Yo le quité el teléfono de la mano y le pregunté un poco mosqueada si no le habían enseñado a no tocar las cosas ajenas sin permiso. Él soltó una carcajada y me respondió que no me alterase y «es una chica guapa, pero no es mi tipo».

Después de la leche y del perejil, mi generosidad fue volviéndose cada vez más cara. No tardé en regalarle bolsas de la compra. Salmón, nueces, arándanos, café del bueno. Para alimentar el cerebro, me dije. Un enfoque holístico al aprendizaje moderno. Pero luego los alimentos para el cerebro se convirtieron en caprichos y los caprichos se convirtieron en dinero. Un billete de cinco por aquí, uno de diez por allá. En una ocasión, cuarenta libras para que volvieran a conectarle el teléfono. Esa vez insistió en que me las devolvería, que le debían unas cuantas libras por haber proporcionado a alguien una coartada para un allanamiento.

Jamás me las devolvió.

Hoy no le he traído comida y apenas llevo encima dinero en efectivo. Pero sí que tengo un regalo: un polo de Ralph Lauren de color fosforescente que compré cuando Adam cumplió los cuarenta.

De edición limitada y a un precio absurdo, iba a ser un guiño nostálgico a nuestra corta época de fiestas de juventud. Adam murmuró un «vaya» y nunca se lo puso. Dudo que siquiera se dé cuenta de que ya no lo tiene.

—Joder, vaya —dice Zane haciéndose eco de Adam, excepto que su «vaya» es el que exclama al ver la bicicleta nueva en la mañana de Navidad—. No sé qué decir. ¿Qué he hecho para merecerme esto?

Estamos en su dormitorio, como sucede a menudo. Es el único sitio en el que podemos estar, dado que Paulo yace en estado comatoso en el cuarto de estar y la cocina no tiene mesa. Es una habitación oscura y sofocante bañada de olor corporal, a chico y a hierba, pero por lo menos aquí dentro podemos esparcirnos un poco y fingir que estamos trabajando. Zane recostado contra el cabecero y argumentando que toda versión moderna de Hemingway es un revisionismo de mierda. Yo, a los pies de la cama, fingiendo que el estrecho espacio que nos separa hace que todo sea de lo más guay y no una infracción de todas las normas profesionales y morales que juro que yo tenía antes.

—Bah, no es nada —respondo en un intento de engañarme a mí misma tanto como a él—. Estaba haciendo limpieza de armarios y me lo encontré, llevaba tu nombre escrito.

Esto último es verdad, por si sirve de algo. He renunciado a pedirle a Adam que empiece a prepararse para la reforma. Su castigo es que la mitad de sus posesiones ahora adornan la tienda de beneficencia o el contenedor de la basura.

—Pero doscientas treinta libras —dice Zane al tiempo que frota la etiqueta del precio como si fuese una pata de conejo—. Me has hecho un gran regalo de despedida. Aunque ¿no debería ser yo el que te lo hiciese a ti? —Antes de que yo pueda impedírselo, me da un abrazo—. Dios, qué bien hueles.

No se me ocurre a qué puede referirse. Desde luego, cuando vengo aquí nunca me pongo perfume; y apenas voy maquillada. A lo mejor me he traído conmigo el aroma a vainilla del ambientador del coche. Sinceramente, dudo que huela «bien», pero supongo que huele diferente. Un exótico aroma femenino en un dominio masculino en el que no hay florituras.

Me libero del abrazo.

—Ya te lo dije ayer, no me marcho.

—Sí que te marchas, Ellen. Y lo he decidido. —Se cuadra de hombros, preparado para el conflicto. Yo me quedo mirándolo sin entender—. Es que he estado pensando en esto. En nosotros. —*Nosotros*—. Y tal como lo veo yo, si te dan ese empleo, vas a estar superocupada de nueve a cinco, ¿no? De modo que no te hace falta cargar con la molestia de tener que ocuparte de mí, no es que te esté pagando por ello. Y de todas formas, en este momento tengo a

Frances, del ministerio. —No es así como esperaba que lo dijera. Levanta la nariz hacia arriba, que es la señal estándar de un presuntuoso—. Quiero decir, de ninguna manera es tan sexi como tú, pero es buena, me hace buenas preguntas. —Probablemente debería frenarlo en caliente, pero ese barco ya hace mucho tiempo que zarpó —. Así que no tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo? Voy a esforzarme. Tendré cuidado con la marihuana. Me graduaré. Saldré de aquí. Todas las cosas de las que hemos hablado, ¿vale?

De modo que ese es el estado de ánimo de hoy, ¿no? Esperanza mejor que cinismo. Un guiso de sardinas mejor que las patatas fritas. Sé que debería seguirle la corriente, animarlo, disfrutar del Zane alegre mientras dure (no dura nunca). Pero, por patético que resulte, me duele que me despida.

—Entonces, ¿esa tal Frances es de verdad una estirada? —Me detesto a mí misma por haber preguntado esto—. Así la llamó tu padre —añado para distanciarme rápidamente de la pulla.

—Qué va, es normal. Está un poco encantada de conocerse, pero nada importante. A papá le molesta tener que salir del piso cuando ella está aquí.

—Conmigo no se ha molestado nunca —señalo.

—Ya, pero tú eres distinta, tú eres… —Deja escapar una risa punzante—. La verdad es que no sé qué demonios eres, Ellen.

Yo ya no estoy segura de saberlo.

Desvío la conversación.

—De todos modos, todo esto de que me voy es un poco prematuro. Ni siquiera sé aún si van a darme ese puesto de trabajo.

—Seamos serios —dice él en tono quedo—, ¿quién en su sano juicio no iba a querer contratarte a ti?

Me siento en la cama individual y escondo el sonrojo en las profundidades de mi bolso. El colchón se hunde bajo mi peso. Todo lo que hay en la habitación de Zane: la cama, el perchero para la ropa, el espejo de cuerpo entero y el puf, debe de tener por lo menos diez años de antigüedad. Solo el ordenador portátil es vagamente reciente.

—Bien. Hablemos de trabajo —digo, dándole un cachete en el brazo con un ejemplar de *The Changeling*—. Y trabajar significa palabras. Ya sabes: frases, párrafos, páginas. Nada de atajos de YouTube.

—Dentro de un minuto —murmura él, quitándose la gastada camiseta gris que lleva puesta para probarse el polo nuevo. Acto seguido, después de darse el visto bueno mirándose desde todos los ángulos, le pregunta a mi imagen reflejada en el espejo—: Bueno, ¿qué te parece?

Me parece que, pensando en retrospectiva, Adam nunca tuvo la tez que se necesita tener para lucir bien el rosa fosforescente. En cambio,

el color de piel de Zane equivale al de cinco días en Tenerife.

—Te sienta bien.

—Sí, ¿verdad? —Se sonríe a sí mismo—. Creo que voy a ponérmelo esta noche. Puede que ni siquiera le quite la etiqueta del precio.

Arqueo una ceja.

—¿Tienes una cita?

—Algo mejor: mi amigo Anton da una fiesta en su casa. Se cree, no sé, Giorgio Armani, porque tiene unas cuantas prendas de moda. —Otra sonrisa de oreja a oreja—. Ya verás cuando vea este Ralph edición limitada, se va a echar a llorar. Como una niña.

—¿Y qué vas a decir si te pregunta de dónde lo has sacado? Si te pregunta cualquiera, ya puestos. —Zane no me hace caso, está demasiado ocupado admirándose en el espejo (se sube el cuello, se lo vuelve a bajar, se abre el primer botón, se lo cierra)—. ¡Zane! —digo elevando la voz—. ¿Me estás escuchando? Es importante.

Se vuelve hacia mí con mirada ceñuda, como si le estuviera estropeando la diversión, ensuciando su regalo.

—Joder, deja de estresarte. Diré que lo he mangado. Sin melodramas.

Lo miro con gesto irónico.

—Mangado.

—Sí, mangado. En Bicester Village hay una tienda de Ralph Lauren. Es perfecto.

Es perfecto y es creíble. Sin embargo, me duele que esté preparado para venderse tan barato.

—Me gustaría que no estuvieras tan dispuesto a dejar que la gente piense lo peor de ti.

—Me importa una mierda lo que piense Anton Keane. —Nunca ha hablado más típico de un chico de diecisiete años.

Suelto una carcajada.

—Sí, está claro. Hace un momento, importaba mucho lo que opinase de una maldita camiseta.

Podría ser la risa o el hecho de que tengo razón, pero en un instante la temperatura cambia.

El Zane alegre no dura nunca.

—Vale —dice con la calma del océano y una mirada inexpresiva—. ¿Quieres que en vez de eso piensen lo peor de ti? ¿Quieres que diga que una profesora pija y cuarentona me ha tomado cierto cariño y tiene la sucia obsesión de vestirme con la ropa de su marido?

No es una amenaza, sino una represalia. Estoy como un ochenta por ciento segura de ello. Lo cual, naturalmente, significa que no estoy segura de nada. Tengo una frase grabada en el cerebro:

«Las personas tienen que aprender que hay consecuencias».

—Te ruego que no me hables en ese tono, Zane —digo, notando

que empieza a aumentar la tensión en mi cuello.

Él me mira como diciendo «¿en qué tono?» y la verdad es que no tengo respuesta. Porque no ha gritado ni proferido ningún taco. No ha sido maleducado ni abiertamente agresivo. El problema es lo que ha dicho y si lo que ha dicho es lo que piensa.

Y no me atrevo a preguntárselo.

—De todas formas, yo difícilmente puedo ser pija —digo refugiándome en la única parte de su burla a la que estoy dispuesta a acercarme a tres metros—. Nunca me he subido a un caballo. No prefiero el chocolate negro a la leche…

Esto último es una broma íntima nuestra. La sonrisa que sigue es una rama de olivo. Y cuando ya siento que la temperatura al menos va camino de volver a resultar acogedora, cuelo una última advertencia:

—Pero lo digo en serio. No se te ocurra contarle a tu padre que te lo he regalado yo. Podría parecer…

—¿Amable? Como que alguien cree de verdad que yo me merezco cosas bonitas. —El tono dolido de su voz se ve aderezado enseguida con la autocompasión—. Pero claro, en realidad no las merezco, ¿verdad? Tú sabes que no me merezco una mierda.

Nos quedamos atascados en *El rey Lear* el día en que él lo mencionó por primera vez. Yo le pregunté si opinaba que Lear merecía lástima por sus remordimientos respecto a Cordelia y él sacó el ingenuo cliché de que tan solo hay que arrepentirse de lo que uno no ha hecho, no de lo que sí ha hecho.

—Una vez yo le hice chantaje a una chica. Le dije que había grabado en vídeo una escena de los dos, bueno, de ella, ya sabes, en actitud sexual. Le dije que pensaba enviar el vídeo a todo el mundo, subirlo a internet y tal, si ella no me soltaba trescientas libras.

Ese no fue el delito por el que Zane fue expulsado del instituto, pero sí que fue, según él mismo me dijo, lo peor que había hecho en su vida. Pero es que no le había quedado otro remedio, insistió. Necesitaba dinero rápido. A su vecina ya le habían entrado en casa a robar tres veces. Los muy cabrones iban una y otra vez y lo que ella necesitaba era instalar una reja en la puerta de la vivienda. Y los padres de la chica eran médicos, así que estaba forrada. Podía permitírselo. Además, y esto era lo crucial, en realidad no pensaba cumplir su amenaza. Ni siquiera había grabado aquel vídeo. Se inventó una historia y ella aflojó la pasta.

Le pregunté si se sintió culpable. Él me respondió que cuando su madre se marchó, la vecina le enseñó a cocinar y le planchaba el uniforme.

—Vi una oportunidad y la aproveché, Ellen. Hay que odiar el pecado, no al pecador.

Al principio no me percato de lo del neumático. Estoy tan centrada en maldecir a la paloma que ha cagado en mi parabrisas, que estaba recién lavado, que hasta que intento salir de la Lomax y apenas recorro tres metros no me doy cuenta de que algo no va bien.

Me apeo del coche y miro hacia donde lo tenía aparcado esperando ver un charco de cristales rotos, tal vez los fragmentos de una botella rota. Pero nada. La carretera que lleva a Thames Lawley es notoria por estar sembrada de baches, así que es posible que haya metido la rueda en uno particularmente traicionero, pero de ser así lo habría notado, ¿no?

Me agacho junto a la rueda del lado del conductor. Al ver el estado del neumático, mi mundo da una vuelta sobre su eje.

Cinco tajos en total. Limpios, lisos, rectos y todos iguales.

Señas de identidad de que son obra de seres humanos.

Los han hecho a propósito, no hay duda.

Con el corazón retumbando en el pecho, no tengo más remedio que ponerme el traje de madre. De ningún modo voy a llegar ya a recoger a los gemelos, y ellos tienen prioridad. Mi favorita suele ser Gwen, pero al llamarla me sale directamente el buzón de voz. Lo mismo ocurre con Kristy y después con Orla. La buena de Nush responde al tercer timbrazo.

—¿Estás libre? —le pregunto, todavía en cuclillas. No creo tener fuerzas para incorporarme.

—Estoy con el manos libres, cielo. Espera un minuto, voy a parar el coche. —Transcurren largos segundos y luego vuelvo a oírla—: ¿Te encuentras bien? Te noto aturdida.

«Aturdida.» Cuando en el supermercado tienes una cola de gente detrás de ti y se te ha olvidado momentáneamente el PIN.

—No, estoy bien —respondo—. Bueno, no, no estoy bien. He tenido un pinchazo. He pasado por encima de una botella rota, ¿te lo puedes creer? Soy idiota. —Pongo cara de pedir disculpas como si Nush estuviera aquí presente y pudiera verme—. ¿Podrías recoger a los niños por mí? Si no estás ocupada, claro. Es obvio que no estás en casa.

—No estaba, pero ahora estoy volviendo. —Una breve pausa—. A ver, espera, ¿pero no estás en casa? ¿No sueles ir a la guardería andando a no ser que llueva?

—Estoy en el médico —le digo. La mentira me sale con bastante facilidad. Nush espera a obtener más detalles; tengo el vicio crónico de contarlo todo en lo que tiene que ver con la salud—. Es por el lunar que tengo en lo alto del muslo, ya sabes, el que te enseñé la otra semana. Bueno, el médico opina que es benigno, lo mío es seguramente simple hipocondria. —Emito una risita—. Ahora pienso que ojalá no me hubiera molestado, a saber cuánto tiempo voy a tener

que esperar a que venga la grúa.

—¿La grúa? Pensaba que sabías cambiar un neumático, Ellen. Menuda feminista estás hecha.

—Sabría si tuviera rueda de repuesto. —Hago caso omiso del comentario sarcástico—. Entonces, ¿vas a poder recoger a los gemelos? He probado con Gwen y con Kristy, pero no contestan al teléfono. Puedo pedírselo a Susi Sands, pero entonces le deberé un favor y…

—Y de esa forma no merece la pena vivir. Claro que puedo. Salen a las tres y media, si no me equivoco, ¿verdad?

Esa no es su última pregunta. Fiel a su estilo, Nush enfoca la operación de ir a recoger a dos niños pequeños igual que enfocaría una reunión anual de accionistas. Hay que negociarlo todo: el momento, el objetivo, el resultado.

Pero ahora que ya tengo quien se ocupe de los gemelos y que puedo dejarme invadir por el pánico, mi impulso más irresistible es el de huir. Abdicar de toda responsabilidad. No tengo ni idea de adónde ir y, francamente, tampoco me importa mucho dónde acabe. Cualquier lugar es mejor que seguir agachada en cuclillas en la carretera que discurre por el perímetro norte de la Lomax haciendo frente a la idea irrefutable de que alguien sabe que estoy aquí.

A no ser que…

Aferrándome a una pequeña esperanza, me pongo de pie y miro en derredor rezando para ver a un grupo de jóvenes de aspecto sospechoso riéndose de la puta rica del Audi. Juro que si el que me ha rajado el neumático ha sido un vago desgraciado por envidia, no me fío de que no le dé un beso. En este momento, con mucho gusto le entregaría las llaves.

Pero no veo a nadie. Por lo menos, a ningún sospechoso creíble. Tan solo a una mujer que empuja un cochecito doble de niño y que lleva a un tercer retoño subido como acompañante y a un anciano con andador que ya hace mucho tiempo que no raja neumáticos. En una farola veo un cartel que dice: Zona videovigilada. Pero eso implica largas solicitudes de acceso, cartas enviadas a casa o, si quiero evitar todo eso, significa policía.

Y policía significa la pregunta de «¿Y qué la ha traído aquí hoy?».

Noto que me recorre un escalofrío que nace de lo más hondo y se va expandiendo hacia mis extremidades.

19
Nush

Mejillas sonrosadas y gorros con pompón. Carteras enormes que se tragan un cuerpecillo diminuto.

Están para comérselos. Nush lo siente como si tuviese hambre. Aunque se conoce a sí misma lo suficiente para saber que la semana pasada no habría sentido esto. Es por ese embarazo, naturalmente. O, para ser más precisos, por la felicidad de Tom… no, por la euforia. Ese es el detalle bastante importante que no se atrevió a contarle a Ellen ayer.

Pero sí, todo es el niño esto y el niño lo otro, según su fuente principal, Joanna Plimpton, cuyo marido, Josh, coge el mismo tren que Tom todos los días para ir al trabajo. Por medio de Joanna-Josh, Nush se ha enterado de que el feto lleva el sobrenombre de *Tigre,* dado que es un varón y que tiene el tamaño de una pelota de golf. E incluso se está hablando de vender el Porsche Coupé, ya que no va a resultar práctico con un tigrecito a bordo, obviamente.

Nush siente rencor, pero principalmente tristeza, al pensar que la paciencia que solo llega con la edad y con la experiencia de la vida parece estar ablandando a Tom y transformándolo en una persona que Jasmine no ha tenido nunca. Una persona capaz de meterse en la piscina de bolas sin preocuparse por su Rolex. Una persona capaz de hacer el tonto, revolcarse por el barro, dejar el teléfono para jugar al escondite. Siempre tuvo la esperanza de llegar a ver esa faceta de Tom en cuanto Dios los bendijera con la llegada de un nieto; ahora, su única esperanza es que sus hipotéticos nietos no terminen revolcándose por el barro con la abuela Jessie.

—Buenas tardes, mamás, papás, perritos, todos. —El siempre alegre soniquete de la señora O'Leary saca a Nush de su melancólica ensoñación, y la confianza que inspira con su cuerpo rechoncho y sus mocasines de velcro sirven de recordatorio de que al menos hay algunas cosas que nunca cambian—. Bueno, debo decir que hoy hemos estado pero que muy ocupados, ¿verdad, niños? Hemos estado pintando y tejiendo con mimbre y hemos aprendido cosas de… —Se lleva una mano a la oreja para escuchar a sus pupilos, que van todos abrigados con gorritos de borlas.

—¡Nutrias! —exclaman al unísono, con la excepción de Max, que está rascando el suelo con el pie, claramente enfurruñado.

Las mamás y los papás sonríen contentos. Los perritos olfatean la acera. A Nush le viene a la memoria una oleada de recuerdos felices.

El centro preescolar de Stepping Stones es un edificio de colores amarillo y verde lima, famoso aquí por provocar migrañas y en todo el país por haber prohibido usar purpurina después de que uno de los principales biólogos marinos del Reino Unido diera a los niños una charla «apropiada para su edad» acerca de los efectos que tienen los microplásticos en el mar. Stepping Stones es también el centro al que acudió Jasmine, donde aprendió los días de la semana en tres idiomas distintos y ayudó a preparar «paella» con verduras recogidas del huerto del colegio. A Ellen le gusta dar la impresión de que todo este sitio le parece ligeramente ridículo, pero, como Nush piensa a menudo, podría enviar a los niños al salón de la iglesia si lo único que quiere es que la gente esté controlada y haya sándwiches de jamón. Y puede que también ese sitio sea más adecuado para ella. Es poco probable que St Pete tenga una política tan estricta en cuanto a la falta de puntualidad.

Aunque ella también ha estado a punto de ser impuntual. Se encontraba a pocos kilómetros de Thames Lawley cuando Ellen la llamó toda angustiada, y ya no se acordaba de lo difícil que era aparcar a dos calles del colegio después de las tres y cuarto. En realidad, se le había olvidado todo aquel jaleo de recoger a un niño del colegio. Aparcar, charlar de trivialidades, las quejas, las jerarquías. Hubo una época en que ella era el motor de todo, la maestra de ceremonias con camiseta a rayas, pero cuando Jasmine empezó a ir al colegio en bicicleta no mucho después de cumplir doce años, se acabó. Despido forzoso. Contempló a Jasmine con el corazón en un puño la primera vez que hizo sola aquel trayecto de tres kilómetros. Tom la regañó, le dijo que ya era hora de que aprendiese la diferencia que había entre preocuparse y ser catastrofista. Pero Nush sabe que ser madre supone vivir en un estado de ansiedad permanente.

A menos que seas Ellen, claro está. A Ellen ni siquiera le importó que Nush no tuviera sillitas de bebé para el coche. «Bah, es poco más de medio kilómetro», comentó. «No les ocurrirá nada. Tú abróchales bien el cinturón, pero sin apretárselo demasiado. Y diles que si no se portan bien, no vendrá Santa Claus.»

—¡Nuss! ¡Nuss! ¡Mira, Max, mira! ¡Hola, Nuss!

Kian la ha visto y ella sonríe de manera automática. Con ese ceceo y ese cuerpecito tan regordete, sumados a la manera en que se mueve por la vida, como si todos los días fuesen Mardi Gras, indiscutiblemente es su gemelo favorito. Ellen afirma que no tiene ningún favorito, pero es que Ellen afirma muchas cosas. ¿Y por qué tuvo que hacerla a ella madrina de Max, que siempre está taciturno?

—Señora Delaney, qué placer. —Ellen me ha dicho que sería la jefa

de la clase, Faye, la que me entregaría a los niños, pero de hecho es la señora O'Leary, que viene con un gemelo a cada lado—. ¿Cómo está, y cómo está la encantadora Jasmine? —Tras unos minutos de asombro general comentando que un momento antes no saben pronunciar la erre y al momento siguiente ya están estudiando Lingüística Experimental en Cambridge, el semblante de la señora O'Leary se torna un tanto grave—. Lo cierto es que esperaba tener una pequeña charla con la señora Walsh. Hoy Max se ha portado un poco mal. Ha dado patadas.

—Max —le dice Nush en tono serio—. Eso no va a gustarle nada a tu madre.

—He pedido peldón —responde Max, mirándola con sus dulces ojos castaños—. Y me he hecho daño en el pie.

Perfecto. Te está bien empleado. Nush solo experimenta un mínimo sentimiento de culpa.

—A lo mejor podría usted decirle a la señora Walsh que me diera un toque —dice la señora O'Leary en voz baja.

Nush afirma con la cabeza.

—Por supuesto, pero no puedo prometerle que vaya a ser esta tarde. Ahora mismo acaba de sufrir un percance con el coche y sé que mañana tiene invitados en casa para comer. Estará muy alterada con todo eso, sin duda. —Le dirige una sonrisa cómplice a la señora O'Leary—. A Ellen siempre le está pasando algo. Su vida es un melodrama mañana, tarde y noche.

La señora O'Leary hace una mueca de incomodidad y Nush se arrepiente de haberse pasado un poco.

—Oh, no es más que una bromita mía —dice poniendo una mano en el brazo de la señora O'Leary.—. A decir verdad, no es a Ellen a la que siempre le está pasando algo, sino en general es a Max. Sinceramente, entre las patadas y las crisis, su madre está que ya no puede más.

20
Ellen

El sábado empieza mal. Adam exclama desde la ventana del dormitorio: «¡Muriel se acerca!» y acto seguido Kian grita: «¡A cubierto! ¡A cubierto!», aunque no tiene ni idea de lo que significa. En los pocos segundos que quedan para que Muriel aterrice, le advierto rápidamente de que Muriel es una señora muy amable que está triste («Así que tenéis que portaros bien con ella») y que lo de «¡Muriel se acerca!» y «¡A cubierto!» es una cosa secreta que solo pueden decir mamá y papá.

Y de todas maneras, teniendo en cuenta todo lo sucedido en estas setenta y dos últimas horas, puede que una visita de Muriel no sea lo peor. Comparada con las cartas amenazantes y los neumáticos rajados, casi supone un ligero alivio.

Casi.

—Ellen, he estado pensando —me dice de pie en la puerta de la cocina, con el delantal puesto y lanzando furtivas miradas de crítica a la pila de ropa sin planchar que lleva dos semanas esperando—. Cuando tengas un momento, ¿podrías hablar con Val, de la tienda de beneficencia? Es que yo no me siento con ánimo para ello, pero esas chaquetas de Dennis que has donado tú…

—Ah, Muriel, ya te dije que yo no soy quién para decirles a qué precio deben venderlas. —Lo cierto es que me pidió que llevara una lista de precios. Pensé que se reirían, pero sintieron lástima de mí. Que Muriel es muy mandona lo sabe hasta el más tonto, al igual que mi tendencia a permitir que me mande a mí—. Y sé que están bien hechas. Pero es que la gente no está dispuesta a pagar mucho por la ropa de segunda mano…

—No, no, querida, no es eso. —Se saca un pañuelo de papel de la manga y se lo pasa por los ojos, aunque los tiene secos—. Es que…, bueno, están en el escaparate, puestas en maniquíes. Vistas de lejos podrían ser Dennis. No te imaginas lo inquietante que resulta.

Miro a Adam con gesto severo. «No te atrevas. Es una señora mayor.» No hay nada que ganar señalando que los maniquíes no tienen rostro y que se acaban a la altura de las rodillas.

Abrazo a Muriel. Ella nunca me corresponde, pero bueno, yo ya he hecho mi parte.

—Eso es horrible —le digo—. Una tremenda falta de sensibilidad.

Déjamelo a mí, ya lo soluciono yo.

Muriel esboza una media sonrisa (¿de conformidad?) al pensar que alguien va a llevarse una pequeña colleja.

—Mu-lel. —Kian nunca acierta a pronunciar su nombre, de modo que se lo he enseñado fonéticamente—. Me portaré bien contigo. Mira. —Y le pone en el muslo el peluche Osito Marrón.

Este gesto la deja sin habla, y a mí también; tanto que, en lugar de mentir diciendo que estábamos a punto de salir, retiro una silla de la mesa de desayuno y le pregunto si le apetece un té.

—No, Ellen, pero gracias. —Hurra—. Hoy voy a hacer una tarta, una tarta de cumpleaños. —Pobrecilla—. Pero sí, ya hace bastante tiempo que no nos sentamos a tomar un té y charlar como Dios manda.

Nueve días. Han pasado nueve días. Y la charla que tuvimos distó mucho de ser como Dios manda. Media hora entera hablando de que ella preferiría que Adam no se atara la zapatilla deportiva en la fachada de su casa.

—Desde luego que sí, ha pasado demasiado tiempo —contesto en tono alegre; el alivio que me causa su breve visita me vuelve caritativa —. ¿Tal vez durante la semana, entonces?

—Traeré unas cuantas pastas.

—Estupendo.

Detrás de ella, Adam hace un gesto como de vomitar. Es innecesario y pueril, pero una inyección de normalidad muy bien recibida.

El almuerzo comienza bien. Todo va sobre ruedas durante la primera hora más o menos. Incluso civilizado, de una manera bulliciosa. Las bebidas fluyen y la conversación es relajada: lo caro que es cambiar un neumático, lo sospechosos que son los lunares, si la señora O'Leary tendrá algún otro calzado que no sean mocasines de velcro (Gwen jura por Dios que una vez la vio con zapatos de tacón bajo), y los gemelos y Bella se encariñan con Shay nada más verlo y exigen saber si a Kristy le huelen los pies. Nush está un tanto distante y Esme continúa con su altiva costumbre de coger cosas y luego dejarlas donde estaban, como si estuviera curioseando los objetos de un mercadillo de segunda mano. Pero eso, ella, es lo único que me irrita durante esa primera hora. No está mal, tratándose de un grupo formado por seis adultos un poco achispados, dos adolescentes sabelotodo y tres niños pequeños enloquecidos atiborrándose de gominolas.

Sin embargo, tan seguro como que saldrá el sol, lo de beber alcohol en el almuerzo solo termina de una de dos maneras: con una siesta o con una discusión.

Es nuestro planificador de menús montado en la nevera,

precisamente, lo que primero da lugar al conflicto. Shay se opone a él por completo. Hinchado de principios y habiéndose trasegado tres cervezas antes de que salieran las pizzas, declara que los planificadores de menús son una señal de todo lo que funciona mal en el mundo. Y que yo, que soy su trágica dueña, «voy por la vida caminando como un zombi».

—Lo único que digo es que cómo puede una persona saber lo que le apetecerá comer dentro de cinco días. ¿No has oído hablar de la espontaneidad? —Se columpia sobre las patas traseras de su silla y los gemelos lo miran asombrados porque cualquier clase de jugueteo con la silla supone una infracción de las normas de mamá. Debería decirle que parase, pero, Dios me perdone, sería muy gracioso que se cayera hacia atrás. No deseo que se haga daño, obviamente; bastaría con que su ego saliese magullado—. O sea, ¿qué pasa si llega el miércoles y te apetece pollo al curry, pero el planificador dice que toca tortilla francesa? ¿Qué ocurre entonces?

Lo dice con la cara seria, como si estuviera aguardando a que yo le explique el sistema. Pero sé que está burlándose de mí. Todo el mundo lo hace. Únicamente Gwen tiene la elegancia de fingir no darse cuenta y sigue bebiendo su Malbec tan tranquila, en el otro extremo de la mesa, con la nariz metida en mi último catálogo de pinturas. Miro a Nush esperando algo de apoyo porque fue ella la que me regaló el maldito planificador de menús, pero se muestra impasible, casi aburrida.

—Ya me lo dirás cuando tengas hijos —le contesto señalando hacia Max, que en este momento se está quejando de que la *mozzarella* está «demasiado gomosa» y quiere ver los dibujos animados—. Entonces hablaremos de espontaneidad, ¿vale?

Shay sonríe como diciendo *touché* y después vuelve a mirar el planificador.

—Lástima que no estuviese aquí el martes. Me muero por los espaguetis boloñesa.

—Entonces, ¿no odias toda la comida italiana? —Adam me da un pellizco de solidaridad en el muslo, por debajo de la mesa—. Solo la pizza.

La palabra correcta no era «odiar», sino «detestar». Shay «detesta» la pizza, lo cual es una pena porque he hecho nueve. Tres vegetarianas, dos sin gluten, otras dos con un extra de carne y una vegana, por empatía. Todas sin champiñones. Para ser justos, posteriormente rebajó la categoría de «detestar» a «desagradar». También aceptó que había muy poca lógica en ello, dado que le gusta el pan, le encanta el queso y no pone objeciones al tomate y a la mayoría de los aderezos. Pero todo junto le resulta «demasiado chapucero». Realmente no es lo suyo.

—Absurdo —dice Orla meneando la cabeza, aún no se ha recuperado—. En serio, en mi opinión, que no te guste la pizza es señal de enfermedad mental.

Esme coge su cuchillo y hace en el aire el gesto de cortar algo.

—Shay, ¿alguna vez le cortaste el cuello a tu osito de peluche cuando eras pequeño? ¿O le arrancaste las alas a alguna mariposa?

Shay suelta una carcajada.

—Dice la mujer que está comiendo una pizza con cuchillo y tenedor. Eso sí que es de enfermos mentales.

Esme se pavonea al oír lo de «mujer», aunque es posible que se esté pavoneando por lo de «enfermo mental».

Gwen levanta la vista.

—Esa idea es falsa, ¿sabes?, la de que los psicópatas son siempre violentos. Además, rara vez están locos. No en el sentido de la ley, al menos eso es lo que dice Jason. —Y dicho eso, vuelve a bajar la cabeza para seguir comparando los tonos satinados con los mates.

—Jason, el hermano de Gwen, es policía —le explica Kristy a Shay.

—No sabes cuánto lo siento —responde él. Las patas delanteras de su silla por fin vuelven a encontrarse con el suelo.

—¿No eres fan de la policía? —le pregunto yo con tono de naturalidad.

—Si esa es tu forma de preguntarme si tengo antecedentes penales, Ellen, te respondo que no. —Ya es algo, supongo, y para Kristy debe de ser algo nuevo. Por lo general, siempre que el chico mida un metro ochenta como mínimo y solo haya sido condenado por un delito menor, ya le vale. Shay esboza una media sonrisa—. He tenido alguna que otra amonestación aquí y allá, pero bueno, todos hemos sido jóvenes y estúpidos, ¿no es cierto?

—¿Qué fue lo que hiciste? —le pregunta Orla con los ojos brillantes. Nunca ha estado así de fascinada por los amplios antecedentes de sus tíos. Sus tíos por parte mía, obviamente; el hermano de Adam aún se siente culpable por haberse olvidado de escanear una piña en la caja automática del supermercado.

—Ah, pues ya sabes, delitos de daños materiales, principalmente. Peleas. Conducta amenazante. Minucias.

—Básicamente, no molestes a Shay —dice Esme.

Puedo montar una escena sobre el uso de lenguaje inapropiado habiendo niños delante o puedo enviar a esos niños al cuarto de estar a que vean la televisión. Debería optar por lo primero, pero lo que menos necesito es que Orla tenga otro motivo más para odiarme.

Aplaudo.

—Vale, Bella, chicos, coged un trozo de pizza y marchaos a ver *La patrulla canina*. Ahora os la pone papá en la tele. —Los niños se levantan de la silla y desaparecen por la puerta en cuestión de

segundos. Durante un momento, Adam pone cara de sentirse molesto por haber sido sacado voluntariamente de su asiento hasta que mi gesto le recuerda que he sido yo la que ha hecho las nueve pizzas, yo la que ha pasado la aspiradora a la casa, yo la que se ha hecho casi diez kilómetros en coche para ir a comprar un barril de su cerveza favorita—. Y tened cuidado con las migas —voceo, aunque es un intento fútil, porque son niños pequeños—. No queremos *El ataque de las hormigas: la secuela.*

—¿Así que Jason ha conocido a muchos psicópatas? —pregunta Nush a Gwen haciendo girar el pie de su copa de vino. Gwen parece sorprendida por la pregunta, pero yo sé lo que está haciendo Nush—. Es que yo pensaba que la policía uniformada se ocupaba principalmente de allanadores, vándalos y…

—¿Y personas como yo? —propone Shay.

—Ha conocido a unos cuantos —dice Gwen—. Nuestros padres, sin ir más lejos. —Lanza una áspera carcajada—. Ha sido de broma. A ver, eran horrorosos, pero no eran tan malos. Tan solo eran personas rotas, heridas. No deberían haber tenido hijos.

—Conozco ese sentimiento. —Adam vuelve a sentarse; solo ha alcanzado a captar la última frase de la conversación.

—Y trabajando en Londres, imagino que debió de conocer a uno o dos psicópatas. Allí su trabajo era un poco más animado. —*Y mucho más sénior*. Nush está rabiando por decirlo—. Además, en la universidad estudió Psicología y Criminología. Siempre ha tenido esa extraña obsesión.

—Debería estudiar a Max —comenta Adam meneando la cabeza por alguna transgresión u otra.

—Lo cierto es que no creo que se te permita llamar psicópata a un niño —dice Gwen, estirándose para coger el último trozo de pizza vegana—. Según dice Jason, es una enfermedad de adultos.

—El otro día llamé a Max «Satanás» —tercio yo—. ¿Eso es peor?

—Al menos Jason ha aprovechado bien su título universitario —interrumpe Orla al tiempo que se sirve una copa de *prosecco* con una elegancia que me sorprende un poco—. Mamá estudió Historia del Arte. Esos fueron tres años bien empleados.

—Pero es que en aquella época la universidad era gratis —dice Kristy con la voz aderezada por la ironía y tres vodkas con tónica—. De modo que uno podía dedicarse a estudiar cestería submarina o lo que fuese, que te lo pagaba el Estado. —Se vuelve hacia Shay y me señala a mí—. ¿Puedes creer que Ellen entró en la universidad un año antes de que introdujeran las tasas de matrícula? A ver, ¿eso es típico o es típico?

Adam deja escapar un suspiro.

—¿De modo que ahora Ellen tiene la culpa de haber nacido cuando

nació?

Kristy lo fulmina con la mirada.

—Yo no he dicho eso, pero, vale, te has ganado un sobresaliente por tu apoyo como marido, Adam. —Ambos se miran un instante con rencor hasta que Adam aparta la vista—. Lo único que estoy diciendo es que es curioso lo bien que le han ido saliendo las cosas a Ellen.

Nush muerde el anzuelo antes que yo.

—Ah, ¿y a ti no? Vives sin pagar renta y disfrutando de una ducha masaje y un porche. Y vistes ropa de diseño a tu antojo.

Hoy Kristy lleva puesto uno de mis vestidos, aunque no es de marca de diseño, sino más bien de tienda corriente. A mí me quedaba demasiado mini; a Kristy le queda micro. Pero, tal como es característico de ella, le importa un comino.

Pásate un par de días en una silla de ruedas, Els, y tendrás una interesante perspectiva de lo que es la celulitis, créeme.

—Ya, bueno, algunos de nosotros tenemos que aceptar el caballo regalado sin protestar —salta Kristy—. No todos tenemos un exmarido rico que nos dé de comer.

Tom no es el exmarido de Nush, todavía, ni en absoluto su proveedor financiero. Entre su negocio de fontanería y el de aromaterapia, ella misma se da de comer excepcionalmente bien.

Pero nada más lejos de Kristy que permitir que los hechos estropeen un buen insulto.

Orla le sonríe a Shay de oreja a oreja.

—¿Qué, a que esto es divertido? Apuesto a que ahora te alegras de haber venido a almorzar. Comida que detestas y todo el mundo peleándose entre sí.

—Si yo fuera tú, huiría de aquí —dice Gwen con otra sonrisa. Sin embargo, el cansancio que rezuma su tono de voz sugiere que con mucho gusto ella haría lo mismo.

—Qué va, no hay la menor posibilidad. —Shay posa una mano sobre la de Kristy, pero me mira a mí—. Pienso quedarme aquí, justo donde estoy. Sé distinguir cuándo tengo algo bueno.

En un intento de cambiar de tema, Adam le pregunta a Nush:

—¿Has sabido algo de Pelham por radio macuto? —Luego se vuelve hacia mí—. Pensaba que a estas alturas ya sabrías algo, ¿no?

—No necesariamente —respondo a la defensiva. Nush mira fijamente su plato; al parecer, está extasiada por un florete de apio—. Estas cosas llevan tiempo. No son decisión de una sola persona, eso hay que comprenderlo.

—Pensaba que tú eras claramente la favorita —dice Kristy—.Ya no parece que esté tan claro si tienen que debatirlo.

—Puede que haya candidatos internos —replico. Pero estoy segura de que dijeron que no los había.

—Pues, decididamente, primero tendrán que ocuparse de ellos —dice Gwen.

—Lo recuerdo de cuando contraté a la persona que iba a sustituirme durante la baja de maternidad. Es frustrante, sabes que tu candidato externo es mejor, pero tienes que seguir el proceso.

—Y estamos a mitad de trimestre. —La mesa entera, a excepción de Nush, asiente al oír la aportación de Esme, que resulta sorprendentemente constructiva. Luego añade—: Ah, espera, puede que para ellos no. Esos institutos tienen fechas distintas, creo.

Esos institutos. Los que no son privados. Los que no son *grammar schools*.

—Supongo que podría haber otra entrevista —propongo—, una menos formal. De hecho, eso estaría bien…

—No te lo han dado.

Nush lo dice en un tono de voz tan bajo que, aunque el repetido tamborileo de su uña me lo dice todo, aun así le pido que lo repita.

—Que no te lo han dado. Lo siento.

Orla dibuja con los labios la palabra «Ay». Kristy, triunfal, da un bocado a su pizza, aunque es posible que lo del triunfo esté solo en mi cabeza.

—Pero dijiste que… Yo pensaba que era tan bueno como el mío. —Adam me da otro leve pellizco en el muslo.

Nush se encoge de hombros.

—Eso es lo que me dijo el miércoles Joanna Plimpton. Ayer me dijo que… bueno, que no lo era.

—¿Ayer? —Así que Nush ha tenido tiempo de sobra para contármelo antes de que estuviéramos en público.

Me ha leído el pensamiento:

—Cielo, con la carta y todo eso, y luego con lo de la rueda pinchada… Además, no quería estropearte el almuerzo de hoy. —Calla un instante—. Pero, bueno, es que no podía dejar que siguieras con esa verborrea acerca de candidatos internos y segundas entrevistas.

—¿Te ha dicho la razón? —le pregunto, demasiado planchada para sentirme ofendida por lo de «verborrea»—. Te habrá dado alguna razón.

—Bueno, obviamente se pondrán en contacto contigo, pero… —Lanza un profundo suspiro de mártir, como si de verdad no quisiera entrar en eso—. Ellen, la verdad es que ha sido por lo de la prueba de alcoholemia. —De modo que el telégrafo local ha estado muy ocupado. Hacía años que no sentía una punzada tan fuerte de odiar este pueblo—. Se propagó el rumor y no causó muy buena imagen, ¿no crees? Ah, y también ha tenido que ver no sé qué de una publicación en Facebook, no terminé de enterarme bien.

—Sí, claro. Ciara Harkin. —Gwen empuja el vino hacia mí: un

gesto infinitamente más útil que los pellizquitos de Adam—. ¿Quién demonios es esa, Els? ¿Y qué carta?

—Sí, mamá, ¿qué carta?

Adam se pone de pie y va hacia el cajón de la cocina.

—Alguien le ha mandado a Ellen una…

—Déjalo, Adam. —Me levanto y lo devuelvo a la mesa de un tirón —. ¿Podemos olvidarnos hoy de eso?

Obedece, pero me mira fijamente, con expresión confusa.

—Els, si esa carta, esta campaña, es el motivo de que te hayan rechazado para un puesto de trabajo, entonces es importante. No podemos olvidarlo sin más. La verdad es que me cuesta creer que tú quieras olvidarte de ello.

—¿Qué carta? —repite Orla—. ¿Qué campaña?

Shay se acaricia la barba al estilo de Confucio.

—Lo que no entiendo es por qué te han mandado una carta para decirte que van a joderte. ¿Por qué no joderte sin más? —Le da un codazo a Kristy—. Anoche estuvimos hablando de esto, ¿a que sí, nena?

Orla ya está furiosa.

—¿Quién está jodiendo a quién? ¿Qué carta? ¿Por qué todo el mundo está enterado de esto menos yo?

Gwen añade alegremente:

—¡Y yo!

Doy una fuerte palmada en la mesa.

—¿Podemos dejar de hablar de esa maldita carta? Lo digo en serio. Haced el favor de callaros todos.

No es la primera vez que levanto un poco la voz, pero no suelo dar golpes en la mesa. Sin embargo, me siento abochornada. Me muero de vergüenza. De verdad creía que ese puesto de trabajo ya era mío.

Siete rostros me miran fijamente con diversas expresiones: sorpresa, preocupación y fascinación mórbida. Transcurridos unos instantes, Gwen, siempre presta a escaquearse de algo que sea mínimamente desagradable, señala:

—Aquí hay demasiado silencio, para mi gusto. —Y se va a ver qué están haciendo los gemelos.

Es Kristy la que rompe el incómodo silencio.

—En fin, Els, vas a tener que volver a dar clases a los retoños de los millonarios. Hay trabajos peores, ¿no?

—Cuando uno pretende hacer un mundo mejor, no —contesta Orla cantando la última parte y sirviéndose del molinillo de la pimienta a modo de micrófono.

—¿Y eso está mal? —replico encendida.

—Lo cierto es que tienes un pequeño complejo de salvadora —me dice Nush.

Yo la fulmino con la mirada desde mi lado de la mesa.

—Nush, solo es complejo de salvadora si uno no ha conocido nunca otra cosa que el privilegio. Yo, es decir, nosotras, Kristy y yo, hubo una época en la que fuimos como esos alumnos de Pelham.

Kristy levanta en alto su vodka con tónica.

—Pero no nos ha ido tan mal, ¿no? Tú, en una casa de película de Navidad planificando una reforma de lo más estilosa. Yo, viajando por el mundo y trabajando de modelo para Westwood. —Me sonríe con ojos misteriosos, como los de nuestro padre. Otro vodka con tónica y se pondrá a tararear alguna canción irlandesa.

No es que me agrade confesarlo, pero prefiero a Kristy cuando está algo bebida.

Tragándome mi desilusión, levanto mi copa para brindar con ella.

—Nos ha ido muy bien, hermana. —Luego miro a Nush—. Pero eso no significa que se me haya olvidado lo difícil que es avanzar en la vida estudiando en un centro «duro».

—Ah, ya estamos otra vez —dice Orla levantando los ojos hacia el techo—. «Cuando yo tenía tu edad, tenía que ir andando descalza al colegio. Limpiaba chimeneas por medio chelín. No me subí a un avión hasta los veintiún años.»

—Yo no consideraría a Pelham un centro escolar «duro» —murmura Esme—. No está tan mal. Chapel House o Tommy More's, esos sí que son escoria.

El St Thomas More, el antiguo instituto de Zane.

Se me sonrojan las mejillas y se me empiezan a formar gotitas de sudor en la frente. De pronto se oye un agudo chillido procedente del cuarto de estar que me hiela la sangre. Ha sido Max, sin duda alguna, y no ha sido un grito que sugiera que ha visto una araña o que se está peleando por el mando a distancia. Salgo disparada y me choco contra Gwen, que viene hacia mí. Lleva en brazos a mi hijo, que está sangrando y llorando. Trae una cara del color de la coliflor hervida.

Me quedo sin aire en los pulmones.

—Es la mano —dice a toda prisa—. Se le cayó un poco de maíz de la pizza y dijo que su madre se enfadaría si no lo recogía, y de repente chilló. No sé muy bien qué es lo que ha ocurrido, Els. Estaba de espaldas a él, limpiándole la nariz a Bella.

Vale, las manos pueden repararse. El alivio que siento se parece a estar en el nirvana. Max se arroja en mis brazos al tiempo que Gwen vuelve rápidamente por el otro lado.

—Cielo, ¿qué ha pasado? —le pregunto dándole un besito en la mejilla empapada. Pero está demasiado alterado para decírmelo, la única palabra que logro distinguir suena a «ovillo»—. ¿Puedes traerme una servilleta limpia? —voceo en dirección a Orla, pero es Nush la que se apresura a atenderme. Siento a Max en la rodilla de Adam para

poder inspeccionar claramente los daños.

El corte es pequeño, pero también su mano es pequeña, y hasta midiendo apenas dos centímetros le recorre casi la totalidad de la base blanda y carnosa del precioso dedito pulgar. No parece ser demasiado profundo, pero resulta difícil saberlo porque no me permite tocárselo. En cuanto Nush me pasa la servilleta, hago de tripas corazón, le agarro la muñeca con delicadeza y aprieto fuerte con la tela para parar la hemorragia. Max me mira como si yo fuese su torturadora. Le canto «Máximo es un valiente» con la melodía de su nana favorita.

—Dios bendito —dice Adam de pronto, mirando boquiabierto algo que hay detrás de mí.

Me vuelvo para mirar. En la puerta están Bella y Kian y entre ellos está Gwen empuñando un cuchillo.

Era «cuchillo», no «ovillo».

Orla y yo intercambiamos una mirada.

—Estaba metido en un costado del almohadón del sofá —dice Gwen con voz temblorosa.

—¿Qué?

No le encuentro lógica a lo que estoy viendo. Si fuese un cuchillo de mesa, vale, podría entender más o menos que haya acabado ahí porque de vez en cuando Adam y yo cenamos en el sofá, aunque hace varias semanas que no. Pero ese cuchillo está muy afilado; es el que utilizo para cortar verduras y abrir paquetes. Si acaso, Max ha tenido suerte de no haberse hecho más que un corte superficial.

El estómago me da un vuelco.

—¿Cómo ha llegado ahí? —le pregunto a Gwen; yo misma me siento ridícula al hacer esta pregunta.

Gwen me mira con una expresión muy merecida que dice: «La que vive aquí eres tú, no yo».

—¿Tú qué crees? —Me vuelvo hacia Adam—. ¿Deberíamos ir a Urgencias solo para quedarnos tranquilos? Aunque tendremos que coger un taxi. Todos daremos positivo en el alcoholímetro.

—¿Urgencias a las cinco de la tarde de un sábado? Os deseo buena suerte —dice Shay—. Tendréis lesiones de fútbol a mogollón y la primera remesa de bajas por el alcohol. —Se levanta, rodea la mesa y se agacha a mi lado frente a Max, que ahora está un poco más tranquilo—. Aparta un momento la servilleta —me dice—. Déjame ver. Tengo formación en primeros auxilios.

Escéptica, pero difícilmente estando en situación de escoger, obedezco. El corte vuelve a llenarse de sangre, pero ahora ya es menos, de eso no hay duda.

Shay asiente satisfecho.

—Bah, no va a necesitar puntos. Es poca cosa, solo llevas unos minutos aplicando presión y ya está secándose, ¿ves? —Le hace una

caricia a Max bajo la barbilla—. ¿Quieres venirte conmigo, grandullón? Lavaremos la herida y te pondremos bueno, ¿vale? —Luego añade, dirigiéndose a mí—: Imagino que tendréis un botiquín de primeros auxilios, unas tiritas o algo.

No tengo un botiquín de primeros auxilios, tengo un almacén de primeros auxilios. Cuatro baldas más o menos organizadas y abarrotadas de todo lo que se puede llegar a necesitar. Esta vez es Gwen la que se pone en acción y deja el cuchillo en la mesa, delante de Orla, la cual, cosa desconcertante, está muy callada.

Por desgracia, Esme no está tan callada.

—Vaya, Shay, sabes servir una cerveza y prestar primeros auxilios. He de decir que prefiero a un tipo que sepa usar las manos antes que un oficinista. —Le guiña un ojo a Adam y añade—: No se ofenda, señor Walsh. Usted es la excepción, obviamente.

Tengo en mi cocina a un niño pequeño sangrando y a una adolescente coqueteando abiertamente con dos hombres hechos y derechos.

Pero a quien no puedo quitar los ojos de encima es a Orla.

Y Orla no puede apartar los ojos del cuchillo.

21
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ESME: ¡Ay, Dios! Sí que era corto el vestido que llevaba tu tía. Pero tiene buenas piernas.

ORLA: Son piernas de modelo.

ESME: ¿Has llegado al fondo de lo de esa carta? Tu madre estuvo muy rara con ese tema.

ORLA: No. Le he preguntado a mi padre, pero me ha dicho que me olvide. Mi madre lo tiene tan dominado que es surrealista. Y ya te dije que mi madre era rara. Da miedo, tía.

ESME: ¿Tu hermano pequeño está bien?

ORLA: ¡Se hizo un corte en la mano! Todos estaban como si se hubiera amputado una pierna. Ese pequeñajo abusa todo lo que puede, mi madre lo tiene en palmitas. Da igual, se lo tiene merecido.

ESME: ¿??

ORLA: El cuchillo no llegó al sofá andando solito, ¿no? Seguramente lo puso allí él mismo y luego se olvidó. Siempre está guardando cosas. Los niños pequeños son así de raros.

ESME: Quizá lo puso Shay. Ya hemos quedado en que es un psicópata. A lo mejor lo dejó allí para volver más tarde y rajar a tu madre. No parece que le caiga muy bien.

ORLA: En ese caso, está de lo más cuerdo.

ESME: Se cachondeó de lo lindo con lo del planificador de menús. Fue raro.

ORLA: ¡Fue divertido! Mejor que oír a mi madre quejarse de sus lunares. Zzzzzz.

ESME: A mí me pareció de mala educación. Ni siquiera yo soy tan maleducada.

ORLA: Entonces, ¿ya no te gusta Shay?

ESME: No. 4 de 10. NO lo recomendaría.

ORLA: ¿Cómo? ¿Y eso de que preferías a un tipo que supiera usar las manos…?

ESME: ¡Pero puedo coquetear con alguien que no me guste! ¿Y lo de la pizza? Demasiado raro. La pizza es como el sexo: incluso siendo mala, es buena. Quiero decir, hasta la pizza esa de higos e hinojo debería ser horrible y no estaba mal. Además, tiquismiquis con la comida = malo en la cama.

ORLA: No voy a decirte que me expliques tu razonamiento, a lo mejor vomito el hinojo. ¿Y desde cuándo el mal sexo es bueno? Quizá para el tío. Ya es hora de que subamos el listón, digo yo.

ESME: Vale, Michelle Obama.

ORLA: Vete a la porra 😊. Sea como sea, ¿sabes quién es un psicópata? Jason el Siniestro. Cumple todos los requisitos: Va por ahí solo - Está obsesionado con los

psicópatas - Vive con su hermana (Norman Bates vivía con su madre) - Me espió a mí por la puerta del dormitorio.

ESME: ¿Quién es Norman Bates?

22
Jason

Gwen apesta a la casa de los Walsh. A vino, a jabón de manos caro y a esos cigarrillos mentolados que fuma solo cuando está con Ellen. Y también desprende un tufillo a caramelos de menta. Caramelos de menta para enmascarar el mentol. ¿De qué servirá, se pregunta Jason, si las dos cosas huelen igual? Es como rociar la mierda con más mierda, como decía su antiguo jefe. Debería decirle a Gwen que no se tomara la molestia, recordarle que ya no tiene trece años y que a él le importa un pimiento lo que se meta en los pulmones. Si eso fuese lo único que le importase, ya estaría muy lejos de aquí.

Pensaba que Gwen iba a volver más tarde. Quince minutos más, y probablemente él habría salido de casa. No porque tuviera una cita romántica ni un destino ni porque tuviera que estar en un sitio a una hora determinada. En realidad, estaba jugando con la idea de ir al cine: la pantalla de doce que hay saliendo de la circunvalación, la que tiene asientos tipo estadio y un sonido envolvente que hace temblar el suelo. No soporta la «casa de foto» de Thames Lawley, con sus anticuados caramelitos y sus tarrinas de helado de frambuesa. Tal vez sea perfecta para revivir una infancia perfecta, pero no tanto si la tuya fue un infierno.

De todos modos, todo eso ya no existe. Han vuelto. Bella está jugando en la planta de arriba y Gwen está en pleno modo de relajación tirada en el otro sofá, claramente con ganas de conversar. Podría ofrecerse a acostar a Bella para evitar la conversación, pero no está de humor para ponerse a contar cuentos para dormir, no soporta el «fueron felices y comieron perdices». Sobre todo, no está de humor para que Bella le pregunte si puede ser su papá.

—Es una pena que no hayas podido venir —dice Gwen con naturalidad, como si hubiera sido un asunto de última hora lo que le hubiera obligado a ausentarse, en vez del asco—. Por lo menos, por la comida. Ellen ha hecho unas pizzas con cosas verdaderamente poco corrientes. ¡Higos! Jamás había comido una pizza de higos. La verdad es que no estoy segura de que haya comido higos nunca. ¿Tú sí?

No necesita que él conteste, ni siquiera lo está mirando. Está tecleando en el teléfono como un pájaro que picotea un comedero; seguramente le estará dando las gracias a Ellen por enésima vez por su «increíble» hospitalidad. De modo que él no responde. No le dice que

sí, que él sí que ha comido higos. Que Emma los adoraba, los echaba en las ensaladas y los envolvía en pasta filo cuando daba una cena. Que el restaurante en el que él se le declaró hacía una magnífica tartaleta de higos con jamón. Que el último regalo de Navidad que le hizo él fue una vela de cien libras que supuestamente olía a higos.

Es que él antes tenía una vida. Una vida un poco como la de Ellen. Con cenas, regalos de Navidad, restaurantes interesantes, higos.

—Una de las pizzas llevaba el queso que te gusta a ti. —Gwen termina de teclear—. Ya sabes cuál digo, ese que se desmenuza y que empieza por G.

—Gorgonzola.

Gwen apunta con el dedo como diciendo «correcto» y luego echa la cabeza hacia atrás y mira el techo. Transcurridos unos segundos, dice con voz soñolienta:

—Sea como sea, ha sido agradable. Muy agradable.

—¿El gorgonzola o la tarde?

La pregunta parece espabilarla.

—Oh, el gorgonzola. —Levanta la cabeza—. La tarde ha sido un poco desastrosa. Al principio fue bien, pero luego el novio de Kristy dijo que no le gustaba la comida, Ellen descubrió que no había conseguido el puesto de trabajo y Adam se alteró por no sé qué carta. Y, por supuesto, Kristy y Nush discutieron, como de costumbre. —Como de costumbre. Como si le estuviera contando el último episodio de su culebrón favorito—. Yo me mantuve al margen, más bien. Fingí que me interesaba el catálogo de pinturas. No sé por qué Ellen se toma la molestia de mirarse esos catálogos, todos sabemos que va a decidirse por el blanco, blanco y más blanco.

—Pues sí, ha sido una tarde muy desastrosa. —Jason se pone de pie. Sinceramente, leerle a Bella el cuento de *Llama Llama, Rojo Pijama* tiene que ser menos tedioso que esto—. Así que un tipo habló mal de la pizza y un par de mujeres estuvieron discutiendo por… ¿qué, a cuál le sienta mejor el bótox?

—¿Sabes una cosa? No me extraña que Emma te diera la patada si tenía que pasarse el tiempo escuchando esas chorradas chauvinistas. Te juro que antes no eras así.

Y es cierto. Emma lo habría echado de una patada a la semana siguiente. Pero es este lugar. Es ella. Está volviéndose más amargado, más lleno de odio a cada día que pasa.

—De todas maneras, si me dejases terminar —sigue diciendo Gwen —, llegaría a lo del desastre.

—Ahórratelo —contesta Jason—, voy a bañar a Bella.

—El pequeño Max ha sufrido un accidente.

Jason se queda petrificado al pie de la escalera.

—¿Un accidente? ¿Te refieres a que se ha hecho pis encima?

—No. Se cortó con un cuchillo que estaba metido a un costado del almohadón del sofá. Un cuchillo muy afilado. La verdad es que ha tenido suerte. ¿Te imaginas que… —Se interrumpe a mitad de la frase, sacudida por un escalofrío.

—¿Cómo diablos acabó allí un cuchillo afilado?

—No lo sé. Las cosas acaban en todas partes.

Como prueba de lo que está diciendo, mete la mano entre dos almohadones del sofá y saca media bolsa de caramelos de chocolate y una tarjeta de miembro de un gimnasio ya desaparecido.

—No es lo mismo ni de lejos —replica él, apartándole la mano.

—Oh, Jason, por el amor de Dios, Bella cogió una vez una cuchilla y empezó a afeitarse las piernas porque me había visto hacerlo a mí. Y otra vez se cayó de un columpio mientras yo buscaba un pendiente que se me había soltado. Somos padres, no cíborgs. Solo tenemos dos ojos. Quiero decir, seguro que Ellen se siente fatal, pero estas cosas pasan.

Jason siente un nudo de rabia en el estómago.

—¿Y qué importa un niño con cicatrices estando entre amigos si ella prepara una pizza cojonuda?

No debería gritar, pero no puede evitarlo; las negligencias siempre lo han puesto en el disparadero. Prácticamente crio a Gwen él solo hasta que Servicios Sociales se percató de la ausencia de un adulto responsable, y «estas cosas» nunca pasaron estando él de vigilante. Ni siquiera le permitía usar la tostadora. Y si tenía que salir y dejarla sola durante un tiempo cualquiera, siempre se cercioraba de echar doble cerrojo a la puerta.

Jason sabe de buena tinta que los Walsh rara vez echan doble cerrojo a la suya.

23
Ellen

El día de hoy queda declarado el Día de Max. El que manda es él. Mamá ha sido degradada. Es su recompensa por haber sido tan valiente y mi intento de no sentirme tan mal. Pero mientras él ha estado todo el tiempo en el paraíso de los niños pequeños, alimentándose más que nada de azúcar y monopolizando el mando a distancia del televisor, yo he seguido en la Casa de los Horrores. El sentimiento de culpa es una corteza que me forra la piel.

—Estas cosas pasan —sigue insistiendo Gwen—. ¡Y recuerda que el sofá también es de Adam! —En contraste con la útil confesión de Nush de que ella pasa la aspiradora por debajo de los almohadones dos veces por semana. Traducción: «Si yo fuese más estricta, ahora la mano de Max no parecería la de un koala vendado tras un incendio forestal».

Y, oh, luego están los interrogantes.

¿Y si Gwen no hubiera agarrado el cuchillo?

¿Y si Max no se hubiera cortado y en vez de eso hubieran empezado a jugar con él?

¿Y si hubieran estado dando saltos en el sofá y alguien hubiera aterrizado de cabeza…? No, dejemos eso.

Y ahora, esta tarde, mirando lo sucedido desde una óptica menos horrorosa pero aún frustrante, ¿y si yo hubiera tenido el sentido común de ver qué tiempo hacía antes de regalarle el día a Max?

Fuera hace frío y está lloviznando. El cielo es de un gris liso y plomizo y el ambiente se nota falto de energía, como si la naturaleza estuviera de resaca y no le apeteciera levantarse. Es un día para refugiarse en casita y hacer planes para mudarse a las Barbados. No es un día para trazar repetidas órbitas al Proctor's Park o Parque Inútil, como se conoce aquí. Dado que para Max el mundo era suyo (o, siendo realistas, un radio de diez kilómetros), ninguno de nosotros entiende por qué ha elegido este descampado estéril y lleno de barro.

Pero esos son los misterios de los niños pequeños y, lo que es más misterioso todavía, Orla se ha dignado a acompañarnos. Imagino que ha habido un soborno, porque de ninguna forma lo estará haciendo por Max. Me gustaría saber cuánta pasta ha tenido que aflojar Adam para garantizar que viniera. ¿Veinte? ¿Treinta? No creo que se haya estirado para pagar cincuenta. Pero claro, desconozco cuál es el actual

precio de mercado de tiritar al lado de la jurada enemiga que te trajo al mundo mientras más adelante tu padre y tus hermanos acarician al perro ladrador de una anciana.

—Supongo que ahora les compraréis un perrito a los gemelos.

Orla lo dice mirando al frente, es una afirmación repleta de subtextos. La tensión de su mandíbula me sugiere que he de pensar con cuidado lo que respondo.

—Antes me encantaban los perros —digo sin más, pero existen muchas posibilidades de que Orla se sienta ofendida. Últimamente, decirle cualquier cosa a Orla es como tocar una valla electrificada.

—Pero a mí no se me permitió tener uno, ¿verdad? —Ya empieza, ya está soltando chispas.

Estoy a punto de contestarle que durante una buena parte de su infancia vivíamos en un tercer piso cuando de repente me vibra el teléfono y emite un pitido de lo más estridente.

Un pitido ofensivo para Orla, a juzgar por la mirada letal que le dirige.

—Maldito Max —digo yo haciendo un alto para buscar el móvil en el bolso—. Es la última vez que juega a Pokémon Playhouse en mi teléfono.

—Pues claro, mamá —dice Orla con una risita rencorosa y triste. Y es que no tiene otra. Me entran ganas de agarrarla, zarandearla y recordarle que antes tenía más maneras de reírse. De corazón. Histérica. Risas que reservaba para los perros graciosos y los chistes de pedos. En cierta ocasión sorbió Sprite por la nariz mientras se reía del intento de Adam de hacer un espagat—. Claro está, hasta la próxima vez que se eche a llorar y a ti se te derrita el corazón. Conmigo eras mucho más dura.

Más dura no, más presente sí. Fui mejor madre, sin duda alguna. Cuando solo tenía a Orla me quedaba tiempo para decir no. Paciencia para ser impopular. Y estoy bastante segura de que incluso sacaba tiempo para limpiar debajo de los almohadones del sofá una vez por semana.

Saco el móvil del bolso, lo pongo en silencio y miro los mensajes. Seguramente será solo Gwen, llevo todo el día recibiendo mensajes suyos con el texto: ¡No es culpa tuya!

Ellen, ¿puedes llamarme? Ya mismo. Necesito tu ayuda. X.

Me quedo mirando sin pestañear, respirando apenas, la petición de socorro que tengo delante.

No es Gwen.

Es Zane.

—En serio, los gemelos están consiguiendo mucho más cosas de las que obtuve yo. —Orla sigue con su discurso de Cenicienta—. Y no recuerdo que declaraseis ningún Día de Orla cuando me hice aquella

brecha en la barbilla.

¿Zane requiere mi ayuda? ¿Con qué? ¿Y a qué estará jugando enviándome mensajes un domingo?

Levanto la vista muy despacio, aturdida.

—Eso fue distinto.

No sé muy bien en qué fue distinto, pero tengo que decir algo para camuflar mi aturdimiento. Si eso implica iniciar una discusión, pues que así sea.

—La única diferencia fue que yo me hice daño estando en casa de la abuela, así que no tuviste que sentirte mal porque no ocurrió mientras estaba bajo tu cuidado.

—Me supo mal que sufrieras.

—Pues entonces no tuviste que sentirte culpable. Aunque me sorprende que te sientas culpable ahora por lo de Max. Las dos sabemos que se te da bastante bien aparcar la culpa cuando te conviene. —Me taladra con la mirada, desafiándome a que aparte la vista.

En fin, en este momento podríamos enfriar los ánimos o envenenarlos todavía más; al fin y al cabo, Adam y los gemelos no alcanzan a oírnos y, dado que en la actualidad todas las tradicionales actividades madre-hija, como ir de compras, al cine, a una librería, han quedado consignadas a los anales de la historia, es la primera vez en varios meses que nos encontramos solas en un terreno neutral.

—Ah, y por cierto, ya sé que piensas que he sido yo —añade Orla al tiempo que se aprieta la cola de caballo, humedecida por la llovizna —. Me refiero a lo del cuchillo.

Sale de la nada. Una afirmación que equivale a una explosión atómica.

Respiro hondo, con los nervios en tensión.

—Orla, yo…

Yo, ¿qué?

Otra vez me suena el teléfono y al instante bajo la vista para leer el mensaje. Me salva de mirar el desastre que he provocado, la niña-mujer que he creado.

Es otra vez Zane.

Mi segundo desastre.

De verdad que necesito aire, así que voy a acercarme a Thames Lawley. Espero verte ahí.

Podría ser mi estado de ánimo, pero esto se parece menos a una petición de socorro y más a una amenaza.

24
Ellen

Yo sé qué es lo peor que ha hecho él. Él sabe que la banda musical de *El cazador* siempre puede conmigo. Y en cierta ocasión en que estaba ejecutando sin muchas ganas la postura del perro boca abajo al lado de Nush en la clase de pilates, me llamó la atención que el relajante azul de mi esterilla coincidiera exactamente con el tono de sus ojos.

Observaciones, revelaciones, y aun así ahora me doy cuenta de que apenas lo conozco. Nunca lo he visto en plena naturaleza. Nunca lo he visto fuera de su apartamento.

Todavía lloviznando, el plan era que yo llamase cuando llegara aquí. Aparcaría frente a The Graps (el pub que antes se llamó The Grapes hasta que hace unos años una tormenta se llevó la «e»), acto seguido Zane cogería sus cosas y se reuniría conmigo en menos de cinco minutos. En cambio, veo que ya está aquí y que a la luz natural del día parece jovencísimo, tan solo un adolescente vestido con una sudadera empapada que intenta combatir la ansiedad mordiéndose las uñas.

Bajo la ventanilla.

—¿No sabes lo que es un abrigo? ¿O un paraguas? Creía que íbamos a esperar dentro.

Él se encoge de hombros.

—No es más que agua. No sufro de hidrofobia. Y de todas formas, tenía que salir de ahí.

Abro el maletero y él coloca dentro su bolsa. Ya en el coche, hace notar su presencia deslizando el asiento del pasajero adelante y atrás e impregnando el aire de un olor a sudadera mojada y marihuana rancia.

—En serio, eres una leyenda total por hacer esto —me dice, como si el tono de su segundo mensaje no hubiera sido toda una orden de comparecencia—. Habría cogido el autobús, pero ya me conoces, estoy pelado como siempre. No sé qué habría hecho si tú no me hubieras devuelto la llamada.

—¿Se lo has pedido a alguien más? —digo irritada—. No es posible que sea yo la única persona que conoces que tenga coche. —Dejo escapar un breve suspiro de malhumor—. Bueno, ¿y adónde vamos, pues?

Él se baja la capucha y deja al descubierto el lado derecho de la

cara.

—No podía pedírselo a nadie del barrio porque no quería que vieran esto, ¿vale?

En un plazo de veinticuatro horas, dos heridas que cruzan una piel perfecta. Zane tiene un corte de color rojo en forma de media luna que le recorre la curva de la oreja. Ya no sangra, pero probablemente se lo ha hecho hace menos de una hora.

Alza una mano antes de que yo pueda decir nada.

—Y no empieces a asustarte. No es nada. Solo necesito marcharme unos días. Tengo una prima en Danesfield que dice que puedo dormir en su sofá. —Se reclina en el asiento y se saca el móvil del bolsillo de los vaqueros—. Dame un segundo, voy a introducir la dirección en Google Maps.

De asustarme por esa herida de la cara, nada: ¿Zane tiene una prima que vive en Danesfield, una localidad habitada por burgueses y millonarios? Y cuando me dijo que necesitaba que lo llevaran, supuse que se refería a algún sitio que estuviera cerca, no a Tombuctú. Le he prometido a Adam que tardaría «cuarenta minutos como máximo» después de aburrirlo hasta la postración con mi historia estratégicamente insípida de que un alumno mío había extraviado el guion de estudio (fue lo mejor que pude improvisar), pero ir a Danesfield y volver me llevará fácilmente más de una hora. Si hay obras o retenciones en la carretera, puede que más bien dos.

Aprieto la mandíbula y arranco el motor. Tenemos que irnos.

—Bueno, ¿y qué es lo que ha pasado? —le pregunto cuando ya hemos dejado la Lomax unas cuantas calles por detrás de nosotros. Zane está ocupado escribiendo a alguien, sus dedos pulgares son un torbellino borroso—. No me lo digas: el otro ha acabado peor que tú.

Levanta la vista y mira por la ventanilla; por lo visto, se siente reacio a contármelo. Estoy a punto de decirle «tú mismo» cuando de pronto exclama en tono lastimero:

—El otro es mi padre. Estaba colocado hasta las cejas. Nos hemos peleado.

—¿Paulo? —En absoluto habría pensado que Paulo podría hacer algo así. Da la impresión de querer mucho a su hijo y físicamente no parece capaz de aguantar ni la mitad que yo—. ¿Por qué os habéis peleado? ¿Por las drogas?

—Por la caldera. —Emite una carcajada hueca y luego se mira la cara en el espejo retrovisor y se toca la línea irregular de la herida con un dedo bastante hinchado—. La cosa ya venía de antes. Yo me estaba helando de frío, aquello era la puta Siberia. No podía concentrarme ni hacer nada. —Conecto la calefacción de su asiento; es un gesto muy pobre, pero es algo—. Así que pensé en arreglarla yo mismo. O sea, no puede ser tan difícil. Llevo arreglando todo lo demás desde que era lo

bastante alto para llegar a la caja de herramientas.

Sumamente capacitado pero falto de opciones, como la mayoría de los chicos con los que me crie yo. Todos trabajamos de miniobreros cualificados desde antes de que nos brotara el vello púbico. Yo ayudé a instalar una moqueta cuando tenía ocho años. A los once ya estaba purgando radiadores. Orla se cree muy cosmopolita porque ha nadado con tortugas en dos continentes distintos, pero no tendría ni idea de cómo se usa un taladro. Aunque acepto que de eso tengo la culpa yo.

—¿Y por qué os habéis peleado? ¿Paulo pensaba que deberías llamar a alguien?

Esta vez la carcajada es fuerte y sonora.

—Sí, ya. A mi padre no hay nada que le guste más que dar a los fontaneros el dinero de la coca. No, lo que pensó fue que no servía de nada que yo estuviera estudiando para aprobar esos exámenes cuando en realidad soy un puto inútil que no sabe ni arreglar una caldera. Pero te juro, Ellen, que examiné la luz piloto, la presión, las tuberías… —Su rostro se contorsiona en una mueca de dolor. La tensión le hace cerrar el puño. Tengo que hacer un esfuerzo para no alargar la mano y posarla encima de la suya—. En fin, Dave, un vecino que vive dos portales más allá, me ha dicho que le echaría un vistazo, pero quería veinte libras, lo que a mí me pareció justo. Pero mi padre dijo que a la mierda, así que le cogí el dinero de la cartera. Me pegó y choqué contra el pico de la mesa. —Un leve encogimiento de hombros, como diciendo: «Y ya está».

—Lo siento mucho. —Me vuelvo hacia él—. Sabes que no te merecías esto, ¿verdad?

—Claro que lo sé —gruñe él, pero no estoy segura de que lo sienta de verdad. Aún es demasiado joven para comprender la gran diferencia que hay entre la seguridad ostentosa en uno mismo y la autoestima—. Pero mi padre no es un animal, Ellen. No quiero que pienses que lo es.

Reflexiono sobre este punto al tiempo que acelero para incorporarme a la autovía.

—Una vez mi padre pegó a mi hermano —termino diciendo—. Lo odié por ello, pero él tampoco era un animal. Era así como lo habían criado. Es un círculo vicioso.

Pero existe una diferencia crucial (o tal vez estoy retocando la historia): mi padre estaba intentando dar una lección a Cahill antes de que se la diera alguien más grande y más loco, a saber: que no debía robar a los vecinos. La única lección que Paulo ha dado hoy a Zane es que no debe molestar a un cocainómano con una caldera cuando solo le queden veinte libras.

Podría llorar por él, de verdad que sí. Aun teniendo esa prima en Danesfield, se le ve muy solo, muy vulnerable. Al menos mi gente

contaba con la fuerza del número, nuestro pequeño bloque de hermanos. Zane es el típico chico explotado por el que hasta nosotros sentíamos lástima.

Los veinte minutos siguientes transcurren en breves tramos de conversación y prolongados períodos de silencio, el repiqueteo de la lluvia aporta el telón de fondo a nuestra charla intermitente. De pronto, justo después de pasar el letrero de BIENVENIDOS A DANESfiELD, un austero rótulo de color gris que más que una bienvenida parece una advertencia, Zane anuncia de improviso que la cabeza le duele «un huevo».

¿Conmoción cerebral retardada? Podría ser. Ya mencionó que se había golpeado en la cabeza y eso podría explicar los silencios. No obstante, por duro que pueda parecer, eso va a ser un problema para la «prima de Danesfield». Zane es, indiscutiblemente, mi punto débil, pero no es responsabilidad mía.

—Ahí delante hay un Tesco Express —dice señalando al frente—. ¿Podrías comprarme paracetamol? Te lo pagaré la próxima vez que nos veamos, obviamente.

Obviamente.

Miro el reloj con miedo, imaginando la cara que estará poniendo Adam o, peor todavía, sus preguntas.

—Venga, Zane. Dentro de unos minutos vamos a llegar a casa de tu prima. Seguro que ella tiene algo.

—No creo que Ruby sea de las que toman paracetamol. Ya sabes cómo son los pijos. Todo son remedios de hierbas y cristales.

—Vale —respondo brevemente, y me detengo junto al bordillo, haciendo notar que no lo apruebo. Zane, percibiendo mi malestar, se ofrece en el último momento a entrar él mismo, pero yo ya casi me he apeado del coche. Y en cualquier caso necesito comprar unas patatas al queso para Adam y unos dulces para Max y Kian, y luego, a lo mejor Orla, si le permito que vaya a Frankfurt, podría reducir su incredulidad («Un guion de estudio? ¿Un domingo? O te están pagando una pasta o el padre está como un tren»).

Resueltos los regalos que mitiguen mi sentimiento de culpa, cojo el paracetamol, agua y un frasco de antiséptico para la herida de Zane, por si su prima Ruby tampoco es de las que usan desinfectantes; después, saco veinte libras del cajero porque soy una blanda.

Cuando vuelvo a entrar en el coche, Zane está cerrando la guantera. Ahora la herida ha vuelto a sangrarle, no mucho, pero es obvio que se la ha estado toqueteando.

—¿Tienes pañuelos de papel? —me pregunta poniendo cara rara al ver el antiséptico.

Ya no tan rara es la cara que pone al ver las veinte libras y murmura un tímido «gracias».

—En algún sitio tiene que haber toallitas infantiles. —Rápidamente me abrocho el cinturón y arranco. Han pasado exactamente treinta y cinco minutos desde que dejé a Adam en Parque Inútil—. Aunque tendrás suerte si das con ellas. Este coche es una pocilga, por si no te habías dado cuenta. Prueba a mirar debajo de los asientos.

Mira debajo del suyo, luego debajo del mío, y va anunciando sonriente cada objeto que se va encontrando. Una chancleta del verano. Un globo marchito del cumpleaños de los gemelos. Tres libras, dos barras de labios (una ya descontinuada) y los restos más recientes de una nectarina o un melocotón. Y por último, unas toallitas húmedas para bebés.

—Bueno, vale, ya está bien de avergonzarme por la suciedad —digo mientras él se limpia la herida—. Padre, perdóneme porque he pecado. Hace seis meses que presté mi último servicio de mayordomo. —Zane ríe, su lado italiano-católico capta la broma al instante. Le dirijo una mirada suspicaz—. Sabes, estás bastante despierto para tener dolor de cabeza. Ni siquiera has abierto el paracetamol.

—Dicen que la risa es la mejor medicina. Pero claro, también estar contigo. —Me ofrece una sonrisa tímida y coqueta que probablemente podría quebrar internet.

Invadida por el desasosiego, pongo los ojos en blanco y le digo que es un melodramático; dos minutos más tarde, gracias a Dios, Google Maps anuncia que ya hemos llegado. Trensale Row se encuentra situada en pleno corazón de la zona muerta que es la localidad suburbana de Danesfield, y a estas horas de un domingo no hay ni un santo ni un pecador a la vista. Además, es más ancha, más verde y todavía más rica de lo que yo esperaba. Imponentes viviendas adosadas con cuidados jardines. Cero basura. Coches nuevos y relucientes.

No es la calle en la que hubiera imaginado que vivía una prima de Zane. Pero claro, tampoco imaginé ni en mis mejores sueños que yo misma iba a convertirme en una esnob tan presuntuosa.

—En realidad, Ruby vive ahí —dice Zane señalando una curva que hay unos metros más adelante—, pero no pasa nada, déjame en la esquina. La suya es una calle sin salida, muy estrecha. A ella misma algunos días ya le parece una pesadilla girar con su pequeño Polo, así que no creo que tengas ninguna posibilidad con este cochazo. De verdad, la esquina me viene perfecto. Ya casi no llueve. Gracias. —Otra sonrisa, esta vez menos tímida y más…, no sé…, ¿triste?

Detengo el coche donde me ha dicho. Se apea.

Así que ese «gracias»… ¿ha sido un adelanto del «gracias» definitivo? ¿Puedo irme ya? ¿O todavía queda otro después de que haya sacado sus cosas del maletero?

—No puedo abrirlo —vocea.

—Pues no está cerrado con llave —voceo yo.

Transcurren unos segundos, y luego:

—Nada, que no puedo.

Señor, dame fuerzas. Salgo del coche y voy a la parte de atrás. Abro el maletero sin problemas.

—¿Ves lo fácil que era? Debo de ser un genio.

Zane saca su bolsa y se la echa al hombro.

—Desde luego, algo eres.

No sé qué se supone que significa eso, pero sé que no debo preguntárselo. En vez de eso, estiro el cuello para inspeccionarle la herida más de cerca.

—En fin, espero que tu prima sea toda una Florence Nightingale, porque este corte necesita que lo limpien como es debido.

—¿No puedes darle un besito para que se cure? —Sus ojos, que están apenas a un palmo de los míos, brillan traviesos—. Estás deseando, reconócelo.

Yo doy un paso atrás y le contesto en tono severo:

—Ya basta, Zane. Me voy. —Me despido haciendo un gesto con la mano hacia atrás y me aparto de él.

Apenas he puesto la mano en la puerta del coche cuando Zane me llama de nuevo.

—Oye, gracias otra vez por traerme. Ruby me habría recogido, pero yo no iba a preferir un Polo pudiendo venir en un Q8.

No tenía necesidad de decir eso. No tenía ninguna necesidad. Seguro que sabe que no me va a irritar, pero le da lo mismo mientras el truco funcione. Siempre y cuando sirva para ganar otra pizca de tiempo. A veces hace estas cosas al final de una sesión, busca pelea o lanza una bomba, lo que sea, desde ridiculizar los pendientes que llevo puestos hasta decirme que le preocupa la posibilidad de tener un tumor cerebral. Pero, al igual que hizo Max rompiendo el iPad de Orla para que yo no saliera de casa, no es algo calculado ni malicioso; simplemente, no quiere que me vaya.

Pero Zane no es Max. Max es mi pequeñín. El niño con el que debería estar en este momento.

Me vuelvo muy despacio.

—Así que Ruby te habría recogido. Esto es una puta broma, ¿verdad?

Si no es la primera vez que digo una palabrota delante de él, desde luego sí es la primera que digo una palabrota dirigida a él. Se sobresalta, pero se recupera enseguida.

—Supongo que sí, imagino que lo digo de broma. O sea, me apetecía mucho dar un paseo en un Audi, pero la cosa tenía que ver más contigo. —Otra vez la mirada de coqueteo; yo procuro desactivarla con una expresión seria—. Quería pasar un poco de

tiempo contigo. Y, bueno, también ver si ibas a venir, si yo te gustaba. —Levanta la barbilla en un gesto victorioso—. Y has venido.

Vuelvo con él dando zancadas.

—Sí, porque prácticamente me amenazaste con presentarte en mi casa si no venía.

Él deja la bolsa en el suelo. El golpe seco sugiere que dentro hay algo más que un pantalón limpio y un cepillo de dientes. Puede que Ruby espere que su primo se quede una noche, pero es posible que se le instale una temporada.

—No era para nada una amenaza. ¿Y qué si me hubiera presentado en tu casa?

—¡Zane! Esto no es justo. Yo tengo una vida, ¿sabes? Otras personas. Responsabilidades. No soy tu… —Casi digo «amiga», pero, incluso llevada por la rabia, esa palabra suena cruel. Suelto un bufido y dejo la frase suspendida en el aire.

—¿Mi madre? —propone él, intrigado, acercándose un poco más—. ¿Eso es lo que ibas a decir? Porque, puedes creerme, ya he renunciado a intentar averiguar qué coño eres, Ellen, pero sé que no eres eso.

Lo siguiente que noto es una suavidad de terciopelo. El peso de su labio inferior perfectamente adaptado al mío.

Uno.

Dos.

Tres.

—No. —Doy un paso atrás, lúcida y empática. Este no es el momento de hacerse la solterona escandalizada que se desmaya y busca el frasquito de sales. Es necesario que conserve la calma. Es necesario que actúe como una persona adulta—. Absolutamente no, Zane. No, sin más.

Pero han sido tres segundos. Apartarme en el primero habría sido honroso. En el segundo, quizá perdonable. Pero en el tercero es cuestionable. Probablemente inexcusable. Y puedo echar la culpa a la sorpresa todo lo que quiera y en los días y semanas venideros es probable que así lo haga; pero también ha sido la emoción de lo nuevo, sentir en la boca unos labios que no son los de Adam ni los de los niños.

—Ah… Perdona. Es que pensé que a lo mejor… —Agacha la cabeza, abatido—. Bueno, no sé en qué estaba pensando. Soy un imbécil, por qué ibas tú a…

Con solo mirar esa expresión de desamparo, ya vuelvo a entrar en modo «cuidadora».

—No, Zane, no eres imbécil. No te insultes de esa forma. Después de lo que ha ocurrido hoy con tu padre, simplemente estás un poco confuso, nada más. —Él continúa con la vista fija en el suelo—. Escúchame: eres listo, inteligente, y ya sé que si digo eso de «si yo

tuviera veinte años menos» pareceré una vieja libidinosa, pero si de verdad los tuviera, entonces sí. Pero no los tengo, de manera que no. ¿Vale?

Él finalmente afirma con la cabeza y responde con un «vale», luego recoge la bolsa otra vez.

—Y no malgastes tus besos con viejas chifladas a no ser que te atraigan las mujeres que ya tienen pelillos en la barbilla.

Eso le provoca una sonrisa, por lo menos.

—Supongo que es mejor que me vaya ya, mujer barbuda. —Me hace una leve carantoña bajo la barbilla rozándome el labio con el dedo: la escena del crimen de hace apenas dos minutos—. Pero hablando en serio, de verdad que lo siento, Ellen. No tienes ni idea de cuánto lo siento.

Echo un rápido vistazo a mi alrededor, pero en la calle no hay testigos.

25
Ellen

Coqueteo con el límite de velocidad durante todo el camino hasta que llego a Thames Lawley, experimentando un amor tan fuerte por mi familia que podría doblar el hierro con él. Tengo la sensación de haber estado ausente varios días, semanas, no la hora y veinticinco minutos que le venderé a Adam como «más o menos una hora». En el momento de introducir la llave en la puerta, lo único que quiero es familiaridad: las quejas de Adam, las miradas amenazantes de Orla y, sobre todo, sentir en mis labios los labios diminutos, resbaladizos y manchados de yogur de Max y de Kian.

Y también darme una ducha con agua hirviendo. La humedad de la tarde y la sorpresa que me ha causado la sensación de los labios de Zane, porque no puedo considerarlo un beso, se me han metido por todos los poros de la piel y me han calado hasta las articulaciones y los huesos.

De manera que eso es lo que quiero: familia, besos, el poder curativo del agua.

Pero lo que obtengo es la presencia de Shay, que está solo en mi cocina tarareando al son de un tema de Tom Jones. Por lo que parece, está haciéndole la cirugía a una patata empleando el cuchillo con el que se cortó Max.

Me paro en seco en el umbral de la puerta.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

—Patatas *Hasselback* —responde él sin siquiera levantar la vista—. Se parecen un poco a las patatas asadas, salvo que son mucho más difíciles. Hay que cortarlas parcialmente en rebanadas muuuy finas y…

—Sí, ya sé lo que son las *Hasselback,* gracias. —No tengo ni la menor idea—. Me refería a qué estás haciendo aquí tú solo. ¿Dónde está Kristy? —Dejo mi bolso sobre la mesa y apago la radio. En la casa se hace el silencio—. ¿Adam no ha vuelto? ¿Y Orla? ¿Dónde está todo el mundo?

—De Orla no tengo ni idea. Adam vino, pero volvió a salir con esa chica de ayer que no recuerdo cómo se llama. No la pija, sino la del pelo a lo chico. —Por fin levanta la vista de la encimera de la cocina con el cuchillo aún apoyado en la patata. Su moño masculino se tambalea precariamente, amenazando con caer—. Oye, ¿está soltera?

Porque yo tengo un colega que…

—¿Te refieres a Gwen? ¿A dónde se han ido?

—No sé. Vino con su hija. Armaron un poco de alboroto hablando de helados y después se fueron todos. —En ese caso, supongo que habrán ido al Frozen Spoon a tomarse un espectacular batido dominical. Espero que Adam haya obtenido una segunda hipoteca—. La niña le hizo un dibujo a Max deseándole que se pusiera bueno. —Señala la nevera con el cuchillo y sonríe—. Mira, lo tienes al lado de tu planificador de menús. Es mono, ¿a que sí?

Sí, muy mono como idea, pero no va a quedarse ahí. Adoro a Bella, pero el dibujo con el que ha descrito a Max es una pesadilla tipo Dalí: la cara del hombre de palo está distorsionada como si sufriera un dolor insoportable, el papel está salpicado de manchones que representan lágrimas y luego está el horror de la mano mutilada.

No es algo que yo quiera ver cada vez que saco la leche.

Ya localizados mis seres queridos, vuelvo a centrarme en el intruso.

—Bueno, y… Perdona, Shay, no he entendido bien lo que estás haciendo aquí.

—Voy a hacer un asado para Kris y para mí —dice, haciendo un guiño en dirección al reloj del horno—. De hecho, ya debería ir metiendo la carne. —Intento parpadear para aliviar mi irritación, pero él la detecta con facilidad—. Ah, claro, es que Kris me ha dicho que a ti no te importaría. Por lo visto, a Adam tampoco.

—¿Y dónde está esa Kris que ha dicho tal cosa?

Dudo que se haya ido con los demás al Frozen Spoon, dado que siempre ha dicho (imagino que con el único propósito de llevar la contraria) que ella no va a heladerías. «¿No te parece extraño ver a la gente lamiendo?»

—¡Dímelo tú! Se fue a comprar salsa de rábanos picantes, pero eso fue hace casi una hora. Seguramente estará en el pub, gastándose el billete de diez libras que le he dado yo. En algo mucho más sibarita, claro.

¿Dónde encontrará Kris esta conga interminable de hombres que encuentran entrañable ese egoísmo suyo?

Abro la nevera y empiezo a rebuscar por las baldas.

—Ya tenemos salsa de rábanos picantes. Debemos tenerla, ya que tenemos todo lo demás. —Incluido un tarro de limones verdes en escabeche cuya fecha de caducidad es de antes de que nacieran los gemelos.

Shay se acerca adonde estoy yo. Es casi tan ancho como el frigorífico (pero no el Goliat de acero inoxidable que ya me estoy casi arrepintiendo de haber encargado para la cocina nueva).

—Qué va, se había terminado. Tampoco hay salsa de tomate ni de menta. Le he dicho a Kris que compre de las dos. —Coge un paquete

pequeño de carne de ternera de la balda superior.

—Gracias. Max no se apaña bien si no tiene salsa de tomate. —Saco el monedero del bolso y consigo juntar 4,60 libras—. Toma. —Y añado mirándolo como pidiendo disculpas—: Es lo que tengo, lo siento. Creía que tenía otro billete de cinco…

—¿Lo dices en serio? —Pone cara de ofendido—. No quiero que me des dinero.

—No, no, insisto. —En realidad, es demasiado. Shay apareció hace menos de setenta y dos horas y ya nos está reabasteciendo de salsas. Esto no me gusta. Me siento como en una emboscada. Manipulada—. Oye, si tú no quieres cogerlo, se lo daré a Kris, y te aseguro que ella…

Nuestra discusión se ve interrumpida por Adam, que está metiendo la llave en la puerta de la calle.

—Ah, ya has vuelto —dice en un tono tan inexpresivo que no logro interpretar nada.

Detrás de él viene Gwen, saludando con la mano.

—Hola, Els, ¿lo has solucionado todo? Justo estaba diciéndole a Adam que deberías presentarte candidata a Maestra del Año, ya que entregas libros de texto en domingo. Creo que Pelham se ha perdido una gran profesional.

Kian y Bella entran a la carrera en el cuarto de estar. Gwen va detrás de ellos, advirtiendo a Bella que tiene permiso para ver un episodio de *Peppa Pig,* no de *La patrulla canina.* Traducción aproximada: «Dispones de cinco minutos, no de quince».

Max corre hacia mí quitándose el abrigo y arrojándolo al suelo.

—¡Mamá, hemos comido helado! Kian se ha tomado uno de chocolate y yo uno de fresa.

Me agacho en cuclillas.

—Ya me doy cuenta, por cómo traes la sudadera. ¿Papá se ha tomado algo?

Adam recoge el abrigo de Max.

—Solo un infarto cuando me entregaron la cuenta.

Regresa Gwen.

—Vale, Peppa Pig está observando pájaros, lo que quiere decir que puedo echar un pitillo rápido. —Shay la mira irse hacia la puerta trasera, a lo mejor está haciendo acopio de detalles para ese colega suyo. (Fuma. Tiene una hija. Viste un extraño pantalón de peto de color morado, pero que le hace un culo estupendo.)—. Aunque… Els, ¿tienes caramelos de menta? Jason está en casa y no me apetece que me eche la bronca.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Dentro de nada volverá Kris con salsa de menta —dice Shay en broma, naturalmente, pero Gwen pone cara de estar pensándoselo. Él espera a que Max salga de la cocina y añade—: Pero deberías decirle a

tu hermano que se vaya a la mierda.

Intento formular una opinión más moderada, pero no puedo, de manera que digo:

—Adam, ¿te imaginas que me dijeran algo así Cahill o Mickey?

—Te lo diría Sylvia —dice Gwen abriendo la puerta trasera.

—Es mi suegra. No tienes ni idea de lo distinto que es eso.

—Oh, hablando de… —Adam pronuncia ese «oh» de forma tímida; es un «oh» que sugiere que ha vuelto a vender mis servicios a Sylvia y que dentro de poco me veré de nuevo atendiendo un puesto de tartas en una fiesta organizada por la iglesia—. Esas flores… ¿eran de mi madre?

¿Flores?

—¿Qué flores?

—Las del alféizar. Estaban en el felpudo cuando volvimos del parque.

Me vuelvo en redondo. Dios. ¿Cómo es que no las he visto? Es un ramo del tamaño de un roble pequeño y de una mezcla de colores vivos: rosa, amarillo, naranja y azul.

—¿Por qué me manda flores tu madre? —le pregunto al tiempo que me acerco a examinarlas.

El gesto tímido de Adam se intensifica.

—A lo mejor es porque yo le he dicho que el empleo de Pelham ya casi lo tenías en el bote. —Al instante se endurece—. Pero solo porque tú me lo diste a entender. Solo estaba repitiendo lo que tú me habías dicho.

Pero… ¿Sylvia enviándome flores? Lo dudo. Estaría demasiado ocupada haciendo notar su presencia en su crucero de lujo para tomarse la molestia de acordarse de mí un momento.

¿Nush, tal vez? Como agradecimiento por el almuerzo de ayer (ligeramente excesivo, pero de buena educación). O puede que pretenda animarme un poco después del batacazo que me he llevado con lo de Pelham.

Aunque resultan un poquito horteras para Nush, cojo la tarjeta que las acompaña.

> *Ahora empieza la diversión, Ellen. Las cosas están a punto de empeorar.*

Contemplo el texto sin decir nada, luchando por mantener controlado el temblor de mi mano.

Gwen, mirando previamente por la ventana, abre la puerta trasera.

—¿Quién las envía, Els?

Piensa.

Necesito un nombre. Pero no un nombre cualquiera. Necesito uno

que resulte lógico, pero que sea el de alguien con quien ni Gwen ni Adam hayan hablado. (Shay no me preocupa.)

Como me he quedado en blanco, doy una respuesta vaga:

—Oh, otro cliente satisfecho. —De alguna manera, logro esbozar una sonrisa—. La madre de un alumno que ha sacado muy buena nota en el examen. Maestra del Año, acuérdate.

Me excuso alegando que necesito meterme en la bañera después de llevar tres horas con esta ropa mojada, luego subo a nuestro cuarto de baño en suite y vomito sin hacer ruido.

Decido contarle a Adam lo de la nota en la cama y acto seguido intensificar esa sexi conversación de alcoba sugiriendo que instalemos un sistema de seguridad nuevo. Como era de esperar, los Merrick instalaron una alarma no mucho después de la agresión que sufrieron. Pero las alarmas son de hace quince años; yo quiero sensores de movimiento, circuito cerrado de televisión.

Mis planes se ven frustrados por una discusión con Orla, que llega tarde y oliendo a caramelos Prada y vino blanco.

—Vengo de casa de Esme —dice, aunque su sonrisa descarada sugiere otra cosa. Pero no merece la pena comprobarlo. A estas horas, Esme estará bien aleccionada y la madre, bien engrasada.

Además, lo que provoca las peleas no es la hora ni que Orla me mienta ni el novio secreto que seguramente tiene, porque esas son las cosas que una acepta que va a tener ya desde el instante en que le dicen: «¡Felicidades, es una niña!». No, es el hecho de que lleve puesto uno de mis pendientes, uno solo, porque el otro lo ha perdido. Y lo que me molesta no es que lo haya perdido, sino que le importe un pimiento.

—Me cuesta creer que montes tanto jaleo por unos pendientes de plástico barato que ni siquiera te sientan bien.

Por supuesto, lo que me hace «montar tanto jaleo» es que hoy mismo me haya acusado de pensar que había sido ella la que había dejado el cuchillo bajo el almohadón del sofá. Pero como ya no podemos volver sobre eso, el jaleo voy a tener que montarlo por esto otro.

—¿Eran caros? —pregunta Adam una vez que Orla se ha retirado a su guarida.

Ahueco mi almohada con ademanes agresivos.

—No, pero no se trata de eso. Si va a surtirse de mis cosas a su antojo, por lo menos podría sentirse culpable cuando se le pierde algo. Todavía no he encontrado la pulsera de colgantitos, que lo sepas.

—No te ofendas, pero no creo que a ella le gusten las pulseras de colgantitos.

—Es capaz de haberla empeñado.

Me quedo esperando una reacción airada, defensiva, que insista en que Orla no es tan mala. Pero Adam lo deja pasar, lo cual quiere decir que tiene otra cosa en la cabeza. Ahora que lo pienso, ha estado muy callado toda la tarde.

A lo mejor se abre si me disculpo y luego le cuento lo de la última nota que he recibido.

—Adam, perdona… por lo de hoy en el parque. Es que es uno de los clientes que mejor me pagan. Ha sido un poco de cara dura por su parte, pero cuesta trabajo negarse.

Esa no es la verdad.

Adam afirma con la cabeza.

—Y andamos justos de dinero, ¿no?

—Así es. —Bueno, ha sido fácil.

Se vuelve hacia mí apoyado en un codo.

—Oye, he estado pensando… ahora que ya no van a darte ese empleo en Pelham… y con todo ese asunto de la carta…

—¿Qué pasa con ello?

—Pues, he pensado que… —Lanza un suspiro como preparándose para lo que va a decir—. He estado pensando que tal vez podríamos aplazar la reforma. Solo una temporada. Quizá para dentro de un año, incluso seis meses. —Lo miro de hito en hito, expectante. No sé qué esperaba que dijera, pero no era esto—. He llamado a Steve, el albañil…

—Eeeh… ¿Perdona? ¿Qué has hecho? ¿Cuándo?

—Cuando tú estabas en el baño, ya sabes, durante esa hora entera que te has pasado en la bañera. —Adam desconfía profundamente de los baños que me doy. Considera que mi amor por pasarme largo rato en remojo es una descarada negligencia de mis obligaciones con los niños. Pero lo de hoy ha sido más: una negligencia de mi vida entera. Dicho en palabras de Max, cuando estoy intentando que haga algo, «lo único que quiero es que me dejen en paz». De todos modos, solo ha sido una charla para ponerlo al tanto, nada más. Pero al final ha dicho que no hay problema, que son cosas que ocurren todo el tiempo. Obviamente, se quedará con el dinero que dimos de reserva, pero no tiene inconveniente en retrasar la fecha, hacernos un hueco para el verano que viene, tal vez. A ver, eres tú la que siempre está diciendo que Orla necesita estabilidad para los exámenes de final de la secundaria. —Se siente satisfecho al asestar este último golpe.

—Sí, pero para la primavera ya estarán terminadas las obras, y no es que vayamos a hacer acampada libre a mitad de ellas. Tenemos la casa de tus padres en Coombe todo el tiempo que necesitemos. —Lanzo un suspiro: o suspiro o me echo a llorar—. Adam, tú sabes lo que esto significa para mí. Ya he pasado de los cuarenta y nunca nunca he tenido un hogar que haya amado, ni siquiera uno que haya

sentido que era mío.

Adam se siente confuso.

—Entonces, ¿qué era el piso de Streatham? Estuvimos allí siete años, ¿cómo dices que no lo sentiste tuyo? ¿Y Lawley Old Road? Habríamos matado por tener un hogar así en Londres.

—Pero ambos pisos fueron un compromiso. Streatham fue una primera vivienda, era lo que podíamos permitirnos en aquel momento. Y en realidad nunca llegamos a poner allí nuestro sello porque, en fin, por el dinero, pero también porque sabíamos que seguramente terminaríamos marchándonos. Así que no, Adam, no lo sentí como algo mío, no del todo. Cuando hacía la comida en la cocina de los anteriores propietarios, pisaba sus moquetas, contemplaba sus chapuzas de bricolaje. —Me encojo de hombros—. Y la casa de Lawley Old Road la compramos por pánico. Siempre la sentí como un recurso temporal.

—A lo mejor esta casa también la hemos comprado por pánico. Al final fue un poco frenético.

—Uno se muda deprisa cuando tiene la sensación de que es un acierto. —Me toco el corazón—. Cuando es el hogar de tu familia para siempre. Algo que tú diseñas, que moldeas a tu alrededor. Tu familia.

—Pero ahora, con lo de esa carta y lo otro…

—Necesitamos algo positivo en lo que centrarnos. —De ningún modo pienso contarle ahora lo de la última nota. Necesito algo a lo que agarrarme, algo que pueda controlar—. Y de todas formas, aquí no se trata únicamente de cocinas abiertas, duchas masaje o temas estéticos. ¿Qué me dices de las ventanas que no cierran bien, de las goteras del tejado, de los defectos de la instalación eléctrica? ¿Del asbestos si el maldito Shay lleva razón? ¿También vamos a aplazar todas esas cosas? —Adam me mira fijamente, se ha quedado sin argumentos—. En serio, Adam, ¿qué es lo que pasa de verdad?

—Nada —gruñe—. Era una idea, nada más. Solo he pensado que en marzo ya tendré una mejor idea de la bonificación que voy a recibir y que para entonces es posible que tú hayas vuelto a trabajar a jornada completa. —No puedo evitar oír: «Y si hubieras hecho una entrevista mejor para lo de Pelham, no estaríamos hablando ahora». Obviamente, se me nota en la cara—. Ah, y no me mires así, Els. Sabes que siempre me he sentido un poco nervioso con esto. Ya hemos pagado más de la cuenta por esta casa. Una sola crisis económica y acabaremos bajando a los infiernos del patrimonio neto negativo.

No, el infierno es un piso donde hace un frío polar y un padre que piensa que eres un saco de entrenamiento de boxeo.

—El patrimonio neto negativo solo importa cuando uno está pensando en mudarse de nuevo en el futuro. Y ese no es nuestro caso, de modo que deja de estresarte. —Apago la luz—. Fíate de mí, Adam,

nos moriremos en esta casa.

26
Nush

Nush lleva todo el día fuera de casa. Ha estado yendo de acá para allá. Le gusta mantenerse activa los domingos, así no se vuelve loca. De manera que primero ha sido Powerhoop, después el mercadillo, luego ha ido a Oxford a comprar una tetera. La tetera antigua se la llevó Tom, porque era un regalo de boda de su abuela, y hasta esta semana aguantar sin comprar otra nueva ha sido como un acto de desafío esperanzado, una forma de advertir al universo: «Ten paciencia, Tom podría volver».

En fin, el embarazo ha dado al traste con esa tonta idea, de modo que ya ha comprado una tetera nueva, una que es todo lo contrario de las que le gustaban a Tom. Eligió una baratija de color chillón que llevaba grabado ALUCINAN-TÉ y unos lunares morados. A su racista abuela también le habría parecido horrible. Son las 5,99 libras mejor gastadas de su vida.

—Oh, es horrorosa, simplemente perfecta —coincidió su madre mientras metía prisa a Nush para que se terminase un almuerzo ligero a base de salmón y espinacas marchitas—. Ahora, acuérdate de que mi club de lectura es a las tres, de modo que no te entretengas, cielo. De todas formas, imagino que tendrás sitios a los que ir…

«Lo cierto es que no los tengo», debería haber respondido. Le habría gustado acurrucarse en el seno del aquelarre de libros de su madre. Porque, a pesar de todos sus amigos, contactos, compromisos y reuniones, desde que se fue Tom rara vez tiene la sensación de contar con un sitio en el que encaje cuando llega un domingo. En la actualidad, su plan de acción se limita a «matar el tiempo hasta que llegue la hora de acostarse».

Después de ver a su madre se fue a dar una vuelta en coche, aunque no sabía exactamente adónde. Iban pasando innumerables pueblos que formaban la larga y borrosa línea de piedra de los Cotswolds. No siente el atractivo de conducir por placer, para ella coger el volante siempre ha servido únicamente para ir de un sitio a otro. Pero cuando se dispone de tiempo y existen muchas posibilidades de que tu ex esté en ese momento probando su virilidad con la misma persona con la que tú antes salías a comer, conducir sin un objetivo fijo parece una opción mejor que quedarse en casa sola y amargada.

(De hecho, ahora cae en la cuenta de que Tom no estaría

almorzando con nadie; estaría volando mientras ella conduce, probablemente por encima de Francia. Su vuelo de Zúrich a Heathrow tenía la salida prevista para las 11:30, pero ha mirado en la web de BA y ha visto que se ha retrasado hasta las 14:15.)

Jasmine sugirió pasarse hoy por casa. Qué hija tan atenta y tan divina. Este mismo año se ofreció también a posponer su plaza en Cambridge para poder estar en casa. Aunque era una oferta tentadora, obviamente Nush no quiso ni oír hablar de ella. Aparte del hecho de que duda de que Cambridge apruebe los aplazamientos para que los alumnos puedan estar con su familia, de ninguna manera iba a poner en peligro el futuro de Jasmine. Nush, como siempre, da prioridad a su hija.

Al contrario que Ellen, piensa ahora, mientras vierte aceite de lavanda en la bañera. Ayer, Ellen hizo caso a un camarero para ahorrarse una visita a Urgencias.

Nush sabe que tiene fama de guiarse por normas firmes y exigentes, pero la verdad es que hasta hace un año nunca había juzgado a Ellen con tanta dureza como madre. Si la hubieran presionado, habría dicho que era «decente». Cariñosa, si bien un poco atolondrada. Y daba igual que apenas pasara una semana sin que alguien se metiera una uva pasa por la nariz o se cayera de cabeza del sofá. Los niños pequeños son bulliciosos, eso era fácil de entender. Ellen estaba haciendo las cosas lo mejor que podía.

Naturalmente, esto no quiere decir que nunca haya encontrado un defecto en el desempeño de Ellen como madre. Siempre ha tenido la impresión de que ha consentido demasiado a Max; y luego estuvo aquel follón de que los niños aprendiesen a usar el orinal (empezó cuando aún eran demasiado pequeños, eso está claro). Pero eran observaciones privadas. Nush solo ofrecía consejos cuando se los solicitaban. Y tampoco es que se regocijara con los pequeños fallos de Ellen ni que disfrutara especialmente cuando se le presentaba la oportunidad de criticarla.

Ah, pero ahora sí. De hecho, le viene sucediendo desde la conversación que mantuvieron hace un año, cuando Ellen la criticó a ella por cómo hacía de madre y eso dio lugar a una reacción demasiado precipitada.

—En serio —dijo Ellen—. ¿Cómo te sentirías tú si alguien tratara a Jasmine como Tom te trata a ti? ¿No crees que deberías dar mejor ejemplo?

Nush sabe que ahora Tom todavía estaría aquí y que ella no sería la propietaria de una tetera verdaderamente sosa solo con que le hubiera dicho a Ellen por dónde podía meterse aquel consejito de «superioridad moral».

27
Kristy

Esta noche, Kristy duerme en casa de Shay. Quiere hacer realidad el sueño de toda chica: dormir en un cuchitril situado encima de un pub. Shay ocupa dos tercios de la cama doble, que a su vez ocupa dos tercios de la pegajosa moqueta, y como el televisor no tiene mando a distancia, cuando están tumbados en la cama, cosa que sucede a menudo, tienen que usar un taco de billar para cambiar de canal, subir el volumen o apagar.

Esto no es el hotel Four Seasons.

Y aun así, ella prefiere estar aquí antes que a menos de mil kilómetros de la Meadowhouse.

Lo del asado no salió bien. En cuanto Shay lo sugirió, Kristy ya supo que no iba a resultar. Por ese motivo se escaqueó y aprovechó la oportunidad para escapar en busca de rábanos picantes pero pensando: *Ya que ha sido idea suya, que se ocupe él; ya volveré más tarde, cuando las cosas se hayan calmado.*

Pero no salió del todo de esa manera.

Al principio, según Shay, Ellen pareció un tanto perpleja, pero no enfadada. La preocupaba más saber dónde estaba Adam y lo del hermano de Gwen molestándola con lo de fumar. Al parecer, fue después de volver de bañarse cuando empezó a ponerse quisquillosa: a replicar, a chasquear la lengua, a encontrarle pegas prácticamente a todo, a pasar la bayeta a propósito a superficies que él sabía con seguridad que ya había limpiado.

Y luego, miró con mala cara a Kristy en cuanto esta regresó.

—Es la menopausia, está claro —dice ahora Shay al tiempo que se ayuda del taco de billar para subir el volumen de la tele después de haberlo bajado mientras veían *La jungla de cristal 2* para tener otra sesión de sexo dominical—. Esos cambios de ánimo son síntomas clásicos.

Kristy deja de juguetear con el vello de su pecho y le propina un manotazo por ese comentario sexista:

—No, escucha —dice él riendo y frotándose el brazo como si de verdad le hubiera hecho daño—. ¿Qué me dices de la escena que montó en el pub el otro día solo porque yo estuve hablando, de verdad que solo hablando, con Orla? Eso no fue muy racional que digamos, ¿no? Te digo que es la menopausia. —Mira a Kristy con gesto

expectante, pero ella solo le responde enarcando las cejas con desprecio—. Lo digo en serio, Kris, ese grupo de las «madres», la manada de hienas que reservan la mesa grande todos los jueves, solo hablan de eso. A estas alturas, te juro que ya soy un experto.

Hum, no, en absoluto. Y tampoco es verdad que solo hablen de eso. Ella las oyó el jueves pasado, cuando entró para robar un beso y un paquete de cacahuetes. Ese día estaban en plena efervescencia y el tema de conversación no era el tratamiento hormonal sustitutivo, sino Ellen.

Algunas se mostraron comprensivas: «Ah, no quise ni mirar cuando el poli sacó el aparato ese para hacer la prueba de alcoholemia. No soporto ver cómo humillan a una persona, por eso no puedo ver esos programas de talentos. Soy una Piscis típica, demasiado empática».

Otras provocaron la polémica: «Para seros sincera, me sorprende que diera negativo. ¿Os acordáis de cómo acudió a la recaudación de fondos de verano en Foxton? Lo he dicho otras veces y lo repito ahora: el tequila es para las jóvenes».

—En realidad, se llama perimenopausia —dice Kristy ahora, corrigiendo al presunto experto—. Y de todas maneras, no es eso. Simplemente, Ellen es una persona de carácter cambiante, lo ha sido siempre. No delante de la mayoría de la gente. Pero las personas que la conocen lo saben.

—Aun así, me cuesta creer que me ofreciera cuatro libras con sesenta —dice Shay meneando la cabeza ya por enésima vez. Kristy, sinceramente, no sabe cuál es su problema. Ella habría cogido el dinero, nunca ha sido de los que ponen pegas a un caballo regalado—. Si me hubiera ofrecido cinco libras, habría sido menos insultante. Y aunque hubieran sido cuatro. Lo que no entiendo es lo de los sesenta peniques.

Kristy, con la barbilla apoyada en su pecho, le sonríe de oreja a oreja.

—Me doy cuenta de que no es el momento de contarte que a un antiguo novio mío le dio dos de los grandes. —Shay se queda tan boquiabierto que Kristy alcanza a verle la corona metálica que lleva en la última muela—. Oh, no como regalo, sino para librarse de él. Se suponía que yo no debía enterarme, pero me enteré hace unos años. Ya no puedo enfadarme más. Simplemente pienso que Ellen fue idiota porque él habría aceptado una cuarta parte de esa cantidad. Probablemente menos. No tiene noción del dinero, no tiene sentido de la proporción.

Por ejemplo, Ellen cree que a Kristy no le cae bien Nush porque tiene envidia de que ella sea rica. Y claro que le tiene envidia, ¿quién no se la tendría? Pero solo de manera abstracta, la misma envidia que se les tiene a las estrellas de cine y a los miembros de la realeza:

admiramos los privilegios que tienen, pero no la presión que sufren. Lo cierto es que, en lo que se refiere a Nush, Kristy ni siquiera sabe con seguridad por qué debería envidiarla. Todo le suena a chino. Negocios, propiedades, acciones, bonos y fondos de pensiones. Para ella.

No, lo que de verdad desata el monstruo verde de la envidia de Kristy son los despilfarros que hace Ellen a diario. Cajas de *macarons* de la pastelería cara, una manicura exprés por aquí, una vela de cincuenta libras por allá. Almohadas de gomaespuma con memoria. Poder pagar los recibos en su fecha. Comprarse unas botas nuevas solo porque sí.

Ese es el estilo de vida que tenía Kristy. ¿Tan malo es desear volver a tenerlo?

«Eso depende de lo que estés dispuesta a hacer para volver a tenerlo», le advirtió su antigua compañera de piso, la terapeuta. «Porque existe lo que llamamos envidia "normal" y luego está la envidia "dañina".»

—Vale, entonces, ese antiguo novio… —dice Shay sin la menor pizca de celos (Kristy no sabe muy bien lo que siente ella como reacción a eso)—, ¿qué hizo para merecerse dos de los grandes? Espera, voy a decirlo de otra forma: ¿qué tengo que hacer yo?

—Encerrarme en la casa con llave. Cortarme todo el pelo mientras duermo.

—Ah, vale. Pues en ese caso, creo que voy a pasar.

Le acaricia a Kristy la nariz y luego la línea de la cicatriz. Eso le provoca a ella un ligero hormigueo; no es que la sensación la vuelva loca, pero sí que comunica algo que merece la pena tener, algo que cree no haber tenido nunca.

—Tú debías de ganar esas cantidades de dinero con regularidad cuando eras electricista —le dice agarrándole el dedo—. Y ganarías más por aquí. Hay casas grandes, gente con mucha pasta.

—Y amas de casa aburridas. —Shay sonríe fingiendo sentirse tentado por esa perspectiva, pero añade—: No, no es para mí. Ya no. Ahora estoy concentrado en cambiar de vida. —Ahora se pondrá a hablar del sueño de Cornualles, ellos dos acurrucados en su pequeño pub, contemplando las gaviotas que sobrevuelan el vasto océano Atlántico. Él en la trastienda, trabajando en menús experimentales; ella en el bar, charlando y conquistando a la clientela habitual—. Lo digo en serio, Kris. Le he dicho a mi colega de Port Isaac que estaré ahí para el mes de marzo, como muy tarde. Pero te quiero conmigo. Quiero cuidar de ti.

Las respuesta automática de Kristy suele ser que no necesita que nadie cuide de ella, lo cual sabe que resulta un tanto fuerte dado que está viviendo del favor de Ellen. Pero con Shay la cosa cambia; Shay

no la compadece ni es condescendiente ni hace que se sienta indefensa. Él habla como si cuidar de ella fuera el mayor honor de su vida. No sabe muy bien qué ha hecho ella para merecerlo, cómo habrá conspirado el Universo para que ambos estén aquí al mismo tiempo.

—Iré —dice de repente, inundada de feromonas poscoitales y arrastrada por un instinto apasionado y temerario. Y luego Shay la besa y ambos sonríen y se dicen un montón de cosas importantes sin pronunciar la palabra «amor»—. Quiero decir, a la porra, ¿por qué no? —dice riendo, enfriando las cosas para no entrar ahí—. Ya trabajé bastante de camarera en Ibiza. —Y añade una nota de cautela—: Aunque no tengo muy bien la espalda, acuérdate. Puedo servir una pinta y preparar un Negroni, pero no puedo ir por ahí acarreando palés.

—Por eso no te preocupes, enfermita. Puedes dejarme a mí las tareas más duras.

Otro beso cálido y prolongado, mejor que ninguna suite del Four Seasons. Shay se aparta con los ojos brillantes. *No hables de amor,* piensa Kristy, y luego: *Oh, sigue.*

—Bueno, ¿y tú tienes ahorros?

Hablando de enfriar las cosas.

—Es que el local necesita una reforma —continúa él mientras Kristy hace un esfuerzo por recalibrar—. Smithy calcula que costará ocho de los grandes y yo le he dicho que más o menos es lo que tengo yo. —Kristy no dice nada—. ¿Por qué crees que estoy viviendo aquí? Seguro que no es por el ambiente. Es para ahorrar pasta.

—Mientras que yo vivo en casa de Ellen porque no quiero tocar mis ahorros. —Lo mira sin emoción—. No, Shay, no tengo ahorros.

Él asiente.

—Vale, no pasa nada, nada en absoluto. Es que no estaba seguro. Pero tienes tu negocio de eBay.

Kristy se arrepiente de haberle contado eso. Maldito sea el vodka.

—Sí, que a duras penas cubre los pagos mínimos de mi tarjeta de crédito.

Shay reflexiona un instante.

—¿No puedes pedirle el dinero a Ellen?

—¿Para cancelar una deuda de diez mil libras? —Finge estar ponderando opciones—. Hum, a ver… ¿Un sermón de Ellen sobre finanzas o amputarme un brazo? ¿Alguien tiene una sierra?

—Quiero decir que podrías pedirle unos pocos miles para el pub.

—Imposible.

—¿Que se los pidas o que te los dé?

Kristy lanza un suspiro. Todo era mucho más fácil cuando estaban hablando de las 4,60 libras y de la «menopausia» de Ellen.

—Las dos cosas. Jamás le he pedido dinero abiertamente y la sola

idea de hacerlo me da ganas de vomitar. Además, ahora están con la reforma de la casa, no es buen momento.

—A la mierda lo del «buen momento». ¿Después de todo lo que le has dado tú a ella? —Se incorpora en la cama, aparta a Kristy hacia un lado y niega con la cabeza, como si ella lo tuviera totalmente desconcertado—. Se te olvida, Kris, que Ellen está en deuda contigo. No entiendo cómo es que no la odias. Si yo fuera tú, la odiaría.

Segunda mala acción

El dinero

Kristy

Cuando Ellen y yo éramos pequeñas, tuvimos una pelea física. Una bronca de verdad. Ella tenía nueve años y yo siete y la cosa llevaba fraguándose mucho tiempo. El meollo de la cuestión fue que ella no quiso concederme el acceso al Teddy Ruxpin, que era de las dos. Sinceramente, cualquiera hubiese jurado que él era el papa y ella un miembro de la guardia suiza.

La agresora fui yo, no lo niego. Le propiné una fuerte bofetada en la cara, tal como hacían las mujeres de la serie *Dallas* cuando alguien las contrariaba. ¿Y sabéis qué conseguí con eso? Despejar el ambiente. Cuando la mejilla dejó de escocerle, fue como si se levantase una niebla de resentimiento. Durante los años siguientes hablamos de ello, nos reímos de ello, algunas veces reconstruimos la escena por puro entretenimiento.

Ahora me pregunto a menudo: si le hubiera dado una bofetada a Ellen el día que volvió de Courchevel, ¿estaríamos donde estamos ahora?

¿Podría haber encontrado yo una forma de perdonarla?

Supongo que siempre ha habido señales de que Ellen estaba destinada a tener una vida mejor que yo. «Te lo digo ahora, que uno tiene nociones», decía mi madre cuando Ellen hacía diligentemente los deberes del colegio y se quejaba de que todas nuestras cosas estaban llenas de arañazos. Sin embargo, eso no quiere decir que yo estuviera a su sombra. En absoluto. Midiendo ya un metro ochenta a los dieciséis años y con una melenita teñida de rubio que me valió que me llamaran Marilyn, la popular era yo. La llamativa. La moderna. El primer nombre que figuraba en cualquier lista de invitados e invariablemente el último en desaparecer. Pero mientras yo acaparaba todos los titulares, Ellen se llevaba el afecto. Puede que yo atrajera a un número más grande de personas a mi cumpleaños, pero Ellen recibía regalos mejores y más atentos.

La gente la adoraba.

De manera que resultó lógico que también le gustase a Adam, que era un tipo guapo, culto y un partido muy cotizado.

El modo en que se conocieron Adam y Ellen, o al menos la versión que ellos cuentan en las fiestas, fue que Adam chocó sin querer con Ellen, le tiró la pinta de Guinness y la sustituyó por una copa de Moët.

Ellen siempre se ha esforzado mucho por dar la impresión de que aquello le pareció un gesto un poco gilipollas y que de todas formas el champán no tenía burbujas. Pero yo supe al instante, al igual que todo el que pasaba más de una hora en compañía de Ellen, que aquel gesto la dejó impresionada, acalorada, y que se propuso repetirlo. Acababa de probar el champán, en sentido literal y metafórico. De ningún modo iba a volver a la cerveza.

A mí no me cabía la menor duda de que, en efecto, había sido un gesto un poco gilipollas. Engreído y presuntuoso y, tal como supe más adelante, nada típico de Adam. Pero sospeché que él había reconocido en Ellen «nociones» que con mucho gusto estaba dispuesto a aceptar. Y hasta ahí llegaron mis pensamientos en aquel entonces. Básicamente, buena suerte para ambos.

Fue aproximadamente seis meses más tarde cuando me percaté del «ascenso de nivel» de Ellen. Ella acababa de volver de celebrar la Navidad con la familia de Adam, cautivada por todos y por todo.

Ellos escucharon villancicos en Nochebuena; nosotros bajamos al pub para reunirnos con unos cuantos clientes, como de costumbre.

Ellos degustaron frutos secos y chocolate negro; nosotros nos hartamos de colines de pan y bombones baratos de lata.

Ellos abrieron los regalos por la noche («¡Ya lo sé, Kris! ¡No me lo podía creer!»); nosotros nos lanzamos sobre los nuestros a las seis de la tarde como una manada de tigres sobre carne fresca.

No hubo programa de grandes éxitos en la televisión. Y el discurso de la reina… ¡lo escucharon de verdad!

Entonces, ¿ahora lo nuestro estaba mal? Yo pensé que no. La Navidad de los Walsh no era la «buena», simplemente era distinta. No obstante, donde yo veía diferencias, Ellen veía mejoras. Daba igual que antes de subir a bordo del autocar para Oxford la mañana del día de Nochebuena ella no soportase los villancicos, el chocolate negro, las gratificaciones tardías ni la realeza.

Pero, claro, es que Ellen siempre tuvo un mapa de carreteras. Yo no necesitaba ninguno porque yo tenía belleza. La belleza se despierta por la mañana y ve adónde la lleva la jornada. Rara vez necesita trazar estrategias, manipular, reevaluar o planificar el futuro.

Quiero decir, yo no tenía planeado estar en Topshop el mismo día que una cazatalentos de la moda que trabajaba para Glow Management. Yo solo estaba allí porque me entraron ganas de robar un jersey en el momento mismo en que alguien gritó «¡Mirad, es Gwen Stefani!» desde una camioneta que pasaba.

Thomasine, la cazatalentos, no se mostró de acuerdo con lo de Gwen Stefani.

—Sí, es guapa —dijo mirando en derredor—. Pero también la mitad

de las chicas que están aquí. Tú tienes ese «algo», Kristy, un aura. Créeme, eso es muy poco corriente.

—¿Seguro que son legales? —dijo mi madre más adelante, echándome un jarro de agua fría, como era de esperar—. Seguro que es alguna clase de estafa. A continuación te pedirán dinero o te convencerán para que te quites el sujetador.

Pero no era ninguna estafa y la única vez que me quité el sujetador fue en una sesión de fotos en blanco y negro hechas con gran gusto para *Dazed,* y ni siquiera en esa ocasión enseñé los pezones. Los de Glow fueron categóricamente «legales», me deslumbraron, me cambiaron la vida y, al cabo de dieciocho meses de idas y venidas a Londres para sesiones de fotos, castings y pruebas de vestuario, tenía ya suficiente trabajo para justificar irme a vivir allí.

Durante varios años estuve viviendo con tres criaturas igual de despampanantes en un piso de Camden Town, a cinco minutos andando de las oficinas centrales de Glow. Fundada a principios de los noventa, Glow había elegido Camden porque «aceptaba la subcultura y permitía una profunda libertad personal», lo cual era otra manera de decir a las agencias rivales: «Somos un poco más guay que vosotras».

En consonancia con los valores de Glow, me tomé muy en serio eso de la «libertad» y Londres se convirtió en todo lo que cabría esperar para una chica de diecinueve años que carecía de límites y cuyas credenciales de «desfilar para Westwood» le habían entregado las llaves de la ciudad. No es que todo fuese diversión sin más: aunque las noches eran glamurosas, los días podían ser crueles. Sesiones de fotos de nueve horas con un frío glacial, el cuerpo contorsionado en todo tipo de posturas. Tu dignidad evaporándose cuando alguien te manoseaba la cabeza y gritaba: «¿Tenemos alguna manera de sujetarle las orejas?». Sí, el dinero que se ganaba estaba muy bien, a veces incluso abochornaba un poco; pero por cada trabajo nuevo que te salía te rechazaban para otros veinte, y luego estaba la carga insufrible, por aburrida, de tener que estar vigilando constantemente tu peso.

En lo relativo a controlar el peso, cada una de mis compañeras de piso adoptaba un enfoque distinto. Lena, la que más echaba de menos su hogar y se sentía menos deslumbrada, tras dos años de ejercicio excesivo anunció que «esto es una mierda» y salió pitando para Hungría. Sadie y Bex eligieron la alimentación desordenada (respectivamente, laxantes y una dieta estúpidamente baja en calorías diseñada para enfermos cardíacos en recuperación). Yo elegí las drogas.

Y eso es lo único que fue la cocaína al principio: un fuerte supresor del apetito y un refuerzo de la seguridad en una misma.

Y también un gran destructor de carreras, pero es maravilloso ver las cosas en retrospectiva.

No mucho después de instalarme yo, Ellen y Adam también se mudaron a Londres (aunque ellos a Edgware, difícilmente habrían elegido Camden), y nos veíamos cada pocas semanas para que yo pudiera regalar a Ellen con la impresionante vida que llevaba. Me sentía bien al hacerlo. Aunque Ellen nunca lo reconoció, yo sabía que ella siempre había supuesto que yo seguiría el patrón de toda Chica Más Guapa del Barrio y me enamoraría del Chico Más Guapo antes de cumplir los veintiún años y, hasta que Thomasine se me acercó en Topshop, probablemente no lo habría considerado un destino tan malo.

Pero, al igual que Ellen, salí de casa. Salí del instituto Highfield y de las carencias (Ellen insiste equivocadamente en llamarlas «pobreza») y allí estaba, en Londres, superando las expectativas y pagándole a ella las copas. Así que nunca le hablé de las cosas negativas: los dolores corporales, los manoseos de desconocidos, el tener que cambiarme en baños públicos. Ellen ya tenía suficientes presiones propias intentando enseñar Chaucer a una pandilla de críos que pasaban totalmente de ella en un instituto de un barrio marginal. No: cuando nos reunimos, a Ellen le convenía ver purpurina, me dije. No le convenía oír mis cuitas.

O, más concretamente, yo no quería compartirlas. Echaría a perder la fantasía, disiparía su envidia. Y por razones que nunca he entendido del todo y probablemente nunca entenderé del todo, la envidia de Ellen era mi motivación, el combustible tóxico de mi cohete.

Necesitaba que Ellen creyera que yo llevaba una vida totalmente realizada y adinerada.

Y, en efecto, tuve dinero durante una temporada; lo que no llegué a tener fue la realización plena. Si bien no podía afirmar con exactitud que no me levantaba de la cama por menos de diez de los grandes, sí es verdad que la mayoría de los días me levantaba de la cama porque tenía un trabajo o una reunión a la que asistir, y la mayoría de las modelos no pueden decir lo mismo. El noventa por ciento tienen chapuzas o un segundo trabajo. Pertenecer al afortunado diez por ciento no me hacía rica, pero me proporcionaba comodidad. Cuando Ellen estaba embarazada de Orla, fui yo, y no Adam, quien la llevó a Cowley Manor a una «luna de miel prebebé». Cuando llegó Orla, yo solita hice que subiera la cotización de las acciones de JoJo Maman Bébé. Y además de todo eso, apoyé a un grupo de actores, cantantes, bailarines y modelos sexis pero fracasados. El único chico rico con el que salí en toda mi vida fue Alfie.

Pero de repente me vi con veintiséis años y cayendo en barrena hacia el final de la veintena. Difícilmente se me podía considerar vieja según los estándares normales, pero la moda es voluble y se nutre de caras nuevas. Tampoco me ayudó el hecho de que mi imagen había

ido siendo cada vez más provocadora. En lo que ahora reconozco que fue un intento de recuperar un cierto control de mi cuerpo, había ido sumando tatuajes y *piercings* faciales, poniendo a prueba la paciencia de mi agencia. Hoy en día eso no importaría tanto, ahora que la originalidad es lo que da de comer, pero en 2010 hasta a una agencia de izquierdas como Glow le gustaba que sus modelos no se salieran de los límites de lo convencional.

Tampoco ayudó que para entonces yo estaba consumiendo un par de gramos de coca casi todos los días. Pensé que se alegrarían de verme tan delgada. Resulta que no les alegró mucho que me durmiera incluso después de que sonara el despertador y me perdiera las sesiones de fotos. Ni que fuera maleducada con los maquilladores ni que tuvieran que ingresarme en el hospital la víspera de la London Fashion Week a causa de una sobredosis.

Pero, pese a lo mala que era la situación, consumir drogas no fue lo que causó mi perdición; lo que selló mi destino fue venderlas.

Eso y la codicia de Ellen.

La realidad fue que el año anterior a mi «accidente» yo estaba sin blanca y casi no trabajaba. Primero eché la culpa a Glow, después al sector en su totalidad, y luego volqué mi rabia sobre las consumidoras, que con sus melenas alisadas con tenacillas y sus vaqueros ajustados, todos idénticos, estaban perpetuando ese estilo de belleza tan aburrido. Las modelos que más ganaban, despotricaba yo, eran mujeres a la que nadie miraba dos veces por la calle.

Pero a Ellen no le decía nada de esto, ni a nadie de mi familia. Para ellos, las cámaras seguían funcionando, los buenos tiempos no se habían detenido. De modo que, si iba a ver a Ellen, me compraba un vestido de marca en internet sabiendo muy bien que después lo devolvería. Luego tomaba «prestadas» un par de cientos de libras de Alfie para que no se interrumpiesen los mai tais y para mantener viva la fantasía de que mi vida era un gran éxito.

Alfie.

Creo que en aquellas fechas lo llamaba «novio». Todavía recuerdo las horribles cosas que me llamaba él. Habíamos empezado siendo amigos, en el sentido de que él era el tipo amistoso que me suministraba la coca. Era rápido y fiable y tenía precios razonables tratándose del centro de Londres, además de un estilo como jovial y atolondrado que disimulaba el hecho de que aun hoy en día sigue siendo la persona más despiadada que he conocido jamás. Carecía totalmente de empatía y de conciencia.

Una día, en la cama, Alfie me dijo que sabía que yo era una «tía muy lista» y que eso le había hecho pensar y tenía una propuesta laboral que hacerme. Fundamentalmente, tenía contactos en varias

agencias de modelos que le enviarían «clientes» a él. ¿Me apetecía ser sus ojos y sus oídos en Glow? Creo que de hecho empleó el término «emisaria». Hizo hincapié en señalar que era consciente de que mi carrera se había «tambaleado ligeramente» (lo cual consiguió resultar hiriente pero elegante), sin embargo sabía que yo todavía era un «rostro», la chica que uno contrata para todas las fiestas, y que había un cinco por ciento que ganar solo por pasar la voz, mover un poco los hilos.

Yo contraataqué siendo una tía más lista de lo que nadie pensaba y argumenté que él vendería mucho más si las chicas pudieran comprarme directamente a mí. Él se resistió, luego regateamos, luego pasamos casi una hora en una extraña sesión de sexo luchando por el poder (ese día habíamos tomado mucha coca) y finalmente acordamos el veinte por ciento y que el cobro del dinero se haría todos los viernes.

Todo el mundo, en el sentido más despiadado de la palabra, quedó contento.

En cuanto Ellen oyó la frase de «reunión de chicas Zara», ya supe que iba a costarme. Ya me había costado, de hecho. Varios meses antes, durante una temporada en la que estuve muy bien de pasta porque hice en secreto un pequeño escarceo —durante poco tiempo— con la actividad de *escort,* le había dado a Ellen novecientas libras para que pagara su parte del bungalow y otras quinientas para el vuelo en primera clase (Kris, ya sé que solo dura noventa minutos, ¡pero no voy a ser yo la única que vaya en clase turista!).

En cambio ahora, cuando solo faltaba una semana, Ellen había recibido un correo de la jefa del grupo, Fenners. Era una factura, esencialmente, en la que se expresaba con todo detalle lo demencial que había sido aquel itinerario. Había que pagar tratamientos de spa dentro del bungalow, reservas VIP, un cocinero privado durante tres noches, por no mencionar todos los «detalles adicionales» que Fenners consideró que «merece la reunión de chicas Zara. Calculo que con mil doscientas libras cada una quedarán todos cubiertos».

—Y eso ni siquiera incluye los gastos diarios —explicó Ellen hecha polvo mientras se tomaba su batido de cinco libras a base de jengibre y flor de saúco, el más caro del menú—. Taxis, botellas de agua, desayunos de resaca. Todo eso también hay que sumarlo.

Yo sabía dónde iba a desembocar aquello, pero no se lo iba a poner fácil. Entre otras cosas porque, a pesar de lo que sugería mi bolso, una exquisita falsificación de uno de Bottega Venetta, echarle la zarpa a mil doscientas libras, que representaban un par de días de trabajo, en aquel momento era un gran interrogante. Era cierto que estaba negociando en Glow y sacando más de dos mil por semana para Alfie,

pero mi veinte por ciento se iba en cosas como la renta, la compra y la calefacción.

—Entiendo que la bonificación de Adam no ha sido maravillosa —comenté.

—¿Qué bonificación? Se ha salvado de la última ronda de despidos, esa ha sido su bonificación. —Removió con la pajita en silencio.

Transcurrido un minuto, yo le dije:

—Oye, ¿tú no puedes cogerte una baja? ¿Decir que has pillado una infección de hongos tremendamente contagiosa o algo parecido? No creo que los burgueses de clase media quieran tenerte ni a diez kilómetros de ellos con algo así. Ya sé que perderías el dinero del bungalow y el vuelo, pero yo te daría ese dinero, no me importa, de verdad.

Obviamente, sí que me importaba. Pero si tenía que escoger entre perder aquellas mil cuatrocientas libras y tener que reconocer que no podía soltar estas mil doscientas, escogería mi orgullo todas las veces.

Ellen me sonrió con afecto.

—Eres la mejor, ¿sabes? —*¡Anda!,* pensé yo, *Podría haberme salido con la mía.*—. Pero la verdad es que me apetece mucho ir, Kris. En serio, ya sé que son todas unas esnobs y probablemente me romperé las piernas solo intentando calzarme las botas de esquiar, pero llevo sin pasar una noche fuera de casa, y no te digo ya cinco, desde que nació Orla. Y quiero volver a sentirme yo misma, ¿comprendes?, no un mero dispensador de patatas fritas infantiles, cansado y desaliñado.

Sentí pena de ella. De verdad. Y me encantó sentir pena de Ellen. Pero eso no significaba nada si no podía rescatarla, si no podía jugar a ser el Caballero Blanco.

—Y la cosa es —siguió diciendo ella— que cobraré este próximo viernes, un día después de que lleguemos a Courchevel, de modo que podría pagar ese día, por los pelos. Pero Fenners insiste en que quiere el dinero ahora. —Enarqué una ceja; la tal Fenners daba la impresión de ser un colosal grano en el culo—. Por lo visto, el año pasado hubo una discusión masiva por otra reunión, la gente pagó tarde o no pagó en absoluto y una tal Flops acabó pagando la mitad de la factura.

Pobre Flops. Pero teniendo un apodo así, supongo que podía permitírselo.

Y si lo único que quería Ellen era un préstamo a corto plazo, quizá yo también podía permitírmelo, pensé. Lo único que se necesitaba era un poco de contabilidad creativa y capacidad para no amilanarme.

En fin, era un sábado a la hora de comer. El viernes Alfie había cobrado la recaudación semanal y yo había ganado la mayor parte del dinero de la semana actual en la fiesta de cumpleaños de una amiga la noche anterior. De modo que tenía fondos. Técnicamente, no eran fondos míos, pero dado que Alfie se había ido a Rotterdam a pasar la

semana «para dar una lección a unos cerdos avariciosos», a todos los efectos eran míos por el momento. Lo cual me proporcionaba la oportunidad de salvar las apariencias.

Me enderecé en la silla y adopté el papel de santurrona, que rara vez adoptaba pero resultaba perfecto para lo que estaba a punto de hacer.

—Mira, voy a darte las mil doscientas en efectivo, pero quiero que me las devuelvas el viernes, así que tendrás que transferírmelas, ¿vale? —A lo mejor debería haber dicho que las «necesitaba», pero lo de «necesitar» sonaba…, en fin, demasiado desesperado—. Obviamente, no hay ningún problema —añadí con el aire de un rico mafioso—. Pero estoy empezando a pensar en comprar un piso, ¿sabes? —A Ellen se le iluminaron los ojos y su engañada cabecita ya comenzó a imaginar *lofts* enormes en Soho—. De modo que tengo que empezar a ser más sensata con el dinero. Tengo que ponerme más límites, ¿comprendes? —Ella puso cara de sentirse impresionada.

—El viernes —me aseguró al tiempo que me mandaba un beso por el aire desde el otro lado de la mesa—. Lo tendrás en tu cuenta antes de que te hayas servido los copos de maíz del desayuno, te lo prometo. ¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor hermana del mundo? ¿Qué haría yo sin ti?

El Caballero Blanco cabalgaba de nuevo.

No tenía motivos para no fiarme de ella, siempre había sido muy de fiar. Mi error fue no darme cuenta de que la Ellen normal y la Ellen de vacaciones eran personas ligeramente distintas. La Ellen normal se acordaba de todo: cumpleaños, aniversarios, la fecha aproximada de tu última citología. La Ellen de vacaciones era igual que cualquier otra trabajadora de nueve a cinco: aislada de la vida real y carente de una rutina.

Aun así, no me puse demasiado nerviosa cuando el viernes por la mañana me serví los cereales y vi que el dinero no estaba. Alfie no estaba previsto que llegara hasta la noche y yo no tenía nada en absoluto planeado para ese día, excepto hacer una visita al banco una vez que se hubiera hecho la transferencia.

Un poco más tarde llamé a Ellen y, al ver que no contestaba, no me dejé llevar por el pánico. Orgullosa y tonta como era, esperé que mi alegre mensaje de «¿Qué tal va la cosa?» bastara para recordarle que tenía que pasarme la pasta. Pero transcurrió otra hora más y no recibí ni respuesta ni dinero. Para las doce del mediodía ya estaba echando humo, aunque procuré hablar manteniendo un tono natural:

«¿Qué, voy a tener hoy la pasta, Els-Bels?»

Justo otra hora después, ya estaba empezando a perder los nervios.

«Hola. ¿Sabes algo del dinero? Ya me toca un poco las narices.»

Y otra hora después:

«¿Ves? A esto me refería con lo de ponerme límites. La gente se cree que puede cachondease de mí. Llámame.»

Nada. Ni contacto ni transferencia. Llamé al banco para preguntar si había algo en temas «pendientes», pero los únicos pagos pendientes eran salientes, no entrantes. Como se me agotaba el tiempo, hice de tripas corazón y llamé a Adam, pensando que seguramente Ellen se habría puesto en contacto con él para confirmar que no había prendido fuego a la casa ni envenenado a Orla. Pero no recibí respuesta alguna las muchas veces que probé y no me atreví a dejarle en el contestador un mensaje con la sórdida verdad:

«Hola, Ellen me debe un dinero, pero me temo que vas a tener que dármelo tú, porque, lejos de ser la estrella de Londres, no soy más que una perdedora sin trabajo que le debe mil doscientas libras a un traficante de drogas.»

A esas alturas, ya había dejado de considerar a Alfie como mi novio, incluso como un amigo. Pero antes de que regresara esa noche, todavía lo tenía más o menos por un ser humano.

Al principio se mostró comprensivo, supuestamente escandalizado por el «atraco» que había sufrido. Le dije que se me echaron encima dos individuos y que todo sucedió muy deprisa. Que me robaron las mil doscientas libras frente a Sketch mientras intentaba parar un taxi. Debería haber sabido que Alfie estaba fingiendo preocupación. Como si le importara una mierda mi bienestar. Pero quise pensar que podía relajarme, que Alfie en realidad deseaba prepararme una «buena taza de té».

Tuve suerte de que no me lo arrojase a la cara. Solo fueron unas gotas de agua hirviendo en la ingle; no fue agradable, pero sobreviviría. Me dijo que había sido una advertencia, un juego de niños en comparación con lo que iba a hacerme si no conseguía su dinero en el plazo de doce horas.

Esa noche llamé a Ellen continuamente. Todas las veces me salió el mismo mensaje: «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Desesperada, fui a su casa y me encontré con que Adam no estaba y que la vivienda se encontraba a oscuras (más adelante me enteré de que había llevado a Orla a casa de sus padres, que vivían en Thames Lawley, en aquella época famoso por tener una cobertura intermitente para los móviles). Y todas las amigas cutres a las que llamé (porque con las buenas había roto para siempre) me respondieron que les encantaría ayudarme pero que no podían, que a ver si quedábamos un día para tomar algo.

Pero aun así no hui. Supuse que Alfie, a pesar de la amenaza, probablemente estaría fanfarroneando acerca del plazo y que, con tal de cobrar su dinero, me concedería unos días más.

Sin embargo, a diferencia de Ellen, Alfie cumplió lo prometido. Exactamente doce horas después de proferir su amenaza con agua hirviendo, me tiró por las escaleras, una caída en la que me rompí la espalda y una rodilla.

También me partí la nariz. Nunca llegó a corregirse del todo: podía respirar, eso era lo único que les importaba a los médicos. Y, francamente, cuando una tiene que volver a aprender a andar, la gente asume que tener la nariz un poco torcida es la menor de tus preocupaciones. Eso me daría igual si ellos no estuvieran tan obsesionados con su cara, con sus infinitos defectos imaginarios y su fútil lucha contra el envejecimiento. Pero por lo menos los defectos y el envejecimiento son cosas que uno tiene que terminar aceptando. El fin de mi «belleza» fue tan rápido como brutal. Tuve la sensación de que yo misma estaba acabada.

La siguiente vez que vi a Ellen fue junto a mi cama del Royal Free Hospital, lloriqueando con mamá y diciéndole que había intentado lo imposible para coger un vuelo que saliera más temprano.

Yo pensé: *¿En serio? ¿De eso te sientes culpable?* Pero no me atreví a hablar con ella. No me atrevía a hablar con nadie. Supuse que cuanto menos dijera, menos posibilidades habría de que encontraran lagunas en mi relato, que era que estaba a punto de bajar la escalera para coger el cargador del móvil y a partir de ahí ya no recordaba nada más.

Y es que me sentía feliz de ser la torpe, la imbécil que no sabía utilizar una barandilla. Me daba igual que me considerasen una patosa; mejor eso que una inútil como traficante de coca.

No sé si me creyeron los médicos y tampoco me importó. Y no es que mi madre no les hiciera miles de preguntas; lo único que le interesaba a ella era que mi padre se había largado sin previo aviso y que «ella había tenido que limpiar la mierda, como de costumbre», y cuando quedó claro que Ellen no iba a irse a ninguna parte y que era mejor que ella en «todo aquello» (hablar con los médicos, tomarse interés), se fue y regresó a Leicester. No tenía sentido estar sin hacer nada en un aburrido hospital cuando podía estar en su pub de siempre aceptando invitaciones y ganándose la compasión de la gente.

Cuando nos quedamos solas fue cuando por fin le dije a Ellen con voz ronca:

—El viernes te llamé.

Para mí, esa frase era colosal. Fue lo único que se me ocurrió. Incluso estando profundamente dopada con morfina, seguía conservando mi lucero del alba. Para Ellen, por supuesto, fue tan solo un comentario de pasada. Mejor aún: una señal de que me estaba recuperando.

—¿El viernes? Ah, claro, no podías haberlo sabido. La verdad es que me superé a mí misma, Kris. El jueves se me cayó el teléfono cuando iba en el telesilla. Sí, el mismo día que llegamos. Era la primera vez que me separaba de Orla y ni siquiera tenía teléfono. —Yo tenía el dedo suspendido sobre el botón de llamar a la enfermera, pensando en que pudiera echar a aquella bruja de mi habitación—. Bueno, para las emergencias tenía el de Zara, pero le noté que estaba fastidiándole que yo lo utilizase. —Se encogió ligeramente de hombros. Incluso ahora recuerdo todavía la frivolidad de aquel gesto —. De modo que sí, perdóname. Al final no te he hecho la transferencia hasta esta mañana. Ya fue bastante horrible que Adam mandara mensajes al teléfono de Zara cada cinco minutos, creo que Zara se habría puesto como una fiera si yo hubiera empezado a juguetear con la banca *online*. Pero bueno, ahora ya está todo hecho. —Esbozó una sonrisa triste—. Pero el dinero ya no parece ser lo importante.

La dejé parlotear un poco más, que me dijera que había tenido mucha suerte con que la fractura de la columna vertebral estuviese en la parte baja de la espalda, no en la médula. Es curioso, yo no me sentía nada afortunada.

Le rogué que se fuera. Dije que necesitaba dormir.

Durante varias horas, mientras las enfermeras trajinaban entrando y saliendo, permanecí allí tumbada, rumiando si era justo por mi parte echarle la culpa a Ellen. Al fin y al cabo, llevaba años complaciéndola y mostrándome despreocupada por el dinero. Ellen desconocía que esta vez era distinto. Sí, le había dicho que quería que me devolviese el dinero el viernes, cuando ella cobrara, ¿pero había subrayado debidamente que tenía que ser el viernes mismo? ¿Mi desesperada necesidad de ocultar la verdad de mi situación me había hecho no ser clara del todo?

Pero, por más que me esforcé, no pude resolver nada. Necesitaba alguien contra quien dirigir mi rabia y no podía dirigirla contra aquella ameba sin remordimientos que era Alfie, eso solo traería problemas. Tal vez incluso la muerte.

Así que elegí echarle la culpa a Ellen.

Por su codicia. Por sus «nociones». Por estar más preocupada de que Zara pudiera ponerse como una fiera que de hacerme a mí la transferencia. Por el fin de mi carrera de modelo y el comienzo de una serie de trabajos mal pagados y sin futuro. Por los cinco años que perdí a causa de la droga, ya que luchaba para sobrellevar el dolor. Por las cicatrices y las decepciones.

Por haberme estrellado en el trayecto de mi vida adulta.

El trayecto de ella, en comparación, ha sido tranquilo y placentero.

«Se te olvida, Kris, que Ellen está en deuda contigo.»

Aunque Shay se refería a que yo antes la tenía muy mal acostumbrada (nunca le he contado la historia completa ni a él ni a nadie), tiene razón en una cosa: Ellen está en deuda conmigo.

En cambio, se equivoca al pensar aun por un segundo que me he olvidado de ello.

28
Ellen

El lunes, le cuento la peripecia de la mano de Max a Faye, su jefa de sala. Ella repite la expresión «oh, cielos» en bucle y después me pregunta si la señora O'Leary se ha puesto en contacto. El viernes, Max dio una patada a alguien —se lo mencionaron a Nush, pero es la primera vez que oigo hablar de ello— y a la señora O'Leary le gustaría tener una «reunión urgente», lo cual suena a petición mafiosa. Pero, por suerte, hoy el Padrino está en Bristol, en un congreso de Early Years, así que se me concede un breve respiro antes de ser ungida oficialmente como Peor Madre del Mundo. Después de dejar a Max, me voy a casa para encontrarme con Bert el electricista y hablar del sistema eléctrico (no aparece), luego hago una visita a Buds & Blooms, que está en la calle principal, para ver si las flores vinieron de allí. La respuesta es un sonoro no. Tras echar una mirada a los pétalos sueltos y lánguidos, la propietaria, Lynn, declara que probablemente los cortaron hace varias semanas y los guardaron en un lugar frío, un supermercado o una gasolinera. Me viene a la mente lo de buscar una aguja en un pajar.

Llega el martes. Recibo un gélido correo electrónico que me informa de que el instituto Pelham se ha decidido por otro candidato y paso el día maquinalmente, acordándome de Zane, enseñando *Otelo* y limpiando la casa.

Dicho en pocas palabras, son un par de días que transcurren relativamente tranquilos y sin incidentes, y lo único que «empeora» es la actitud de Orla. Puedo aceptar que se muestre reservada, estoy muy acostumbrada a que esté de mal humor. Pero estoy hartándome de los robos. Mi collar de Tiffany no lo encuentro por ninguna parte.

—Mira, lo que es mío es tuyo —le digo, en un intento de acercamiento pacifista, en vez de chillar—. Joyas, vestidos, un riñón, lo que sea. Pero antes pídemelo, ¿vale? No lo cojas sin más.

—No sé de qué me hablas —dice ella—. Nadie de mi edad quiere nada de Tiffany. —Y agrega—: ¿Has mirado debajo de los almohadones del sofá? Es increíble la de cosas que acaban ahí.

Ahora es miércoles por la mañana. Los del camión de la basura han venido, se han ido y se han llevado las flores malolientes y estoy titubeando en la sección de verduras del supermercado cuando de repente suena el teléfono. Número desconocido.

—Buenos días, ¿hablo con la señora Walsh? ¿Ellen Walsh?

—La misma —contesto, preparándome para decirle a un comercial que me deje en paz. Con educación, por supuesto. Todos tenemos que trabajar.

—Ah, bien. Me llamo Cathy Grantham y soy de los Servicios a la Infancia del ayuntamiento de Oxfordshire.

Me suena todo tan rápido y confuso como un puñetazo en la rodilla.

—Vaaale…

La otra va directa al grano, aunque el tono que emplea es cordial, casi solidario.

—Hace poco hemos recibido una llamada anónima en la que se plantearon varias preocupaciones de salvaguardia, y si bien puedo asegurarle que en esta primera fase mantenemos una actitud muy abierta, comprenderá usted que tengamos que tomarnos muy en serio cualquier denuncia relativa al bienestar de un menor.

—¿Qué denuncia? —pregunto serena pero histérica—. Y, ya que vamos a eso, ¿qué menor?

—Específicamente, su hijo Max. —Calla unos instantes porque en ese momento se oye un anuncio por el sistema de megafonía, una promoción de Halloween: «¡Un ahorro que te hará gritar!»—. Ah, veo que en estos momentos se encuentra usted fuera de casa, señora Walsh.

—Estoy en el supermercado.

Comprando lechuga, pimientos, aceitunas negras y plátanos para preparar una ensalada de tortugas Ninja que a lo mejor Max decide comer, con un poco de suerte.

—Ah. Bueno, creo que será mejor que le informe en otro momento, cuando esté un poco más tranquila.

—Deme dos minutos, justo estoy yendo hacia el coche.

«Las cosas están a punto de empeorar.»

29
Jason

Jason la buscó una vez en la base de datos de la policía, no mucho antes de venir aquí. Sabía que un uso «impropio» de dicha base de datos constituía una infracción que podía resultar en un despido instantáneo, pero tenía que saber a qué se enfrentaba, de manera que decidió correr el riesgo.

Se quedó asombrado al ver los resultados. La falta de resultados, fundamentalmente. Le costó creer que a lo largo de los años no hubiera vuelto a las andadas.

Pero, claro, las peores cosas que hace la gente no siempre terminan en la base de datos de la policía.

Siempre ha creído que el problema de ella era que siempre conseguía lo que quería. Aunque, ahora que lo piensa, sucede lo mismo con la mayoría de las mujeres que ha habido en su vida. Su madre era una auténtica sanguijuela, así que no es de extrañar que Gwen haya salido dependiente. Y luego está Emma, que «no quiere cargar con su mochila» pero sí que lo busca urgentemente cuando la valla se ha caído o es necesario cambiar la cisterna. Entonces no insiste tanto en que él «aprenda a desapegarse de las cosas» y «pasar página».

En cambio, Ellen Walsh… Si existe una mujer que consigue exactamente lo que quiere es ella. Seguro que la consintieron en exceso cuando era pequeña, todo el mundo diciéndole que la quería, nadie diciéndole «no».

La observó el otro día desde un costado de la comisaría, estaba intentando aparcar delante de la floristería en un espacio que no era tan estrecho. Hizo múltiples intentos, adelante y atrás. ¿Por qué la gente se compra coches grandes si no sabe hacerse con ellos? Pasó por allí un individuo que le dijo que era mejor que aparcase marcha atrás. Jason supuso que ella le contestaría con algún sarcasmo, pero en vez de eso le lanzó las llaves y le dijo: «Usted mismo».

Y el muy idiota le hizo el favor, además.

¿Es de extrañar que sea como es?

La agente Lizzy Allen, que regresaba de la carrera del chocolate, lo vio mirando a Ellen; dijo que sabía exactamente lo que estaba pensando y que era obvio que estaba «en contra de las mujeres».

—Jason, no tienes que sentirte resentido con todas nosotras porque

tu mujer te haya dado la patada. Eso de decir que «las mujeres no saben aparcar»… Pensaba que serías un poco más ilustrado, viniendo del poderoso Londres y tal.

Jason no está en contra de las mujeres, pero Lizzy Allen sí está en contra de Londres.

Y además, se equivoca al pensar que él está resentido. No está resentido con todas las mujeres. Por ejemplo, no está resentido con ella, aunque en este preciso instante esté viniendo hacia él con esa media sonrisa de suficiencia que sugiere que está a punto de decirle alguna chorrada cansina sin importancia.

—¿Estás libre? —le pregunta, y él difícilmente puede responder que no, dado que está recostado perezosamente en su silla, masticando lo que le queda de una tostada—. Abajo hay una mujer chillando a grito pelado no sé qué de su hijo. No he podido sacarle nada. Por lo visto, yo no le caigo bien, quiere hablar con «alguien que tenga cerebro». Y le he dicho que tendrás que servirle tú. —Espera a que Jason ría la gracia; este no lo hace, pero admira su persistencia—. Sea como sea, dice que su hijo ha desaparecido y quiere que la atiendan.

Las mujeres y sus exigencias.

Unas las expresan a gritos.

Otras las persiguen en silencio, furtivamente.

Esas son las que hay que vigilar.

30
Ellen

Mientras que una impresión fuerte tiende a dejarte helada, la furia justificada te impulsa hacia delante, lo que quiere decir que echo a andar con actitud resuelta hacia la entrada de Stepping Stones ya antes de reflexionar de verdad si es buena idea. He hecho el trayecto en coche hasta aquí en medio de una nube mental. La radio estaba encendida, pero no la oía. Mi último recuerdo nítido es el de estar sentada en la puerta del supermercado Tesco, mirando a lo lejos los luminosos arcos del McDonald's mientras alguien que no conozco de nada me explicaba que otra persona (cuyo nombre no podían facilitarme) está preocupado por mi papel como progenitora. Opina que soy un peligro para Max. Ha sido la gota que colmaba el vaso.

Ese es mi último recuerdo nítido. Tengo otro más borroso de haber llamado por teléfono a Stepping Stones en un acceso de furia ciega. De decirle a una tal Amma de recepción que estaré allí dentro de quince minutos y que la señora O'Leary ha tenido suerte, porque a mí también me apetece tener una «reunión urgente».

Ahora, sentada muy erguida en la puerta de su despacho, sigo sin comprender nada. ¿Alguien piensa que yo soy un peligro? ¿Para Max? Mi niño querido. El que me tuvo veintisiete horas de parto y después alimenté y bañé y amé. Es una acusación demencial. Más que despreciable. Más que imaginable. Me habría sorprendido menos si me hubieran acusado de perpetrar un atraco a mano armada o de matar una oveja en un sacrificio ritual.

Aunque… ¿podría haber sido una broma pesada, alguien que ha fingido ser una trabajadora social? La misma persona que ha estado acosándome. Me vocecilla interior me dice: «Ellen, acude a la policía».

Ahogo esa vocecilla interior buscando en Google el nombre de Cathy Grantham, la cual, según indica su extenso perfil de LinkedIn, por desgracia es totalmente legítima. Su pelo es un pegote marrón y sin forma que parece haber caído del cielo y haber aterrizado torpemente en su cráneo; en cambio, ha trabajado en cuatro ayuntamientos diferentes a lo largo de una trayectoria profesional que abarca treinta años. Además, tiene un máster en servicios sociales. Dios, hasta es miembro de la Orden del Imperio Británico.

De modo que la denuncia presentada contra mí no constituye el primer rodeo de Cathy Grantham. Imagino que eso hace que me sienta

peor, no mejor. Al menos, sería una señal de que no se lo estaban tomando demasiado en serio si hubieran dejado el asunto en las manos de algún joven recién licenciado.

—Señora Walsh, tenga la amabilidad de acompañarme. —Si tuviera que adivinar, diría que este sí que es el primer rodeo de la jefa de sala de Max. Faye parece inquieta mientras me conduce por el pasillo como si solo se hubiera inscrito para seguir sendas forestales y pintar con los dedos y no para enfrentarse a la hostilidad—. Hemos pensado que estaremos mejor charlando en la sala Little Ducklings —me explica—. Dentro de poco será la hora de salir y los niños ven directamente el despacho de la señora O'Leary desde el patio de recreo. No quisiéramos que Max o Kian se sintieran confusos si la vieran a usted.

Cuando entro en la sala, la señora O'Leary se pone de pie. No es que la cosa cambie tanto si está levantada; tal y como decía mi padre de mi abuela, «sería más fácil saltarla por encima que rodearla». Aunque mido 1,67, al lado de ella me siento como King Kong.

No me molesto en andarme por las ramas:

—Necesito saber si ha sido usted la que me ha denunciado a Servicios a la Infancia.

—No, no he sido yo. —Su respuesta es firme pero serena; desempeñaría a la perfección el papel de testigo de la Corona. Me indica con un gesto que tome asiento en una de las sillas con dibujos de patitos—. Pero imagino que querrá saber lo que ha pasado.

—¿Has sido tú? —le pregunto a Faye, que está pálida como un cadáver, con expresión culpable. En su defensa, he de decir que está embarazada. Kian ya le ha sugerido que al niño lo llame Pollito, por la gallina mascota que sale en *La patrulla canina*—. Porque ya le expliqué lo de la mano de Max. No ha sido nada, literalmente. Si acaso, seguramente parecía más grave porque decidí ponerle un vendaje. Pero, viendo el sitio donde estaba la herida, pensé que una tirita no iba a durarle nada… —Vuelvo a hacerle la pregunta—: ¿Y bien, has sido tú?

Ella mira a su jefa buscando apoyo moral y luego lanza un profundo suspiro.

—No, señora Walsh, no he sido yo. Sí que expresé mi preocupación a la señora O'Leary, pero eso fue todo.

—¿Preocupación sobre qué?

Si pudiera escapar por la ventana, escaparía.

—Solo por unas cosas que sin querer oí decir en la puerta.

—¿Como cuáles?

No sé muy bien por qué motivo estoy recalcando mi pronunciación; ¿será porque pienso que hablar de forma precisa hace que parezca mejor madre?

Faye se remueve incómoda.

—Pues… lo de la prueba de alcoholemia, naturalmente.

—Una prueba en la que di negativo.

—Bueno, sí. Pero alguien había visto también unas… fotos desafortunadas en Facebook. —Abro la boca para dar una explicación —. Y luego han circulado algunos rumores de, en fin, ciertos percances que ha habido en el supermercado.

—¿Y los autores de esos rumores tienen nombre? Porque yo…

Interviene la señora O'Leary:

—Eso no podemos divulgarlo. Estoy segura de que usted lo entenderá. Pero han sido varias personas.

—¿Y qué es lo que han dicho?

Me refiero a los «percances». ¿Qué es un percance? Si una le dice a un niño de tres años que no puede comerse la pasta de dientes ni empujar el carro, va a tener un «percance».

Faye se sonroja.

—Pues… que la han visto a usted…, esto…, gritándoles, concretamente a Max, en varias ocasiones.

En una reacción que no me ayuda nada, me echo a reír. No puedo evitarlo.

—¿De cuánto estás ya, Faye? De cuatro meses, ¿verdad?

Ella esboza una sonrisa nerviosa.

—De diecinueve semanas.

—Pues cuando yo estaba de diecinueve semanas de mi hija mayor, tampoco pensaba que le gritaría a un hijo mío en un supermercado. Pensaba que jamás le gritaría en ningún sitio. Desde luego, razonaría con él. Le diría cómo se sentía su mamá con su comportamiento. Todas esas cosas perfectamente sensatas e idealistas. Pero la vida no es así. La paciencia no es así. —La señora O'Leary emite una tos de advertencia, pero yo aún no he terminado, maldita sea—. ¿Sabes qué más pensaba? Que jamás diría una palabrota delante de mi hijo ni le permitiría ver demasiada televisión ni le daría alimentos que no fueran orgánicos. Ah, y además iba a tener juguetes de madera hechos a mano, nada que fuese de ese plástico barato que destroza los océanos. ¿Te suena familiar? —Sé que estoy siendo insoportable de tan condescendiente, pero a) ha empezado ella y b) alguien ha afirmado que puedo ser un peligro para mi hijo, y si no puedo poner a esa persona de vuelta y media, voy a tener que cobrarme otra cabellera distinta—. Créeme, Faye, acabarás como la mayoría de nosotras: poniendo a los niños delante del televisor con un cuenco de pollo frito y un Transformer porque mamá ya no puede más y necesita diez malditos minutos de paz.

Me apetece salir a agradecer los aplausos del público. O tomarme un Valium.

La señora O'Leary, levemente mortificada, corre un tupido velo sobre mi arrebato.

—También tengo que decirle, señora Walsh, que el comentario que hizo usted la semana pasada sobre Satanás me dejó un tanto preocupada. —*No pongas los ojos en blanco, Ellen. No pongas los ojos en blanco.*—. La conducta de Max puede resultar un reto y…

—Oiga, mire, lo siento mucho, no debería haber dicho eso. Pero no fue más que un mal chiste. Además, Max ni siquiera lo oyó, y aunque lo hubiera oído, tampoco lo habría entendido.

Su expresión es tierna, casi maternal. Me causa una punzada en el plexo solar, el semidolor de haber conocido solo el amor básico de una madre, no atención de verdad.

—Mi preocupación no es solo por Max, señora Walsh; es también por usted. ¿Cómo se siente?

—¿Yo? —respondo sin comprender—. Yo estoy bien.

—¿De verdad? —Su sonrisa parece decir que ambas estamos del mismo lado, sin embargo no produce para nada dicha sensación—. Porque eso contradice ligeramente una cosa que ha dicho una amiga suya…

31
Gwen

—Yo creo que tiene una aventura, ¿sabes? Es una mujer con sombras, Gwen, no dejo de decírtelo.

En efecto, Orla no deja de decírselo a Gwen y Gwen no deja de sentirse incómoda. Hay veces que le contesta: «¡Basta ya!», o algo como: «No creo que eso sea justo, Orla», pero en este preciso instante no sabe muy bien si defender a Ellen o animar a Orla, que claramente ya está alterada, a que hable.

Cuando el otro día Gwen le dijo a Ellen que Orla y ella suelen charlar cuando esta viene a hacer de canguro, lo que no mencionó fue la costumbre que tiene Orla de pasarse por su casa en otras ocasiones, principalmente para poner verde a su madre. Puede ser por cualquier cosa. A veces es una tontería y hay que reconocer que bastante graciosa: diatribas de diez minutos sobre Ellen haciendo como que ella inventó el Hot Pilates o de que tiene como mínimo diez años de más para ponerse un pantalón de chándal con zapatos de tacón. Sin embargo, sobre todo habla de los gemelos, del «descarado» favoritismo que muestra Ellen hacia ellos. Últimamente, el tema ha sido la Meadowhouse y el hecho de que todo el dinero que están gastando en esa casa deberían gastarlo con Orla, obviamente.

Las visitas casuales de Orla son más bien culpa de Gwen, aunque hay que dejar claro que lo que ocurrió no fue intencionado. Como otras muchas cosas de la vida, Gwen echa la culpa a que estaba «un poco» enfadada.

Fue hace unos meses, a principios de verano, cuando, tras compartir una jarra de Pimm's con una antigua colega, Gwen se fue a casa a relevar a Orla de sus funciones como canguro y, cuando esta estaba a punto de marcharse, hizo un comentario sobre Ellen. Ni siquiera fue algo malintencionado, más bien puso los ojos en blanco por lo que Ellen acababa de publicar en Facebook: «¡No estás tan mal para ser un vejestorio!» al lado de una foto de sí misma en la que llevaba un vestido lencero de satén obviamente, claramente, sexi.

Gwen no soporta una falsa modestia tan descarada, así que lo que estaba pensado sí que era una maldad. Pero a Orla simplemente le dijo: «Tu madre está increíble, pero debería dejar ya lo de hacerse la jovencita».

En realidad, fue un cumplido.

Pero nada más.

Ese fue el momento en el que Orla cayó en la cuenta de que a veces Gwen encontraba irritante a Ellen. Y entonces empezó a verla como una aliada, iba a su casa de vez en cuando para tantear los límites y soltaba alguna que otra pequeña bomba de sarcasmo diseñada para tentarla a que volviese a criticar a Ellen.

«Ahora quiere un frigorífico para las botellas de vino. Naturalmente, es solo porque Nush tiene uno.»

O:

«Hay gente que sabe llevar una chaqueta de lentejuelas. Mi madre parece un mago.»

En realidad, a Gwen la chaqueta le pareció genial. De hecho, le dijo a Orla que le gustaría mucho que Ellen se la prestase. Opinó que Ellen la había combinado a la perfección con una camiseta blanca lisa y unos vaqueros no muy ceñidos.

Pero en esto de la aventura amorosa, no sabe muy bien cómo hacer. Y, siendo sincera, no está de humor para aguantar a Orla.

Bella, en cambio, se siente feliz de que Orla esté en casa.

—Orla, ¿jugamos a las peluqueras? ¿O a algún juego?

La está golpeando con la tapa de un rompecabezas de la jungla. Gwen contempla con asombro cómo Orla se sienta y lo coge. Si fuese uno de sus hermanos, ocurriría una tragedia. De hecho, probablemente lo golpearía el doble de fuerte.

Gwen le entrega a Bella su iPad.

—No, Bella. Orla está hablando con mamá. Ponte a ver YouTube un ratito y después jugará contigo. —Vuelve a concentrarse en Orla—. Mira, cielo, en lo que se refiere a olfatear una aventura amorosa, soy un verdadero sabueso. Exnovios, exjefes, compañeros de otras personas, lo que sea. Así que en este caso fíate de mi olfato: decididamente, tu madre no tiene ninguna aventura.

Eso no lo sabe, claro, pero, bien mirado, lo duda. Para empezar, Ellen siempre ha cacareado lo mucho que odia al Tom de Nush. Pero, claro, es que la mayoría de la gente odia a los hipócritas y Ellen Walsh no es una excepción.

—¿Estás segura de eso? —dice Orla al tiempo que alarga la mano para coger la minúscula copa de vino que Gwen, viéndose obligada, le está ofreciendo—. ¿Por qué? ¿Por esos aires de superioridad y refinamiento que se da? ¿Porque no es de las que tienen aventuras? Es exactamente de esas. Y no deja de ausentarse sin decir nada, te deja los niños a ti para irse a hacer «recados»… Cuando la interrogué sobre eso se mostró pero que muy evasiva. Y luego está lo del parque el domingo pasado, cuando se fue corriendo a entregar un libro de texto. Sí, tal cual. —Haciendo un puchero, bebe un sorbito de vino. Es Chardonnay. No le gusta. Pero Gwen sabe que de ninguna manera va

a reconocerlo, porque quiere ser una mujer y las mujeres beben vino —. Acerté a ver un momento ese mensaje, no pude leer lo que decía, pero era corto, cortísimo. —Para recalcarlo, pellizca el brazo del sofá —. Digo yo que si tú pidieras a tu tutora que se tomara la molestia un domingo a media tarde de llevarte un libro de texto, le escribirías algo más que unas pocas palabras, ¿no? Sería un mensaje largo y con mucho rollo, un poco servil.

Eso no está mal visto, la verdad. A lo mejor Orla no está tan centrada en sí misma como cree todo el mundo.

—¿Con quién, entonces? —pregunta Gwen decidida a seguirle la corriente—. Quiero decir, ¿dónde iba a haber conocido a ese hipotético amante? ¿Estamos hablando de Tinder?

Orla suelta un bufido.

—Seamos realistas. Mi madre casi no sabe usar Facebook. Y en Thames Lawley hay hombres, que lo sepas. No muchos que estén buenos, vale, pero ella tampoco es una princesa. —Se ríe, en cambio Gwen no. Una cosa es seguirle la corriente a Orla y otra alentarla. Además, no es cierto. Con su maravilloso pelo rizado, sus maravillosas tetas y esos labios en forma de corazón, es innegable que Ellen es atractiva—. No sé, pero ha habido albañiles, fontaneros, cantidad de hombres entrando y saliendo, dando presupuestos. A lo mejor se está tirando a uno de ellos. O al padre de uno de sus alumnos. Podría ser cualquiera.

—¿Y cuándo iba a encontrar tiempo para eso?

—Los viernes.

Gwen ríe.

—Uf, qué precisión.

Bella se acerca con el iPad.

—Mamá, quiero *El club de Mickey Mouse.*

La melodía del programa es peor que una lobotomía, pero por lo menos mantendrá a la niña en silencio.

Y Gwen quiere silencio.

Esto se está poniendo interesante.

—Pues entonces contéstame a una cosa —dice Orla—. Mi madre siempre está diciendo que andamos mal de dinero por culpa de la reforma, obviamente, pero los viernes mete a los gemelos en la guardería el día entero. ¿Por qué?

—¿Temas administrativos? ¿Algún compromiso? Créeme, todo es más fácil cuando una no lleva niños pequeños colgando.

—Sí, sobre todo follarse a alguien a destajo. —Orla hace girar el vino dentro de su copa, una manera elegante de evitar beberlo—. He estado pensando en hacer pellas un día en el instituto para observarla y ver si sale de casa y, en ese caso, seguirla. Aunque, para serte sincera, no sé muy bien cómo iba a seguirla.

Gwen niega con la cabeza.

—Ese es un mal camino. En cuanto empieces a vigilar a una persona, a espiarle el teléfono, a leer su diario, verás algo que no te conviene ver, te lo garantizo. —Le sonríe a Orla con cariño—. Mira, cielo, ya sé que últimamente no os lleváis muy bien tu madre y tú, y que conste que soy consciente de que ella no es perfecta. Toma decisiones de pena, como todo el mundo. Pero de verdad no creo que esté teniendo una aventura. De modo que cálmate, ¿vale? Lleva mucho encima.

¿Lo ha expresado correctamente? Es una línea muy fina la que hay que pisar. Porque, si bien es bueno que Orla se abra a ella, y no quiere echar eso a perder mostrándose demasiado defensora de Ellen, tampoco se fía ni un pelo de Orla; cualquier cosa que diga podría volvérsele en contra.

—Imagino que con eso de que tiene «mucho» encima te refieres a la reforma, ¿no?

—Bueno, no solo a eso, pero sí. Es una obra muy grande y va a empezar dentro de poco.

Orla se yergue en su asiento, súbitamente animada. Irritada.

—¡Joder, que no va a tirar las paredes ella! Está eligiendo baldosas y encargando muebles.

—Pero para ella es importante, Orla. La gente se obsesiona con las casas, forman parte de nuestra identidad. Y tu madre quiere hacerlo bien. Tienes suerte de que quiera para ti el hogar perfecto de una familia. —Lo dice con una gran sonrisa, no puede evitarlo—. Bueno, el hogar perfecto del astronauta; a mí me parece un poco como la sede central de la NASA.

Esto último parece encolerizar a Orla, lo cual no era la intención de Gwen.

—Para eso tampoco ha consultado a nadie. Bueno, puede que a mi padre, pero él no tiene ninguna opinión sobre interiores. Pero ahí también vivo yo. A lo mejor a mí me gusta un estilo recargado, que obviamente no me gusta, pero no se trata de eso. ¿No debería tener voz y voto en cuanto a la decoración? No, claro que no. Porque es el hogar perfecto de ella, no el mío ni el de nadie más. Aunque seguro que acaba dejando que los gemelos dibujen malditos dinosaurios por todas las paredes.

—Malditos dinosaurios —repite Bella, aunque no levanta la vista del iPad.

—Eh, eso es un palabrota —la reprende Gwen en tono severo. Luego se vuelve hacia Orla y añade—: Hay que andar con cuidado, es un loro de repetición.

Bella levanta la vista.

—¿Me llevarán los duendes malos, mamá?

Gwen le responde que no, luego le hace un gesto con mímica a Orla que dice: «¡Vete a saber!».

Orla sonríe y deposita la copa de vino en la mesa.

—En fin, ¿por dónde íbamos antes de que nos interrumpiera esta pequeñaja malhablada?

Donde estamos siempre, piensa Gwen. El presunto rechazo de Ellen a Orla y la convicción de Orla de que su madre es muy dura con ella.

Y como siempre, Gwen se ve atrapada entre el deseo de meter sensatez en la cabeza de Orla, porque no tiene ningún indicio real de que la estén tratando mal, y el deseo de darle un cierto respiro porque se acuerda de lo que es tener dieciséis años.

Y además, sabe, al igual que Jason, lo que es sentirse rechazada por un progenitor.

El vacío que deja.

El daño que puede causar.

32
Adam

Ellen se encontraba en tal estado de nervios cuando lo llamó que Adam al principio pensó que la había entendido mal. Estaba diciendo cosas tan ilógicas que tuvo que hacérselas repetir varias veces.

—¿Que va a hacernos una visita esa Cathy no sé qué? ¿Que Nush ha dicho qué? ¿Servicios a la Infancia? —De hecho, hasta que Ellen gritó: «¡Adam, por el amor de Dios, son los de Servicios Sociales!» no entendió del todo lo que se les venía encima.

Servicios Sociales. En efecto, por el amor de Dios.

Y encima, aquí y ahora. Con ella. Una lima con tónica para la señora, una pinta de Carlsberg para él.

—Mira, estás totalmente equivocada. No he sido yo. Yo no la he denunciado. —La mano de Nush en su brazo le provoca un escalofrío, y no de los buenos—. Piensa lo que estás diciendo. Acuérdate, Walshy, soy yo.

¿Pero quién soy yo exactamente?, se pregunta Adam ahora. ¿Es ella la Nush que se sentaba a su lado en clase de Latín y siempre compartía sus caramelos de frutas? ¿O es la Nush que alegremente se fue a comprar zapatos con su mujer al día siguiente de volver a encontrarse con la lengua de él?

Sucedió, el beso, en este mismo pub, The Fox & Angel, sin peligro, a más de cinco kilómetros de Thames Lawley. De hecho, fue justo en este mismo reservado. Incluso con el mismo camarero, cree. No debería haber accedido a que se reunieran aquí; después de lo sucedido hoy, parece enormemente inapropiado. Sin embargo, es preferible a reunirse en casa de ella. Ya se está imaginando la escena si apareciese Ellen y él estuviera allí.

Debería haberse ido derecho a casa después del trabajo, pero es que tenía que verla. Tenía que preguntarle. Necesitaba urgentemente saber si aquello era todo culpa suya. Por supuesto, sabe que después de esto las cosas nunca volverán a ser como antes; no se puede acusar de traición a una persona y acto seguido invitarla a tu próxima barbacoa. Pero las cosas cambiaron de todas formas en el instante en que sus labios se tocaron, y sin duda ha habido un cambio en la amistad de ella con Ellen. Adam no está seguro de que Ellen se haya percatado, pero él desde luego que sí. Los desaires sutiles, las pequeñas pullas. El hecho de que claramente ya no parece apoyar a Ellen tanto como

antes.

—No acabo de entender nada de esto, ni a ti tampoco —dice al tiempo que le aparta la mano—. Ese truco del sábado ya fue bastante cruel, pero por nada del mundo me imaginé que te rebajarías a hacer esto.

—¿El qué? Ya te lo he dicho, no la he denunciado yo. —Continúa insistiendo en lo mismo, pero no se la ve tan indignada, para el gusto de Adam. ¿Está a la defensiva? Sí. ¿Ofendida por la acusación? No en especial. Aparte de eso, sí que le dijo en cierta ocasión, cuando llevaban consumidos dos tercios de una botella de Merlot, que todos sus sentimientos parecían haberse atenuado desde que Tom se marchó. Tal vez eso explique la falta de seriedad—. ¿Y a qué te refieres? ¿Qué «truco» del sábado?

—A lo de anunciar delante de todo el mundo que no le habían dado el empleo de Pelham. Podrías habérselo comunicado un poco antes en privado, llegaste con tiempo suficiente para ello.

Una chispa de sonrisa.

—Estaba deseando verte, ¿fue eso lo que pensaste?

¿Era desdén o coqueteo? ¿Y fue eso lo que pensó? ¿Lo que anheló?

Probablemente sí, si es sincero. Aunque, por extraño que parezca, lo que más echa de menos de «lo suyo» no es la emoción del secretismo ni la posibilidad tácita de tener sexo extramarital, sino el hecho de disponer a voluntad de una persona que lo escuchara, y además una persona atractiva. Alguien que en general estuviera libre de niños y rutinas y que por tanto estuviera siempre para él cuando a él se le antojara.

Dios, aquella aventura que no fue una aventura había resultado de lo más cómoda.

Pero tiene que poner fin a esta cadena de pensamientos. Todo eso se acabó (pero no se consumó) hace meses. Esto es el ahora. Y el ahora es una esposa aterrada y una visita de Servicios Sociales.

—Mira, quiero creerte —dice—, de verdad que sí. Pero al parecer Ellen está segura de que no ha sido la guardería y todo parece coincidir, ¿no crees? Tú le cuentas a la señora O'Leary que Ellen está al borde de su paciencia con Max y al día siguiente nos llama una trabajadora social.

Ella lanza un suspiro, pero, una vez más, le falta fuerza para convencer a Adam.

—Por el amor de Dios, fue una manera de hablar. No quise decir nada con ello. Max había dado una patada a otro niño y yo supe que Ellen iba a enfadarse, nada más. Si lo que dije generó un problema, pues lo siento. —Bebe un sorbo de su bebida mirando a Adam a los ojos—. Pero es que Ellen no puede evitar esas cosas. Llamar Satanás a Max, llegar siempre tarde a recoger a los gemelos…

—¡Siempre! Se ha retrasado dos minutos en dos ocasiones.

Adam no es de los que gritan. No lo educaron así. A los hermanos Walsh se les enseñó desde muy pequeños que lo peor que uno puede hacer en la vida es «montar una escena». Pero cuánto le gustaría montar una en este momento. Le encantaría ponerse a chillarle a Nush a la cara, que lo echaran del pub, incluso quizá que lo amonestaran por alteración del orden.

Pero, como es Adam, hace lo contrario.

—Mira, ya sé que te sientes dolida —dice en tono suave, haciendo girar los posos de su Carslberg— de que yo no…, bueno, de que nosotros no…, ya sabes. Pero tomarla con Ellen…

Ella busca de nuevo su brazo y se lo aprieta con fuerza, lo que sugiere que esta vez no está preparada para que él la aparte.

—En serio, Adam, los Servicios Sociales. ¿De verdad crees que yo te haría eso a ti?

Y ahí está el problema.

A Ellen, quién sabe. ¿A él? No lo cree.

—¿Y quién ha sido, entonces? —pregunta desesperado.

Nush se encoge de hombros y se pasa una mano por el pelo.

—Puede haber sido cualquiera. Una de las madres de la guardería, tal vez la madre del niño al que Max dio la patada.

—Vale, pero eso no guarda relación con las otras cosas: la prueba de alcoholemia, la carta, esa broma pueril de Facebook. —También le intriga lo del neumático, pero Ellen insiste en que fue un accidente—. Esto es una especie de *vendetta,* Nush. Y es totalmente absurda. Con independencia de lo que haya ocurrido entre nosotros, tú sabes que Ellen es buena persona.

—¿Lo sé?

Adam, sin aliento, la mira fijamente, la mira de verdad, por espacio de varios segundos. No ha percibido irritación en su tono de voz y tampoco se la nota en la expresión de la cara. Ese «¿Lo sé?» ha sido genuino.

Nush llama la atención del camarero y señala el vaso vacío de Adam: la señal universal para pedir otra.

—No puedo —dice él—. Tengo que irme a casa. Y ya me he tomado una.

—Pues bébete la mitad. Vas a necesitarla. —Nush se reclina en el asiento cruzada de brazos y con una expresión que está a medio camino entre la decisión y el arrepentimiento—. Hay una cosa que necesito contarte de por qué a Ellen no le han dado el empleo de Pelham.

33
Ellen

Adam no está en casa. Tiene el teléfono apagado. Yo estoy de un humor de perros. Los miércoles a veces juega al *squash,* pero hoy no lo tenía previsto. Bien sabe Dios que admiro un poco de estoicismo frente a la adversidad, pero hubiera creído que el bienestar de nuestros hijos era más importante que golpear una pelota de goma contra una pared.

Pero, bueno, por lo menos tengo a Kristy, que, no habiendo sido vista desde el domingo, llegó a casa hace media hora y en este momento me está llenando de ternura con sus consejos de hermana.

—La verdad, yo echaría a la calle a esa bruja, Els.

Y es posible que yo también lo hubiera hecho si Nush hubiera estado en casa cuando fui a verla. Tenía planeado volver hasta que Adam me convenció de lo contrario. «Espera a que yo llegue a casa y luego decidiremos», me dijo.

Bueno, pues ya estoy en casa, Adam, aún esperando.

¿Dónde estará?

Kristy está en la cocina, removiendo una sopa.

—Ya sé que me dirás que a toro pasado todo se ve más claro, pero, si quieres mi opinión, Nush siempre ha tenido una conducta extraña contigo. —Mete un dedo en la sopa. Quema. Hace un aspaviento—. Quiero decir, es algo muy sutil pero real. No me sorprende que te haya metido en este problema.

—No estoy segura de que haya sido ella.

—Con Servicios Sociales no. Pero desde luego que ha sido ella en lo de la guardería. Esa pequeña indirecta a la mandamás… Sabía lo que estaba haciendo.

—No sé si afirmar que estoy al borde de mi paciencia es algo que yo llamaría una «pequeña pulla», Kris. —Me dejo caer junto a la mesa de desayuno—. Es que no lo entiendo. ¿Qué le he hecho yo, excepto ser buena amiga? —Duele todas las veces. Todas las horas que he pasado aconsejándola, persuadiéndola, intentando convencerla de que valía más que él—. Creo que desde que se fue Tom…

Kristy salta:

—Y además, eso. Eso sí que me alucina. De modo que su matrimonio se rompió. Oh, qué pena, mira cómo lloro. Pues supéralo, tía. Está obsesionada. —Lleva la sopa a la mesa y empieza a comérsela directamente de la cazuela—. De todas formas, a no ser que no haya

entendido bien la historia, cosa que dudo, porque la ha contado como cinco millones de veces, fue ella la que le dio la patada. Él le puso los cuernos, sí, pero no la «dejó».

Eso mismo he pensado yo muchas veces, pero en el tema de la semántica seguí el ejemplo de Nush. Daba igual cómo necesitara formularlo para superarlo, yo lo aceptaba.

Excepto que no lo ha superado y no veo que vuelva a haber nada bueno entre nosotras.

—¿Sabes?, se supone que debía haberme dicho que llamase a la señora O'Leary, porque el viernes Max había vuelto a las andadas. —Kristy imita el gesto de morder—. No, patadas —le digo yo—. Pero yo ni siquiera me enteré hasta que fui a dejar a los gemelos el lunes y Faye me acorraló.

—¿Y qué dijo Nush?

Me encojo de hombros.

—La llamé el lunes a media tarde, me dijo que se le había olvidado. Ni siquiera me pidió disculpas. No es que tuviera que pedírmelas, me estaba haciendo un favor enorme al ir a recoger a los gemelos, pero tú me las pedirías, ¿no? Como la mayoría de las personas.

Kristy hace un gesto con la cazuela y la cuchara: «He terminado mi alegato, señoría».

—Bueno, no te pongas tan ufana —le digo—. No le va a parecer estupendo a la asistente social. No puedo decirle: «Sí, es cierto, no llamé a la guardería para dar explicaciones por la agresividad de mi hijo, pero fue culpa de mi amiga. Échele la bronca a ella». Parecería una madre irresponsable. Poco comprometida. Y luego está lo de la herida de la mano…

—Ay, déjalo ya, Els. —Kristy tira la cuchara; ha perdido el interés, como si ya no aguantase más estar de mi parte—. ¿Estaban muy «comprometidos» nuestros padres? ¿A cuántas reuniones de padres acudieron? Y cuanto menos se hable de eso, mejor. Y en cuanto a la herida que se ha hecho Máximo en la mano…, ¿te acuerdas de esa vez que saltó por la ventana porque pensó que su pijama de Supermán le permitiría volar? Creo que si nuestros padres sobrevivieron a esa visita de Servicios Sociales, tú sobrevivirás a esta. Estás montando un puñetero dramón por nada, como de costumbre.

Una hora más tarde, se podría decir que estoy montando otro «puñetero dramón» al insistirle a Gwen que, aunque Nush sea una traidora, a lo mejor sí que ha hecho algo bien.

A lo mejor es que la Meadowhouse está maldita.

A lo mejor es que tiene «mala energía».

—De acuerdo, ¿por qué? —me pregunta Gwen en tono sereno, mezclando compasión y un tono de «cálmate»—. ¿Porque a los

Merrick les dieron una paliza, esa otra pareja se divorció y tú has tenido una semana de mierda? Obviamente, nada de eso es agradable, pero yo no me pondría a planear un exorcismo. La violencia existe, los matrimonios se rompen…

—La gente es denunciada a Servicios Sociales.

—Día sí y día no. Así que relájate, cielo, todo va a salir bien.

Sabía que en cuanto mencionase los Servicios Sociales Gwen saldría disparada al otro lado del parque del pueblo como un tren de mercancías. De lo que no me había dado cuenta era de lo tranquilizadora y enterada que iba a ser. Quiero decir, sé muy bien que tuvo una infancia difícil, unos padres de mierda, un albergue para menores de mierda y una familia de acogida peor que la mierda, pero desconocía que fuese una experta, que estuviera tan informada sobre cómo manejar las cosas. Ante la evidente ausencia de un marido que me apoye, ella es justo lo que necesito.

—A ver, vuelve a decirme… ¿cuáles son exactamente las acusaciones? —me dice—. Y recuerda que en este momento es lo único que tiene Servicios Sociales. Acusaciones, no hechos.

Lo mismo dijo Cathy Grantham, pero sonó a ensayado. «Su llamada es importante para nosotros.» Lo que dice Gwen desprende convicción. Por primera vez en varias horas, experimento una ligera sensación de alivio.

—Bueno, principalmente es por la herida que se hizo Max en la mano; dicen que la casa no constituye un entorno seguro. Pero, por lo visto, a mí «nunca me falta una copa de vino» y siempre le estoy gritando y nunca parece un niño feliz.

—Oh, cielo.

Se le humedecen los ojos. Lo entiende. De todas las acusaciones, la de que mi pequeño es presuntamente un desgraciado supone el golpe más bajo de todos.

—¿Y quién se ha enterado de lo de la herida de Max? —me pregunta; gracias a Dios, vuelve rápidamente a adoptar un tono práctico. Son casi las siete y media y ya no me quedan lágrimas para el resto del día.

—¿Y quién no? Todos nosotros, obviamente. La guardería… y también muchos padres, porque yo se lo estuve explicando a Faye delante de todo el mundo. Además, el domingo fuimos al parque y vosotros os fuisteis a tomar un helado. —Gwen ladea la cabeza, supuestamente haciendo un esfuerzo para recordar a quién vieron—. Creo que se lo mencioné a Lynn cuando estábamos en la floristería. Sí, y el lunes, después de la guardería, los llevé a Crazy Crocs. —Dejo escapar un suspiro—. Sí, Gwen, se ha enterado todo el mundo. No es algo que haya ido ocultando.

—De acuerdo. —Reflexiona unos instantes—. A ver, no es de mi

incumbencia y no era mi intención volver a sacar el tema porque tú, en fin, no habías… Pero está lo de Facebook. Esas fotos en las que se te ve bebiendo alcohol y los *hashtags* malévolos. ¿Hiciste una captura de pantalla de eso?

Frunzo el ceño.

—No. —Tan solo quería que desapareciese. Que quedase borrado del universo—. ¿Por qué?

—Porque Servicios Sociales recibe llamadas maliciosas todo el tiempo y, si puedes demostrar que alguien te la tiene jurada, aún tendrán que investigar, pero lo tomarán en cuenta, sin duda. A mí me sucedió con mi ex Marc, el padre de Bella. Presentó una denuncia contra mí cuando Bella era un bebé.

—¿Estás de broma? Qué cabrón hijo de puta.

Gwen se encoge de hombros.

—Yo estaba intentando que aumentara la manutención de Bella y todo se volvió muy desagradable. Sea como sea, las cosas se vieron tal como eran y lo mismo ocurrirá esta vez, te lo prometo.

—En fin, también está lo de la carta. Eso constituye una prueba —le digo. Ella me mira con gesto inexpresivo—. Ya sabes, la carta con amenazas que mencionó Adam en la comida. El tema del que yo no quise hablar. —Se me ocurre enseñársela ahora, pero me siento reacia a insuflarle nueva vida—. Llegó la semana pasada, con matasellos de High Wycombe. Por lo visto, alguien quiere «darme una lección».

Espero que la primera pregunta sea: «¿Y por qué no me lo has dicho?», pero Gwen continúa con su actitud práctica.

—¿Y todavía conservas esa carta? —Yo afirmo con la cabeza—. Bien, eso es bueno. Es genial. Imagino que no lo habrás denunciado a la policía. Eso sería oro.

—Ay, Dios, no le digas eso a Adam. Se pasa el tiempo insistiéndome en que acuda a la policía. —Echo una mirada al reloj del horno—. Aunque, si no vuelve pronto a casa, la que le va a cantar las cuarenta voy a ser yo.

—Lo que necesitáis en este momento es estar unidos, no peleados, ¿vale?

—Ya sé, ya sé. —Lanzo un bufido de catarsis y me froto los dos lados de la cara—. En serio, Gwen, ¿quién puede estar haciéndome esto?

Ella cavila unos momentos y dice:

—No lo sé, Els. Sinceramente, no lo sé. Pero lo que sí sé es que de momento tienes que dejar de pensar en quién ha sido y empezar a centrarte en lo que está pasando. La asistente social viene el viernes, ¿cierto? —Afirmo de nuevo—. Vale, pues céntrate en el viernes. Después de eso, descubriremos quién es ese cabrón.

Suelto una risita. Me produce alivio y culpa a partes iguales.

—Por cierto. —Imito el gesto de fumar—. ¿Llevas tabaco encima? A estas horas, los chicos deben de estar ya fuera de combate.

—Siempre. —Agita un paquete de Marlboro mentolado.

—Espera un momento. Voy a coger las llaves.

Pero resulta que no las necesito. Mientras Gwen espera a que termine mi habitual ronda por la cocina buscando las llaves, se apoya con fuerza en el tirador de la puerta trasera y esta se abre sola. Ese tropiezo resultaría cómico si no fuera por el hecho de que yo habría jurado que antes la había cerrado con llave. Y Orla lleva varias horas en casa de Esme, y tanto Kristy como Gwen han entrado por la puerta de la calle.

Antes de que tenga tiempo de procesarlo, Gwen empieza a hablar otra vez:

—Imagino que le habrás dado permiso para hablar con la guardería y con tu médico. —Enciende mi cigarrillo—. Y con Soccertots.

—¿Soccertots también? —Emito un gemido tras una nube de humo —. Ya puestos, podría publicar un anuncio en *The Echo*.

—Seguramente no se pondrá en contacto con ellos, los de Servicios a la Infancia están sobrecargados de trabajo. Pero cuanto más abierta te muestres, mejor. Aquí lo que prima es estar dispuesta. —Se le ocurre algo más, algo a lo que, a juzgar por su expresión, yo no voy a mostrarme muy dispuesta—. Sabes que también querrá hablar con Orla; ¿le has dicho lo que está pasando?

Sí que se lo he dicho y jamás estaré lo bastante agradecida por su indiferencia. Me daba miedo que me hiciera preguntas o, peor aún, que me diera opiniones. Pero dedicó unos momentos a sopesar el tema, soltó un «bah» y asunto concluido.

—Sí, ya lo sabe. —Doy una calada corta a mi cigarrillo que en realidad no me apetece; simplemente me gustó la idea—. Seguro que tiene la esperanza de que se la lleven a ella, en vez de a Max.

—No van a llevarse a Max a ninguna parte, Els. —Gwen arruga el ceño y escoge con cuidado lo que va a decir—: Mira, durante la mayor parte de mi infancia me clasificaron como una niña vulnerable (saquen los violines) y tuve más asistentes sociales que depilaciones que te has hecho tú en las piernas y, bueno, supongo que lo que intento decir es que hay que tener cuidado con los asistentes sociales, obviamente, pero no demonizarlos, ¿vale? Recuerda que Cathy Comosellame solo está haciendo su trabajo. Y su trabajo consiste en ayudar si alguien tiene problemas para criar a sus hijos… —Alza una mano a la velocidad del rayo—. Ya sé que tú no, pero solo estoy diciendo que sus intenciones no son malas, así que no la veas como una enemiga. Trabaja con ella y no te pasará nada. Todo irá sobre ruedas, créeme.

Me entran ganas de darle un beso. Ya se lo di una vez en un sueño

que me dejó nueve partes mortificada y una parte cachonda. La proporción con Adam era exactamente la contraria.

Hablando de Adam, acaba de llegar.

Está de pie en el centro de la cocina, como si hubiera salido de la nada. Abro la puerta trasera y murmuro un tibio «hola» (Gwen lleva razón, necesitamos armonía).

Pero él dista mucho de mostrarse armonioso. Parece una arteria de un metro noventa latiendo desaforadamente.

—Gwen, lamento ser tan maleducado —dice—, pero ¿puedes irte, por favor? Ahora mismo.

34
Ellen

Todavía estoy afectada por el hecho de que Adam haya estado hablando con Nush sin mí cuando suelta la bomba principal:

—¿Robos? —Una palabra que es tan bien recibida en mi cocina como una caca de perro en una zapatilla deportiva—. ¿Qué quieres decir con eso?

Adam responde en tono terminante:

—Que alguien ha enviado un correo electrónico a Pelham de forma anónima, un «progenitor preocupado». Ha dicho que se ha enterado de que tú estuviste haciendo una entrevista allí y se ha sentido obligado a comunicar que ya sospechó de ti cuando estuviste dando clases particulares a su hijo. Dice que le fueron desapareciendo dinero y varios objetos de valor y que siempre ocurrió después de que tú hubieras estado en la casa.

Repaso mentalmente mis clientes, tanto pasados como presentes, pero, por supuesto, no encuentro a ningún «progenitor preocupado». Aparte de algunos botecitos de champú de algún hotel, jamás en mi vida he robado nada.

—¿Y ya está? ¿Soy una ladrona porque lo dice un correo electrónico anónimo y sin base ninguna? Que le den.

Siento que me inunda un sentimiento de vergüenza y al instante me siento pequeña, pero increíblemente abrumada; noto el cuerpo aplastado por una carga de sentimientos que llevaba más de veinte años sin experimentar. En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a ser Ellen Hennessey, la que se consideraba superior a los demás aunque su familia fuese una banda de ladrones.

—Tenían un segundo candidato, Els. Y a ese candidato no le hicieron ninguna prueba de alcoholemia ni lo acusaron de robar. —Abre las manos como diciendo: «¿Qué puedo hacer yo?».

Me pongo a pasear nerviosa para quemar la vergüenza.

—¿Y por qué me estás contando esto tú? ¿Por qué no me lo ha dicho Nush?

—Porque acaba de enterarse hoy y, cuando le dije que quería reunirme con ella para hablar de…, en fin, de todo esto… —Se encoge de hombros—. Supongo que pensó que sería más fácil contármelo a mí. Se habría sentido incómoda diciéndotelo a ti.

Me quedo petrificada en el sitio.

—Oh, Dios mío. Ella se lo cree, ¿verdad? ¿Qué piensa? ¿Que lo llevo en los genes o algo así?

A Nush siempre le ha gustado mucho que la agasajen con informaciones de lo disfuncional que fue mi infancia, pero aunque sabía que en privado se sentía horrorizada, jamás he pensado que fuera a utilizarlo contra mí.

—Por supuesto que no se lo cree —dice Adam—. Como tampoco me creo yo a los de Servicios Sociales. —Se acerca al fregadero y llena un vaso de agua, dándome la espalda—. Y lo que le dijo a la señora O'Leary fue una torpeza, pero no fue más que una manera de hablar y ya está.

Ese «ya está» lleva dentro un carácter definitivo que puede meterse por el culo.

—Una «manera de hablar» que dejó a la señora O'Leary preocupada por el bienestar de Max. Y he tenido que aceptar que esa asistente social hable con ella, de modo que no, Adam, de «ya está» nada.

Él se vuelve hacia mí con un brillo acerado en los ojos.

—¿Sabes lo que quiero saber? —La verdad es que no—. ¿Qué has hecho para molestar a alguien hasta este punto?

No le contesto porque no puedo. Sinceramente, no puedo explicarlo. Sé que disto mucho de ser perfecta. A lo largo de mi vida he tomado decisiones cuestionables y este año algunas terribles, pero no bastan para explicar esto. Este ataque a mi reputación, a mi trabajo, a mi familia. A la maldita rueda de mi coche.

—Adam, tengo miedo. Esto está empezando a ser grave. No sé, Servicios Sociales, que me acusen de robar… Alguien quiere hacernos daño. Hacernos daño en serio.

—A ti, Els. A mí no.

Directo a la yugular. Esto resulta tan descabellado viniendo de Adam que suelto una exclamación ahogada.

Al momento acude a mi lado, todo abrazos y caricias en el pelo. «No lo he dicho en serio, no debería haber dicho eso, soy un idiota, perdona.»

Casi le digo lo que puede hacer con sus disculpas, pero Gwen tiene razón: no debemos pelearnos. Dentro de menos de treinta y seis horas llegará Cathy Grantham y no puedo tener a Adam con cara de regañado y triste.

—No pasa nada —le digo—. Lo entiendo. Esto también es desagradable para ti. Vamos a centrarnos en lo del viernes, ¿vale? —Me suelto de su abrazo y voy al cajón de la cocina—. Gwen me ha dicho que la carta en realidad actúa a nuestro favor. Que es una prueba de que la llamada podría haber sido maliciosa.

Metí la carta en el cajón de sastre. El cajón de las cosas que no tienen una utilidad concreta, en el que hay de todo: desde billetes de

euros arrugados hasta miniventiladores de mano, desde permisos de conducir que caducaron hace mucho hasta bolígrafos que ya no escriben. Cuando vengan a desinstalar la cocina, lo tiraré todo a la basura.

La carta no está.

—¿Qué demonios…? —Revuelvo más con ambas manos, buscando dentro de folletos y menús de comida para llevar—. Adam, no está aquí.

—Entonces será que la has cambiado de sitio.

—No la he tocado. No me he atrevido. La traje para enseñársela a Nush el jueves por la noche y al volver la metí aquí dentro. —De pronto me viene algo a la memoria que despierta una tenue esperanza —. La comida del sábado… Tú fuiste a por ella…

—Y tú me hiciste volver antes de que tuviera ocasión. —Me aparta con un empujoncito de cadera—. A ver, déjame a mí… A ti se te da muy mal encontrar cosas.

No es cierto, pero ojalá. Ojalá Adam encuentre la carta al momento y suelte un suspiro condescendiente.

No es así. La carta no está en el cajón.

—¿Orla? —sugiero.

Adam enarca una ceja.

—Aquí dentro hay casi cincuenta euros. ¿De verdad crees que se habría llevado la carta y dejado el dinero? —Cierra el cajón de golpe —. ¿Quién más ha estado en la casa desde entonces?

—Todos los que vinieron a comer. —Voy contando con los dedos—. Nosotros, Orla, Esme, Gwen, Nush, Kristy, Shay. —Callo un instante —. Tú dejaste a Shay solo en la casa el domingo. Una persona a la que apenas conocemos.

Adam es rápido:

—Cuando yo me marché no estaba solo. Estaba aquí Kristy. Y de todas formas, ¿por qué iba él a cambiar la carta de sitio? No puedo decir que ese tipo me caiga bien, pero…

—¡No lo sé! No tengo razones para explicar nada de esto. A lo mejor andaba buscando algo mientras cocinaba, abrió el cajón, vio la carta y… —¿Y qué? No sé adónde voy con esto. Nada tiene sentido—. O a lo mejor es un completo loco que disfruta colándose en la vida de otras personas y aterrorizándolas. Fíjate, es interesante que todo esto haya sucedido justo después de que yo lo conociera la semana pasada.

—Eso está traído por los pelos, Els. —Adam se asoma por la ventana y mira la cabaña—. Apuesto por Kristy antes que por Shay. Siempre te ha tenido envidia.

—¿Pero apuestas a que ha hecho el qué? —No es cierto que me haya tenido envidia siempre, pero desde luego este no es el momento —. ¿Que haya cambiado la carta de sitio? ¿Y todo lo demás? —Me

siento tan frustrada que tengo ganas de darle una patada a algo. Max debe de haberlo heredado de mí—. Sea como sea, lo único que importa ahora mismo es que esa carta constituía una prueba para Servicios Sociales y que no la tenemos.

Permanecemos unos instantes mirándonos el uno al otro, sin saber qué decir. Y entonces es cuando me acuerdo.

—La puerta de atrás no estaba cerrada con llave.

—¿Qué?

—Cuando Gwen y yo salimos para fumar un pitillo. Y estoy casi segura de que la cerré antes de ir a casa de Nush.

—¿Estás segura o casi segura?

Intento rememorar todo lo que hice, pero es difícil. Estaba enrabietada y en piloto automático. Pero recuerdo con claridad que pensé que debía cerrar con llave la puerta de atrás. Recuerdo haber cogido las llaves. Recuerdo estar de pie delante de la puerta. ¿Pero llegó corriendo uno de los gemelos? ¿Me sonó un mensaje en el móvil? ¿Hubo alguna otra distracción?

El timbre de la puerta me saca de mi reconstrucción. Adam va a abrir despotricando contra Orla porque nunca se lleva las llaves. Pero cuando vuelve no viene con Orla, sino con Jason, que trae una expresión oficial en el rostro.

El estómago me da un vuelco.

Orla. Ha sucedido algo. Por favor no, por favor no.

—Jason quiere hablar un momento contigo —me dice Adam mirándome sin comprender.

«Hablar un momento» no sugiere nada terrible, gracias, gracias, gracias. Así que imagino que Gwen le habrá contado lo que está ocurriendo y ha venido para… ¿Para qué? ¿Ayudar? ¿Asesorar?

Dios, no habrá venido por lo de los «robos», ¿no?

—Ellen —me dice con gesto impávido—, tengo que hablar contigo de Zane Jackson.

Sufro un cortocircuito cerebral. Por un momento, hasta respirar me hace daño.

—No lo han visto desde el domingo. Ayer se informó de su desaparición. Hoy hemos recogido los datos de su teléfono y tú apareces como la última persona con la que habló.

«Las cosas están a punto de empeorar.»

35
Nush

Su madre, cuando está tomando la medicación, es una mujer práctica y sagaz y Nush piensa que ojalá le hubiera hecho caso a ella, y no a Ellen, en lo relativo a los asuntos del corazón. Fue Shani quien, cuando ella tenía dieciséis años, le dijo que nunca sería feliz con Adam («Es encantador, pero un perrito faldero; te aburrirás al cabo de quince días»). También fue Shani quien le aconsejó encarecidamente que cerrara los ojos ante las aventuras amorosas de Tom. Durante una conversación sin la que podría haber vivido felizmente toda la vida, Shani le reveló que su padre había sido un «espadachín entusiasta», pero que sus devaneos extramaritales terminaron quedando en nada cuando llegó a los cincuenta y muchos.

—No sacrifiques los años de después por los años del principio, cariño. —Ese fue su singular consejo, muy sensato.

Tampoco es que Shani llegara a disfrutar muchos años de esos. El padre de Nush falleció a los sesenta y dos años de un infarto mientras practicaba kayak en el río Kalu.

Hay que ver lo poco que puede una fiarse de los hombres.

Ni siquiera de Adam, el perrito faldero.

Su colonia antes olía fresca. ¿Será que Adam se ponía más por ella? También le gustaría saber si Ellen está enterada de que fue ella la que le regaló a Adam el primer frasco del perfume que ha pasado a ser su sello de fábrica (Givenchy Gentleman, Navidad de 1996). En cierta ocasión roció con él a Tom estando en Atenas, en unos grandes almacenes de lujo, pero en él olía demasiado dulzón. Probablemente se debió al calor.

Atenas fue mágica. Las vacaciones lujosas eran algo esencial de su relación. Nadie te advierte de que se quedan en agua de borrajas cuando una llega a cierta edad y está sola. Nush tiene amigas, por supuesto, pero la mayoría de ellas tienen hijos demasiado pequeños para dejarlos solos una o dos noches y no se ve viajando sola o, peor, en un grupo de solteros. Para ella, lo mejor de las vacaciones siempre fueron las copas que se tomaba con Tom al anochecer mientras charlaban de temas trillados y de personas que conocían. No siente ningún deseo de hacer amistades nuevas, pero también odia la idea de estar sola.

Cuando Adam y ella estaban en el punto más alto de lo que fue o

no fue, abrigaban la fantasía de que ella lo acompañara en un viaje de trabajo, probablemente a Ciudad del Cabo. Dedicaron tiempo a investigar dicha ciudad en Google. Degustación de vinos en Constantia. Arenas blancas y un mar azul zafiro. Iban a montar a caballo por la playa de Noordhoek. Luego, después del beso, a Adam le entró miedo.

Resultó que no habrían podido ir a ninguna parte. La noche anterior a cuando Adam tenía el vuelo, ingresaron a Kian en el hospital con anginas, por precaución. De manera que lo mejor era enfriar un poco las cosas. La desilusión, aunque Nush se sobrepuso a ella, fue moderadamente dura.

Nush a menudo piensa que, si no fuera por los gemelos, seguramente podría apartar a Adam de Ellen. No sería muy rápido, ya que Adam es un buen hombre, pero las victorias más dulces rara vez lo son.

Pero el problema principal no son los gemelos; es el hecho de que no desea a Adam.

El problema de Adam nunca ha sido él; siempre ha sido ella.

Y en su fuero interno sabe que no debería echarle la culpa a ella, pero «debería» es una palabra inútil. La gente no «debería» infringir la ley. No «debería» anunciar que va al lavabo. Nush no «debería» estar sola mirando su Instagram, esperando la siguiente entrega de lo que suceda en el maravilloso mundo nuevo de Tom.

«¡He comprado un cochecito de bebé! ¡Lo siguiente va a ser tomarme una copa gigante de Merlot!»

«Por lo menos, dale una lección», dijo Ellen.

¿Por qué demonios no haría caso de Shani?

Con todo, es un consuelo (de hecho, parece divertido) ver que también le dan una lección a Ellen.

36
Ellen

Clavándome las uñas en la palma de las manos, aterrizo de nuevo en mi cuerpo enfrentándome a dos duras opciones: luchar o huir. El impulso de luchar, de mentir diciendo: «¿Qué Zane?» es arrollador, pero he visto suficientes películas policíacas para saber que eso sería mi perdición y lo crucial es que Zane ha desaparecido. ¿Y si le ha ocurrido algo malo? No ayudarlo significaría fallarle y ya le he fallado muchas veces a Zane Jackson.

De modo que elijo la opción de huir. Momentáneamente. Solo un breve paso a un lado para darme espacio a mí misma para contar mentalmente de uno a diez.

—Dos segundos —le digo a Jason, saliendo ya de la cocina—. Voy un momento a cerrar la puerta del dormitorio de los gemelos. Si oyen una voz distinta, a lo mejor les da por venir.

Sí que cierro la puerta, pero no antes de tomarme un momento para mirarlos respirar. Max tiene la boca cerrada con fuerza y los brazos cruzados sobre el cuerpo; Kian está con los brazos abiertos de par en par, abarcando la noche, siempre dispuesto para un achuchón. Los contemplo unos instantes. Mis dos bellezas dormidas. Ellos son la prueba, si alguna vez la necesito, de que he hecho algunas cosas bien en la vida.

Entro en el cuarto de baño y me paso las manos por el pelo delante del espejo. Acto seguido, dando las gracias en silencio al universo por el hecho de que Orla esté en casa de Esme, hago la única promesa que estoy segura de poder cumplir: mentiré lo menos posible.

Diré la verdad en todo aquello que pueda servir para localizar a Zane.

Todo lo demás quedará fuera.

Adam está preparando té para Jason (luchar, huir o encender el hervidor). Jason está sentado a la mesa, jugueteando impaciente con el bolígrafo.

—Perdona —le digo, optando por el asiento más alejado de él—. Si alguno de los gemelos bajase aquí y te viese vestido con el uniforme completo, creo que tendría que darle un tranquilizante. —*Qué bien elegido lo que has dicho, Ellen*—. Bueno, así que dices que Zane Jackson ha desaparecido. ¿A qué te refieres con desaparecido?

—No hay confirmación de que lo haya visto alguien desde aproximadamente las ocho de la mañana del domingo, cuando un vecino lo vio entrando en el Costcutter que hay en el perímetro sur de la Lomax. Y su teléfono está apagado desde la tarde del domingo. —Echa una mirada rápida a su cuaderno—. Pero, como he mencionado, hoy mismo hemos recogido los datos de su móvil y hemos visto que recibió una llamada tuya justo después de las dos y media de la tarde de ese día. ¿Puedes decirme a qué se debió?

—Me había enviado un par de mensajes por WhatsApp para pedirme que lo ayudara con una cosa, así que lo llamé.

—¿Unos mensajes? ¿Puedo verlos, por favor?

—Por supuesto.

Difícilmente puedo negarme y, en cualquier caso, no hay un motivo verdadero para ello. No contienen nada que sea especialmente indecoroso ni incriminatorio. Saco mi móvil y se lo paso a Jason con toda naturalidad; él lee los mensajes y les hace una foto. Me tranquiliza ver que ni se ha inmutado.

—¿Y en qué necesitaba Zane que lo ayudases tú?

—En que lo llevase en coche a casa de su prima Ruby, que vivía en Danesfield. —*Mentiré lo menos posible*—. Y lo llevé, tal como os ha confirmado alguien que lo vio. Lo dejé allí a eso de las cuatro.

No soporto mirar a Adam. En parte porque me siento culpable, pero también porque no quiero arrastrar hacia él la mirada de Jason. No quiero que vea la expresión de asombro que está poniendo Adam. *¿Cómo? ¿No había sido un favor para llevar un urgente guion de estudio?*

—Así que misterio resuelto, seguramente estará allí todavía, ¿no? —digo, contenta por haber sido de ayuda. *Y ahora, por favor, sal de mi cocina*—. Me dijo que quería descansar unos días, pero no pensé que pretendiera desaparecer del todo.

Adam coloca una taza delante de Jason y se sienta. La taza lleva el rótulo de MISTER HAPPY, es obvio que la ha escogido para hacerme sonreír a mí antes de descubrir que he mentido.

—Ruby, Ruby… —Jason pasa las hojas de su cuaderno con el ceño fruncido—. Ah, aquí está. —Levanta la vista—. La madre de Zane nos ha facilitado una lista de amigos y familiares y sí que aparece mencionada una prima que se llama Ruby…

No puedo contenerme.

—¿Su madre? Será una broma. Dudo de que su madre lo reconociera por la calle, mucho más de que sepa quiénes son sus amigos.

—Ellen, está loca de inquietud. Puede que no lleve una vida muy estable, pero se preocupa de ver a su hijo con regularidad. Fue ella la que denunció su desaparición ayer. —Me mira de forma extraña—. Y lo cierto es que conoce a todos los amigos de su hijo. Sabía quién eras

tú, sabía que tienes tutorías con él todos los viernes. Figurabas en nuestra lista ya antes de que obtuviéramos los datos del teléfono.

Zane me dijo que su madre ya hacía mucho tiempo que no estaba. ¿Le habló a ella de mí?

Siento que me inunda la adrenalina. Necesito moverme, pero resultaría sospechoso. Me conformo con mover furiosamente los dedos de los pies por debajo de la mesa, donde Jason no puede verlos.

—Perdona, ¿qué estabas diciendo de Ruby? —pregunto en tono ligero. Noto que me arden las mejillas—. Entonces, ¿tenéis constancia de ella?

—Tenemos constancia de una tal Ruby, sí. Pero le ha dicho a un colega mío que lleva meses sin ver a Zane ni saber nada de él. Y desde luego, no vive en Danesfield.

—No… —No sé qué decir. Instintivamente, miro a Adam, porque eso es lo que hago cuando no puedo explicar algo. Pero está claro que él no puede ayudarme y, por la cara que pone, tampoco me ayudaría aunque pudiera—. Bueno, hum, no puedo decirte la casa exacta porque dejé a Zane en la esquina. Pero es una calle sin salida que hay en Trensale Row. Esa ha sido la última vez que lo he visto.

Jason se va al salón. Oigo el crepitar de su radio y su voz repitiendo la información que le he dado. Adam y yo nos miramos fijamente el uno al otro desde ambos lados de la cocina. Yo hago ademán de hablar, pero él me corta:

—No.

Cuando regresa Jason, me pongo de pie, suponiendo que ya hemos terminado.

Pero supongo mal. Él vuelve a sentarse.

—¿Y por qué te pidió Zane que lo llevaras en coche?

Su tono es menos formal que antes, cargado de más curiosidad, quizá un poco acusatorio. Coge su taza de té mirándome de un modo que significa: «Ponte cómoda, no hemos hecho más que empezar».

—Porque no tenía dinero para el autobús. —Sé que esto no va a ser suficiente.

—Ya, pero ¿por qué tú concretamente? Su tutora. Me parece un poco demasiada familiaridad.

Mentiré lo menos posible. No tengo por qué contarle lo del beso ni que Zane buscaba con ansias una prueba de que me gustaba. Tan solo necesito atenerme a los hechos, los que considere relevantes.

—Había tenido una bronca con su padre y creo que quería ver a alguien que se compadeciera de él, no un colega que probablemente se cachondearía. —De pronto se me ocurre una cosa—. De hecho, ese detalle es importante: su padre lo habría visto ese mismo domingo, más tarde —digo, confusa—. Cuando lo recogí eran más o menos las tres y tuve la impresión de que la bronca estaba bastante reciente. —

No menciono la herida aún abierta; estoy bastante segura de que Zane no querría que dijera nada—. ¿Qué ha dicho su padre?

—No hemos podido localizar a Paulo Jackson en las últimas treinta y seis horas. —Deja la taza en la mesa y se inclina hacia delante como diciendo: «Tienes toda mi atención»—. Pero continúa. Tuvieron una bronca y…

—Sí, una bastante fuerte, creo. —No es que lo crea: lo sé, pero hablar de manera vaga no es mentir—. Se les había averiado la caldera y Zane quería que su padre le diera dinero para pagar a Dave, que vive en la misma calle, para que la arreglara. Paulo se negó o dijo algo que causó el mismo efecto.

Jason consulta su cuaderno.

—Ese Dave… ¿es Dave McDaid?

Me encojo de hombros.

—Puede ser.

—Porque Dave McDaid es el vecino que vio a Zane ese mismo domingo por la mañana. Hoy he hablado con él y no ha mencionado nada de una caldera.

—Solo te estoy diciendo lo que me contó Zane. —Alzo las manos con naturalidad, como si estuviera confusa, pero lo que siento dista mucho de la naturalidad; me siento como si estuviera flotando a la deriva, sin ancla. Sin saber muy bien qué creer.

—Y lo que has dicho antes —dice Jason con el bolígrafo suspendido sobre el cuaderno— de que Zane dijo que quería descansar unos días, ¿qué pensaste que quiso decir con ello?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Supuse que se refería a que quería alejarse de su padre.

Jason anota algo y luego pregunta:

—¿De qué más hablasteis durante ese trayecto en coche?

—No gran cosa —contesto, sin faltar a la verdad. Cuando más se habló fue después, junto al maletero del coche—. En realidad, Zane iba bastante callado. Supuse que estaba alterado por la bronca, de modo que lo dejé en paz. Después, se apeó en Trensale Row y…

Hago un gesto que indica que no lo sé. Mi cabeza grita: «Y entonces me besó».

Jason, con el bolígrafo todavía suspendido en el aire, se muerde el labio, delgado y desdibujado.

—¿En algún momento lo notaste preocupado? Antes de la bronca con Paulo, quiero decir.

—¿Preocupado?

—Deprimido, con ideas de suicidio. —De pronto me asalta una oleada de náuseas y me llevo una mano al estómago—. Comprendo que es una pregunta de lo más desagradable —dice sin una sola molécula de empatía— y quisiera subrayar que no es algo que haya

señalado nadie más, pero como tenéis una relación bastante estrecha, me interesaría conocer tu opinión.

Adam se remueve en su asiento al oír la palabra «estrecha». Yo se la repito a Jason con un gesto de perplejidad.

—Bueno, llevarlo en coche, precisamente un domingo, sugiere una relación más personal que la que hay entre tutor y alumno. —Hace una pausa y me taladra con la mirada—. Es obvio que Zane pensó que podía confiar en ti. De alguna manera, debiste de ganarte esa confianza.

Respiro hondo para mis adentros.

—Si alguno de mis alumnos, de hecho cualquier adolescente angustiado, necesitase mi ayuda, no me importaría que fuera un domingo o el día de Navidad. —Jason permanece impasible ante mi declaración. Me da igual; lo he dicho tanto para él como para Adam —. Y no, no albergaba ideas de suicidio. Más bien lo contrario. Zane está lleno de planes y ambiciones. Y los llevará a cabo si se aplica y obtiene en los exámenes los resultados que es capaz de obtener.

Jason deja de mirarme y vuelve una página del cuaderno.

—¿Puedes decirme cómo te convertiste en tutora de Zane? Tengo entendido, por su madre, que le estabas dando clase gratis.

Adam sale de la cocina, pero, como tiene modales, dice:

—Disculpadme.

Sin embargo, tendremos una pelea cuando se marche Jason. Debería considerarme afortunada de que no haya montado una escena.

—Creo que contactó conmigo a través de mi página web — respondo con vaguedad y sin alterarme. Sabía que podía salir esta pregunta y ya hice las paces con la mentira delante del espejo. No viene al caso dónde esté Zane en este momento, así que no es necesario que Jason sepa toda la verdad—. Y me quedé impresionada, ¿sabes? Lo habían expulsado del instituto y, como de costumbre, el Ministerio de Educación estaba tardando una eternidad en encontrarle un profesor, de modo que decidió tomar él la iniciativa. Acepté reunirme con él en persona y me cayó bien. Enseguida vi que era muy inteligente—. Dejo escapar una risita—. Resulta que también era bastante descarado, porque cuando llevábamos veinte minutos hablando me preguntó si me apetecía hacerme cargo de un «indigente».

—Y tú le dijiste que sí. ¿Es común hacer eso?

—No es tan raro. Además, yo ya estoy un poco aburrida de dar clases a niños ricos, así que pensé: ¿por qué no? A lo mejor podía hacerlo cambiar. Yo misma no me crie tampoco en el mejor de los ambientes, de modo que sé lo fácil que es que los chicos como Zane se vayan por otros derroteros. Yo me encontraba en posición de

cerciorarme de que no sucediera tal cosa. —Jason no ha anotado nada, lo cual me confirma que esto no viene al caso—. A propósito, ahora tiene una tutora oficial del ministerio. Una tal Frances no sé qué. ¿Has hablado con ella?

Jason ignora la pregunta y formula otra:

—¿Y seguiste dándole clases gratis? ¿Incluso después de que interviniera el ministerio?

—Esa tutora apareció hará un mes o así y yo quería esperar a ver si Zane hacía progresos con ella. Un tutor es un poco como un terapeuta, no hay garantías de congeniar con él.

—Bien. —No sé muy bien lo que estará «bien», pero Jason, con maneras un tanto bruscas, cierra el cuaderno y se levanta—. Es todo por ahora, gracias. Y si tienes noticias de Zane…

—Por supuesto, te lo diré.

Lo acompaño a la entrada y abro la puerta de la calle.

De repente tomo una decisión en el último minuto. Una decisión sensata.

—En realidad, antes de que te vayas… —le digo al tiempo que salgo con él—, ¿puedo preguntarte una cosa de manera extraoficial? —Él no puede mostrarse más contrariado, está claro que no es de los que contestan preguntas extraoficiales—. A ver, no sé si Gwen te habrá mencionado algo, pero he estado teniendo una serie de problemas. —Emito una risa nerviosa—. No quiero aburrirte con los detalles desagradables, pero hoy me he enterado de que alguien ha hecho una llamada maliciosa a Servicios Sociales para denunciarme. Y he pensado que a lo mejor era un asunto para acudir a la policía, que quizá debía por lo menos decírtelo a ti.

—¿A qué te refieres con lo de «maliciosa»? —En su tono de voz hay algo que no me gusta… o, detalle crucial, algo que echo en falta. Compasión básica. Incluso interés—. ¿Qué ha dicho exactamente ese llamante?

—Oh, pues varias cosas distintas, pero el fin de semana pasado mi hijo Max se hizo un corte en la mano, sobre todo habló de eso.

—En ese caso, a mí no me parece malicioso. Me parece responsable. —Levanta la barbilla—. Lo siento, pero resultó herido un menor. Probablemente, yo habría hecho lo mismo. Hablaré con uno de mis colegas, por supuesto, pero dudo que pueda ser de ayuda.

Dolida en lo más vivo y necesitada de tener un momento a solas para liarme a puñetazos con una almohada, subo la escalera como una flecha suponiendo que Adam estará en el salón viendo los deportes y odiándome.

Pero no ha habido suerte. Adam, con gesto serio, me está esperando en el dormitorio. Casi doy media vuelta y salgo huyendo.

—Así que ahora trabajamos gratis, ¿no? —Está medio tumbado y medio sentado en la cama, con una larga pierna apoyada en el suelo. Tiene el semblante tenso, con las facciones contraídas por la rabia—. De modo que mientras yo me atiborro de antiácidos mañana, tarde y noche, estresado por lo que nos va a costar esta reforma, tú haces de Madre Teresa y trabajas gratis. —Permanece inmóvil—. Ellen, ¿quién es ese chico?

Me siento y suelto una risa ligera.

—Por Dios, Adam, has estado media hora oyéndome responder preguntas acerca de él. ¿Qué más necesitas saber?

Se incorpora y acerca su rostro al mío.

—Oh, pero te has dejado muchas cosas fuera, Ellen. No has mencionado que te largaste en medio de una salida de la familia para acudir a ayudarlo a él. Lo del día de Max se fue volando por la ventana, ¿no?, en cuanto tu indigente chasqueó los dedos—. Así que ha estado escuchando detrás de la puerta—. Y todas esas chorradas del libro de texto.

Dejo escapar un suspiro.

—Oye, no tenía tiempo para explicarlo, lo noté bastante desesperado. Si te hubiera puesto en antecedentes, me habría llevado todo el día. —Es un argumento débil y ambos lo sabemos. Callo unos instantes mientras busco algo más consistente. Al final doy con algo que, visto en retrospectiva, es parcialmente cierto—. Y respecto de por qué me fui del parque para ayudar a Zane, fue por Orla. Había estado quejándose de que a ella nunca le hemos permitido tener un perro y, después de la pataleta por lo de Frankfurt, pensé… que aquel chico ni siquiera tenía calefacción en casa, ¿sabes? Orla tiene de todo y todavía piensa que somos duros con ella. Lo único que quería Zane era que lo llevara en coche a un sitio. —Callo otra vez. No creo que Adam se haya ablandado, pero por lo menos no parece que yo haya echado más leña al fuego—. Y sí, lo de trabajar gratis… No tenía intención de ello, pero cuando conocí a Zane, fue como…, no sé…, como si me viera a mí misma en él. Un chico inteligente obstaculizado por unos padres que no se preocupaban lo más mínimo por su educación. Me entraron ganas de ayudarlo. —Sigue un silencio, lo cual es una desgracia, porque no sé qué más puedo decir—. Y, naturalmente, espero que den con él. Y que no le haya pasado nada, claro. —Apoyo una mano en la pierna de Adam—. Pero, francamente, tengo hijos propios de los que preocuparme. Esto de los Servicios Sociales, esa es mi prioridad.

Es la verdad. Hace una semana, qué diablos, hace un día, me habría quedado de piedra al enterarme de que a Zane le había ocurrido esto. En cambio ahora, aunque me preocupa, lo único que me importa son mis hijos. Mis hijos, Cathy Grantham y lo que esta vaya a decir en su informe.

Adam asiente con la cabeza.

—Verás, Els, te oigo y hasta entiendo lo que dices. ¿Pero por qué sigo teniendo la impresión de que me estás mintiendo en algo?

Se equivoca, o por lo menos no tiene razón del todo. Porque mentir sugiere un conjunto de mentiras, una falsedad seguida muy de cerca por otra.

Pero, en realidad, esta noche he dicho solo una mentira descarada.

Zane no contactó conmigo a través de mi página web.

Lo busqué yo a propósito.

37
Kristy

¡Cuánto melodrama en la Meadowhouse! Un policía en la cocina (o por lo menos ella piensa que es policía; su visión de lejos es una auténtica mierda, como el resto de ella) y ahora Ellen está ahí fuera, fumando sin parar, quemando un cigarrillo tras otro. Lleva así casi una hora, Kristy lo sabe con seguridad porque acababa de poner un episodio nuevo de *Ozark* cuando se abrió la puerta trasera de la casa. Y aunque es tarde y hace frío, no se ha tomado la molestia de abrigarse.

Obviamente, lo que habría que hacer, lo amable, sería ir con ella a ver qué le ocurre. Pero eso equivaldría a agacharse otra vez a atarle los cordones de los zapatos, y lleva todo el día con unos espasmos terribles en la espalda. Y de todas formas, quiere ver el siguiente episodio de *Ozark* y después investigar como es debido el norte de Cornualles. Y ya ha consumido antes su cupo de «amabilidad» convenciendo a Ellen de que deje de preocuparse por lo de Servicios Sociales.

Además, no puede evitar pensar en lo que le dijo Shay hace unos días. No en la sugerencia de hacer un trío con la camarera australiana del Cricketers (a Kristy le gusta la idea, aunque la otra mujer está un poco delgaducha para su gusto, ella las prefiere más bien robustas y bien dotadas). No: es lo que dijo de Ellen, que no deja de repetirse en bucle desde el domingo por la noche: «No entiendo cómo es que no la odias. Si yo fuera tú, la odiaría».

Lo extraño es que Kristy no la odió los años que estuvieron separadas, cuando ella estaba todo el día de fiesta en Ibiza y Ellen planificaba menús en Thames Lawley. Era como si la distancia hubiera creado un espacio en el que pudieran colarse recuerdos más felices.

Los patines que trajo Santa Claus acompañados de una nota que decía que debían compartirlos. No cayeron en la cuenta de que aquello significaba que tendrían que turnarse para usarlos, así que patinaban por todas partes llevando puesto uno cada una.

Hacer una tarta de cumpleaños a papá y olvidarse de añadir los huevos. Él se rio a carcajadas como un loco y después les dio dos libras para que fueran a comprarle otra «que no sepa a madera».

Otros muchos recuerdos anteriores al «accidente»: travesuras de adolescentes, noches de juerga en Londres. Y aunque ella no diría

tanto como que el corazón se le ablandó cuando estuvo en Ibiza, desde luego que sí que hubo un leve deshielo. Ellen dejó de ser una toxina y pasó a ser solo un irritante.

Pero desde que está aquí poniéndose la ropa de Ellen, aceptando su caridad, es como si el odio se hubiera reactivado, como si hubiera despertado de su cápsula de hibernación. Y no puede evitar sentir lo que siente porque, a no ser que uno sea un cadáver o el Dalai Lama, básicamente es esclavo de sus sentimientos. Y según su experiencia, no sirve de nada —y por lo general sale caro— intentar controlar esos sentimientos.

Aunque ella sí que lo ha intentado. Este mismo año, después de haber fumado hierba durante varios años, haber ido de vez en cuando a terapia y haber aprendido a hacer ganchillo (nada menos), Kristy, por lo visto a la vez que la mitad del mundo occidental, recurrió al *mindfulness* para calmar su mente. Fue un ex el que la introdujo en ese mundillo. El mismo ex que la introdujo en el mundillo de las palizas en más de una ocasión y terminó siendo la causa de que ella huyera a Ibiza y estableciera su domicilio en la casa de Ellen.

Sea como sea, lo que quiere decir es que el *mindfulness* no le funcionó a él. ¿Hay alguien a quien le funcione?

A lo mejor algunas personas están destinadas a ser el mar, otras a ser la tormenta.

Un rato más tarde, Kristy, mientras está entretenida en depilarse las cejas, oye que llaman a la puerta de la cabaña. Mira el teléfono: son las once y cuarto de la noche, un poco temprano para que sea Shay.

Es Ellen y está horrible. Y no porque parezca alterada, sino más bien porque lleva puesto el pijama de franela roja. Duda que se haya molestado en comprarse algún camisón sexi desde la noche en que concibieron a los gemelos.

—¿Puedo entrar un momento?

Por un instante, a Kristy se le pasa por la cabeza contestarle que no a su hermana solo para ver cómo reacciona, pero, en vez de eso, se hace a un lado y le dice:

—En un poco tarde para una inspección del inquilino, ¿no te parece?

Ellen pone los ojos en blanco, pero Kristy sabe que estará tomando notas mentalmente, fijándose en todo. Ojalá hubiera fregado los platos, ojalá se hubiera esforzado un poco más en quitar esa mancha de vino tinto de la colcha.

—¿Habéis cambiado la carta de sitio Shay o tú? —le pregunta Ellen yendo directa al grano.

—¿Qué carta? —Luego cae en la cuenta—: Ah, te refieres a la carta en cuestión. Pues no. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

Ellen está sentada en el borde del pequeño sofá. A Kristy le recuerda a un gato nervioso, listo para saltar, listo para arañar.

—No lo sé, Kris, pero se ha esfumado y me está costando mucho comprender por qué. Lo único que se me ocurre todo el tiempo es que el domingo Shay se quedó solo en la casa jugando a ser cocinero…

—Oh, vamos, Els, si Shay quisiera robar algo, seguro que serían unas deportivas tuyas sucias para su altar.

Ellen no reacciona.

—Y también que yo lo conocí en persona prácticamente la semana pasada, en The Cricketers, y desde entonces no han parado de suceder cosas.

Con un leve toquecito, se caería del borde del sofá y se estrellaría contra el suelo.

—Entonces, ¿de qué lo estás acusando exactamente? —le pregunta Kristy, cogiendo el espejo de la mesa y empezando a hacerse la ceja izquierda. Ellen se pondrá más nerviosa si cree que ella no está molesta que si cree que lo está—. ¿De ser el fantasma escribidor de cartas? ¿El que ha publicado esas cosas en Facebook? ¿El que ha llamado a Servicios Sociales? ¿Alguna otra cosa que se me haya pasado por alto?

Hablando en serio, Ellen siempre ha sido muy egocéntrica, pero esto es narcisismo en grado letal. La idea de que absolutamente todo, hasta con quién se acuesta su hermana, tiene que estar relacionado de alguna manera con ella.

Ellen suspira y cierra los ojos; a continuación, como un mecanismo de relojería, frunce los labios en un gesto santurrón.

—No lo estoy acusando de nada —dice, lo cual es totalmente un chiste, la verdad—. Lo único que sé es que alguien me la tiene jurada, que estoy asustada y nerviosa y que no quiero que alguien que no conozco ande por la casa hasta que esté solucionado lo de Servicios Sociales. —Espera a que Kristy levante la vista y le sostenga la mirada con expresión calculadora—. Sé sincera, Kris, ¿qué sabes realmente de Shay? ¿Por qué ni siquiera está aquí? ¿Un minuto antes trabaja de electricista en Londres y al minuto siguiente está sirviendo pintas en el pub de un pueblo?

—Siempre anda soñando con dirigir un pub propio. Está acumulando experiencia.

—Ah, ¿y en Londres no hay pubs?

Kristy hizo esa misma pregunta en una ocasión. Shay le respondió que los pubs de Londres eran un mundo diferente, cosa que no le pareció una respuesta muy satisfactoria, pero después hizo aquello con el dedo corazón que hizo que ella se olvidase hasta de cómo se llamaba.

—¿Y lady Nush no tiene permiso para entrar en esta casa? —

pregunta Kristy cambiando rápidamente de tema—. A ella sí que la conoces; sin embargo, hace solo unas horas estabas preguntándote si habría sido ella la que llamó a Servicios Sociales. De manera que lo de «conocer» a alguien quizá no sea el mejor de los criterios.

—Pero es mi criterio. Y, por si se te ha olvidado, esta es mi casa.

Era solo una cuestión de tiempo, aunque Ellen suele ser un poco más sutil a la hora de hacer valer su rango.

Es en ese momento cuando Kristy se percata de que nunca va a tener un «pie» mejor.

—Mira, voy a decirte de qué modo puedes librarte rápidamente de Shay —le dice, dejando el espejo y las pinzas de depilar en el suelo—. Y también de mí, dos por el precio de uno. —Ellen la interrumpe diciendo que no quiere librarse de ella, pero Kristy no la deja hablar —. Cuatro mil libras. Una especie de préstamo a largo plazo.

—¿Para qué necesitas tú cuatro mil libras? —pregunta Ellen frunciendo el ceño. Un segundo después, cae en la cuenta—. Más bien debería preguntar para qué las necesita Shay. Kris, por Dios, sí que sabes elegirlos bien.

Kristy se traga las ganas de contestarle con un «que te jodan» porque no le interesa.

—Shay tiene un colega en Cornualles que quiere ayudarnos a dirigir un pub. Pero el local necesita un poco de reforma.

—Vaya, eso sí que es… comprometerse. —Ellen guarda silencio unos instantes. Kristy espera el sermón habitual: «Estás yendo demasiado deprisa, mira adónde te ha llevado eso en el pasado, etcétera». En cambio, Ellen le responde:

—Cuatro mil libras no es una reforma grande. Para un pub.

De modo que no recibe un «no» rotundo.

—La idea es que nosotros ponemos ocho y su colega otras ocho. Eso dará para una reforma decente.

—¿Pero a quién se le ha ocurrido esa cifra? ¿Al colega de Shay? ¿Tú lo conoces? ¿Ha subido el precio de las cosas o solo…?

Kristy levanta una mano, deseando ya no haber preguntado.

—No recuerdo haberte solicitado un desglose detallado cuando me pediste dinero para el fin de semana de chicas con Zara. ¿Cuánto fue en total, con el vuelo? ¿Unos cuantos miles?

—Sí, pero tú podías permitírtelo. Y te lo devolví en el plazo de una semana. —Una semana y dos días, y bien que lo pagó ella. Ellen se lleva una mano al pecho—. Lo siento, Kris, de verdad que este es un mal momento. Estamos esforzándonos por ahorrar hasta el último penique. Puede que Rog y Sylv hayan apoquinado el dinero para las obras, pero es que además están los muebles, los electrodomésticos y todo lo demás.

—Ah, claro, iba a preguntarte si al final os habéis decidido por el

frigorífico LG de doble puerta.

Ellen enseguida aparta la mirada. Sabe que eso no ha sido una consulta amistosa. Ha sido una declaración de intenciones. Un tanto anotado.

Dos mil para un frigorífico con congelador. Cuatro mil podrían cambiarme la vida.

—Mira, quizá el año próximo —dice, esperanzada y de corazón—. Para el verano que viene, ya estaremos en una situación mejor, habremos superado este susto financiero.

Kristy se encoge de hombros.

—El año próximo es demasiado tarde. Pero, de verdad, olvídalo.

Como decía siempre su padre, existe más de una manera de romper un huevo.

38
Ellen

Obviamente, era mentirme a mí misma decir que la desaparición de Zane no me había dejado perpleja, porque lo primero que pensé cuando me desperté a las cuatro de la madrugada fue: *¿Se habrá enterado de su existencia Cathy Grantham o alguien de los suyos?* Paulo es…, en fin, Paulo, y Jason dijo de manera implícita que la madre no era muy estable que digamos. Entonces, ¿alguien habrá dicho a Servicios Sociales que el hogar de Zane podría no ser un lugar seguro?

¿Se encontrará a salvo en estos momentos?

La oscuridad de la noche dispara un interrogante tras otro.

¿Dónde estás? ¿Y dónde está Paulo? ¿Por qué me mentiste acerca de tu madre, con quién van a encontrarte en Danesfield? ¿Con una novia? (Pero a mí me besaste.) ¿O te dejé en manos de una mala persona? ¿Estás herido? ¿Por qué tienes el teléfono apagado? ¿Recuerdas que me preguntaste ese día, el día en que confesaste lo del chantaje, si yo había hecho algo que me avergonzara? ¿Y qué era lo peor que yo había hecho en la vida?

No recuerdo exactamente lo que dije, pero sí recuerdo que Zane se rio porque era algo muy aburrido. Y después me reí yo también, porque el Zane alegre es de lo más contagioso, y durante todo el tiempo estuve pensando: *Dios mío, si supieras la verdad.*

Orla sale por la puerta a las siete, algo que tiene que ver con unas pruebas contrarreloj campo a través, y Adam se prepara para irse a trabajar en absoluto silencio, excepto para decir que regresará tarde porque va a tomar unas copas con el equipo. Juro que es la primera vez que menciona eso, así que le pregunto educadamente en qué ayudan. Él se encoge de hombros y me responde que no son más que unas copas y no me da más información. Andarse con tanto secretismo no le sienta nada bien, pero, claro, yo no estoy en situación de hablar.

No mucho después de haber dejado a los gemelos en la guardería, llega la anulación.

No sé decir si es amabilidad por su parte o simple falta de carácter, pero la madre de mi alumna Piper Lewis (cuya cuñada, por cierto, es líder pastoral de Pelham) declara que mi despido instantáneo es un cumplido. Una gran historia de éxito.

—Piper va muy bien y es gracias a ti, Ellen. No creo que

necesitemos molestarte más, ja, ja. Está exactamente donde tiene que estar.

Si «ligeramente por debajo de la media» es donde tiene que estar, efectivamente, soy un genio. Sugiero una última sesión de *Brighton Rock* porque ya nos queda muy poco para terminar, pero ella dice que le gustaría ponerle fin a todo de inmediato aunque, como es natural, me pagará la sesión que ya teníamos confirmada para la semana que viene.

Y bien podría agregar: «Porque corre el rumor de que necesitas el dinero, puñetera ladronzuela».

Llega la tarde y voy a la tienda de segunda mano para pedirles que saquen del escaparate al marido muerto de Muriel; luego me dirijo al supermercado Tesco, donde paso diez minutos enteros preocupada dilucidando qué tipo de galletas comerán las asistentes sociales.

Llamo a Nush tres veces. No me contesta. Ahora la pelota está en su tejado.

Y no he visto a Kristy en todo el día. Eso, por lo menos, es un bendito alivio.

Acabo de terminar de recoger el agua del suelo tras la típica hora del baño de los gemelos cuando de nuevo se presenta en mi puerta Jason Bale con su habitual gesto de cabreo. Gracias a Dios, Orla está en su habitación con los AirPods puestos y enfrascada en WhatsApp. Antes me irritaba que pasara tanto tiempo así, sin hacer nada, pero ahora me alegro sobre todo de la tranquilidad que me proporciona.

—¿Alguna noticia? —pregunto a Jason al tiempo que lo hago pasar al salón. No le ofrezco ni té ni un vaso de agua. Ni siquiera le ofrezco que se siente.

—Paulo Jackson ha aparecido. —Supongo que eso será una buena noticia, pero la expresión de Jason sugiere lo contrario—. Está sumamente preocupado por Zane y niega que el domingo tuvieran ninguna discusión.

Vale.

—¿Y tú te lo crees? —Puede que yo sienta cierta debilidad por Paulo, pero difícilmente es un hombre de honor.

Jason afirma con gesto satisfecho.

—La última vez que Paulo vio a Zane fue el sábado por la mañana. Después, se fue a Londres a ver a unos amigos. Para el sábado por la noche, ya había ingresado en el hospital de Ealing y no le han dado el alta hasta esta mañana. Todo esto ha sido comprobado y verificado. Ni siquiera tenía idea de que Zane hubiera desaparecido.

—¿El hospital? ¿Se encuentra bien?

Zane mintió. Otra vez.

—De momento se encuentra más o menos bien. Se cayó delante de

un coche cuando iba en estado de ebriedad grave. Cuando llegó al hospital no llevaba ni teléfono ni cartera ni identificación, pero, una vez que recobró su sano juicio, proporcionó el nombre de un pariente cercano: el amigo en cuyo domicilio se estaba alojando. Dijo que no había querido preocupar a Zane antes de los exámenes de prueba de final de la secundaria. Yo le he dicho que seguramente Zane se preocuparía cuando viera que llevaba cuatro días sin aparecer por casa si no se ponía en contacto. —Se le nubla el semblante—. Pero, por lo visto, eso no es tan irregular.

Sin embargo, la herida que llevaba Zane en la cara era reciente. Era verdad que le había golpeado alguien.

Y sé que debería informar a Jason de ello. Y le informaré, seguro, mañana. En cuanto Cathy Grantham se haya largado de nuestro hogar seguro y feliz, cumpliré mi promesa de decir la verdad en todo aquello que pueda ayudar a encontrar a Zane e iré en coche a la comisaría para contarle a Jason, o a quien sea, que Zane tenía una herida reciente y que no lo mencioné antes a causa de una mal entendida lealtad hacia Paulo, que estoy segura de que ama inmensamente a su hijo, aunque sea con un amor disfuncional que la afortunada mayoría no comprende.

Todo esto lo contaré mañana. Pero en este momento, cuando faltan menos de veinticuatro horas para la visita de los Servicios Sociales, no puedo arriesgarme a sufrir las consecuencias que puede acarrearme involucrarme más. No sé, sería como: «Me temo que voy a tener que reprogramar la visita, Cathy. Hoy estoy un poco liada respondiendo preguntas de la policía sobre un adolescente que ha desaparecido».

Jason sigue hablando:

—Además, acabamos de peinar Trensale Row y la calle sin salida que arranca de ella, tal y como indicaste tú. Nadie sabe nada de Zane ni lo ha reconocido, y tanto su madre como Paulo han confirmado que no tienen ningún vínculo con nadie de Danesfield.

Llena de perplejidad y de miedo, replico:

—Pues yo no estoy mintiendo, si es eso lo que estás pensando.

En el mejor de los casos, parezco irritada. En el peor, a la defensiva. Y en el peor de todos, culpable.

Jason me mira fijamente durante dos segundos más de lo que resulta cómodo.

—En absoluto —dice por fin, pero no sé muy bien si creerle—. Respecto a Paulo, como dijiste ayer, solo puedes atenerte a lo que te dijo Zane. Y sabemos que lo llevaste a Danesfield porque el ANPR, que significa Reconocimiento Automático de Matrículas, te captó en Kenpas High Road y te rastreó cuando giraste hacia Trensale Row. —Siento un escalofrío que me recorre por dentro—. A partir de ahí te perdemos, obviamente, porque estás entrando en una zona residencial.

Por desgracia, por esa misma razón, no tenemos forma de rastrear lo que hizo Zane una vez que se apeó de tu coche.

No sé si compartir momentáneamente la decepción, porque quiero saber qué le ha ocurrido a Zane, o instintivamente dar gracias al cielo por demostrar que Dios existe.

39
Jason

—El tipo del piso de abajo dice que tiene información sobre el tal Jackson.

Jason está seguro de que a Stu Bartlett, el agente que atiende el mostrador, no le cae bien. Todo el mundo dice que Stu es genial con el público, que calma tanto a las ancianas aterrorizadas como a los adolescentes babeantes y borrachos como una cuba, pero lleva más de un año sin decirle ni siquiera hola a Jason.

Aun así, aunque Jason no ha venido aquí para hacer amigos, no tiene espacio en la cabeza para más enemigos, de modo que suelta un «Genial, gracias, amigo» y le dice a Stu que bajará dentro de cinco minutos.

El tal «tipo» ha llegado mientras Jason examinaba una serie de rumores en Facebook. Zane Jackson no tiene cuenta propia; al igual que muchos jóvenes, seguramente piensa que Facebook es el equivalente en la red a un hogar de ancianos, pero un individuo que vive en la Lomax, Baz Harris, ha creado una publicación que dice: ¡Desaparecido! Hay una foto de Zane poniendo morritos, vestido con una cazadora ancha de color azul y haciendo el signo de la paz.

***¡POR FAVOR, COMPARTE!
¿HAS VISTO A ZANE JACKSON?***

Zane tiene 17 años y lleva desaparecido desde el domingo a las cuatro de la tarde aprox. Fue visto por última vez en la zona de Danesfield. Mide un metro ochenta, es delgado y llevaba una sudadera amarilla de North Face. Zane, si estás leyendo esto, por favor, ponte en contacto con tu madre o con tu padre o llama a la policía. Si no quieres volver a casa, no pasa nada, pero dinos que te encuentras bien.

Debajo, acude en masa el ejército de Facebook:

Angela Burnby: Bien hecho, Baz, en publicar esto. Eres un tesoro.

Remi Hale: Será verdad, y no una broma, ¿no?

Angela Burnby: ¿Qué?

Remi Hale: ¿Quién dice que ha desaparecido? A lo mejor solo ha querido largarse unos días.

Angela Burnby: Tiene el móvil apagado desde el domingo.

Remi Hale: A lo mejor tiene otro móvil. Mira que os gustan los dramas…

Stevie Su: Sí, Baz, bien hecho. Espero que esté bien. No conozco a Zane, pero

parecía un chaval majo.

Remi Hale: ¿Parecía? ¡En pasado! ¿Quieres confesar algo, Stevie?

Angela Burnby: Ignóralo, Stevie. Ni siquiera sé quién es Remi Hale.

Remi Hale: Un colega de Zane. ¿Y quién eres tú? La típica mirona de FB.

Baz Harris: Tranqui, tíos. ¿Se os ocurre algo que pueda ser de ayuda?

Remi Hale: Sí, a mí se me ocurre que a lo mejor Zane está enrollado con una tía y riéndose de esta publicación.

Dean Frederick: Ya volverá cuando le entre hambre. Eso es lo que decía mi viejo.

Belinda Quinn: Servicial como siempre, Deano. Paulo está hecho polvo.

Dean Frederick: Perdón. Espero que Zane esté bien.

Jada Uzoka: Yo lo vi el viernes por la noche en la fiesta de Anton Keane vestido con un polo de Ralph Lauren de un chillón que te cagas. Dijo que se lo había regalado su novia. ¿Alguien sabe quién es esa novia? Yo creía que desde lo de Frankie estaba soltero.

Remi Hale: Sofia Luz quisiera ser novia suya.

Sofia Luz: Que te jodan, Remi.

Chloe Downham: ¿No estaba saliendo con una chica de Chapel House? No me acuerdo de cómo se llamaba. Se parece a Sommer Ray, pero más gorda (no está gorda, pero ya me entendéis).

Remi Hale: Qué va, se enrollaron, pero él no estuvo saliendo con ella. Sí, Jada, ese polo de R-L era total. Calcula que costaba 230 libras. Hay que ser como Zane para echarse una novia rica.

Sofia Luz: Mi hermano es muy amigo de Zane y dice que estaba viéndose con una mujer mayor.

Remi Hale: Típico de ese cabrón con suerte.

Sofia Luz: Ya, pero mayor MAYOR.

Remi Hale: Solo digo que si a alguna mujer mayor y sexi le apetece sentarse en mi cara, AQUÍ ME TIENE.

Baz Harris: Sofia, ¿quién es tu hermano? ¿Ha hablado con la policía?

Sofia Luz: No está en Facebook. No sé si ha hablado con la policía. No le gusta mucho la policía.

Belinda Quinn: Si tu hermano tiene información, debe acudir a la policía. El padre de Zane lo está pasando muy mal.

Angela Burnby: ¡Y también su madre!

Belinda Quinn: Ya, perdona, Ange. Y también su madre.

Stevie Su: Yo los vi a su madre y a él en el Aldi la otra semana. La estaba ayudando con la compra. Es majo.

Remi Hale: Una historia interesante, Stevie. ¿Tienes alguna más?

Anton Keane: ¡¡El hermano de Sofia y yo tenemos todos los detalles de la mujer mayor!!

Belinda Quinn: ¿Sabéis quién es?

Baz Harris: Anton, no te conozco, tío, pero si sabes quién es esa mujer y crees que Zane podría estar con ella, por lo menos tienes que decírselo a los padres de Zane si no quieres ir a la policía. Zane tiene 17, así que no habrá efectos colaterales, pero por lo menos sabríamos que está bien.

Ciara Harkin: Me han dicho que se estaba tirando a su tutora.

Angela Burnby: ¿Y tú quién eres?

Belinda Quinn: No tiene foto de perfil, Ange, tiene pinta de ser una cuenta falsa.
Chloe Downham: ¡Oh, Dios mío! ¿Quién? ¿Cómo se llama?

¿Por dónde empezar?, se dice Jason mientras rítmicamente traza círculos sobre la espinilla que le ha salido hace poco en la barbilla. Ya es bastante difícil controlar Facebook en el mejor de los casos, así que no digamos cuando tiene el cerebro hecho puré. Lleva varias semanas casi sin pegar ojo y no recuerda cuándo ha logrado dormir seis horas seguidas. Debe de hacer más de un año de eso, porque en Thames Lawley nunca ha dormido bien. Tiene demasiadas cosas en la cabeza. El pasado que no puede cambiar y el presente que requiere una vigilancia constante. En el futuro no piensa demasiado.

Pasito a paso.

La tal Ciara Harkin no contesta y transcurren cinco minutos sin que llegue información nueva. Al parecer, la sección de comentarios se ha agotado de momento. Ya volverá a mirar más tarde. Rebuscará entre nuevas verdades a medias. Decididamente, necesita hablar otra vez con Anton Keane. Estuvo con él ayer y el chico no mencionó nada de una mujer mayor. También recibirá una visita el hermano de Sofia Luz.

Y Ellen. La tutora.

No hace ni un par de horas que salió de su casa. Necesita reflexionar fríamente, a fondo, sobre Ellen.

Pero antes tiene que atender al tipo de la recepción. Stu Bartlett está a punto de quejarse de que lo ha hecho esperar más de cinco minutos.

40
Ellen

Con una especie de energía irrefrenable, y ante la obvia perplejidad de la gente que pasa paseando al perro, no mucho después de las siete decido que es imperativo limpiar el jardín de la entrada. Por supuesto, sé que Cathy Grantham viene a evaluar a los gemelos, no mis posibilidades de competir en el Chelsea Flower Show, pero es que necesito hacer algo para quemar la tensión nerviosa y fruncir el ceño al ver a Adam dormido no me estaba sirviendo para reducirla.

Me sienta bien estar al aire libre. Hace una bella mañana de otoño. Se respira un aire fresco y entre las ramas peladas del cerezo brilla el sol, que acaba de salir y se refleja en las ventanas y motea el ladrillo dorado. Y una vez que he terminado de pasar el rastrillo, arrancar la maleza y desbrozar las plantas perennes, al menos desde el exterior da la impresión de que nada malo podría ocurrir aquí.

Me gustaría saber si los Merrick sentían lo mismo antes de sufrir la agresión, hace tantos años. O los Sharp, que fueron quienes nos vendieron la casa, cuyo matrimonio acabó en un divorcio lleno de resentimiento.

¿Qué fue lo que dijo Nush? «No puede salir nada bueno de vivir ahí.»

Sin embargo, cuando regreso del supermercado (tras el repentino impulso de que debería poder ofrecer a Cathy Grantham café descafeinado) veo que algo bueno ha llegado. Gwen está sentada en su trono, cruzada de piernas en el asiento de la ventana, vestida con una camiseta *vintage* de Britney, unos vaqueros con jirones y una bufanda a cuadros. Podría pasar por una chica de dieciocho años, si no más joven, y en cambio desprende un aire de tranquila autoridad que hace que me entren ganas de derretirla y embotellarla.

—Ese ambientador de barritas que tienes en el vestíbulo —me dice antes de que me quite el abrigo—, yo lo pondría en un sitio más alto si fuera tú. Dentro de un mes, los gemelos ya podrán alcanzarlo. Y ya sabes cómo es Kian: pensará que el aceite de bergamota es muy bueno para beber.

—De acuerdo. Oye, ¿sabes si Orla todavía está aquí? —le pregunto con un ligero ataque de pánico—. Necesito hablar con ella antes de que se vaya, cerciorarme de que comprende lo importante que es esta visita.

—Está en su habitación. Y los gemelos están viendo *Octonauts* y Adam está arriba, atendiendo una llamada de trabajo. —Ejecuta un saludo militar—. Y yo, Gwendoline Bale, informando, señor. —Sonrío, agradecida de que Gwen parezca tan normal. Imagino que Jason no le habrá mencionado el asunto de Zane. Tampoco sé si le estará permitido—. Se me ha ocurrido arremangarme y echarte una mano con lo que sea.

Dejo el café descafeinado en la mesa.

—Pero si la asistente no va a venir hasta las tres. La casa no está tan mal, ¿no?

—Pues no. Más bien lo contrario. —Esboza una sonrisa tímida—. En realidad, he venido a comprobar que no te pasabas de rosca.

—¿En qué sentido?

—Oh, no sé, que no te ponías a lavar las cortinas, hacer galletas. —Lo de las cortinas no se me había ocurrido, pero sí que he pasado la bayeta a los interruptores de la luz. Gwen señala la cocina con un gesto—. No sé, está todo inmaculado.

Y ya puede, maldita sea. Ayer estuve hasta las once de la noche recogiendo y desinfectando todo. Sin embargo, el tono de voz de Gwen sugiere que «inmaculado» no es buena cosa.

—Es una asistente social, Els, no un agente inmobiliario. No es necesario que prepares la casa como para una revista. Están al tanto de todo eso del pan recién horneado. —Luego señala una estantería vacía—. Y has escondido el alcohol.

—«Nunca me falta una copa de vino», ¿recuerdas?

—Sí, y va a querer ver que los gemelos no están a cargo de Keith Richards. Le va a dar igual que a ti te guste tomarte una copa de vino tinto de vez en cuando. Que no bebas nada de alcohol resulta sospechoso. —Me mira de arriba abajo—. ¿Y con un vestido de flores? De verdad, ¿dónde te has comprado eso en un ataque de pánico?

—A mí me parece mono —replico dándome la vuelta.

—Y es mono, pero no es tu estilo. Tú no eres la mujer de un vicario, tú eres Ellen Walsh. Y estás increíble tal como eres.

Lleva razón, no es mi estilo. Pero es que hoy no quiero parecer yo misma.

Cambio de tema:

—Oye, ¿Bella está con los gemelos? Voy a hacerles unas tortitas. —Para que estén encantados conmigo cuando llegue Cathy Grantham—. Imagino que le gustará probar una.

—Está en casa. La he dejado con Jason, que hoy no va al trabajo porque está enfermo. Tiene migraña, por lo visto. Aunque a mí me parece que está bien. —Cambia de postura en el asiento de la ventana y deja escapar un gemido; lleva demasiado tiempo con las piernas cruzadas. *Pues verás dentro de diez años,* digo para mis adentros—. Es

muy extraño, Jason nunca se pone enfermo. Ya de pequeño era como un robot. Yo era como Bella, siempre estaba contagiándome de algún microbio.

Si Jason no va a trabajar, ¿significa eso que el asunto de Zane pasa a un segundo plano? ¿O habrá un equipo entero de personas buscándolo? Ojalá pudiera hacerle yo una visita rápida a Paulo para averiguar algo.

Enciendo el hervidor de agua; necesito meterme cafeína en vena para pasar esta mañana que ya se anuncia que va a ser larguísima. Pero a la hora de comer lo dejaré; no puedo estar dopada hasta las cejas cuando llegue la visita de la realeza. Y desde luego, cuando ya la tenga aquí, pienso beberme una infusión aunque sea a la fuerza.

Cuando me vuelvo de nuevo, veo que Gwen tiene cara de preocupación y está un poco inquieta, como si necesitara decir algo más pero prefiriera beber lejía.

—Suéltalo, Gwendoline Bale. —Ella, sorprendida, frunce el ceño—. Es por lo del lóbulo de la oreja —le digo tirándome del mío—, te ha delatado.

—Pues es que… —Tuerce la boca de un lado al otro, como si estuviera intentando que no se le escapasen las palabras—. Antes he estado hablando con Adam… Bueno, él ha estado hablando conmigo… —Vuelve a interrumpirse y lanza un suspiro fuerte y decidido—. Verás, no conozco los entresijos de lo que está ocurriendo y no necesito conocerlos, pero tenéis que formar un frente unido delante de Servicios Sociales, ¿me oyes?

—¿Qué es lo que ha estado diciendo Adam? —suelto. ¡No habrá sido algo de Zane!

Gwen pone los ojos en blanco.

—Solo ha recalcado lo de la reforma. Quiere aplazarla, pero al parecer tú te has negado. —*¿Otra vez esto? ¿En serio?*—. No entiendo este problema, sus padres no van a pegarle un tiro si no le devolvéis el préstamo. Pero me ha hecho pensar… —Duda de nuevo, con los labios apretados—. Mira, es decisión tuya, pero si fuera tú, yo no mencionaría la reforma delante de la asistente social.

No pensaba mencionarla porque no viene al caso en absoluto, pero ahora Gwen me ha dejado intrigada.

—Es que… podría generar preocupación que los niños estén viviendo en una casa en obras. Y, obviamente, nosotros sabemos que eso no va a pasar, pero no te conviene darle ninguna excusa para que crea que va a tener que venir otro día. —Titubea un momento—. Porque, no sé, por ejemplo, esa escalera flotante que tienes pensado instalar; ya sé que has comprobado que no sea peligrosa, pero no parece la más adecuada para una casa en la que hay niños pequeños. Una casa de campo sencilla ofrece una «óptica» mucho mejor, como

decimos en Relaciones Públicas.

—¿No habías dicho que la asistente social ya estaría al tanto de todas esas chorradas, bollos caseros, vestiditos…?

—Sí, pero es evidente que eso son cosas preparadas. Tu casa está…, en fin, bastante arreglada. No se puede preparar en un momento una casa recién salida de una novela de Enid Blyton solo para una visita de los Servicios Sociales, ¿no? Y ya sé que a ti te parece fea y un poco pasada de moda…

—¿Un poco?

—Vale, un mucho. Pero, en este caso, estar pasado de moda es bueno. O por lo menos lo es a los ojos de una asistente social. Se ve que es una casa vivida. Y eso sugiere estabilidad, y la estabilidad sugiere seguridad. Créeme, Els, yo sé cómo piensan. —Hace una pausa y traga saliva—. De modo que, sinceramente, esa es la única razón por la que opino que merece la pena tener en cuenta lo que está sugiriendo Adam. Después, en cuanto sepas que ya te has librado por completo de Servicios Sociales, podrás continuar con tu proyecto de casa de la era espacial.

Adam la ha incitado a decir esto. Apostaría mi casa fea y pasada de moda. El solo hecho de imaginarlo a él presionándola para que «lo hable tranquilamente conmigo» me pone furiosa.

Un frente unido, Ellen, un frente unido…

Muy oportuno, el hervidor de agua comienza a silbar. Gwen, contenta de tener algo que hacer, se lanza a la acción: lo saca del fuego, lo coloca en el soporte y acto seguido me expulsa de la cocina.

—Orla —me dice, señalando el piso de arriba—. Ve a hablar con ella, ya le doy yo un repaso a la casa en los típicos detalles en que se fijan. —Me sonríe—. Y luego, cuando las dos hayamos terminado, prepararé una insípida taza de café descafeinado.

Observo a Orla desde la puerta. Está maquillándose el rostro de forma perfecta en el espejo de baño que por fin he podido limpiar de mugre usando vinagre blanco destilado.

Cathy Grantham se va a quedar impresionada.

—¿Por qué me miras? —exige al tiempo que se pone unas gotitas de bronceador líquido en las sienes.

Hace un minuto era toda mofletes blanditos, michelines infantiles y manitas regordetas; ahora es extremidades largas, arrogancia, maquillaje y quejas permanentes.

—Te miro porque eres mi hija y porque eres preciosa y porque te quiero. —Ella enarca una ceja tupida, a la moda. Por una vez, hago caso omiso de su desdén—. Podrías ser modelo, ¿sabes? Tía Kris le ha dicho a Shay que eso es lo que quieres ser. ¿Es verdad?

—No quiero ser modelo, mamá. Me gustaría hacer modelaje. Es

cosa distinta.

Le preguntaría qué tiene de distinto, pero a ella le resultaría una pregunta tediosa.

—Acuérdate de que hoy necesito que vengas directa del instituto a casa.

—Me acuerdo.

—Obviamente, te perderás el comienzo de la visita, pero quiero que estés aquí durante una parte de ella. Y que seas amable delante de Cathy, ¿vale?

—Siempre soy amable cuando la persona lo justifica.

No muerdo el anzuelo.

—Así que nada de pasarte un momento por casa de Esme.

—Nada de pasarme un momento por casa de Esme.

—Porque últimamente haces eso mucho y tus visitas de un momento se transforman en cuatro horas. —Le sonrío a través del espejo—. Su madre debe de estar empezando a hartarse de ti.

Orla se vuelve.

—Pues es evidente que no, mamá, porque, como bien sabes, Esme no le interesa un pimiento y le daría lo mismo que se llevase a casa a un asesino en serie. —Esboza una sonrisilla de satisfacción—. Pero lo has hecho muy bien. Un trabajo fino.

No digo nada, espero a que me ilustre.

—Porque eso es lo que has estado haciendo, ¿verdad? Sacar los trapos sucios de la madre de Esme para sentirte mejor contigo misma y poder decir: «Puede que yo sea mala, pero no tanto como esa otra».

Mala. Aunque está claro que lo ha pensado, nunca había llegado a decirlo.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que soy una mala madre? —Ella abre la boca para hablar, pero no se le ocurre nada. Entonces, a lo mejor no ha borrado del todo los años en que me tuvo afecto, toda la diversión, los arrumacos, ser aliadas la una de la otra en contra de Adam—. Porque, Orla, yo te quiero tanto tanto que, cuando sales de casa, es como si te llevaras mi corazón grapado en la chaqueta. —Ella arruga la nariz imaginando la escena, pero la expresión de sus ojos se ablanda —. Y me duele mucho que des la impresión de que… no sé… de que me odias.

—No te odio. —Sacude la cabeza en un gesto negativo y se le quiebra la voz—. A veces me odio a mí misma y te echo la culpa a ti, supongo. Y odio que ya no seas la persona más buena del mundo. ¿Te acuerdas de cuando te llamaba así? —Me acuerdo. Yo era la persona «más buena» y la «más preciosa»—. Principalmente, odio haber confiado siempre en que hicieras lo correcto, pero que cuando de verdad importaba, no lo hacías.

—¡Ellen! —me llama de pronto Gwen desde la cocina—. ¡Ellen!

Miro a Orla con gesto de desesperación.

—Orla, por favor, ya hablaremos de esto en otro momento, lo discutiremos largo y tendido, ¿sí? —Me beso los dedos y luego le toco la cara. Por primera vez en varios meses, ella, si bien no lo recibe con agrado, al menos no se aparta—. Pero, para que conste, debes saber que sigo pensando que hacía lo correcto.

Cuando bajo la escalera, Gwen está de pie, abajo del todo, con los restos de un porro y el trozo de un cristal roto en las manos.

—Hum… Me parece que vas a tener que hablar con Kristy —me dice con una mueca de dolor—. He encontrado esto en la parte de atrás de la cabaña, enfrente del porche. He tenido la maldita suerte de descubrirlo.

Maldita suerte para Kristy que esté en casa de Shay, o por lo menos supongo que ahí es donde está.

Espero, por las dos, que no vuelva durante un buen rato.

Si la viera en este momento, la mataría.

41
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ESME: ¡Madre mía! Necesito hablar. ¿Dónde estás? Ya voy yo para allá.

ORLA: No voy a poder. Tengo violonchelo dentro de cinco minutos.

ESME: ¡Pasa del violonchelo, Orla! ¡Tengo noticias!

ORLA: No puedo, cielo. Se acerca el concierto de invierno, imposible perderme la clase de violonchelo.

ESME: Todavía estamos en octubre.

ORLA: Ya es casi noviembre. Bueno, pero cuéntame. ¿De qué se trata? Hoy tengo que volver directa a casa y esta tarde no tenemos clases juntas. Cuenta.

ESME: Mierda. Esto es para contarlo cara a cara. Un redoble de tambores… ¡ZANE JACKSON HA DESAPARECIDO! Todo Facebook está hablando de ello. Nadie lo ha visto desde el domingo.

ESME: ¿Y bien? Llamando a Orla… Toc-toc… ¿Y ese silencio, tía?

ESME: ¿En serio? ¿Dos horas, Orla? Para entonces ya tienes que haber terminado la clase de violonchelo.

ESME: Bueno, da igual. Llámame.

42
Ellen

Adam está jugando al fútbol con los gemelos —bueno, una aproximación al fútbol entre niños pequeños— cuando llega Cathy Grantham, con quince minutos de antelación, diciendo que le cuesta creer que el tráfico esté tan tranquilo. Yo mentiría si dijera que no me agrada la dulce escena familiar con la que se encuentra. Pero no ha sido una puesta en escena por nuestra parte, sino un mero intento de someter a los gemelos cansándolos un poco.

Sin embargo, mientras le doy la bienvenida efusivamente a la Meadowhouse, me pregunto si lo de llegar antes de la hora no habrá sido algo premeditado por parte de ella. ¿Habrá sido un intento de pillarnos desprevenidos, yo tomándome una copa de vino y Kian muerto de hambre y atacando una lata de betún para zapatos, Max jugando con un cigarrillo mientras Adam da alaridos viendo las carreras de caballos en la televisión?

De solo pensarlo…

Aun así, sí que nos ha pillado un poco desprevenidos. A pesar de lo que me he esforzado por sobornar a Max, todavía no lleva puesto un jersey, y asegurarte de que tu hijo lleve ropa adecuada para el tiempo que hace es algo muy importante, según @elsilenciodelossonajeros de *Mumsnet*. Además, se suponía que Adam iba a ponerse una camisa, de modo que no me sintiera demasiado fuera de lugar con mi vestidito de flores. En cambio, aún va vestido para jugar al fútbol con los gemelos, así que esperemos que Cathy Grantham no se la tenga tomada al Chelsea FC.

Aunque imagino que no la preocupa mucho la estética. Su cabello, que es del color de los cereales del desayuno, tiene la misma forma de pegote que en la foto de LinkedIn, y lleva un abrigo anticuado y de color marrón que luce en la solapa una mancha que parece mayonesa.

Lo de la mayonesa me calma un poco. Dice: «Sí, tengo poder, pero también soy desaliñada, torpe y humana».

—Hermosas caléndulas africanas —comenta al tiempo que se acomoda en el sofá de cuero (también conocido como el «sofá del cuchillo»)—. Tiene usted un jardín de entrada precioso. Mi media naranja le tendría mucha envidia.

Sonrío de oreja a oreja por dentro y por fuera, aceptando el cumplido con gran elegancia. No es necesario que sepa que esas flores

no las he plantado yo, que ni siquiera sé qué son.

Le presento a los gemelos y, sinceramente, no podrían hacer que me sintiera más orgullosa. Se sienten intrigados por esta extraña señora, pero de una manera encantadora. Max anuncia con urgencia que «la momia de Jared se llama Caffy» y Kian le enseña su rompecabezas de *CoComelon* y luego le pregunta si quiere un helado.

Después de que yo haya preparado un té y ella haya rechazado tres clases distintas de galletas («Si me como una, me comeré el paquete entero»), de inmediato me pongo al frente y afirmo con toda calma que la llamada anónima fue maliciosa. Le cuento lo de la carta y las publicaciones en Facebook, dos cosas de las que, por desgracia, no puedo aportar pruebas. Sin embargo, sugiero que es posible que la policía tenga una grabación de la llamada que dio lugar a la prueba de alcoholemia y acto seguido la informo de que Pelham con mucho gusto le enviará el correo anónimo que recibieron sobre mis supuestos robos (tras una charla insoportablemente sincera con el jefe sobre toda esta debacle).

—Bien. Eso sería de gran ayuda, sí —responde ella afirmando con la cabeza—. Muestra un patrón, permite ver la imagen de conjunto. Por desgracia, las denuncias por llamadas maliciosas son más comunes de lo que se podría pensar.

—¿Y son siempre anónimas? —pregunta Adam, deseoso de entender este mundo sombrío que se ha abierto a él. Lo dice en un tono un poquito insolente. Si no me preocupara que Cathy se percatase, le propinaría una patadita.

—No, no siempre. Pero debe usted recordar, señor Walsh… disculpe, Adam, que dependemos mucho de que el público nos alerte de niños que pudieran estar sufriendo. Sin respetar el anonimato, se perderían muchos casos auténticos.

A continuación, entre sorbitos de té, el cual elogia (a pesar de tener fama de susceptible), saca la lista de acusaciones que pesan sobre mí mientras Max y Kian ven *Bob Esponja* en la televisión.

La casa es un caos y los niños pequeños tienen acceso a objetos cortantes.

Yo bebo demasiado y hace poco me hicieron una prueba de alcoholemia mientras tenía conmigo a los niños.

Pierdo los nervios de manera desproporcionada y a Max, en particular, se le ve retraído y desgraciado.

Bien podrían poner el apellido de esa familia a un ala del hospital, porque esos niños no salen de Urgencias.

Hablamos del percance sufrido por Max. Le explico que el corte era pequeño y Cathy, después de verlo por sí misma, coincide en que el daño fue menor. Lo que va descubriendo lo anota en un cuaderno con forro a cuadros y después nos pregunta si hemos esclarecido del todo

cómo llegó el cuchillo adonde llegó.

Emito un carraspeo. De todas las acusaciones, esta es la que puedo intentar explicar, pero no puedo defender.

—Verás, Cathy, he cavilado mucho a ese respecto y, sinceramente, puedo responderte que no lo sé.

Y así es. Aunque se me han ocurrido las ideas más estrambóticas y siniestras, desde que entró en la casa un psicópata y dejó allí el cuchillo para asesinar a alguien en el futuro hasta que Orla se hirió a propósito delante de Netflix, lo cierto es que ninguna de ellas tiene sentido.

—Lo único que se me ocurre —contesto— es que a lo mejor alguien lo trajo para abrir un paquete y luego se distrajo. Pero cuesta creerlo, porque por lo general somos muy cuidadosos con esas cosas, te lo prometo. Pero la única explicación lógica es que alguien se lo dejara olvidado.

—¿Y quiénes son los «alguien» de esta casa?

—Pues… yo, Adam, mi hija Orla y mi hermana Kristy.

—Orla ya debe de estar a punto de llegar —dice Adam con entusiasmo, aunque para un oído marital bien entrenado eso suena a «como mínimo, más le vale».

Las demás acusaciones las supero sin dificultad. Hemos acudido a Urgencias solo dos veces: una para atender a Kian, que tenía anginas (y ahora, viéndolo en retrospectiva, tuve una reacción exagerada) y otra vez que Max desarrolló un bulto sospechoso en la cabeza que resultó ser la picadura de un insecto. Y sí, pierdo los nervios de vez en cuando, pero dígame una madre que no los pierda. Y sí, Max puede resultar difícil, ciertamente en comparación con su hermano, que es un rayo de sol, pero decir que es «retraído» es inexacto y sé en el fondo que es un niño feliz. En cuanto a lo de que bebo «en exceso», le digo a Cathy que tomo una copa de vino los fines de semana y de forma muy ocasional con la cena, pero que pasarme no vale la pena la resaca cuando se tienen dos niños pequeños que quieren hablar de dinosaurios a las cinco y media de la mañana.

A continuación, y con bastante rapidez, Cathy me formula a toda prisa preguntas que percibo que son estándar. ¿Cuándo fue la última vez que visitaron a su médico de cabecera y al dentista? Unas cuantas preguntas sobre parientes más lejanos. Todo el tiempo toma apuntes, ya ha llenado casi dos páginas con su letra desgarbada. De pronto, cierra el cuaderno y dice:

—Max y Kian, ¿sabéis qué me encantaría ver?

La respuesta es el dormitorio, que le encantaría que le enseñaran. Una oportunidad para charlar con ellos a solas, sin duda, y para fisgonear dónde juegan y duermen. Como era de esperar, Kian enseguida se apunta; Max titubea hasta que yo le digo que Cathy

nunca ha jugado al Bingo Zingo. Luego, mientras los gemelos se la llevan consigo, nos anuncia a Adam y a mí agitando un dedo:

—Y después echaré un vistazo general a la casa.

En cuanto oímos pasos en la planta de arriba y Cathy está maravillándose con el osito de peluche, Adam se vuelve hacia mí y me susurra:

—¿No le habíamos dicho a Orla que se viniera directa a casa? Seguro que está con Esme.

Son casi las cuatro de la tarde. Orla termina a las tres y cuarto y de Foxton Grammar aquí solo se tardan veinte minutos andando, quizá veinticinco si uno se entretiene mandando mensajes, cosa que Orla hará inevitablemente. Pongo los ojos en blanco y marco su número de teléfono dispuesta a echarle una bronca porque me lo había prometido.

Pero no lo coge. La llamada pasa al contestador. «Hola, deja tu mensaje, pero es mejor por WhatsApp».

Pruebo otra vez, y otra más hasta que me entran ganas de asesinarla. Creía que esta mañana habíamos tenido un avance microscópico pero significativo, pero, como de costumbre, he vuelto a engañarme.

Adam está revisando su teléfono.

—Me parece que todavía tengo el número de la madre de Esme, ya sabes, de cuando llevamos a las chicas a *Britain's Got Talent* hace unos años.

—Deberías mencionar eso delante de Cathy. Si eso no la convence de que somos unos padres nada egoístas, nada la convencerá.

Recojo las tazas y las galletas y me voy a la cocina a distraerme. Ociosamente, examino la nevera (aún está llena) y el armario de la limpieza (sigue con el candado puesto), después ataco el plato de las galletas. Ya voy por la tercera cuando entra Adam.

Viene con la mirada fija en el teléfono, desconcertado. Como un viajero en el tiempo de la década de 1820.

—La madre de Esme está en el trabajo, de modo que no ha sabido decirme con seguridad si Orla está en su casa. —Levanta la vista con la frente fruncida—. En cambio, me ha dicho que lo duda, porque hace varias semanas que no ve a Orla, puede que meses. Ya sé que no es una persona muy perspicaz, pero aun así…

—Tuve un presentimiento —reconozco, enfadada pero no sorprendida— la noche que vino a casa diciendo que había perdido mi pendiente. Tuve la impresión de que no había estado en casa de Esme.

—Entonces, ¿dónde? —pregunta Adam con expresión afligida. «Nadie me cuenta nada nunca.»

—Con algún novio, supongo.

—¿Supones? En serio, Els, hablas como si hubieras tirado la toalla

con ella. Es posible que lleve meses mintiéndonos y… y parece que a ti te da lo mismo.

—Baja la voz —replico, pues de pronto he oído unos pasos que bajan la escalera—. Y no es que me dé lo mismo, sino que yo también he sido adolescente y…

—¿Tenéis todavía una valla protectora en lo alto de la escalera? —pregunta Cathy Grantham, apareciendo en la puerta de la cocina con una cálida sonrisa y una pegatina de Pokémon, que es la manera que tiene Kian de decir que le ha caído bien—. A propósito, no es una crítica, sino más bien una observación.

—Oh, seguro que se debe a que soy demasiado precavida —respondo, encantada de que se me haya concedido la oportunidad de exhibir mis credenciales de persona más que prudente—. Si uno de los gemelos se despierta por la noche, suele venir a nuestra cama y tiene que pasar junto a la escalera. Y aunque tengo una lamparita encendida…

—Entiendo —me interrumpe Cathy, claramente complacida con la respuesta. Acto seguido, vuelve a entrar en el salón y regresa con un formulario que yo debo firmar—. Esto es solo un consentimiento para que yo me ponga en contacto con tu médico de cabecera y tenga una breve conversación con la guardería. —Sonríe de nuevo—. Después, suponiendo que quede satisfecha con dichas conversaciones, sugeriré que no se haga nada más. La casa es muy segura y está protegida —*¡Gracias, Gwen!*— y a los niños se les ve felices y bien cuidados…

De repente se oyen unos fuertes golpes en la puerta de la calle. Los típicos golpes secos e insistentes que solo pueden presagiar problemas.

Adam me perfora con la mirada, como si supiera de manera instintiva que esto es obra mía. Yo miro a Cathy Grantham. La sorpresa que se refleja en su semblante deshace todo lo que he preparado y todas las verdades que he dicho hoy acerca de lo mucho que significan mis hijos para mí.

Aunque Adam está más cerca y es físicamente más fuerte que yo a la hora de hacer frente a cualquier destrucción que esté aguardando en la puerta, paso junto a él como una exhalación antes de que tenga la oportunidad de hacer nada y solo hago un alto para empujar a los gemelos hacia la escalera.

Cuando abro la puerta, reconozco a la persona al momento, aunque es una total desconocida.

El pelo rizado y oscuro, los ojos azules. Hasta hace la misma mueca que parece una sonrisa cuando escupe palabras tóxicas.

—Hija de puta. Tráelo aquí.

Detrás de mí, Adam dice:

—Eh, espere un momento…

La madre de Zane no le hace caso y da un paso al frente.

—Y no se te ocurra mentirme, escoria, pedófila asquerosa.
Yo le digo que respire hondo y se tranquilice.
Y entonces es cuando se abalanza sobre mí.

43
Ellen

Me sangra la nariz y siento un calor tremendo en las mejillas. ¿Preludio de un hematoma, quizá? O tal vez una reacción física natural a un sentimiento profundo de vergüenza.

Me pellizco los dos lados de la nariz.

—¿Sabes qué hora es en las islas Galápagos?

Es la primera cosa que digo desde que Adam redujo a la madre de Zane en el suelo y Cathy Grantham me llevó a toda prisa hasta el fregadero de la cocina. Y como Cathy no tiene contexto, sé que esta pregunta debe de parecerle bastante absurda.

Para mérito suyo, me sigue la corriente, aunque con mirada de preocupación.

—Media mañana, creo. Con el sur de América suele haber cinco o seis horas de diferencia. —Apoya suavemente la mano en la parte superior de mi espalda porque a mí se me olvida todo el rato inclinarme hacia delante—. Ellen, ¿la cabeza la notas bien? ¿Te sientes mareada o desorientada?

Formo un «no» con los labios; la cabeza la tengo bien, lo cual ya es más de lo que dirán de la de Sylvia cuando le llegue la noticia mientras se está tomando su té *darjeeling* de media mañana. Puede que se encuentre casi a diez mil kilómetros de aquí, haciendo fotos desenfocadas a los pulpos de los arrecifes de las Galápagos, pero la radio macuto de Thames Lawley tiene tentáculos igual de largos y el constante sonar de mi móvil sugiere que mi caso ya está propagándose a toda velocidad.

No sé muy bien por qué, en medio de todo lo demás, me obsesiona una única imagen: las manos envejecidas y cuidadas de Sylvia aferrando su bufanda de seda con dibujos de cachemir. Sus mofletes hidratados con cremas carísimas agitándose mientras brama un «ya te lo dije».

«Siempre he sabido que ocasionaría problemas», dirá furiosa mientras Roger asiente sin comprometerse. «Uno puede sacar a la mujer de las viviendas protegidas, pero no puede sacar a las viviendas protegidas de la mujer.»

—Bueno, me parece que no te la has roto. —La delicadeza con que Cathy Grantham me palpa la nariz me recuerda una realidad aún más sombría—. Soy un poco experta en narices rotas, mis dos hijos son

aficionados al boxeo.

Vuelvo la cabeza y esbozo una sonrisa débil, que es lo educado que hay que hacer cuando alguien es amable contigo. A continuación me pregunto dónde estarán Adam y Orla y cómo es que no oigo a los gemelos alborotando y cómo puede Cathy Grantham juzgar si corren peligro o no los hijos de otras personas mientras a los suyos les dan una paliza en un ring.

—¿Dónde está Adam? —pregunto con la voz ronca y limpiándome la nariz con un pañuelo ya manchado de sangre.

Ella me sostiene la nuca y me agacha de nuevo la cabeza.

—Le ha parecido que era mejor sacar de aquí a los niños. Los ha llevado a casa de un amigo. Ha dicho que volvería dentro de unos minutos.

Unos minutos. De modo que habrá ido a casa de Gwen. Una caminata a buen paso cruzando el parque del pueblo. Kian, energético como siempre, saludando con la mano a las personas que están haciendo taichí a esa hora de la tarde; Max, preguntándole repetidamente a Adam «quién era la señora mala que ha gritado».

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto parpadeando para no llorar —. Quiero decir, con tu informe… con todo esto, con esa mujer. Sabe Dios qué estarás pensando.

Cathy levanta una mano para hacerme callar.

—Un momento, ¿cómo que «esa mujer»? ¿Estás diciendo que no la conoces?

—No. Bueno, sí. —Me aparto del fregadero; la hemorragia nasal ya apenas es un reguerillo—. Sé quién es, pero nunca ha había visto hasta hoy. Su hijo es alumno mío. No tengo ni idea de por qué cree que está aquí. No entiendo nada, para serte sincera.

—¿Podría ser ella la persona que ha estado presentando denuncias anónimas?

—No lo sé. Es posible que…

De pronto se oye que llaman a la puerta. Unos golpes robustos, insistentes, pero notablemente menos belicosos que los anteriores. Sin embargo, no pienso correr ningún riesgo. Cathy Grantham, empleando un tono rotundo que imagino que resulta necesario cuando se es madre de dos boxeadores, me dice:

—No muevas ni un músculo, ¿me oyes? Quédate donde estás.

Menos de un minuto de murmullos en voz baja y regresa acompañada de dos personas. Dos agentes de policía, adivino. Le dije a Adam que no llamase a la policía, pero sospecho que en estos momentos mi opinión tiene poco peso. Uno de ellos es un verdadero armario y ocupa todo el espacio de la puerta, su traje azul y su camiseta gris prácticamente explotan en todas las costuras. El otro es una mujer negra menuda que tendrá aproximadamente mi misma

edad, a pesar de que tiene el pelo gris y cortado al uno. Está claro que es ella la que manda. Si bien su complexión es más bien liviana, toda su actitud declara a gritos su determinación. El armario mantiene una distancia respetuosa, como para darle espacio a ella.

—¿Ellen Walsh? —dice con una media sonrisa que no sé descifrar —. Soy la detective sargento Roberta Knowles y este es el agente Damien Flint.

¿Un sargento? ¿Por unas cuantas manchas en un pañuelo y una nariz que no está rota? Siento el impulso de echarlos de mi casa, pero me conformo con mostrarme firme al hablar.

—Oiga, lamento que mi marido los haya llamado, pero han hecho el trayecto en balde. No voy a presentar cargos. Esa mujer estaba muy alterada y confundida. No deseo empeorar las cosas.

La sargento da un paso al frente. Un rayo de sol vespertino que penetra en la cocina le ilumina la cara y revela que, más que ser de mi misma edad, se acerca más a los cincuenta.

—Señora Walsh, no nos ha llamado nadie y no sé muy bien a qué se refiere usted. Pero es evidente que ha sufrido una agresión; podemos llamar a un médico para que la examine en la comisaría.

—¿En la comisaría? ¿Para qué? Acabo de decirle que no voy a presentar cargos.

En eso, se abre la puerta de la calle seguida de una exclamación:

—¿Qué coño pasa, mamá?

La sargento se vuelve brevemente, pero no permite que esto la desvíe de su propósito.

—Necesitamos que nos acompañe a la comisaría para formularle unas cuantas preguntas más sobre la desaparición de Zane Jackson.

—¿Qué? —Miro desesperada a Orla por el hueco que queda entre el hombro del armario y el marco de la puerta—. Por el amor de Dios, ya le he contado a Jason Bale… —¿Todo? No puedo decir eso, sería una mentira descarada. Así que, en vez de eso, respiro muy despacio—. Sinceramente, esto es ridículo.

—No me diga. ¿De verdad, señora Walsh? —La sargento ladea la cabeza y esboza una sonrisa escueta—. En primer lugar, el agente Jason Bale forma parte de nuestro equipo de policía local y ahora este caso se ha elevado a mi equipo, la Unidad de Protección de Personas Vulnerables. —El énfasis que hace en la palabra «elevado» se traduce como «señora, esto es serio»—. En segundo lugar, hay nueva información que sugiere que había muchas cosas que no le dijo usted al agente Bale. —Siento una presión que me recorre todo el cuerpo, como si estuviera perdiendo oxígeno bajo el agua—. Y aunque en este momento no se encuentra usted detenida, lo cierto es que le interesa cooperar. —Saca un papel—. ¿Querría leer esta orden que nos permite registrar su casa y su coche?

44
Ellen

Una mesa llena de arañazos. Tres sillas. Una cámara montada en la pared. Y, por fin, compañía.

—Para que conste en la grabación, hoy es viernes, 29 de octubre, y son las veinte horas y dos minutos.

Las ocho. Eso me sorprende. No habría calculado que llevo casi tres horas esperando y mordiéndome las uñas en esta sala opresiva y de color beis. Lo mucho que han tardado en empezar se ha debido a que Knowles insistió en que un oficial médico me practicara un examen completo, a lo cual terminó renunciando cuando se hizo evidente que el médico disponible más cercano iba a permanecer en un atasco de tráfico de la A413 durante toda la próxima década. La verdad es que sospecho que el retraso ha tenido más que ver con que han estado esperando recibir actualizaciones de diversas búsquedas, pero, por muy nerviosa que me ponga eso, por lo menos sé que no van a encontrar nada. Ya pueden levantar todas las tablas del suelo, revolver en todos los armarios; simplemente, no hay nada que ver.

—Se hallan presentes la detective sargento Roberta Knowles, el agente Damien Flint y Ellen Walsh. La señora Walsh ha declarado que en esta ocasión no requiere representante legal…

Correcto. Eso he declarado. En parte, por mal humor y porque no deseaba retrasar más las cosas, pero también por la creencia, posiblemente ingenua, de que solo las personas culpables solicitan ayuda.

—De conformidad con la Circular 50/1995 del Home Office, estoy obligada a informarle de que esta entrevista está siendo supervisada a distancia…

Y así continúa el preámbulo. El conocido rollo que se sabe de memoria todo el que tenga un mínimo interés por las películas policíacas que pasan por la televisión.

Un recordatorio de que estoy bajo advertencia policial.

Que lo que diga puede ser utilizado contra mí.

Que no estoy obligada a decir nada, pero podría perjudicar a mi defensa el hecho de no mencionar, cuando se me pregunte, algo en lo que luego vaya a basarme en el tribunal…

Y eso me da el pie.

Aferrando con las manos un vaso de poliestireno que contiene café

frío, respondo:

—Vale, hay una cosa que no les he dicho. Bueno, que no le he dicho a Jas… al agente Bale.

Knowles permanece inmóvil en su silla. Flint agita un pie contra el suelo, incapaz de disimular la emoción.

—Y juro que iba a informar de ello hoy; voluntariamente, quiero decir.

—Ellen, se encuentra aquí voluntariamente —me recuerda Knowles —. Es libre de irse cuando quiera.

—Sí, sí, ya lo sé, pero… —Agarro el vaso con más fuerza y el café se levanta unos centímetros. *Respira*—. Verá, la cosa es que Zane tenía un corte en la cara cuando lo recogí el domingo pasado. Era una herida reciente, sangraba un poco. En esta zona de aquí. —Dibujo un círculo alrededor de mi oído—. Y no se lo dije al agente Bale porque… Bueno, Zane me dijo que se la había hecho Paulo, que le había pegado durante una pelea tonta que habían tenido por la caldera y supe que Zane, dondequiera que estuviese, no querría que yo jod… causara problemas a Paulo. Así que no dije nada. Lo siento. Lo siento de verdad.

Knowles reflexiona un momento y se quita la chaquetilla del traje. Debajo lleva una sencilla camiseta negra y a mitad del antebrazo luce un tatuaje pequeño en forma de jota.

—De acuerdo, muy bien —dice—. No fue una buena decisión, pero comprendo la lógica. Sin embargo, anoche, el agente Bale le dijo que no había existido dicha pelea con Paulo. ¿Por qué no mencionó ese corte en ese momento?

Dice ese corte, no el corte. Es una diferencia casi imperceptible, pero transmite a gritos escepticismo.

Sé que esto va a sonar mal.

—Porque tenía que preparar una visita de Servicios Sociales. Alguien presentó una denuncia maliciosa, de modo que tenían que llevar a cabo una evaluación. Y no quería mezclarme más en todo este asunto de Zane hasta que eso estuviera finiquitado. —¿De verdad he dicho el «asunto de Zane»? Tengo dos rostros impasibles fijos en mí—. Y sé que al decir esto parezco una persona horrible y la verdad es que no me siento orgullosa de mí misma, pero juro que pensaba venir a la comisaría inmediatamente después a contarle lo del corte al agente Bale o a quien fuera. Pero no tuve la oportunidad de hacerlo porque la madre de Zane se presentó en mi casa con esa idea demencial de que su hijo estaba conmigo.

—Justo ahora he hablado con Julie Jackson, y lo cierto es que no era ninguna «idea demencial». —Es lo más que le he oído hablar a Flint. Ni siquiera me había percatado de que era escocés—. En Facebook ha habido rumores de que Zane tenía relación con una

mujer mayor. —Deja calar la frase—. Luego, alrededor de las tres de la tarde de hoy, alguien ha enviado un mensaje de texto a su madre desde un número desconocido para decirle que acababa de ver a Zane entrando en la casa de usted. El mensaje proporcionaba la dirección completa. Como es natural, la señora Jackson salió disparada.

Es como si me hubiese explotado en la cara el flash de una cámara. Me siento deslumbrada, expuesta. No sé cómo, murmuro:

—¿Qué?

Knowles confirma, «para que conste en la grabación», que el teléfono conectado a ese número desconocido está apagado desde entonces y que el número es imposible de rastrear.

—Oh, Dios mío —digo muy despacio, todavía parpadeando por la conmoción—. ¿De modo que eso es lo que están buscando ustedes? ¿Piensan que van a encontrar a Zane escondido debajo de mi cama o acurrucado en el armario de la despensa?

Knowles responde con una sonrisa glacial.

—En absoluto. Si recuerda bien, Ellen, nosotros llegamos a su casa antes de saber nada de Julie Jackson. Íbamos buscándola a usted, no a Zane. —Abre una carpeta gris y deja a la vista la primera página. Es una transcripción de mi historial de búsqueda en internet—. Veamos, usted no es seguidora de Zane en Instagram, ¿verdad? —Niego con la cabeza; ella ladea la suya—. Pero sí que visita su página con regularidad —dice tocando el papel impreso—. Mi hija, que es algo mayor que la suya, pero ya sabe usted cómo son con el protocolo de las redes sociales, diría que esto es «un cierto acoso».

Tengo mucho calor a pesar de que solo llevo puesto mi vestido de flores. No hice caso del consejo de que me trajera alguna prenda de abrigo. Un intento infantil de afirmar el control de mí misma.

—No tengo cuenta en Instagram, no. —Me encojo de hombros—. Pero en el caso de Zane, me gusta estar informada de lo que publica.

—Ah, ¿y por qué?

—Porque es un joven complejo. Vulnerable. Y su página de Instagram suele dar pistas de cómo se encuentra. Me refiero a las citas que publica. Forma parte de mi trabajo estar al tanto de eso.

Lo cual es cierto si alguna vez se hubiera parecido a un alumno normal.

—Claro, muy bien. —Knowles asiente con la cabeza y se pasa la mano por el pelo cortado al uno—. Y, por supuesto, otras pistas proceden de sus amigos y es trabajo nuestro hablar con ellos. —Vuelve a bucear en la carpeta, lee algo rápidamente y después levanta cuatro dedos—. Cuatro, Ellen, esos son los amigos de Zane que han hecho declaraciones en estas veinticuatro últimas horas y han confirmado que él les dijo, con cierto detalle, que mantenía una relación sexual con usted.

De nuevo el flash de la cámara, esta vez más intenso, casi cegador.

—Pues es mentira —respondo, pero no me sale con suficiente fuerza. La desorientación total me ha dejado la voz débil y quebradiza.

—Zane dijo también, y, por cierto, en ese caso es una frase literal que cita un amigo suyo, que hace poco usted se puso «hecha una esquizo» cuando él intentó enfriar las cosas.

Ardo de vergüenza, aun cuando lo que estoy oyendo es pura fantasía.

Knowles sigue hablando:

—También les dijo a sus amigos que usted le había dado dinero y le había hecho regalos caros, que más que nada intentaba comprar su cariño, que había disminuido. Al parecer, a él todo eso le parecía un poco «bochornoso», pero dijo que «cuanto más desesperada está, más guarra es en la cama». —Sacude la cabeza en un gesto negativo—. Esto no es agradable, Ellen. En absoluto.

Esa combinación de lástima y desprecio me saca de mi estado de postración:

—Decididamente nada agradable —coincido—. Pero decididamente falso.

Knowles se siente defraudada conmigo.

—Ellen, son cuatro amigos distintos. Solo dos de ellos se conocen. Pero todos han declarado lo mismo.

—No estoy diciendo que estén mintiendo ellos, estoy diciendo que Zane les ha mentido. —Yo misma adopto un tono de lástima y desdén —. En serio, ¿esta es la «nueva información»? ¿La fantasía de un adolescente y de otros cuatro adolescentes que la aceptan sin cuestionarla?

—Sin embargo, Ellen, esto no son fantasías. —Knowles saca varias fotos de la carpeta y las va mostrando de una en una—. Zapatillas deportivas hechas a medida, ciento sesenta libras. Un reloj Apple. Unos AirPods nuevecitos. Lo hemos encontrado todo en el dormitorio de Zane. Son objetos que les dijo a sus amigos que le había regalado usted.

Observo cada una de las fotos, aunque no sé por qué me molesto. Aparte de unas cuantas cosas caras del supermercado, nunca le he regalado nada a Zane.

Interviene Flint:

—Además de esto, no tenemos foto, pero el viernes por la noche Zane acudió a una fiesta vestido con un polo de Ralph Lauren, edición limitada.

Mierda.

Me da vueltas la cabeza. ¿Debería admitir que eso lo recibió de mí, que no fue un regalo, sino una donación? El estómago me dice que no. Si le hice un regalo, le hice veinte. Así lo verán ellos.

—Jamás he visto esas cosas. No las he comprado yo.

—Entonces, ¿por qué dice él que sí? —pregunta Knowles.

—¿Porque las robó, tal vez? —sugiero.

Cualquier escrúpulo que pudiera tener acerca de ensuciar su reputación salió volando por la ventana en el momento en que él aniquiló la mía.

—Sí, eso creímos cuando las encontramos —dice Flint en plan colega; «las mentes brillantes piensan igual»—. Y según sus amigos, no le hacía ascos a mangar de vez en cuando en las tiendas. Pero dicen que si se las hubiera ingeniado para robar artículos como esos, habría fanfarroneado sin parar, de modo que si él dijo que se los habían regalado, es que se los habían regalado. Y la persona que se los regaló, según él mismo, fue usted.

—Vaya con el chico —dice Knowles mirándome directamente—. Mi hijo pequeño tiene diecisiete años. Casi no necesita afeitarse. Ni siquiera sabe manejar un abrelatas.

—Consulten mi cuenta bancaria —replico sin ceder ni un centímetro.

—Oh, la consultaremos, puede estar segura. Pero es que usted es una profesora particular, así que debe de cobrar en efectivo con bastante frecuencia.

—A veces. —Sin poder contenerme, agrego—: Pero no lo bastante para que mis amantes adolescentes vayan calzados con deportivas de lujo.

Esboza una sonrisa irónica y acto seguido cambia por completo de táctica.

—Ellen, ¿se le ha perdido un collar? —me pregunta, y se regodea en mi confusión—. Porque hemos encontrado este en el dormitorio de Zane. A un lado de la cama, de hecho. Para que conste en la grabación, a la testigo se le está mostrando la prueba TGR-8721—. Flint saca una bolsa de polietileno para pruebas que contiene mi colgante de Tiffany. La confusión que se agita en mi estómago se transforma rápidamente en bilis—. Como puede ver, hace juego exactamente con los pendientes que encontró el equipo de búsqueda en el dormitorio de usted. Su hija ha tenido la amabilidad de confirmar que usted en efecto posee un collar a juego; su marido no lo sabía. —Me mira como diciendo: «Ya se sabe cómo son los hombres»—. Pero no hemos podido encontrarlo entre sus joyas. —Me acerca la bolsita—. ¿Podría ser este?

Bloqueo todo pensamiento sobre mi «amable» hija, sobre la devastación que me espera.

—Podría.

—¿Y cómo puede haber acabado en el dormitorio de Zane?

De ninguna manera voy a reconocer que de vez en cuando

trabajábamos en la habitación de Zane. Y en todo caso, eso no explicaría nada. Es collar me lo he puesto solo en ocasiones especiales. Tan seguro como que estoy aquí sentada, jamás lo he llevado en el piso de Zane.

—Lo llevaba puesto el viernes pasado —miento. Tengo que mentir hasta que consiga comprender qué es lo que está sucediendo aquí—. Debió de caérseme en el cuarto de estar y él lo recogió para guardarlo.

Knowles hace una mueca.

—¿A un lado de su cama?

—Donde no lo viera Paulo —contesto con el cerebro funcionando a toda velocidad—. En cierta ocasión empeñó la Nintendo de Zane para saldar una deuda que tenía en el pub.

O eso me dijo Zane. Pero, según parece, en lo de decir mentiras nos hemos ido igualando punto por punto.

—Zane la vio a usted el domingo —dice Flint—. ¿Por qué no se lo devolvió ese día?

Hago un gesto de aburrimiento, como diciendo: «¿Quién sabe?».

—¿Porque tenía cosas más importantes en la cabeza?

Cosa sorprendente, Knowles asiente.

—Bien, de acuerdo. ¿Pasamos a otro tema?

¿A cuál? Sabe Dios. No dejan de lloverme golpes.

—Ellen, ¿tiene usted un lunar en la parte alta del muslo derecho?

Ahí lo tenemos, el siguiente volantazo.

—Pues sí —respondo claramente, deseando mostrar que no estoy nerviosa.

—¿Y Zane tenía conocimiento de dicho lunar?

Respondo con medio encogimiento de hombros, como si la pregunta no mereciese uno entero.

—Seguramente lo habré mencionado, imagino. —Pero sé con toda seguridad que no. Aprendí muy pronto que en lo referente a los coqueteos no debía regalarle goles a Zane. De modo que de ninguna forma pude hablarle del lunar que tengo en el muslo. Para nada—. En este último año ha cambiado de forma y de color. He estado pensando en quitármelo.

Lo he hablado con Adam, Nush, Gwen y Kristy y con la mujer de la tintorería, y con más de un taxista, y con todos mis compañeros de la clase de Hot Pilates, y con la mayoría de padres de mis alumnos, y francamente con todas las criaturas vivientes que han tenido la mala suerte de cruzarse en el camino de una hipocondriaca como yo.

Excepto con Zane.

Knowles me mira en silencio, reflexionando sobre si es plausible o no. Intento interpretar la expresión de su rostro deseando que diga algo, pero se hace obvio que está conteniéndose.

El silencio se va estirando hasta formar un cañón y termina siendo

excesivo. Así que me derrumbo.

—Oiga, todo esto es una pura locura. Yo jamás me he acostado con Zane Jackson ni con ningún otro chico de diecisiete, si vamos a eso. Y he dado clase a muchos a lo largo de los años. Puedo facilitarle nombres ahora mismo, ¿cuántos quiere?

—El problema, Ellen, es que tenemos un testigo.

La mirada de Knowles es intensa; en cambio, su voz es suave. En lo que respecta a penaltis en la prórroga, no es un golpe seco al fondo de la red, sino más bien un tranquilo remate lanzado por lo alto.

—¿Un testigo de qué?

—Un testigo que los vio a Zane y a usted de pie junto a la parte de atrás de su coche en Trensale Row, donde usted intentó besarlo y él la rechazó.

Aguarda unos instantes para permitirme un «¡No!».

—Y no es un adolescente cachondo que se cree un chismorreo ocioso, Ellen. Es un testigo adulto, independiente y creíble.

En aquella calle no había ni un alma. ¿Habría alguien mirándonos desde una ventana?

—No, no, verá: fue Zane el que intentó besarme a mí. Ya sé que debería haberlo mencionado antes, pero es que no fue nada, cuestión de unos segundos. Yo lo rechacé, obviamente.

—El testigo ha sido muy claro: lo besó usted.

—Pues en ese caso, su testigo necesita ponerse gafas.

—El campo visual era excelente, Ellen. Recuerda con toda exactitud su coche, cómo iban vestidos los dos, las caras de ambos. Y si me permite un momento… —Toma un papel de la carpeta y lo lee rápidamente—. Sí, no me equivocaba. Resulta interesante, dado el grado de detalle que ha logrado proporcionar, que no mencione nada de una herida en el rostro de Zane. Obviamente, volveremos a verificarlo, pero…

—¿Por qué iba yo a inventarme algo así? —digo con una voz agudizada por la exasperación. No consigo entender esto, no entiendo nada—. ¿Qué motivo podía tener?

Flint toma el relevo.

—Porque estamos registrando su coche, Ellen. Y usted sabe que si encontramos una mínima gota de sangre de Zane, eso le proporcionará una explicación plausible. —La punzada de pánico que siento en el estómago me dice que nos estamos acercando a un punto sin retorno —. El testigo dice que estuvieron discutiendo…

—No estuvimos discutiendo. Yo estaba un poco molesta porque Zane podía haberle pedido a otra persona que lo llevara.

—… Y que usted lo golpeó.

—¿Qué?

—El testigo ha dicho que usted golpeó a Zane.

Miro alternativamente a Knowles y a Flint.

—Pues entonces, su testigo miente.

—¿Y por qué iba a mentir? —Knowles lo dice como si ya se hubiera hartado de mí por hoy—. Un completo desconocido, ¿qué razones podría tener?

—No lo sé. Pero yo no golpeé a nadie.

Flint lanza la siguiente emboscada.

—Díganos, ¿por qué se cambió de ropa nada más llegar a casa esa tarde?

—¿Disculpe?

—Tenemos una declaración de un tal Shay Hardwick tomada hace un par de horas. Dice que el domingo, cuando usted llegó a casa, parecía «nerviosa, como alterada».

Cabrón hijo de puta.

Desciende sobre mí una tristeza infinita. Es posible que después de esto Kristy y yo ya no nos reconciliemos nunca.

—¡Sí, estaba alterada con Shay, porque apenas lo conozco y se había adueñado de mi puñetera cocina!

—Él dice que no mucho después de llegar a casa usted se dio un baño y se cambió de ropa. Que en aquel momento no le pareció raro, pero que a la luz de nuestro interrogatorio…

—¡Estaba empapada! —chillo. No menciono que necesitaba estar sola tras la conmoción que me causó ver el ramo de flores—. Había ido directamente de un parque mojado por la lluvia a recoger a Zane y… —Freno en seco y casi suelto una carcajada—. Oh, Dios mío, ¿qué cree usted que estuve haciendo? ¿Limpiando sangre?

Flint mira a Knowles, la cual, dado el derrotero por el que vamos, muestra una actitud bastante relajada, casi frívola.

—¿Sabe una cosa? —me dice reclinándose en la silla y cruzando los tobillos por debajo de la mesa—. Hoy no vamos a preocuparnos por la sangre. La sangre, si es que la hay, nos llevará uno o dos días. Centrémonos en el ahora. —Una pausa—. En lo que hemos encontrado en su coche.

El pánico me vuelve brusca:

—¿El qué? ¿Zane? ¿Se me ha olvidado que lo tenía maniatado en el maletero o amarrado a la baca del coche?

Knowles se estira hacia delante y, con toda calma, desliza otra foto sobre la mesa.

—No. El envoltorio de un condón, Ellen. Escondido en la guantera, entre un dibujo infantil de una zanahoria, al menos por lo que pude distinguir, y el encargo de un servicio funerario para un tal Dennis Kaye. Precioso. —En ese momento caigo en la cuenta. La realidad adquiere una forma pavorosa—. Marca Durex Performax Intense, exactamente la misma de los condones que hemos encontrado en la

mesilla de noche de Zane. Quedaban solo seis de un paquete de veinticuatro. Ha estado usted ocupada. —Se inclina hacia delante y el roce de la silla contra el suelo hace que el pulso me suba por las nubes —. Y bien, ¿qué ocurrió ese día? ¿Tuvieron relaciones sexuales en su coche? A lo mejor un revolcón de despedida, en lo que se refería a Zane…

A partir de ahí, desconecto mentalmente. Estoy de nuevo en Danesfield y Zane me está preguntando si podemos parar un momento para comprar paracetamol. Solo se ofrece a ir a comprarlo cuando yo ya estoy fuera del coche. Después vuelvo a subirme y él cierra la guantera. Dice que estaba buscando pañuelos de papel. Su dolor de cabeza, por lo visto, ha desaparecido.

Mintió a sus amigos acerca de mí.

Muy posiblemente se coló en mi casa y me robó el collar de Tiffany.

Él colocó ese envoltorio de condón en mi coche.

Me tendió una trampa.

Pero si se lo digo a Knowles y a Flint, querrán saber por qué.

Tengo que salir de aquí.

Respiro hondo para tranquilizarme.

—Oiga, ¿aún soy libre para irme cuando quiera? Porque está claro que no me están escuchando. No he tenido ninguna relación sexual con Zane Jackson, y aunque me quede aquí sentada una semana más, no voy a decirles otra cosa.

Parece inconcebible que permitan que me vaya, de modo que me quedo sorprendida al ver que Knowles afirma con la cabeza. Inmediatamente me pongo de pie.

—Sí, es libre —dice mirándome—. Por mucho que me repugne, no existe ninguna ley que prohíba tener relaciones sexuales con un muchacho de diecisiete años. Pero que quede claro que la dejo en libertad bajo investigación, lo que quiere decir que continúa siendo usted una sospechosa importante, y creo que volveremos a hablar. —Se le endurece el semblante—. Sabemos que está mintiendo en algo, Ellen. Y nuestro director tiene algo que decir, ¿a que sí, Damien?

Flint asesta el golpe final:

—Una mentira que pueda probarse es lo siguiente mejor que una confesión.

Ya tengo la mano en el tirador de la puerta cuando Knowles de pronto da un salto en su silla.

—Ah, en realidad, hablando de eso… Antes de que se vaya, ¿le importaría ayudarnos con una cosa? —Ha modificado ligeramente el tono. Finge sorpresa al ver mi gesto hostil—. ¿Qué pasa? Desea contribuir a que encontremos a Zane, ¿no? —Asiento porque tengo que asentir, pero, sinceramente, ya no estoy segura—. ¿Podría echar un vistazo a esto? —me dice al tiempo que me pasa la foto de una

hoja de papel pautado—. Antes ha dicho que las citas que publica Zane suelen dar una pista de cómo se siente. Pues bien, hemos encontrado esto escrito en la primera página de un cuaderno que había debajo de su colchón. No había nada más, únicamente esta cita. ¿Se le ocurre algo?

TARDE O TEMPRANO, TODOS NOS SENTAMOS ANTE UN BANQUETE DE CONSECUENCIAS.

—Es de Robert Louis Stevenson. —El mundo se fractura y se hace astillas cuando me doy cuenta de lo mucho que me odia Zane—. Pero no tengo ni idea de lo que puede significar para Zane, lo siento.

Pero la verdad es que sí lo sé.

Significa que yo he controlado su vida.

Y ahora él está controlando la mía.

Después de rodear yo por tercera vez el aparcamiento de la comisaría, Adam por fin me da los faros delanteros. Cuesta creer que no me haya visto antes, lo cual sugiere que seguramente ha estado sentado vigilando mientras yo vagaba por ahí congelándome las tetas con mi vestido de flores. No tengo la energía física y mental necesaria para reflexionar sobre lo que significa eso.

—Oh, Dios. Llévame a casa —digo con un suspiro a la vez que me dejo caer en el asiento del pasajero—. En serio, necesito una ducha muy caliente y una copa de vino y después te contaré toda la verdad.

—Claro, Ellen. Tu versión de la verdad, querrás decir.

Su cólera es un objeto pesado y denso, tan real como otro pasajero. Me lo quedo mirando sopesando qué decir, pero de repente algo atrae mi atención hacia el asiento de atrás.

—Oye, ¿para qué es esa maleta? —le pregunto.

—He reservado habitación en un hotel. El Falcon, uno barato.

—Un momento, ¿por qué vamos a un hotel? —Él arranca el motor, pero yo alargo la mano y lo agarro del brazo—. ¿Y por qué precisamente el puñetero Falcon?

Adam se vuelve y me mira por primera vez y al instante deseo que no lo hubiera hecho. A juzgar por su expresión, está claro que no tiene muy buena opinión de lo que está viendo.

—Oh, perdona, ¿debería haber reservado en el Ritz? ¿Eres demasiado elegante para alojarte en el Falcon? Yo pensaba que, como eres la santa patrona de los pobres, era justo de tu estilo.

El estómago me da un vuelco, le suelto el brazo. Adam puede ser muchas cosas, pero sarcástico no es.

—¿Qué ocurre, Adam? —Tengo la respiración entrecortada—. ¿Dónde está Orla? ¿Dónde están los gemelos?

Me responde despacio, en un tono de voz cargado de una rabia controlada y glacial:

—Nuestra dirección, tu nombre, están circulando por todo Facebook, de modo que digamos que estamos teniendo mucho público. Créeme, tú eres la que ha salido mejor parada. —Cielo santo —. Así que los gemelos están todavía en casa de Gwen y he dejado allí a Orla hace media hora. Mañana por la mañana organizaré los días siguientes. Tú no tienes voz en esto.

—No —digo negando con la cabeza—. Ni hablar. No pienso permitir que me presionen y me hagan salir de mi propia casa. — Adam guarda silencio. Elevo la voz—: Adam, en serio, esto no es justo. Yo no he hecho nada malo.

De repente, explota:

—Que te jodan, Ellen. ¿Te estás oyendo? «Yo no he hecho nada malo, necesito vino, no pienso permitir que me presionen.» ¿Alguna vez te detienes a pensar en alguien que no seas tú misma? Porque te puedo asegurar que aquí el que no ha hecho nada malo soy yo y en cambio soy el que ha tenido que lidiar con un millón de llamadas de fisgones. Soy yo el que ha tenido que impedir que Orla destrozase la casa, el que ha tenido que contestar preguntas humillantes como: «¿Su mujer ha tenido acceso a alguna propiedad aislada?». ¿Pero sabes qué ha sido lo peor de todo? Que he tenido que mentirle a la policía, la policía, acerca de ese chico, he tenido que fingir que no lo conocía y…

—¿Qué quieres decir? —le interrumpo—. No has mentido. No lo conoces.

—Sí, pero ahora ya sé de qué va todo esto. —Me dirige una mirada de asco sin reservas—. Orla me lo ha contado todo, Ellen. Sé exactamente quién es ese chico.

Tercera mala acción

El cuchillo

Orla

Esme se tiraba a Zane. Él le hacía chantaje a ella. Yo me posicioné en contra.

Y ahí concluye mi testimonio.

Ojalá pudiera decir que no me arrepiento de nada.

Decididamente, me arrepiento de habérselo dicho a mi madre; me pilló en un momento de debilidad, me dijo que iba a arreglar las cosas. Debería habérselo dicho también a mi padre, pero mi madre me dijo que ni hablar, que ni se me ocurriese hacerlo. A veces me pregunto por qué se casarían, aunque por lo visto su boda fue bastante épica.

—Es un cerdo, pero está muy bueno. —Esa fue la presentación que me hicieron de Zane Jackson. No fue una presentación de verdad, claro; nunca se me permite acercarme a tres metros de las conquistas de Esme. Pero fueron las primeras palabras que Esme dijo de él. Un poco crueles, pero concretas y exactas.

De manera que, obviamente, lo busqué en Instagram (había montones de citas extrañas y ninguna foto de Esme) y, como era de esperar, estaba muy bueno, pero lo que me sorprendió fue que lo reconocí. Tardé un minuto en hacer memoria, pero me di cuenta de que lo recordaba de The Nook, un intento de cafetería que hay en Minton (yo voy por las tortitas de patata; otros van para comprarse allí la hierba) en la que, como está ubicada junto a la principal estación de autobuses, entran adolescentes de todas clases.

Y, la verdad, no me pareció que fuese un cerdo. Hay muchos más cerdos en Foxton Grammar. Puede que Scotti Lund dé fiestas geniales, pero, en serio, lleva las uñas superasquerosas. Vale, puede que ese Zane no hablase como el príncipe Guillermo, pero ese es el problema que tiene Esme, que solo ha conocido la vida privilegiada. A ver, no estoy siendo una imbécil intentando afirmar que yo me crie en el gueto, pero hasta los once años viví en una zona no demasiado glamurosa del sur de Londres y no me meo en las bragas solo porque alguien no pronuncie la letra T.

Aun así, Esme, Esme. Ansié llamar su atención ya desde la primera semana de instituto, y cuando me dijo «¿Te apetece venirte conmigo? Creo que a la pandilla le vendría bien contar con una pelirroja como representación» me sentí igual que si estuviera en mitad de un

escenario de Broadway y me estuvieran lloviendo ramos de flores. Quiero decir, y no se me malinterprete, Esme es una verdadera zorra, pero todo el mundo está de acuerdo en que tiene algo. Puede que solo sea la sensación de que ir a clase resultará más fácil si uno es un socio de pago del club de Esme.

Sin embargo, es un club traicionero. Hay muchos empujones y demasiados solicitantes. Una puede dejar de ser intocable, la mejor amiga, para convertirse en un cabeza de turco sin tener la menor idea de qué ha hecho para desagradar. A veces es porque te has puesto una prenda de ropa similar a la de ella. Otras veces es porque simplemente has hecho los deberes de clase. Pero en mi caso, la raíz de todos los problemas es que soy más guapa (y si eso suena arrogante, pues lo siento mucho).

—Pero es que tú eres muy básica, Orla —me dice ella siempre (el máximo insulto)—. Vamos a hacer algo interesante para variar. ¿No te aburres nunca de ser solo guapa?

Lo dicho: una zorra. Pero en fin.

De todas formas, durante casi todo el mes que estuvo tirándose a Zane, la verdad es que no habló conmigo. Yo ya había sido desterrada del reino anteriormente por haber cometido delitos contra la reina. En realidad, en aquella ocasión por lo menos sabía cuál había sido mi delito: faltar al respeto a Amber Keller. Por lo visto, no debería haberla regañado por reírse de unas deportivas rancias que tenía desde primero de secundaria cuando su padre ocupa un puesto «muy alto» en un sello discográfico (en recursos humanos y en formación; difícilmente iba a ser Jay-Z).

De verdad que deseaba desesperadamente que no me importase, pero todas mis amigas estaban enganchadas a Esme. Además, una enseguida se siente sola cuando no tiene amigas ni vida social, solo los ensayos de violonchelo, los deberes de clase y las cuatro temporadas de la última serie de televisión.

Y entonces sucedió lo de Zane. El vídeo. Y me lo contó a mí la primera, naturalmente, porque cuando las cosas se ponen feas y quiere apoyo y compasión infinita, no recurre a Amber Keller ni a Abi Devlin ni a Sophie Chau ni a Sinead Gallagher ni a Jodie Parks ni a Priya Prasad ni a Georgia Huckle. Recurre a mí.

—Ya te dije que era un cerdo —sollozaba—. En realidad es peor que un cerdo, es un puto criminal. —Llevaba una hora entera despotricando. Pensé que quizá se calmase con el vodka de mi madre, pero tuvo el efecto contrario—. Quiere trescientas libras para este viernes o enviará a todo el mundo el vídeo que me grabó a mí inclinada sobre su cama y jugueteando conmigo misma. A ver, solo lo hice porque me dijo que necesitaba algo que lo excitase mientras yo pasaba la Semana Santa en Verbier y que todas las tías de Pornhub no

estaban ni la mitad de buenas que yo. —Ahogó un sollozo—. Pensé que estaba siendo un amor.

Pues eres idiota, pensé yo mientras le acariciaba el pelo y afirmaba que Zane era un hijo de puta. Pero incluso en ese momento estaba ya barruntando una idea, un plan para afianzar mi posición en el club de Esme.

Para «hacer algo interesante».

—¿Cómo vas a pagarle? —le pregunté, y acto seguido le ofrecí las setenta libras que había estado ahorrando para comprarme unas Converse nuevas.

—No necesito tu dinero —se mofó. No sé por qué me sorprendió que no añadiera un «gracias»—. Ya sabes cómo es mi madre, ni siquiera me preguntará para qué es con tal de deshacerse de mí.

Tenía razón. Consiguió el dinero. Llegó el viernes y pagó a Zane. Y él juró por su vida que borraría el vídeo y no le pediría más dinero. Pero mientras Esme pasó página feliz (no hubo rastro de ningún vídeo, no hubo más peticiones de dinero), yo no podía evitar hacerme la misma pregunta:

¿Cómo se atreve?

Quiero decir, en serio. ¿Cómo se atreve cualquiera de ellos?

¿Cómo se atrevió Declan O'Dell a decirle a Scotti Lund que yo había dejado que se corriera en mis tetas en la fiesta de Esme? Se corrió en mi mano al cabo de veinte segundos. ¡Ni siquiera me había quitado la puta chaqueta!

¿Cómo se atrevió Callum Rudd a dejar un consolador en mi pupitre y luego llamarme todo nervioso? «No son más que bromitas cachondas, Orla.»

¿Cómo se atrevió Roan Howells a pensar que besarnos en su cama era una invitación a meterme dos dedos?

Yo no hice nada cuando sucedieron esas cosas. Nada. Fruncí el ceño, suspiré y después me fui de fiesta con las chicas. Y todas habían tenido experiencias parecidas. En el caso de Sinead Gallagher fue peor, mucho peor.

Así que, cuanto más pensaba en ello, menos tenía que ver con impresionar a Esme (aunque, sin duda, ese era un producto secundario muy atractivo). Más bien tenía que ver con hacer justicia. Adoptar una postura. Hacer un ajuste de cuentas. No había nada que yo pudiera hacer ya con las mentiras de Declan ni con las «bromitas cachondas» de Callum ni con los dedos de Roan (excepto soñar despierta con rompérselos) y, para ser sincera, si buscase venganza contra alguno de ellos, declararían abierta la veda contra mí.

Pero aquel tal Zane, aquel desconocido, no me conocía. Jamás habría sospechado de mí. Podría vengarme de él por haber chantajeado a Esme.

No era mi intención que todo derivase en algo tan demencial.

Ellen

—Cielo, respira —la insté—. No entiendo ni una palabra de lo que estás diciendo. Pero, sea lo que sea, voy a solucionarlo, ¿vale? No sé lo que ha pasado, pero se va a arreglar.

La había encontrado acurrucada en el suelo del dormitorio, hiperventilando contra un cojín. Cuando estaba en la cuna se calmaba mordisqueando la oreja de su gato de peluche. El hecho de que se hubiera replegado hacia la infancia me había llenado la cabeza de pensamientos muy negros.

Que estaba embarazada.

Que estaba embarazada y peor: que ya había dejado pasar demasiado tiempo para poder tomar decisiones.

Que la habían violado o agredido sexualmente.

Que la habían violado y la habían dejado embarazada y yo iba a tener que prenderle fuego a todo.

Sentí el corazón hecho pedazos; mi pequeña solo tenía quince años.

Echando la vista atrás, con frecuencia me pregunto si mi reacción fría y pragmática a la inesperada revelación que me hizo Orla no sería el resultado de haberme preparado para el apocalipsis. Del hecho de que esperaba encontrarme algo mucho peor. Porque, en cuanto me dijo que no había sufrido ningún daño, que la situación era innegablemente mala pero no fatal, sentí que me inundaba una oleada de alivio. Me transformé en alguien que jamás había imaginado que iba a ser.

—A ver si lo he entendido bien —dije muy despacio, necesitando oír mi propia voz. Orla me había hecho un relato semifrenético salpicado de hipos convulsivos, mocos y lágrimas—. Entraste en The Nook y metiste un cuchillo en la mochila del instituto de un desconocido. Y lo hiciste por orden de Esme Eavis, que no movería ni un dedo por ti aunque te viera al borde de un precipicio.

Cuando dije «por ti» me refería a cualquiera, pero no quise herir sus sentimientos. No estaba embarazada ni había sufrido ningún daño. Ella era la agresora, no la víctima.

Al darme cuenta de eso, al tener que recalibrar y pensar que mi pequeña era una imbécil total, me había dejado sin habla unos segundos. Pero ahora quería detalles y, si ella quería comprensión, se le había terminado la suerte.

—¡Nooo! —aulló, y juro que la habrían oído desde el otro extremo del parque, si no desde Bolivia. Fue una bendición, y bien sabe Dios que la necesitábamos, que Adam se hubiera llevado a los gemelos a la piscina—. Esme no me ordenó que lo hiciera, ni siquiera sabe que he sido yo. No lo sabe nadie. Iba a contárselo, pensé que se pondría contenta. De eso se trataba. Bueno, no, eso era una parte… —Intentó un gesto desafiante para calmar el temblor de la barbilla—. La otra parte consistía en hacer que al menos uno de los chicos pagase por todas las putadas que hacen sin que les ocurra nada.

Sin embargo, aquel chico en particular no era lo que se dice un «gilipollas de Foxton» y ese era el quid del llanto de Orla. Había hecho pagar al menos privilegiado de todos y se sentía paralizada por un sentimiento de culpa. Aquel chico llevaba una existencia muy dura en la Lomax y, sin embargo, había sacado la máxima nota en diez exámenes del certificado de secundaria (de eso se había enterado por Instagram). Además, acababa de subir una publicación en la que decía que estaba orgulloso de sí mismo «por primera vez en su vida» porque por fin había logrado comprarle una reja de seguridad a su anciana vecina, que no dejaba de sufrir robos en su casa.

Orla insistió en que yo viera dicha publicación, la foto de una encantadora anciana riendo mientras cortaba una cinta que rodeaba la puerta de su casa. No estaba segura de si mostrar su rostro en Instagram sería la mejor manera de garantizar su seguridad, pero era difícil negar que era un gesto amable.

—¿No lo ves? —gimió Orla, inconsolable—. Para eso quería el dinero.

—Ah, ¿y eso es una excusa para lo que hizo?

—No. Pero con esto es un chico tonto y desesperado, no un cabrón hijo de puta. Esas fueron las palabras exactas que dijiste de tío Cahill, mamá. Hablando de todas sus cagadas y todos sus robos. Y ahora, para empeorar las cosas, Esme se ha enterado de que estuvo fanfarroneando del vídeo. Pero ya es demasiado tarde, ahora es muy grave…

Grave. Expulsión permanente de ese chico del instituto casi un año antes de los exámenes de secundaria. Un posible cargo penal. Como mínimo, lo enviarán a un reformatorio.

—La verdad, mamá, es que yo creía que solo lo expulsarían temporalmente. El año pasado, Vinnie Aldridge llevó a clase nada menos que una espada, una de uso ceremonial que tenía su padre, y solo lo echaron del equipo de fútbol. Pero es que a ese tal Zane ya lo han expulsado más veces. Por absentismo escolar, piensa Esme. Ah, y en una ocasión, por haberle dicho a un profesor de Educación Física que se fuera a la mierda. —Me miró con expresión suplicante, anonadada por haber sido tan tonta.

—¡Pero un cuchillo! ¡Un maldito cuchillo, Orla! Y no me hables de Vinnie Aldridge, ese tiene menos cerebro que un mosquito. Pero tú eres lista. O por lo menos, eso pensaba yo.

—¿Y qué debería haber hecho? —Tomó el micrófono la Orla beligerante, un personaje que no existía antes de Esme—. ¿Haberle dibujado unos cojones y una polla en la mochila? ¿Haber escrito «Zane Jackson tiene la polla como un guisante»?

—Si tan convencida estaba Esme de que él le había grabado un vídeo, debería haber acudido a la policía. El chantaje es un delito, Orla, no un juego de ojo por ojo.

—Si hubiera acudido a la policía, alguien habría tenido que ver el supuesto vídeo. Se sentía mortificada.

La dignidad de Esme (aunque bendita sea) ocupaba el puesto número 512 en mi lista de preocupaciones.

—Por Dios, ¿pero de dónde sacaste un cuchillo? —exclamé de repente—. No he notado que me falte ninguno.

El movimiento furtivo de sus ojos me dijo que no iba a gustarme la respuesta.

—Lo robé.

—¿A quién?

—En la tienda de Benny's Bargains que hay en Minton High Street. Lo habría pagado… —Esto último lo dijo con cierto amor propio, como si ello restableciese su personalidad—, pero había entrado en la tienda vestida de uniforme. El dueño habría sabido que no soy mayor de dieciocho.

—Oh, brillante, Orla. Sencillamente brillante. —Y pensar que nos vinimos a Thames Lawley pensando en su educación… Deberíamos haberla mandado a vivir con mi madre y Cahill—. ¿De modo que ahora también robas en las tiendas? Además de ser una… —No se me ocurrió el término apropiado, ya me costaba trabajo acordarme de en qué año estábamos—. ¿Una persona que mete armas en las mochilas ajenas?

Por primera vez, me puse de pie. Tenía que poner un poco de distancia entre ella y yo. A continuación, me acerqué a la ventana del dormitorio y contemplé el parque del pueblo. Había una pareja joven intentando hacer volar una cometa, cosa que en circunstancias normales me habría parecido de lo más aburrido. Pero en aquel preciso instante, los inocentes esfuerzos de aquella pareja, su simplicidad, casi lograron conmoverme.

Me di cuenta de que todo aquello era culpa mía.

En su primera adolescencia, una etapa en la que Orla necesitaba una atención más intuitiva por mi parte, los gemelos eran una fuente continua de problemas que me robaban el tiempo y la cordura mental. Orla tuvo la primera regla el mismo día en que a los gemelos les

tocaba ponerse la vacuna de los seis meses, y como después Kian estuvo varios días de mal humor y Max invadido por una furia de proporciones bíblicas, yo apenas tuve tiempo para acusar recibo de que ella acababa de alcanzar un hito importante.

Le había fallado en esa ocasión y en otras muchas. De pronto, todo surgió clarísimo.

Regresé con ella e intenté ahogar mi sentimiento de culpa haciendo más preguntas.

—¿Y cómo sabías que iban a pillarlo con el cuchillo encima? —le pregunté a Orla—. Podría haberlo visto al mirar dentro de la mochila.

—No lo sabía —lloriqueó—. Lo único que sabía era que en St. Tommy More estaban probando unos escáneres de metales. Había oído a varios alumnos hablar de ellos. Eso fue lo que me dio la idea. —Calló unos instantes y de pronto se le descompuso el rostro—. Y supongo que tuve suerte de que Zane no lo encontrase. Pero yo no siento que haya tenido suerte, mamá, me siento fatal.

Lo que dijo a continuación me subió el corazón a la garganta y volvió a bajármelo hasta el suelo.

—Pienso que debería confesar lo que he hecho.

Me quedé mirándola horrorizada. Sabía que, en un nivel fundamental, debería sentirme orgullosa de que mi hija quisiera asumir su responsabilidad; pero yo trabajaba en educación y sabía lo que implicaría eso.

—No —respondí de manera inequívoca. Fue como si esa palabra hubiera adquirido un significado nuevo. No era una respuesta; era un decreto, y además un decreto que haría cumplir por el medio que fuese necesario—. De ninguna manera, Orla. No, no y no.

Ella, sorprendida, hizo ademán de levantarse.

—¿En serio me estás diciendo que no diga nada?

Me acerqué a ella.

—Te estoy diciendo que lo dejes pasar. Has hecho una cosa horrible, aprende de ella y sigue con tu vida.

—Excepto que Zane no puede seguir con la suya, ¿verdad? —Transcurrieron unos instantes de silencio. Orla aguardó, pero yo no cedí—. En serio, mamá, me parece increíble. —Me miró con una expresión de asombro y asco—. Así que, aunque yo le haya jodido la vida…

—Orla, escúchame —la interrumpí, desesperada—. Yo fui al instituto con chicos como Zane. Siempre hacían novillos, siempre los expulsaban. Créeme, aprueben los exámenes o no, los de ese pelaje suelen joderse la vida ellos solos a no mucho tardar.

—¿Los de ese pelaje? —el asombro desapareció y solo dejó desprecio y asco puro y duro—. Dios mío —dijo, mirándome como si me estuviera viendo por primera vez—. De modo que todo eso de la

justicia y los privilegios con que me llevas martilleando la cabeza desde que iba a la guardería eran solo chorradas, ¿no? No incluye a «los de ese pelaje».

Ah, cuando uno es joven y con principios…

¿Cómo podría hacerle entender? Para una adolescente de quince años, el futuro es algo que ya se abordará en el futuro. Yo estaba pensando en su vida; en cambio, ella apenas pensaba más allá del próximo fin de semana.

—Mira, tú eres una chica muy buena que ha hecho una cosa muy mala —le dije en un intento de halagarla—. Pero, con independencia de lo que hayas hecho, ese chico huele a problemas y apostaría a que sería solo cuestión de tiempo que lo expulsaran por alguna otra cosa. —Sentí odio hacia mí misma. Aquella no era yo, aquellas no eran mis convicciones. Pero no era momento de apelar a valores personales; era necesario que fuese realista, que fuese madre—. Chantaje, Orla, de eso estamos hablando aquí, y para eso no hay excusa. Y tú no vas a sacrificarte por un chico así. De ninguna manera. No va a pasar tal cosa.

Sus ojos hinchados relampaguearon desafiantes.

—Entonces, ¿opinas que debería salir impune de esto?

Era una pregunta de sí o no que me dio ganas de sacarme los ojos, así que chillé:

—¡Lo que opino, Orla, es que deberías pensar bien lo que ocurrirá si admites haber hecho eso! Te vas a destrozar la vida. ¿Eso es lo que quieres?

Parpadeó.

—A mí no me expulsarían. Ni siquiera me han hecho nunca una amonestación.

—¡Por el amor de Dios, madura! —Nunca me había parecido más a mi madre—. Es un delito penal llevar encima un arma en un lugar público, o como se diga. Y seguro que ponérsela a alguien en la mochila también es un delito. Y acuérdate de que tú no eres ese idiota de Vinnie Aldridge, que llevó a clase la elegante espada de su padre para exhibirse. Lo que has hecho tú no solo ha sido una temeridad, sino que además has actuado con alevosía y premeditación. Olvídate de la expulsión; no me sorprendería que te denunciaran. Como mínimo, te caería una advertencia. —Orla abrió la boca, pero yo continué a toda máquina—: ¿Y dices que quieres estudiar en Oxbridge y ser abogada? Pues que tengas buena suerte con la solicitud. Imagino que sabrás lo que son las comprobaciones de antecedentes penales.

Orla asintió de mala gana y se tiró en la cama, dándonos la espalda a mí y a mi doble rasero.

Por fin, gracias a Dios, la había hecho entrar en razón, por desagradable que le resultase.

Así pues, tu hijo o el mío; ¿qué salvarías de un edificio en llamas? Porque a eso se reducía la cuestión. Mi hija o un chico cualquiera cuyo rostro yo no lograba ubicar. Mi corazón frente a mi conciencia. La realidad o algo abstracto.

Cuando le resumí las consecuencias de su acción, que podrían cambiarle la vida, no fue solo con la intención de asustarla. Si hubiera confesado, cabía la posibilidad de que hubiera tenido problemas muy graves. Estoy convencida aún hoy. Y aunque todo el mundo sabe que las adolescentes de raza blanca y de clase media no son las que más difícil lo tienen en la vida, de vez en cuando se toma una para dar ejemplo.

Bueno, pues no va a ser esta.

Mi hija no.

¿Era esa la manera correcta de pensar? Obviamente no, y desde luego Orla no pensaba así. Si tuviera unos años más, habría que llamarla hipócrita; pero tenía quince, de modo que había que llamarla «adolescente». Adam tampoco lo aprobaría; Adam siempre ha creído que mientras uno obre correctamente, lo cual es siempre algo fijo e indiscutible, todo saldrá bien. Con su moralidad de talla única, es peor que un muñeco de *Barrio Sésamo*.

Y por esa razón no le he contado nada.

Orla también me imitó en eso, aunque adoptando una actitud de mártir impotente. Lo cierto es que se lo podría haber contado en cualquier momento, no había nada que pudiera hacer yo para impedírselo. Pero simplemente le resultaba útil no contárselo. *Y luego afirma que no nos parecemos en nada.*

Aquel secreto generó un abismo entre nosotras. Cabría pensar que nos acercaría; sin embargo, mientras yo me veía a mí misma como su protectora, ella ahora me consideraba una cómplice. Y esa es una dinámica traicionera para una madre y una hija: crea unos límites nada sanos, disfuncionales.

Dicho a las claras: me perdió todo el respeto.

A lo largo de la semana siguiente reflexioné mucho sobre aquel chico. De tanto en tanto lo consideraba un chantajista, pero cada vez más lo fui viendo como una víctima. Y aunque en su momento, cuando le dije a Orla que no hiciera comparaciones, lo decía en serio, también reflexioné sobre Vinnie Aldridge, vástago de una de las familias más adineradas de Thames Lawley, que había llevado al instituto nada menos que una espada y apenas había recibido una colleja por su mala acción. Claro que todo el mundo sabía que Vinnie no era capaz de hacer daño a una mosca aunque hubiera querido, no tendría los medios necesarios. Pero no se trataba de eso. Yo me había leído las normas del instituto. Las normas son las normas. O por lo menos,

deberían serlo.

Y desde luego lo son si uno proviene de la Lomax, o de Highfield, o de alguno de los denominados «barrios marginales», en los que no muchos vecinos tenían un padre cuya afición fuese coleccionar espadas ceremoniales y automóviles Bentley. Resulta curioso que se hable de los jóvenes menos privilegiados de la sociedad como si fueran salvajes y que cuando hacen algo malo se les exija un grado de responsabilidad mucho más alto.

Si el tal Zane hubiera esgrimido una espada, ¿se habría considerado una travesura inocente? ¿Y lo de ser expulsado por haberle dicho una palabrota a un profesor? Si bien yo no perdono las faltas de respeto, Tom, el ex de Nush, en cierta ocasión encerró a un profesor en un armario de la despensa y lo tuvo allí una noche entera. La consecuencia fue que su padre se tomó un whisky con el director y el instituto reformó de arriba abajo el gimnasio.

Básicamente, la vida esparce purpurina sobre unas personas y diarrea sobre otras y yo, al proteger a mi hija, formaría parte de la élite sucia.

Empecé a sentirme mal, en ocasiones físicamente mal, por lo que había hecho. Por lo que había aprobado.

Y luego estaba lo de la vecina encantadora y la reja de seguridad. Lo que le dije a Orla era cierto: que aquello no le servía en absoluto de excusa a Zane. Pero la idea de que Zane no era intrínsecamente malo me revolvía aún más el estómago y me quitaba más el sueño. Convertía mi sentimiento de culpa en algo vivo.

Un día, después de mucho contenerme, furtivamente le eché un vistazo en Instagram. Me dije a mí misma que estaba siendo prudente, que solo quería cerciorarme de que Orla no lo seguía. Para resumirlo, era un chico guapo, adoraba a Hemingway y acababa de cocinar un pollo a la cazadora partiendo de cero. Los comentarios que había debajo eran, previsiblemente, superficiales:

¿Pollo a la qué, tío?
¿Te has vuelto gay, Z?

Seguro que Gordon Ramsay está cagándose encima. 😊
Supongo que con algo tienes que entretenerte.

Lo que me movilizó, lo que me ofreció redención, fue lo que respondió él al último comentario:

Pues sí. El ministerio todavía no me ha asignado un tutor. Ya han pasado tres semanas. Se me está ablandando el cerebro, tío. Menos mal que existen las series de televisión (tristemente).

Solo tres semanas, me dije. Está ansioso. Lo único que supe fue que ya podía prepararse para llevarse una sorpresa porque fácilmente

podía esperar hasta tres meses. De modo que se hacía obvio que se trataba de un chico inteligente que quería aprender y con el que yo estaba en deuda. Y sabía cómo se llamaba y en dónde vivía. Probablemente no me haría falta preguntar demasiado para localizarlo.

Mi sentimiento de culpa me impulsó a actuar. Mi imaginación elaboró el argumento.

—Es de lo más increíble —dije dos días más tarde, de pie en la puerta de su casa—. Estaba buscando recetas de pollo a la cazadora en Instagram y me tropecé con tu foto y tu comentario. No te lo vas a creer, pero vivo por aquí y doy clases particulares, sobre todo de Literatura, y hago algún que otro trabajo de forma gratuita. A lo mejor podría dedicarte los viernes por la tarde, si te interesa. ¿Qué te parece?

Zane me preguntó cómo había dado con él, aunque no lo dijo con suspicacia, sino con admiración. Yo le dije que había reconocido la Lomax en una foto y que obviamente sabía cómo se llamaba por su perfil de Instagram y que una persona me había dicho que si le daba cincuenta peniques me diría dónde vivía Zane Jackson.

Mentiras, muchas mentiras. Pero durante todo ese tiempo pensé que la única que estaba mintiendo era yo. Ahora tengo una lista interminable de preguntas:

¿Supo Zane todo el tiempo quién era yo?

¿Cuánto tiempo llevaba planeando esto?

¿Dónde está ahora?

¿Qué es lo que se propone?

45
Ellen

Cuando miramos en The Falcon, había una boda en pleno apogeo. La voz de Whitney Houston tronando desde un salón de eventos. El novio fumando fuera con sus amigotes. Transcurridos unos minutos, pasó la novia a la carrera en dirección a los lavabos seguida por varias damas de honor. Le di la enhorabuena. Adam le deseó un amenazante «la mejor de las suertes».

En la salud y en la enfermedad. Siempre he pensado que esa frase es antigua. Es una promesa a la que concedemos un gran peso cuando en realidad amar a una persona que está enferma o, peor, que está muriéndose, es algo fácil, instintivo. Pero amar a alguien cuando no es digno de ser amado, cuando es incomprensible… en fin, en eso consiste estar casado. Eso y la libertad de señalar que tu media naranja está diciendo una soberana tontería.

—En serio, ¿estás siendo obtuso a propósito? —le pregunto a Adam mientras estamos sentados el uno junto al otro en la cama de la sombría habitación número 213. En la pared de enfrente hay un cuadro de un torero español, y durante la última hora nos hemos dedicado a tratarlo como un mediador, evitando mirarnos a la cara y dirigiéndole a él todas nuestras preocupaciones—. ¿Te das cuenta de que si confieso lo de Zane estaré poniendo a Orla a los pies de los caballos?

Él reflexiona durante largos instantes. Noto que sube y baja los hombros esforzándose por elaborar un argumento que valide eso. Al final dice:

—Yo me dejaría matar por nuestros hijos, pero ¿sabes una cosa? No sé muy bien si me dejaría matar por ti. —Yo le respondo con un «gracias». Él prosigue—: A ver, no estoy diciendo que no lo hiciera de ninguna manera, pero no estoy seguro del todo. Porque el amor marital es distinto, ¿no? No es incondicional. Ni siquiera es constante.

—Es una pena que ya se hayan terminado los discursos de la boda. Podrías haber ofrecido tus servicios.

Él mantiene la vista al frente.

—Lo que quiero decir es que moriría por nuestros hijos, pero que en esta situación, en este absoluto desastre, te elegiría a ti antes que a Orla. El estigma de la expulsión del instituto frente al estigma de que te acusen de haberte acostado con un adolescente, de estar

involucrada de alguna manera en su desaparición. Para mí no hay duda, Els. Orla es joven, inteligente, terminará volviendo al camino correcto. Tú, sin embargo, jamás te librarás de esto. El daño que sufrirá tu reputación pondrá fin a muchas cosas.

—¿El daño que sufrirá mi reputación? Lamento informarte, Adam, de que ese barco ya ha zarpado. Ya viste Facebook. —Lo vimos ambos durante diez segundos enteros. El consenso general es que soy una escoria. La parte positiva es que estoy «más o menos buenorra»—. La gente quiere creer que yo me estaba tirando a Zane. Es una historia muy jugosa, así que se aferran a ella. Aunque Zane reapareciera mañana, cosa que no va a pasar, y rebatiera todas y cada una de esas palabras, la gente siempre va a pensar que algo de verdad habrá habido en todo esto.

—¿Por qué estás tan segura de que no va a reaparecer? Porque te darás cuenta de que si reaparece y se confiesa antes que tú, controlará la narrativa…

—No va a confesar. Es mucho más divertido quedarse escondido en algún sitio y dejar que sobrevenga la hecatombe. —Adam deja escapar un breve resoplido de duda—. Ahora ya sé que detrás de esto está Zane, así lo demuestra la frase del «banquete de consecuencias» que tiene anotada en su cuaderno. Pero, sin la carta, no tengo prueba de ello. Sí, podemos ir a ver a la sargento Knowles y contarle la jodida historia que implica a nuestra hija en sabe Dios cuántos delitos. ¿Pero eso ayuda realmente a alguien? Zane continúa desaparecido. Yo sigo siendo la última persona que supuestamente lo vio. Siguen teniendo un testigo que dice que estuvimos discutiendo, que yo le pegué. Si acaso, lo de Orla me da un motivo para querer hacer daño a Zane. A lo mejor piensan que Zane estaba a punto de sacar a la luz lo que hizo Orla y yo decidí impedírselo.

—Entonces, ¿crees que se coló él en casa? ¿Que fue él quien te robó el collar y se llevó la carta? —Esto es lo primero que me pregunta que no va envuelto en una acusación o en una pulla.

—Tiene que haber sido él. Desde luego, sabría cómo hacerlo.

—¿Y Servicios Sociales? ¿Le contaste a Zane lo de la mano de Max?

No se lo conté, estoy segura de ello. Pero ahora necesito reformular cada conversación, averiguar si hubo algún momento en el que Zane pareció cambiar. ¿Estaba distinto antes del día en que vio la foto de Orla en mi iPhone? Sin embargo, Orla juró que no se conocían. E incluso aunque Zane la hubiera reconocido vagamente, ¿cómo diablos habría sabido lo que había hecho?

—A lo mejor en Servicios Sociales no están conectados —sugiero, aunque en mi fuero interno no lo creo—. Podría haber sido la guardería; si no la señora O'Leary, alguna de las madres. No lo sé. —Finalmente, me vuelvo hacia él—. Lo que sí sé es que los de Servicios

Sociales no te quitan a tus hijos porque tú puedas haber estado tirándote a un chico de diecisiete años. Pero sí que te los quitan si hay un cuchillo de por medio. Y si yo confieso lo de Orla y Zane, ese será el segundo incidente con cuchillo que asocien con nosotros. Y eso es malo, Adam. Malísimo.

Él afirma con la cabeza. Me ha llevado una hora, unos cuantos gritos y un nivel de vulnerabilidad que me ha dejado destrozada, pero me parece que por fin he conseguido que lo entienda.

—Quizá deberíamos pensar en mudarnos —dice—. No estoy seguro de que podamos seguir viviendo en Thames Lawley después de esto. No sé, puedo aguantar un cierto grado de chismorreo, pero esto es un escándalo. Es basura.

Aún no estoy preparada para esta batalla. Ni para la batalla interna en la que sopeso si puedo capear el temporal o no ni para la batalla real que tendré con Adam cuando decida que sí, que probablemente puedo.

—Mira, la única decisión que tenemos que tomar en este momento es la de ponernos de acuerdo en proteger a Orla, ¿correcto? —Espero a que me dé una respuesta afirmativa, que llega en forma de un gesto mínimo con la cabeza—. Porque si esto llega a las redes sociales, y tengo la horrible sensación de que es muy posible que llegue, lo de «una niña pija pone un cuchillo en la mochila de un adolescente desfavorecido y este busca vengarse en la madre pija que la encubrió» es una historia mucho mejor que la de: «Se rumorea que una mujer se está follando a un estudiante desaparecido». Y Orla tiene dieciséis años, Adam. Es una cría. Se moriría bajo ese grado de escrutinio. Yo soy mayor, soy resistente. Si llega el momento, podré aguantar.

—Así que ese es el plan de acción, ¿no? Cruzar los dedos, aguantar, esperar a que la policía se vaya.

—Bastante, sí.

Entretanto, yo encuentro a este testigo.

Porque Zane y yo no somos los únicos que hemos mentido.

46
Jason

Jason hace unos giros de cuello, estira la espalda, traga dos ibuprofenos. Anoche tocó fondo al dormir en el coche, que dentro de poco volverá a ser suyo. Podría haberse ido a un hotel, pero en ese caso habría tenido que anotar el gasto en la tarjeta de crédito conjunta y a saber qué pensaría Emma. Probablemente supondría que él estaba echando un polvo con alguien en un sórdido Travelodge de por ahí. Aunque duda que se pusiera celosa; lo más probable es que le diera lo mismo.

De hecho, un gasto en la tarjeta de crédito conjunta le recordaría que es necesario que separen sus finanzas y pongan en marcha el divorcio. De modo que se alegra de no haberla avisado de ello. Quiere aferrarse a la creencia de que quizá exista una manera de volver.

¿Pero a quién pretende engañar?

En este momento solo le queda una salida y no incluye la felicidad.

Pero siempre ha sabido que terminaría aquí. Ahora simplemente necesita llegar hasta el final.

No sabe muy bien qué hacer hoy. No puede volver a la casa mientras siga estando invadida de niños de los Walsh. No puede mirarlos a los ojos, aunque la razón que ha dado a Gwen haya sido la de «conflicto de intereses».

—¡Por Dios, no puedo permanecer bajo el mismo techo que los hijos de una sospechosa a la que están investigando! ¿En qué estabas pensando?

Gwen no respondió. Él tampoco lo necesitaba; sabía exactamente lo que estaba pensando.

Sé una buena amiga, ayuda a Ellen, y a la porra lo que quiera él.

Mira el teléfono: son las 6:25 de la mañana. Puede posponerlo una hora más, luego tendrá que llamar a la comisaría para decir que no volverá a entrar. Es increíble lo nervioso que le pone la idea de decir que está enfermo cuando, si supieran una décima parte de lo que ha hecho, una sanción disciplinaria por absentismo laboral sin justificar sería el menor de sus problemas. Sin embargo, desearía no haber dicho que tenía migraña, porque su jefe le dijo que él las sufría continuamente y que pasaban rápido. Leyendo entre líneas, sabe que su jefe quiso decir que debía ser duro y volver a entrar. Pero ya ha investigado un poco en Google y sabe que existe una cosa que se llama

«postsíndrome». Una especie de resaca de migraña que dura varios días y lo deja a uno mentalmente exhausto y un poco deprimido.

Su vida entera ha sido un postsíndrome. El agotamiento mental ha sido una constante, como el respirar. Emma lo alivió una temporada, pero luego Ellen Walsh le hizo la puñeta.

Y ahora es él quien no quiere contestar al teléfono e ir a verlo sería jugársela a lo grande.

Le dará otro día más para que se ponga en contacto y después es posible que tenga que correr ese riesgo.

47
Ellen

Cuando me despierto a la mañana siguiente, si es que se puede llamar dormir a haber pasado la noche dando vueltas de un lado para otro, todo lo que me rodea se me antoja lo contrario de lo que debería ser. El colchón es blando, no duro, y las ventanas no dejan que entre el viento. Pero lo peor es que mis hijos están en otra parte. Y pensar que en ocasiones he anhelado esta rareza…

Y Adam me odia, eso está claro. No lo dice en voz alta porque es hijo de Sylvia y «en esta familia no pronunciamos esa palabra, querido», pero lo expresa con sus gestos, con su empeño en prescindir totalmente de mi participación. En cuestión de unos minutos me dice, empleando un tono bastante frío, que ha hablado con los albañiles y ha suspendido la reforma. Probablemente ha sido una decisión sensata, pero el tonillo triunfal que destila su voz sugiere que no ha sido para actuar con sensatez, sino para castigarme a mí.

No siquiera me deja lavarme; me dice que ya me ducharé cuando lleguemos a la vivienda de alquiler que tienen sus padres en Coombe. Según parece, allí es adonde nos dirigimos. Todo ha sido organizado mientras yo dormía (lo cual implica que él no ha podido dormir). No es un escondrijo perfecto, lo reconoce, dado que solo se encuentra a unos pocos kilómetros de Thames Lawley, pero por lo menos está lejos de los visillos de los vecinos y del interés de los medios, que ya estará preparándose, tal como he previsto. Esta mañana había un reportero en la acera, según Muriel. Le mandó un mensaje a Adam para decirle: No te preocupes, le he dicho que se vaya con la música a otra parte.

—Vamos, muévete —me dice—. Dentro de una hora Gwen va a llevar a los niños a Coombe.

Me muevo hasta el borde de la cama todavía con el vestido de flores que se suponía que debía cautivar a Cathy Grantham.

—Deduzco que también nos llevará otras cosas, ¿no? Como ropa, artículos de aseo…

—No, he pensado en vivir de forma primitiva. —Me siento dolida por el tono que emplea y él lo suaviza ligeramente—: Ya, ya, no te pongas nerviosa, Está todo controlado.

¿De verdad? ¿Cómo he podido dormir toda la vida estando tan dominada?

—Bueno, ¿y qué pasa con la ropa de cama? —pregunto, pues necesito sentirme un poquito útil—. ¿La casa de Coombe tiene de

todo? Y toallas. ¿Es necesario que llevemos toallas?

—Pues… —No tiene ni idea. Lo de «está todo controlado» ha sido una forma rutinaria de hablar—. Mira, si conduces tú, yo llamaré a mi madre. Allí ya están en mitad de la noche, pero dudo de que haya podido dormir.

De manera que lo sabe.

—¿Y le has dicho a Gwen que lleve el Cetaphil?

Otro suspiro.

—¿El qué?

—La crema de Kian, ya sabes, para el eczema que le sale en las rodillas. Que no se la dé una noche no supone un drama, pero, si no se la pongo esta noche, se rascará hasta hacerse sangre.

Y dicho eso, busco el número de Gwen y lanzo una mirada desafiante a Adam. Un tanto que anoto en mi marcador.

Los padres de Adam compraron la casa de Coombe en 1973 por nueve mil libras. «Aproximadamente lo que cuestan unas vacaciones familiares hoy en día», según Sylvia, que está claro que nunca ha viajado en autocar a Blackpool ni ha acampado en caravana en Rhyl. Se habló de que fuéramos a vivir allí antes de que nos instaláramos en Thames Lawley. Adam insistió mucho («es una renta mínima, Els»), pero, si bien aquella casita de campo de color limón era muy mona, se encontraba situada en un entorno demasiado rural para mi gusto. Sin tiendas, sin pubs y sin vecinos, iba a aburrirme un montón.

En cambio, ahora resultaba ser perfecta.

Gwen llega con los niños cuando yo estoy en la cocina intentando encender el quemador. El primero al que oigo es Max.

—Papá, ¿estamos de vacaciones? ¿Podemos ir a la playa?

Esa inocencia y esa ignorancia (se queda más tiempo en el coche cuando vamos al supermercado) hace que añore ser de nuevo una niña. Sin tener conciencia del tiempo ni de la distancia. Con cero responsabilidad.

—Qué bonito —dice Gwen recorriendo con la mirada la profusa decoración floral del cuarto de estar.

—Es la típica casa que uno alquila en vacaciones —contesto mientras intercambiamos solemnes besos al aire—. Para escapar durante una semana del estrés de la carrera de locos retrocediendo a los años cincuenta. —Kian coge un zumo de grosellas y se lanza sobre el sofá—. ¡Con cuidado, cielo! —le grito, aunque una mancha en el Chesterfield va a ser la menor de las quejas que tenga Sylvia de mí.

Llega Adam con las maletas.

—¿Dónde está Orla? —pregunto mirando por la ventana.

—Ah, eso… —Gwen se masajea la nuca—. Es que… no ha querido venir.

Miro a Adam.

—Genial. Eso quiere decir que uno de nosotros tendrá que ir más adelante a buscarla.

—No. No quiere venir en absoluto. —Gwen arruga el rostro—. Lo siento mucho, Els. No sabía qué hacer. Lo he intentado, pero no he podido convencerla.

Cojo de un tirón las llaves del coche de Adam, que están en el alféizar de la ventana.

—No, pero yo sí que puedo.

—Tú… por lo visto, no puedes.

Me quedo mirándola unos instantes y luego esbozo una sonrisa de no comprender.

—¿Disculpa?

Gwen pone casa de sentirse desolada.

—Ha estado toda la mañana investigándolo. Ha dicho que ha hablado con una persona del departamento de Protección de Menores.

—Vamos a tener que ir a casa —le digo a Adam sin concederme espacio para deprimirme.

—Sí, pero esperad un momento —dice Gwen en tono sombrío—. Orla ha dicho que si volvéis a casa, ella se marchará. La persona de Protección de Menores le ha dicho que, como tiene dieciséis años, puede dejar el domicilio familiar si lo desea.

Durante un segundo, me invade una rabia hacia Gwen que es profundamente injusta, dado que ella es tan solo el mensajero.

Me dejo caer en el brazo del sofá.

—¿Y qué cree Orla que va a ocurrir? ¿Que yo voy a permitirle que se quede sola en la casa?

Gwen levanta las manos. Tengo la impresión de que ya ha tenido esta batalla con Orla.

—Podría quedarse conmigo, pero ahora que Jason está involucrado en la investigación… Anoche se marchó. Dijo que había un conflicto de intereses.

—Pues a casa de Esme no se va a ir —respondo con calor, como si alguien acabara de sugerirlo.

—Mis padres han adelantado el vuelo de regreso —informa Adam —. Pero no llegan hasta mitad de semana.

Tampoco va a quedarse en casa de ellos; no pienso aguantar que Sylvia se pase el día entero cotorreando y malmetiendo a mi hija contra mí.

—Kristy —decido, al tiempo que recupero mi teléfono de la mano de Max—. Llevo días sin verle el pelo, lo cual no me sorprende, dado lo que le contó a la policía ese cretino de Shay. Pero, en fin, a buen hambre no hay pan duro.

—Esto… Ese es otro problema. —Gwen está a punto de echarse a

llorar y puede que yo no ande muy lejos—. Cuando estaba empaquetando vuestras cosas, no encontré por ninguna parte el osito de peluche, de modo que salí a ver si Kristy estaba en casa y… Bueno, la cabaña estaba vacía. Creo que ha debido de marcharse. Para siempre, quiero decir.

Para siempre. Me siento primero confusa y después dolida en unos diez niveles distintos. Porque bien sabe Dios que no merezco solidaridad ni su otra compañera, más noble: compasión. Pero no estoy segura de merecer que me abandonen.

Mientras yo estoy autocompadeciéndome, Adam encuentra la solución:

—Gwen, ¿podrías quedarte tú con Orla en nuestra casa? Y Bella también, obviamente. Necesitamos aclararnos un poco las ideas y alejarnos de Thames Lawley. Volveremos dentro de unos días y para entonces Orla ya se habrá tranquilizado.

Gwen pone cara de duda, pero por supuesto contesta:

—Claro que sí.

Esa misma noche, Adam y yo nos tumbamos en silencio en el Chesterfield, él con su iPad, intentando anestesiarse con los resultados de fútbol, yo creando una cuenta especial para poder tener acceso a información sobre los residentes de Trensale Row. Es mucho esperar, lo sé. Ni siquiera puedo tener la seguridad de que el testigo que ha mentido sea un residente. Pero sé que por allí no estaba pasando nadie y la sargento Knowles dijo que el testigo tenía «un campo visual excelente».

Y tengo que intentar algo. Hacer algo.

A eso de las diez, Adam anuncia que se va a la cama. Cuando veo que hace un alto en la puerta del dormitorio, imagino que será para darme instrucciones. Antes ha tenido una conversación dolorosa, de tan profunda, con su madre, sobre diversos interruptores y enchufes. Pero en vez de eso, me dice:

—En estos últimos meses, Orla sabía que estaba ocurriendo algo, ¿sabes? Creyó que tú estabas teniendo una aventura y que por eso los viernes dejabas a los gemelos el día entero en la guardería. Que era para poder pasar la tarde revolcándote con un… con alguien.

De modo que eso es lo que piensa mi hija de mí. Me han hecho test de personalidad más caritativos. Pero supongo que esa es la clase de persona que sugieren mis acciones.

—Ojalá hubieras tenido una aventura —sigue diciendo Adam, puede que sea la afirmación más despectiva que haya pronunciado jamás—. Un sórdido revolcón semanal con uno de tus alumnos, incluso. Habría sido preferible a esto, a esta serie de desgracias. — Guarda silencio unos instantes con la cabeza apoyada en el marco de

la puerta—. Ellen, lo que quiero saber en realidad es por qué.

—Por qué ¿qué? —Hay toda una montaña de porqués para elegir.

—Por qué sentiste la necesidad de acudir a ese chico y de seguir con él durante meses, de hacerte amiga suya.

Mi reacción es automática. Sin matices. Es clara, sincera y visceral:

—Porque Orla lo tenía todo y él no tenía nada. Y porque, a pesar de las cosas horribles que he hecho, Adam, en el fondo soy una buena persona.

48
Nush

Nush estaba saliendo de casa cuando llegó él, ese hombre tan alto como un rascacielos, el detective Damien Flint. Cuando se apeó de su Ford Focus (un coche poco común para un hombre de esa estatura), ella lo miró dos veces, luego se sintió culpable y de inmediato se arrepintió. Aunque Nush sabe tan bien como cualquiera que destacar es una de esas cosas a las que uno se acostumbra. En la escuela primaria, y durante la mayor parte de la secundaria, ella fue la única cara morena.

—¿Podríamos hablar un momento? —preguntó Flint, y su ligera entonación escocesa hizo que Nush se planteara si no sería familia de los Flint, los famosos hosteleros de los Cotswolds. Tom y ella se habían sentado junto a los padres en una boda años atrás y, si bien eran claramente escoceses —de Aberdeen, creyó recordar—, no le sonaba que ninguno de ellos fuera tan alto.

—Oh, en realidad iba solo a clase de pilates —mintió, porque de ninguna manera podía decirle, ni a él ni a nadie, adónde se dirigía de verdad—. El domingo pasado falté a clase, así que esta semana no quiero perdérmela. ¿Vamos a tardar mucho?

—Seré lo más breve posible —respondió él con cortesía. Pero lo que estaba pensando se dibujaba en su semblante tan nítidamente como la barba de dos días que llevaba:

Señoras y señores, he aquí otra ama de casa mimada que llena sus días mejorando su persona y gastándose el dinero de su maridito.

A Nush le entraron ganas de decirle que en realidad llevaba en pie desde el amanecer, dando los últimos retoques a un discurso de inversionista que, si le salía bien, haría que el dinero de su maridito pareciese calderilla. Después de eso, había lavado los cubos de la basura, cambiado el filtro del aire del coche y repasado la silicona de la bañera.

La gente siempre la subestimaba. No su eficiencia o su capacidad general, sino su voluntad de remangarse y hacer tareas desagradables pero necesarias.

—Imagino que esto tiene que ver con Ellen —le dijo a Flint, y luego, con una risita de cascabel, agregó—: Al menos, esta semana no creo haber cometido ningún delito.

—En efecto, se trata de Ellen —confirmó Flint, y ambos entraron en

la casa; él rechazó el té, pero aceptó un zumo de mango al tiempo que se sentaba con cierta incomodidad en una banqueta de la cocina.

—Así que usted es amiga de Ellen —dijo presentándolo como un hecho cierto.

—Sí, supongo que sí.

Eso lo hizo pensar un instante.

—Percibo un poco de tensión en esa frase. —Nush asintió con la cabeza, pero no explicó nada más, de modo que él le preguntó—: ¿Ha habido alguna pelea entre ustedes?

—No estoy muy segura de que yo lo llamase pelea. Pero llevamos varios días sin hablar. Las cosas están… —bebió un sorbo lento de zumo— un tanto tirantes.

—¿Y eso a qué se debe?

A que ella me obligó a que le diera una lección a mi marido, que tiene muchos defectos pero yo lo adoro, y ahora él va a tener un hijo con una chica que nació el mismo año que yo terminé la secundaria.

—Oh, fue un malentendido, nada más. Alguien denunció a Ellen a los de Servicios Sociales y ella sospechó que había sido yo por un comentario que hice de pasada.

—Entonces, ¿no fue usted?

—No.

Flint se encogió ligeramente de hombros y aceptó esa explicación como verdadera o poco relevante.

—Y antes de ese malentendido, ¿diría usted que tenían una relación estrecha?

—Nos vemos bastante, hablamos cada pocos días. ¿Esa es la definición de una relación estrecha?

—Es una definición tan buena como otra. —Flint sonrió, aunque fue una sonrisa forzada, oxidada, como si no la usara mucho—. ¿Y alguna vez ha mencionado a Zane Jackson? Imagino que, aunque en este momento no se hable con ella, usted estará al tanto de lo ocurrido en estos días.

Ya lo creo, estoy muy al tanto. Aparte de todo lo que se chismorreaba en el pub, y en las tiendas, y en las redes sociales, Adam la había mantenido informada en todo momento, se apoyaba mucho en ella.

—No, nunca me ha mencionado ese nombre, pero es que no habla mucho de su trabajo. Ellen considera que las clases particulares son elitistas, ¿comprende?, y siempre se ha sentido un poco avergonzada de haber pasado a formar parte de esas filas, por así decirlo.

Flint asintió con la cabeza y reflexionó sobre esto último como si intentara dilucidar si el esnobismo inverso era un indicador de criminalidad.

Transcurridos unos momentos, dijo:

—¿Alguna vez ha tenido la impresión de que Ellen pudiera estar

teniendo una aventura amorosa?

—No. —Nush soltó una carcajada—. Claro que dudo que fuera a contármelo a mí. —Flint captó con toda claridad la ironía, su gesto exigía una explicación—. Mi marido tuvo una aventura. —En realidad habían sido seis, que ella supiera—. Y Ellen se mostró muy crítica al respecto. De manera que si me hubiera confiado algo, parecería una hipócrita de primera categoría.

—Entiendo. —Frunció el ceño como pidiendo disculpas—. Bien, es posible que mi siguiente pregunta le resulte un poco incómoda, señora Delaney, pero tengo que hacérsela. ¿Diría usted que Ellen alguna vez ha mostrado interés por los chicos adolescentes? ¿Un interés poco sano?

A Nush le vino a la memoria el entrenador de Soccertots de los gemelos, Nathaniel. Recordó a Ellen riendo con Susi Sands: «Lástima que no los construyeran así cuando nosotras teníamos veinte años menos». ¿O fue Susi Sands la que lo dijo y Ellen la que simplemente se rio? En realidad, es posible que también se riese ella.

En ese momento debió de poner cara de estresada, porque Flint le dijo:

—Señora Delaney, vamos a hablar con varias de las amistades de Ellen, así que le ruego que no piense que lo que usted responda tiene tanta importancia. Tan solo necesito saber la verdad tal como la ve cada persona.

Y eso fue lo que hizo Nush.

Como suelen decir los que tienen veinte años menos, ella dijo su verdad.

Un poco más tarde, Nush recibe un mensaje de Gwen a través de Facebook. Ya es bastante sorpresa ver su nombre, ya que rara vez tienen algo que decirse, aparte del tema de Ellen. Pero lo que de verdad la deja sorprendida es el enfado que desprende su tono y (para ser totalmente sincera), la falta de respeto.

¡Joder, Nush! Acaba de interrogarme un policía por lo de Ellen. Me ha contado lo que has dicho tú. ¿¿Se puede saber a qué demonios crees estar jugando?? ¿¿Por qué has dicho todas esas cosas??

49
Ellen

Cabría pensar que a estas alturas ya estaría acostumbrada a aguantar un golpe tras otro, pero, incluso en el contexto de este desastre, ha sido un día horrible. Por Gwen llegó la noticia de que Orla, que, dicho sea de paso, ha bloqueado mi número, quiere mudarse a casa de Rog y Sylvia una vez que regresen. Y ellos han aceptado. Pues claro que sí. Encima de eso, hace una hora Adam declaró que no se siente con ánimos para ir mañana a trabajar y que ya llamará a su jefe más tarde para hablar de la posibilidad de tomarse una baja sin sueldo. Ah, y Gwen incluyó una botella de Malbec en los artículos «esenciales» que trajo ayer, pero yo he revuelto esta maldita casa de arriba abajo y no he encontrado un solo sacacorchos.

De manera que es algo muy contrario al rumbo que llevan las cosas, un golpe de suerte que no me esperaba, que mientras Adam está fuera con los gemelos (llevando zanahorias a un caballo que se rumorea que hay en un prado aquí cerca) llame una tal agente Lizzy Allen para decirme que la sargento Knowles ha autorizado la liberación de mi propiedad. En resumen: que puedo recoger mi coche. Pero hasta ahí llega el mensaje, junto con el recordatorio de que lleve mi carné de conducir, y resulta difícil discernir, por su tono monótono, qué puede significar eso exactamente.

Pero sin duda es una buena noticia, ¿no?

Y a medida que va surgiendo una idea en mi cabeza, es una buena noticia en más de un sentido.

—Oh, genial. Gracias. Es estupendo —digo en un tono absurdo de tan alegre, como si acabaran de decirme que he ganado un premio en una rifa—. Pues enseguida voy para allá. Estaré ahí dentro de veinte minutos, puede que treinta. ¿Le parece bien?

—Esto es una comisaría de policía, señora Walsh, no un salón de belleza. No vamos a hacerle un hueco para una limpieza de cutis. Venga cuando sea, aunque es posible que tenga que esperar un poco.

—Oh, bien, sí, naturalmente —contesto—. Lo he entendido a la perfección. En serio, gracias.

Por Dios, Ellen, aunque está bien mostrarse agradecida, baja un poco el tono.

Nada más poner fin a la llamada, automáticamente me entran ganas de llamar a Adam; las buenas noticias escasean en estos días y

ya estoy harta de profetizar catástrofes. Pero si lo llamo ahora, abandonará la «caza del caballo» y querrá llevarme él en coche.

Y la idea que se me ocurrió hace unos minutos requiere que vaya sola.

Cojo el bolso y el abrigo, busco las botas y llamo a un taxi. Acto seguido, paso de largo el número de Adam en la lista de contactos y hago una llamada más importante.

Una vez que he recuperado las llaves de mi coche y he firmado, me preguntan si puedo esperar un momento, porque está a punto de llegar la sargento Knowles y desea hablar conmigo un instante. Me siento tentada de preguntar si «desea» es lo mismo que «insiste», pero, en vez de eso, me dejo caer en una silla de plástico a observar, con irritación creciente, cómo el reloj va dejando atrás las tres y media y va acercándose a las cuatro.

Ya voy por la tercera oleada de «a la mierda con esto» cuando por fin aparece Knowles en la recepción ofreciéndome una media sonrisa, pero ninguna disculpa por la larga espera.

—Pase —me dice, al tiempo que abre la puerta de una salita que supongo que en el pasado ha sido un cuarto trastero.

—¿De modo que esta es la sala de «hablar un instante»? —le pregunto, recorriendo con la mirada el entorno infinitamente más agradable que el que me tocó el viernes por la tarde. Hay dos escuetas sillas de colores vivos enfrentadas la una a la otra y situadas junto a una máquina que dispensa té y café.

La sargento ríe con desagrado al tiempo que me indica con un ademán que tome asiento.

—Solo quería ponerla rápidamente al día sobre unas cuantas cosas. —Supongo que no será nada sísmico, de lo contrario no me estarían dando el tratamiento de este tipo de silla—. En primer lugar, no hemos encontrado sangre en su coche, de ahí que le hayamos permitido recuperarlo. —Aguarda a ver mi reacción, pero yo no sé muy bien cuál sería la adecuada. ¿Se supone que debo mostrarme contenta? ¿Ufana? ¿Noblemente exonerada? Francamente, me sorprende que no hayan encontrado ni una sola gota, dado lo mucho que se pelean los gemelos en el asiento de atrás—. Y en segundo lugar, ahora sí que tenemos imágenes de la cámara frontal de una camioneta que se detuvo cerca de Zane frente a The Grapes. Zane tuvo la capucha bajada solo unos segundos, pero al ampliar la imagen vimos que tenía un corte en el rostro, tal y como dijo usted.

Aquí la única opción es «ufana». Ya hacía bastante que no tenía derecho a ella.

—De modo que su testigo, efectivamente, necesita ponerse gafas.

Knowles enarca las cejas como advirtiéndome que no me pase de

chula.

—El lado derecho de su rostro quedaba en una posición ligeramente oblicua respecto del testigo. Pero eso desde luego que no altera la veracidad de su declaración.

Pero sí que la altera. Sé que ese testigo miente. Yo no besé a Zane. No lo golpeé.

Me pongo de pie.

—Bien, pues gracias por informarme. Pero si eso es todo, tengo cosas que hacer.

Knowles me acompaña hasta la entrada, que no puede estar ni a diez pasos de la sala de «hablar un instante». Al tiempo que empuja la puerta para abrirla, me dice:

—Ah, por cierto, habría estado bien que nos informara de que se había mudado a otra dirección, Ellen. Nos dimos cuenta cuando un agente habló con su amiga Gwen Bale y ella mencionó que se quedaba en la casa de usted.

Aun a riesgo de parecer una de «esas» personas, conozco mis derechos (los he buscado en Google, maldita sea) y, dado que estoy en libertad bajo investigación, no estoy obligada formalmente a informarles de dónde me encuentro. No se lo digo a la sargento Knowles, pero no pienso pedir disculpas. En vez de eso, le ofrezco una sonrisa mínima y le digo:

—No se preocupe, no voy a irme muy lejos.

Por supuesto, lo que también he encontrado en Google sobre la libertad bajo investigación es que «el contacto inapropiado con alguien relacionado con el caso puede considerarse intimidación».

Bueno, he hecho cosas peores, me digo para mis adentros al tiempo que meto la primera en el coche.

50
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ESME: ¿Vas mañana a clase?

ORLA: No.

ESME: ¿Estás bien? Sinead y Priya dicen que te han mandado mensajes y que no les has contestado.

ORLA: ¿Por qué no me preguntas lo que quieres preguntarme en realidad?

ESME: Orla, es obvio que tengo muuuchas preguntas, pero de verdad que quiero saber si estás bien. Tú me apoyaste cuando empezó lo de Zane. Y yo te apoyo ahora que ha empezado otra vez lo de Zane (¡pero qué mierda!). Muy simétrico todo, ¿no?

ORLA: Más bien, llegas tarde. Empezó el viernes y hoy es domingo.

ESME: Oye, que ha sido la boda de mi prima, por si no te acuerdas.

ORLA: Qué raro que se me haya olvidado. Bueno, pues sí, estoy bien. Claro que he estado mejor. ¿Qué tal? ¿Te vale con ese titular? Porque es lo único que vas a conseguir.

ESME: No seas así. 😊 ¿Puedo pasarme por tu casa? La madre de Sinead se ha enterado de que tu madre se ha mudado a otra parte.

ORLA: Incorrecto. Se han ido todos a pasar unos días a otro sitio.

ESME: ¿Por culpa de los periodistas y demás?

ORLA: Esos rumores exageran mucho.

ESME: Un momento: has dicho que se han ido todos. ¿Así que tú sigues ahí?

ORLA: Sí.

ESME: ¿Sola? Mi madre y la tuya se han intercambiado. 😊😊

ORLA: No estoy sola. Gwen va a quedarse unos días conmigo.

ESME: Ah, vale. Qué maja. Oye, hablando de mi madre, ¿te dejó un marrón el viernes?

ORLA: ¿Qué?

ESME: Después de clase llamó tu padre preguntando por ti. Mi madre le dijo que hacía meses que no te veía y tu padre se puso en plan «¿cómo?». Y no pasa nada si te has estado follando a alguien y les has dicho a tus padres que estabas en mi casa… Pero tengo un problema.

ORLA: ¿Cuál?

ESME: Abi Devlin está que flipa, dice que a lo mejor estás tan desaparecida por Callum.

ORLA: Ni de coña.

ESME: Entonces, ¿por quién? ¡Venga! Puede que la vida amorosa de tu madre no pueda contarse, jaja 😊, pero la nuestra sí. Perdona. ¿Demasiado pronto?

ORLA: No me estoy follando a nadie.

51
Ellen

Ha sido pura casualidad que tuviera el número de Paulo. El teléfono de Zane se quedó sin crédito hace unos meses, de modo que Paulo me envió un mensaje para preguntarme si podía llevarle otro ejemplar de *El rey Lear* porque Zane había derramado un Red Bull en el suyo. Ah, y si pasaba por alguna tienda, añadió, ¿podría comprarle veinte pitillos?

Ya he traído cigarrillos a esta reunión. Aunque esta vez han sido cien. Para ser justa con Paulo, diré que él no me pidió nada como condición para hablar conmigo. Pero como estaba dudando cuando lo llamé, diciendo que si podíamos dejarlo para mañana o pasado mañana y después quejándose de que The Fox & Angel está «a tomar por culo», pensé que tenía que buscar algún incentivo para hacerlo venir aquí rápidamente, aparte de ofrecerme a pagarle el taxi.

Y lleva razón en lo de The Fox & Angel: en efecto, está a tomar por culo; por eso lo he escogido. Está a quince kilómetros de Thames Lawley, bien lejos de reporteros nerviosos y miradas indiscretas. Adam y yo vinimos aquí en una ocasión a pasar una noche de ginebra y bromeamos diciendo que sería el pub perfecto para tener una aventura. Es casi como si lo hubieran diseñado de esa manera, con sus reservados poco iluminados y sus nichos en penumbra. Y con un personal que te habla con monosílabos y apenas te mira a los ojos.

Claro que Paulo llama la atención y no hay forma de evitarlo. Y no es por su chándal de color rojo, que lo diferencia en el modo de vestir del cliente estándar de este pub, sino porque da la impresión de haber soportado diez asaltos con Mike Tyson.

—Ay, Dios, vaya pinta traes —le digo al verlo llegar cojeando. Tiene un ojo cerrado y media cara de color azul-morado.

Se sienta con cierta dificultad.

—Sí, ya puedo despedirme de ese contrato para trabajar de modelo —contesta esbozando una sonrisa de lo más triste—. Podría haber sido peor. Por lo visto, he tenido suerte de no haberme matado. No recuerdo gran cosa, para serte sincero. Un minuto antes estaba cruzando Uxbridge Road y al minuto siguiente me desperté en el hospital de Ealing y me dijeron que tenía no sé qué pulmonar.

—¿Una hemorragia?

—Sí, eso.

—¿Sangre en los pulmones? Mierda, Paulo.

Lo contemplo mientras se bebe de golpe un tercio de la pinta de cerveza que pedí para él al entrar y, a continuación, se toma también el whisky doble que me dijo desde el taxi que le pidiera.

—¿Seguro que te conviene beber? —le pregunto, bastante segura de que no, que no le conviene.

—Mi chico ha desaparecido. La única manera que tengo de afrontarlo es sacándomelo de la cabeza. —Repiquetea con los nudillos en la mesa, nervioso e impaciente—. Bueno, ¿y de qué va esto? ¿Qué es eso tan urgente? Porque lo único urgente para mí, Ellen, es encontrar a mi hijo, y según dice esa sargento cuando se toma la molestia de hablar conmigo, tú no sabes dónde está.

Ese «tú» lo dice con retintín. O puede que sean imaginaciones mías. Sea lo que sea, necesito abordar la cuestión.

—Paulo, con independencia de lo que esté diciendo la gente y de lo que hayas leído tú, no es cierto. Entre Zane y yo no había nada. Nada.

Él lanza una risotada, luego hace una mueca de dolor y se agarra las costillas.

—Como si me importara que lo hubiera. Buena suerte para él. Es la fantasía de todos los chavales, ¿no? Follarse a una mujer mayor. —Hago ademán de protestar, pero, sinceramente, no va a servir de nada. Tal y como le he dicho a Adam, la gente creerá lo que quiera creer y se ve a las claras que a Paulo le da lo mismo—. Mira, Ellen, todo eso me importa un pito. Solo quiero saber dónde está Zane y a esa tal Knowles no puedo sacarle nada.

—¿De verdad?

Esboza una sonrisa irónica.

—Bueno, fue Julie quien denunció su desaparición, ¿no? Para ellos es como la Madre del Puto Siglo. No ven la furcia que es en realidad. —Se me eriza el vello de la nuca al oír ese término, pero no tengo tiempo para hacer una introducción a la misoginia y, de todas formas, no estoy segura de querer defender a alguien que me ha llamado a mí «pedófila asquerosa»—. Eso quiere decir que ella sí está al día y yo recibo las migajas de información que ella me va pasando. —Mira fijamente la mesa, con una cara hinchada que da pena—. El primer policía que mandaron, ese tal Bale, no estaba mal. Por lo menos tuvo un poco de tiempo para mí. —Levanta la vista—. ¿Qué, has traído esos pitillos?

Los saco de mi bolso, ahora un poco incómoda por dárselos. En mi desesperación por hacer venir a Paulo, se me olvidó que lo que podía interpretarse como agradecimiento también podría interpretarse como un soborno.

—¿Sabes?, sigo pensando que esto ha sido culpa mía —me dice con abatimiento, colocando las cajetillas de tabaco una encima de otra—. ¿Y si le hace daño alguien a quien yo le debo dinero? En el barrio hay

un cabrón hijoputa, un tal Billy Comer. Ya ha montado numeritos como este otras veces, amenazar al hijo de alguien para que le pague.

Ojalá pudiera yo librarlo de su sufrimiento, decirle que estoy casi segura de que Zane se encuentra bien, que esto tiene que ver conmigo y no con una pequeña deuda por asuntos de drogas. Pero no puedo tomar ninguna decisión hasta que sepa a qué me estoy enfrentando.

Lo cual me lleva a la razón principal por la que estamos aquí, a «eso que es tan urgente».

—Paulo, ¿puedo consultarte algo? Unos cuantos nombres.

Mi pregunta lo sorprende y lo saca de su estado de autocompasión.

—¿Qué nombres?

—Pero no se lo puedes contar a la sargento Knowles, lo digo en serio. Ni que nos hemos reunido, ni siquiera que hemos estado hablando. Y, por supuesto, no puedes contarle que yo te he consultado unos nombres.

Estoy jugando a un juego peligroso, pero me crie rodeada de hombres como Paulo. Y una cosa que ellos no hacen nunca jamás, a menos que sea un asunto de vida o muerte, y en ocasiones ni siquiera en ese caso, es chivarse a la policía. Contestan preguntas, sí, pero nunca de manera voluntaria.

—Ellen, yo a esa tía no le daría ni la hora. Y, por supuesto, no te crearía problemas a ti. —Me mira con su único ojo bueno—. Ya sé lo que anda diciendo la gente, pero, sea lo que sea lo que haya pasado, tú has ayudado a Zane. Has conseguido que se sienta bien consigo mismo.

Si Paulo supiera… Ojalá hubiera tomado mejores decisiones.

Saco el teléfono del bolso. Adam ya me ha llamado dos veces.

—Muy bien, pues —digo al tiempo que recupero rápidamente la búsqueda que he guardado— dime si reconoces alguno de estos nombres, si Zane los mencionó en alguna ocasión. —Él asiente con impaciencia—. Patricia Glassby, Geoffrey Glassby, Christopher Dillon, Susan Watkins, Donald Watkins, Eva Watkins, Hardeep Kaur…

Me lleva un minuto leerlos todos, los veintidós residentes de Trensale Row cuyos datos he conseguido sacar de la web. Y mientras voy recorriendo la lista, observo el rostro de Paulo por si detecto que le suena alguno. Por ese motivo tenía que hacer esto en persona.

Por desgracia, no le suena ninguno.

—¿Pero quiénes son todas esas personas? —me pregunta frustrado; luego, de pronto, dice con esperanza—: Oye, ¿tú crees que alguna de ellas sabrá dónde está Zane?

—No. Bueno, no lo sé. —El tono anhelante de su voz me indica que tengo que decirle algo. Respiro hondo—. Verás, Paulo, la policía tiene un testigo que afirma que me vio golpear a Zane, pero te prometo que de ninguna manera le pegué, de modo que necesito que…

—Un momento. ¿Ese testigo dice que tú pegaste a Zane? ¿El tío ese de Trensale Row ha dicho eso?

Afirmo con la cabeza.

Ha dicho «el tío ese», ya es algo.

Paulo hace un gesto de negación.

—A esto me refería. Ahora me entero de esto. Nadie me cuenta nada. —Ríe—. Esta sí que es buena: tú pegando a alguien, y nada menos que a un maldito crío.

—¿Tú te creerías que me he acostado con un «maldito crío»?

—No he dicho que me lo crea, solo que no me importa mucho que hayas hecho eso o no. Pero sí que me importaría muchísimo que le tocaras un solo pelo de la cabeza.

—No lo he hecho.

Paulo me mira de arriba abajo y a los pocos segundos alcanza un veredicto.

—Eso ya lo sé. Puede que no tenga ninguna letra después de mi nombre de pila, pero tengo mucha calle, ¿sabes? Reconozco una mala acción cuando la veo y tú no tienes madera para hacer daño a nadie. —Lanza un suspiro breve y pensativo—. Bueno, y entonces, ¿para qué ha dicho eso el tipo ese de Trensale Row, el «testigo»?

—No lo sé. Imagino que se habrá confundido.

—Ayer fui a verlo.

Siento que se me descuelga todo el cuerpo. Trago saliva en un intento desesperado de mantener una expresión neutra.

—La sargento Knowles no estaba muy contenta, que digamos. Pero se puso al teléfono más rápida que una flecha, ya te digo. —Saca la barbilla a modo de advertencia para que no lo regañe yo también—. Pero es que quería que me dijera cara a cara cómo estaba Zane físicamente y ese tío fue la última persona que lo vio, ¿comprendes? Bueno, aparte de ti, y contigo no sabía cómo contactar. Se me olvidó que tenía tu número. Qué imbécil, ¿no?

—Pero sí que sabías cómo contactar con él.

—Bueno, no exactamente. Julie dijo que la policía había tomado declaración a un tipo que vivía en la otra acera de aquella calle sin salida. Ya te dije que Julie me lanza migajas de información cuando le apetece. Así que me fui para allá y llamé a unas cuantas casas. Solo podían ser dos o tres. —Suspira—. De todos modos, Knowles no tendría por qué haberse puesto de los nervios, porque el tipo no estaba. Hablé con su mujer, que no sabía gran cosa. Para serte sincero, estaba deseando librarse de mí. —Se señala la cara—. ¿A ti te gustaría tener al Hombre Elefante en la puerta de tu casa?

Por cierto, ¿cómo se llamaba su mujer?

¿Mencionó el nombre de su marido?

¿Y en qué número de la calle vivía?

Pero no puedo ser tan obvia, y, francamente, no me hace falta. Me basta y me sobra con lo de «en la otra acera de aquella calle sin salida».

52
Kristy

Conforme va avanzando el día, Kristy se da cuenta de que ha estado dos horas holgazaneando por el parque. Lo cierto es que ella no es amante de los parques, nunca ha sido una persona de estar al aire libre (de manera que es un misterio por qué se va a mudar a Cornualles, si es que termina mudándose a Cornualles), pero como no tiene dinero para hacer otra cosa y como ya no aguantaba ni un minuto más enclaustrada en ese cuchitril de dormitorio con terrenito que tiene Shay, ha tenido que conformarse con este Parque Inútil. No ha estado tan mal. Ha dado de comer a los patos.

De pronto le vibra el móvil. Es Shay. Claro, quién si no, piensa lastimera. Desde que el jueves se fue de la casa de Ellen, en parte para defender el honor de Shay y en parte para no decir algo horrible, su mundo parece haberse encogido en torno a él y solo él.

Nena, ¿dónde estás? Aquí hay una persona que tienes que conocer.

Ah, ¿sí? ¿Quién?

Es una sorpresa.

Vale. Vuelvo dentro de diez minutos.

Una sorpresa. Ay, Dios. Como si no hubiera habido ya bastantes últimamente. La verdad, aunque Shay es un auténtico maestro bajo las sábanas, Kristy está empezando a pensar si no será un poco lerdo.

Como eso que le ha dicho a la policía: «Sí, Ellen parecía un poco nerviosa, como alterada». En serio, ¿será de verdad tan tonto? Debería haber sabido que les estaba dando una pepita de oro.

—Así es Ellen siempre —protestó ella cuando el policía salió del pub, prácticamente dando saltos de emoción—. Es su marca de fábrica, su identidad: Ellen Walsh, la madre ajetreada y alterada. Lo has dicho como si fuese culpable de algo.

—Es que es culpable de algo —replicó él inexpresivo—. Avariciosa, egoísta. Bien que aceptó tu dinero cuando ganabas tanta pasta en Londres; en cambio, ahora que necesitas un poco de ayuda, ni siquiera quiere darte cuatro mil miserables libras.

Pero, claro, aquí es donde todo empieza a complicarse un poco para Kristy. Porque se ha dado cuenta de que, si bien se le permite pensar eso, dar la impresión de que Ellen es un demonio, se siente un poco mordaz y cada vez desconfía más de que Shay esté dispuesto a seguir el guion de ella. Es como si Shay quisiera avivar su odio, aprovecharlo y utilizarlo, cuando si de verdad se preocupara por ella, debería estar

animándola a tender puentes.

Pero todo el mundo tiene sus motivos. Eso lo comprende y lo acepta. El problema es que no acaba de saber con exactitud cuáles son los motivos de Shay.

Pero, de todas formas, esta sorpresa…

Lo primero que advierte cuando regresa a The Cricketers es que han puesto un árbol de Navidad y que en la barra hay un Santa Claus hinchable. *Un poco pronto,* piensa, *todavía estamos en noviembre, pero ese es el negocio del pub.* Y luego reflexiona: *Shay me ha hecho volver para que vea a Santa Claus.* No es capaz de dilucidar si eso le parece irritante o encantador.

—Eh, Kris. Estamos aquí dentro.

Se decide por lo de «encantador», pero la realidad hace que estalle la burbuja. Shay le está haciendo señas desde la trastienda, donde, hasta donde logra distinguir con su vista borrosa, está sentado junto a una rubia, atractiva pero sin gracia. Vale, ahora sí que le parece entenderlo. Lo más probable es que esto, esta sorpresa, sea cosa de Tinder. De repente se siente cansada y desinflada. Deseaba que le presentaran a Santa Claus, no un trío amoroso. A lo mejor Cornualles es distinto; teniendo un pub propio que regentar, Shay tendría más cosas con las que mantenerse ocupado.

—Hola —dice sin energía, de pie junto a la mesa. Tiene la esperanza de que Shay detecte su estado de ánimo, aunque ya hace años que superaron la etapa de la comunicación telepática.

Él se levanta y le da un beso. La rubia insípida se queda mirando, en fin, de forma insípida.

—Esto… Kris, te presento a Adele Ryder —dice, extrañamente formal y un tanto satisfecho consigo mismo.

Adele Ryder le ofrece la mano a Kristy.

—Te agradezco mucho que hayas accedido a venir.

Kristy no le estrecha la mano. En vez de eso, lanza a Shay una mirada como diciendo: «¿Qué cojones es esto?».

Él reacciona sonriendo de oreja a oreja.

—Adele es periodista y trabaja para el *Daily Mail.* Va a hacernos ricos.

53
Ellen

Al día siguiente, mientras estoy en la ducha, se presenta la sargento Knowles en Coombe. Adam me anuncia su llegada, casi con aire regio, a través de una nube de vapor mientras me afeito las piernas. El miércoles tengo la cita mensual para hacerme la cera, pero creo que puedo decir sin temor a equivocarme que no voy a acudir. Ni siquiera tengo ánimos para llamar y anularla. Otra tarea que pienso delegar en Gwen.

Adam lleva razón. Tendremos que irnos de Thames Lawley. Si no tengo fuerzas para soportar veinte minutos de depilación a la cera, de ninguna manera podré educar aquí a mis hijos. Tal vez lo mejor sería que nos mudáramos de nuevo a Londres. El anonimato por encima de la vida en comunidad.

—Muévete de una vez —me dice Adam, tendiéndome una toalla para que vaya más rápido—. Yo no sé lo que debo decirle. Se te olvida que mentir no se me da tan bien como a ti.

Cierro el grifo de la ducha.

—¿Le has preguntado la razón de la visita?

No habrás sido tú, Paulo, ¿verdad?

—Pues no, Ellen, no se lo he preguntado. Pero apuesto a que no tiene nada que ver conmigo.

Adam se comporta así, de forma intermitente, desde que regresé ayer por la tarde. Distanciándose de mí, separándose de mí, dejando bien claro que a partir de ahora están por un lado mis problemas y por otro los suyos y que la única vez que son nuestros es si necesitamos mostrar fortaleza delante de los niños o de alguien que posea autoridad. Casualmente, los problemas de Adam, por lo que he podido deducir de las pocas palabras que me ha dirigido, son un jefe seriamente cabreado que se las ha arreglado para que él se sienta a la vez un lastre y una persona indispensable y una esposa que supone que él es lo bastante crédulo como para pensar que ir a recoger el coche le ha llevado dos horas.

Pero, gracias a Dios, cuando llego a la planta baja es todo sonrisas y refrigerios.

Y él no es el único.

Al entrar en el salón veo a la sargento Knowles sonriendo con afecto a Kian, que le está ofreciendo una serie de alimentos de plástico

que ella, complaciente, finge comer: un huevo frito, un donut, un muslo de pollo, una berenjena. Los va aceptando todos y declara que están deliciosos. El donut, en particular, se lleva una exclamación de placer.

¿Será una táctica?, me pregunto. Si no puedes desarticular a un sospechoso, sé creativa y ponlo en una situación violenta. Deja que tu risa se extienda por el salón, divierte a sus hijos, toma una taza de té.

Si esto es una táctica, está funcionando. Un trabajo excelente, Knowles. Estoy nerviosa.

Carraspeo para hablar:

—Hola, perdón.

¿Por qué pido disculpas por darme una ducha?

—No hay problema. —Knowles mira a Adam—. Justo le estaba diciendo a su marido que hoy hace muy mal día. En cambio aquí reina un ambiente muy acogedor. No tengo ganas de marcharme.

Miro un momento afuera. Está diluviando. Ni siquiera me había percatado de que llovía; desde que vi a Paulo estoy en una bruma mental. Desde lo del «tipo de la otra acera».

—¿Té, Els? —me pregunta Adam con una jovialidad sobreactuada.

—Un vaso de agua, por favor. —Le lanzo una mirada que le advierte que baje el tono, que se supone que estamos «solemnemente unidos». Luego, me siento enfrente de nuestra visita—. En fin, deduzco que no habrá venido a hablar del tiempo.

En eso entra Max, mira a Knowles con cara de pocos amigos y se refugia en mi regazo diciéndome:

—Mami, te quiero.

Ese es mi chico.

—No, en realidad quería retomar la conversación sobre algo que le dijo usted al agente Bale. —Mi corazón retumba contra el oído de Max —. Por desgracia, ha cogido una baja por enfermedad, de manera que tengo que guiarme por sus apuntes. Pero creo que usted mencionó que Zane tenía otra tutora, una nombrada por las autoridades locales.

—Sí, Frances no sé qué. No sé cómo se apellida. Y es algo muy reciente, de hace un mes o dos. Han tardado una eternidad en adjudicarla. Es lo de siempre: demasiados alumnos y muy pocos recursos.

No acabo de interpretar su expresión, pero percibo que se está fraguando algo malo. Solo Dios sabe lo que Zane le habrá contado de mí a esa Frances.

—Sí, bueno, obviamente hemos hecho mucho hincapié en hablar con ella, es bueno obtener la mayor cantidad posible de información del estado de ánimo de Zane. —Inclina la cabeza hacia un lado—. Pero la cosa es que el departamento de Educación de Oxfordshire nos ha confirmado esta mañana que no les consta que a Zane se le haya

asignado ningún tutor. Es cierto que él lo solicitó, pero no se ha nombrado a nadie y es poco probable que se haya hecho tal cosa. Zane debería haber estado asistiendo a una unidad de derivación de alumnos. La tutoría individual es solo para casos especiales; por ejemplo, para estudiantes menos capacitados.

Hago un gesto negativo con la vista fija en el suelo y vuelvo a levantar la cabeza desconcertada.

—Pero Frances…

—¿Qué Frances, mami? —pregunta Max.

Le doy un beso en la cabeza.

—Es solo una señora, cielo.

Knowles se encoge de hombros.

—Ellen, le hemos proporcionado el nombre al ministerio. No tienen ni una sola Frances que trabaje para ellos ni que aparezca afiliada. Ni hombre ni mujer.

Llega Adam con mi vaso de agua. Siento el impulso irresistible de echármelo por la cara.

—¿Han hablado con Paulo? —pregunto.

—Aún no. Esta mañana no contestó nadie en su piso.

—Pues tienen que hablar con él —replico— porque él ha conocido a esa tal Frances. Tiene que haberla visto, porque me ha dicho que era una tía estirada. Lo cual no quiere decir que lo sea, Paulo habla así. Pero lo que estoy diciendo es que ha habido alguien.

Knowles deja escapar un suspiro.

—Hemos hablado con la madre de Zane y no sabe nada de la tal Frances. En lo que a ella respecta, la única tutoría que estaba recibiendo Zane era una «gratis que le daba una pija», que suponemos que debe de ser usted.

Pija. Eso es un chiste. Lo ha sido siempre, pero nunca tanto como ahora. Porque estando aquí sentada con mis *leggins* de cien libras, en esta casa de campo de casi un millón de libras que heredará mi marido, después mis hijos, y después posiblemente los hijos de mis hijos, jamás me he sentido más sucia y menos orgullosa de aquello en lo que me he convertido.

Al preguntarme lo de «¿Qué Frances, mami?», Max ha demostrado tener más interés que su padre. Una vez que la sargento Knowles se ha ido, Adam apenas me habla, salvo para confirmar que sí, que se encuentra bien, y que no, que no ha visto un sacacorchos. Cuando la lluvia amaina, sugiero jugar un partido de fútbol en familia para levantar un poco los ánimos, «aunque tendremos que ponernos las botas de agua». Max y Kian están encantados, la idea de jugar al fútbol con botas les resulta divertidísimo, pero Adam nos agua la fiesta diciendo que no está de humor, que prefiere leer.

Más tarde, aún está leyendo, o fingiendo que lee, cuando yo empiezo a preparar el terreno para lo que tengo pensado hacer mañana. Lo que necesito hacer.

—Antes he hablado con Cahill —digo, dirigiéndome no tanto a Adam como a la portada de las memorias de André Agassi.

—¿Podría mejorar aún más este día? —gruñe él.

—Y ha estado hablando con mi madre y, en fin, ella se ha enterado de lo que está pasando, no sé cómo, quizá por Kristy, y por lo visto está soltando indirectas de venirse para acá.

Adam baja el libro y me mira con una expresión de terror absoluto.

—Pues impídeselo. O dile a Cahill que se lo impida. En serio, como si tiene que encadenarla al puñetero radiador: no debe permitir que tu madre salga de Leicester. —Se pasa una mano por la cabeza—. Ellen, por favor, con todo lo que ya tenemos, encima tu madre no.

—Creo que deberíamos ir a verla mañana y explicarle la situación. Tranquilizarla un poco. —Miro a Adam con gesto coqueto—. Incluso darle un poco de dinero.

Adam pone los ojos en blanco.

—Vale, lo que quieras. Aunque ni se te ocurra pensar que voy a acompañarte.

No sabe lo acertado que está. No tengo intención de ir en coche hasta Leicester. Esta tapadera entraña el leve riesgo de que algún día Adam pueda mencionar el viaje a Cahill (no a mi madre, dado que no se hablan desde que ella me llamó «cerda sin corazón» en el velatorio de papá por cerrar la barra libre a las seis de la tarde), pero, en la balanza de probabilidades, la posibilidad de que ambos conversen es mínima. No es exactamente que se caigan mal, sino que viven en planos distintos, apenas se dan cuenta de que el otro existe.

Hago una inspiración profunda y cruzo los dedos mentalmente.

—Así que los gemelos… A ver, si tú quieres un poco de tranquilidad puedo llevarlos conmigo, pero ya sabes cómo se pone mi madre con los niños…

—De ninguna manera —me interrumpe—. Tú haz lo que tengas que hacer, pero mis hijos se quedan aquí conmigo.

Ha dicho «mis» hijos, no nuestros hijos ni los niños.

Aunque el plan no podría haberme salido mejor, de todas formas me duele lo que subyace en esa frase: «Deja aquí a mis preciosos hijos y vuélvete con tu mugrienta familia».

54
Nush

—Veo que te estás poniendo cómoda.

Ya es bastante raro ser recibida por Gwen en la Meadowhouse (bueno, recibida no; más bien «admitida»), pero encima ver los calcetines de Bella secándose en el radiador, oír Radio 1 a todo volumen en la cocina (Ellen es estrictamente una fan de Radio 2) y oler…, bueno, Nush no sabe muy bien cómo definir ese olor tan empalagoso, pero desde luego que no es de mandarina y albahaca, el preferido de Ellen.

Además, la casa entera transmite una sensación nueva que Nush no acaba de identificar. No es un ambiente alterado en profundidad, sino marinado de un modo ligeramente distinto.

Retira una caja pequeña de juguetes de Bella que hay sobre la silla de cocina que tiene más cerca.

—Santo Dios, Gwen, vives al otro lado del parque. Aunque Jasmine hace lo mismo que tú: se lleva consigo todo menos el fregadero de la cocina aunque solo vaya a estar fuera de casa unos pocos días.

¿Es condescendiente comparar a una mujer de treinta años con una estudiante de diecinueve? Nush se confunde con las fechas: ¿Gwen es una *millennial* o de la Generación Z?

—Sí, bueno, ya es bastante malo tener a Orla enfurruñada sin que Bella se ponga quejica, además.

Gwen se sienta en el asiento de la ventana y cruza las piernas en la posición del loto. A Nush le entran ganas de pedirle que baje el volumen de la radio, pero tiene la impresión de que si hace eso parecerá una vieja.

—¿Y? —dice Gwen—. Supongo que habrás venido por mi mensaje de Facebook, ¿no? Por cierto, vi que lo leíste el domingo. Fue un poco maleducado no responder.

—Las personas civilizadas liman sus diferencias cara a cara, Gwen. Estos días he estado muy liada.

Y las personas civilizadas no se hablan a gritos en una cocina peleando para hacerse oír por encima de la música de Sean Paul.

—Ah, vale, bien, si has estado tan liada… Pues es una lástima que no estuvieras tan liada cuando vino la policía. —Gwen, exasperada, menea la cabeza en un gesto negativo—. ¿Se puede saber por qué dijiste todas esas cosas? Pintaste a Ellen como si fuera una persona…

no sé, extraña. Como si estuviera obsesionada con las relaciones en las que hay mucha diferencia de edad.

¿De verdad? Nush rememora la conversación que tuvo con aquel policía tan alto. Él le pidió que le dijera la verdad tal como ella la veía y eso fue lo que hizo.

—Le dije que cuando Ellen me estaba presionando para que dejase a Tom, parecía obsesionada con la idea de que él dirigiera su atención hacia Orla o hacia una de las amigas de Jasmine y que luego tuvo una reacción totalmente exagerada cuando vio al amigo camarero de Kristy hablando con Orla en el pub. Supongo que eso es a lo que te refieres, ¿no?

—¿Así que lo admites?

—¿Qué tengo que admitir? Sugiere que Ellen siempre ha demostrado un cierto desagrado por las relaciones en las que hay diferencia de edad. Creí que eso ayudaría.

—Pues no fue así como lo entendió él, el grandullón, Damien. Me interrogó a mí justo después y mencionó lo que tú habías dicho y me preguntó si podía añadir algo más. Lo cual, obviamente, no hice. Pero parecía pensar que era interesante, desde un punto de vista psicológico, que Ellen viera relaciones potenciales que simplemente no se le ocurrirían a la mayoría de las personas.

Damien. «Llámame Damien.» Los hombres actúan así con Gwen. Nush se desprecia a sí misma por pensarlo, pero se alegra de no haber tenido que presentarle nunca a Tom.

—Bueno, no puedo evitar que él lo interpretase de ese modo.

No sirve de nada. Lo único que tiene que hacer es apagar esa radio. Gwen le lanza una mirada un tanto fulminante mientras lo hace, pero, suerte perra, esta no es su casa.

A medida que va cayendo el silencio, llega un débil murmullo de voces procedente de la planta de arriba.

—¿Es Orla? —pregunta Nush sorprendida—. ¿Los martes no suele tener Estadística después de clase?

—No me digas. Estás mejor informada que yo. Sea como sea, esta semana no ha ido a clase.

Nush frunce el ceño.

—¿Lo saben Adam y Ellen? Debería estar yendo a clase. Este es un curso crucial.

Gwen lanza una carcajada.

—¿Quieres intentar decírselo tú, Nush? Pues prepárate.

Nush murmura un «oh», si bien no se imagina a Gwen insistiendo con demasiada energía. Aunque no es que tenga que hacerlo; puede que se haya instalado temporalmente como Señora de la Meadowhouse, pero la educación de Orla no es responsabilidad suya.

Vuelve a sentarse y orienta el oído hacia la puerta de la cocina.

—¿Con quién está hablando?
—Con Kristy.
—Adam ha dicho que Kristy se ha ido.
Gwen enarca una ceja.
—Pues, por lo que parece, se ha dejado algo en la planta de arriba.

55
Kristy

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Orla con frialdad, de pie en la puerta del dormitorio de invitados.

Kristy, sorprendida, da un respingo. Gwen no le dijo que Orla estaba en casa. Estira el collage que hizo para cuando Ellen cumplió cuarenta años, que ahora cuelga torcido en la pared del fondo.

—¿Que qué estoy haciendo? —Se vuelve—. ¿Qué estás haciendo tú?

—Yo vivo aquí.

—Sí, ¿pero de dónde sales?

—Estaba escondida en el cuarto de baño de mi madre. —Orla se fija en la maleta que tiene Kristy detrás y luego en la foto que sostiene en la mano—. Iba a fingir que estaba duchándome si Nush subía aquí para echarme un sermón. No me sorprendería que la hubiera enviado mi madre. —Pone los ojos en blanco—. Y ya sabes cómo es. En este momento no me hace falta una charla de Nush.

—Ya es bastante malo recibir charlas de Gwen, ¿verdad? —replica Kristy solo por decir algo.

—Eso no me molesta. Gwen me escucha, lo cual ya es más de lo que hace mi madre. —Vuelve a bajar la mirada—. ¿Por qué has cogido esa foto? No puedes echar tanto de menos a mi madre. —Se inclina hacia delante, agarra a Kristy por la muñeca y le da la vuelta a la foto —. Uf, no podías haber escogido otra mejor. Esa foto no es asquerosa, sino lo siguiente.

Pues no lo es según Adele Ryder, que pensó que una Ellen con minifalda y tragando champán en un bar en compañía de un adolescente sudoroso era todo lo contrario de algo asqueroso. Posible material de prensa sensacionalista. «Pero este chico es un adolescente, ¿no?», preguntó. «Porque ahí está la gracia, eso es lo que interesa al público.»

Orla suelta una carcajada.

—¿Qué, vas a pincharla en el tablero de dardos del Cricketers?

Espera a que Kristy se ría y, a decir verdad, normalmente se reiría. Debería haber pinchado la foto de Ellen en un tablero de dardos hace muchos años, habría sido una terapia barata. Pero lo curioso es que desde el domingo, cuando se sentó a ver a Shay y Adele Ryder negociar la caída pública de Ellen (dos personas que en conjunto la

conocen desde hace menos de quince días), algo parece haber cambiado en su interior. No es un sentimiento de ternura hacia Ellen, no; es más bien un furioso deseo innato de proteger a los suyos, supone. Y para arrebatarle el poder a Shay, el cual, según ve ahora, ha estado sacando provecho de su odio.

Su amor/odio, en realidad. Y que se joda todo aquel que diga que ambas cosas no pueden existir en el mismo espacio.

—Voy a llevármela —le dice a Orla—, porque hay una mujer, una periodista, que está dispuesta a pagar un dineral por ella. Así que tengo que quemarla o romperla en pedazos o… comérmela si hace falta antes de que el parásito de mi novio… bueno, exnovio, le eche la zarpa encima.

Shay no fue sincero del todo aquel día, el día del almuerzo a base de pizza, cuando dijo que solo había recibido unas cuantas amonestaciones; en realidad, dos veces cumplió condena por allanamiento. Jura que lleva varios años sin delinquir y puede que sea verdad o que no, pero con esa periodista que le ofrece tres mil libras, que servirían para reducir bastante la factura de Cornualles, Kristy no descartaría que allanase la casa para hacerse con la foto una vez que ella le diga que se ha ido.

En serio, tres mil libras no es una cantidad despreciable, pero Shay lo ha pintado como que les cambiaría la vida. Cuando estaba en la etapa fuerte de su profesión de modelo, ella se gastó tres mil libras en una capa de terciopelo.

Lo cual fue una gilipollez, pero aun así.

—Vaya. Así que has roto con Shay para proteger a mi madre —dice Orla encogiéndose de hombros—. Pues nada, con tu pan te lo comas.

—Bueno, en realidad no he roto con él. Pero se lo figurará cuando vea que mis cosas han desaparecido.

—Fría. Muy fría. Estoy impresionada, tía Kristy.

—Y de todas formas, no es solo por tu madre. —Aunque ha sido agradable sacar de su jubilación al Caballero Blanco—. Es porque he comprendido que Shay me está utilizando para financiar lo de Cornualles.

—¿Lo de Cornualles? —Orla la mira con gesto inexpresivo—. ¿Cómo dices?

Kristy sacude la cabeza en un gesto de negación.

—No importa. Pero, fundamentalmente, creo que vino aquí, vio esta casa, se enteró de cuánto iba a costar la reforma y pensó: «Excelente, no me vendría mal una hermana rica». Y cuando vio que tu madre no cumplía y empezó toda esta cadena de locuras, descubrió otra manera de conseguir lo que quería. Y ya estoy harta de tipos así. Prefiero estar sola.

—La mayoría de los hombres son así.

Seguramente Kristy debería replicar que eso no es cierto y podrían tener un entrañable momento de sensiblería, pero es que necesita pasar página. Tiene un tren a Londres al que subirse. Un antiguo novio le ha ofrecido un hueco de dos semanas en su viejo sofá (es probable que terminen follando, pero en última instancia hay destinos peores). Después, cuando se haya aclarado las ideas, volverá y arreglará las cosas con Ellen. Se acabó el melodrama. Sí, perfecto.

—Entonces, ¿cuánto ha ofrecido esa periodista? —Orla sonríe de oreja a oreja—. Lo pregunto solo para una amiga, obviamente.

—No lo bastante como para destrozarle la vida a tu madre, digámoslo así.

Y a eso se reducía todo para Kristy. A una vida. La cordura de su hermana. Ellen, que antes de lo de Courchevel no era ni su némesis ni su chico de los azotes. Era simplemente una hermana corriente. Unas veces adorada, otras veces despreciada, casi siempre tolerada, siempre amada.

Y todavía la ama. Lo sabe porque, aunque piense cosas horribles de ella, aunque la ridiculice y le robe cosas, cuando tuvo en su mano la oportunidad de acabar con ella, de exponerla en un tabloide sensacionalista, se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía destrozarle la vida de manera irrevocable.

Y después de lo que Ellen le hizo a ella, eso solo puede ser porque ella la ama, ¿no? No con ese amor paciente y bueno que aflora en todas las lecturas de las bodas; no, la ama con ese amor desordenado e incómodo al que uno pondría fin si pudiera escoger.

Sinceramente, la verdad es que a Kristy la sorprende que Shay pensara que ella iba a elegirlo a él por encima de Ellen. Y ahora la está carcomiendo, y de forma peligrosa, el hecho de que la haya colocado de entrada en esa posición.

Una cosa es segura: que una vez que se haya aclarado las ideas y su hermana haya vuelto, buscará la manera de hacer pagar a Shay.

56
Nush

La puerta de la calle se cierra de golpe.

—¡Yo también me alegro de verte, Kristy! —vocea Nush. Acto seguido, se vuelve hacia Gwen y vuelve al tema que tenía entre manos.

—Bueno, escucha, ¿por qué la policía está tan obsesionada con las supuestas inclinaciones de Ellen? Aunque estuviera tirándose a ese chico, no es ilegal. ¿De verdad eso es relevante para su desaparición?

Gwen se encoge de hombros.

—Supongo que, como ella lo niega, querrán pillarla en una mentira. —Dirige a Nush una mirada extraña, entre indignada e intrigada—. Pero espera un segundo, has dicho si se estaba tirando a ese chico. No creerás en serio que se lo tiraba, ¿verdad?

Nush sabe que debería decir que no, pero, si algo ha aprendido en este último año, ha sido que la vida está llena de limones, bolas lanzadas con efecto, amigos de toda la vida que casi se convierten en amantes, amigos que a lo mejor no son de verdad y futuros exmaridos que compran cochecitos de bebé.

¿Así que Ellen con un novio adolescente? ¿Por qué no? Todo es posible.

—No creo que nadie conozca de verdad a nadie, Gwen, de modo que, sinceramente, no te sabría decir.

Gwen lanza un silbido.

—Vaya. Qué deprimente. ¿Hoy es el Día Nacional del Nihilismo o algo así? —Nihilismo no es una palabra que quepa esperar de una persona que lleva una sudadera con franjas de colores arco iris. Pero esto, más bien, demuestra lo que quiere decir Nush: que en realidad nadie conoce a nadie—. ¿O es tu forma de disimular que tienes una opinión muy pobre de Ellen?

Nush se encrespa.

—¿Perdona? Ella creyó que fui yo quien la denunció a Servicios Sociales. Digo yo que si alguien tiene una pobre opinión de…

—Porque a mí siempre me ha parecido obvio —interrumpe Gwen —. Y Ellen se da cuenta, créeme. He visto la cara que ha puesto cuando tú has dicho determinadas cosas, pero nunca devuelve las pullas. ¿Por qué? Siempre me he preguntado si… —Levanta las rodillas, como preparándose para una andanada—. ¿Ocurrió algo

entre Ellen y Tom? ¿Es eso?

Nush suelta una carcajada.

—¡Ellen y Tom! Dios santo, como si Tom alguna vez hubiera… —Se interrumpe antes de que se le escape alguna maldad—. Bendita seas, cielo. Eso sí que me ha hecho reír, ya llevaba mucho tiempo sin reírme de nada.

Pero Gwen no está convencida. Murmura un superficial «vale» seguido de un escéptico «si tú lo dices» y de repente, casi como algo físico, a Nush se le revela esencial que esta chica tan tonta con sus tontas teorías y su tonta sudadera de franjas arco iris sepa la verdad respecto a Ellen. Que sepa lo que ha hecho.

—Ellen me destrozó la vida, y seguramente lo sabe. Puede que incluso se arrepienta de ello. Por eso no devuelve las pullas. ¿Responde eso a tu pregunta?

—¿Cómo que te destrozó la vida?

Esta vez le toca a Gwen reírse, aunque, más que de buen humor, es de asombro. Nush también está un poco sorprendida; es la primera vez que da voz a lo que siente respecto a Ellen y ni en un millón de años habría imaginado revelárselo a Gwen, aunque es posible que Gwen sea el público perfecto, dado que su opinión apenas le importa. Con sus horquillas para el pelo y su barra de labios llenas de brillantitos, es como desnudar el alma ante una bola de discoteca.

—No debería haberme contado lo de Tom con esa mujer. Sabía que yo era feliz en mi matrimonio. La ignorancia puede dar la felicidad, lo creas o no. Adam incluso le dijo que no contase nada, ¿sabes? Le dijo que lo dejase estar, que los matrimonios ajenos no eran cosa suya. Pero no, ella no podía cerrar esa bocaza moralista que tiene.

Gwen levanta las manos en el aire.

—Mira, a decir verdad, yo no soy la mejor opción si estás buscando a alguien que haga daño a Ellen. Ya hace bastante tiempo, pero en cierta ocasión envié fotos a su mujer de un tipo que yo sabía que estaba teniendo una aventura con otra. Y, sinceramente, volvería a hacerlo mañana mismo. Ella tenía derecho a saberlo. Tú tenías derecho a saberlo.

—Muy bien, pues cuéntamelo. Y cuando te diga «gracias por habérmelo contado», déjalo estar. No me presiones para que actúe. No intentes que me sienta inferior.

—Pero… —Gwen arruga el ceño— fue decisión tuya, Nush. En ningún momento pensé que te harías la víctima. Obviamente, no estuve presente y no me cuesta nada imaginarme a Ellen subiendo a su tribuna, pero si pones fin a tu matrimonio porque te lo dice una amiga, pues lo siento, pero tu matrimonio no era gran cosa.

—¡No estaba poniendo fin a mi matrimonio! ¡Solo quería darle una maldita lección!

Y a continuación lanza el rugido de la catarsis. Un estallido de rabia que va atenuándose poco a poco. Gwen pone cara de aturdida, puede que un poco abochornada, pero a Nush le da igual, se siente un diez por ciento más liviana.

—Pensé que duraría como mucho unas semanas —sigue diciendo casi para sí misma—. Unas pocas semanas viviendo en un hotel y que después él se daría cuenta de lo que se estaba perdiendo. Y tal vez eso lo haría cambiar para mejor. No tenía ni idea de que acudiría derechito a ella.

Gwen titubea un momento y luego dice:

—Puede que lo hubiera hecho de todas formas, con el tiempo. Pero eso habría sido peor, desde luego. Si te hubiera dejado él a ti.

Nush elude esa idea. Se ha entrenado para no imaginarla siquiera.

—No. No, esa mujer era solo un coqueteo hasta que yo eché de casa a Tom por indicación de Ellen. Ese hecho los unió, ¿comprendes? Si Ellen hubiera mantenido la boca cerrada, esa llama se habría consumido sola como todas las otras y yo todavía tendría un matrimonio y Tom no estaría formando una familia nueva y yo no me habría visto condenada a pasarme las horas observando un piso extraño intentando vislumbrar al único hombre que probablemente he querido y querré. —Mira la expresión de alarma de Gwen y deja escapar una risa leve, de agotamiento—. Y estoy segura de que nada de esto te parecerá muy racional, y puede que no lo sea, ¿pero es racional abandonar a la que ha sido tu esposa durante veintiún años por una chica a la que conoces desde hace cinco meses?

—Espera, frena un poco. —Gwen endereza la espalda—. ¿Te pasas horas vigilando su casa? Eso es acechar. ¡Es un delito, Nush!

Verse a través del prisma de los ojos de Gwen resulta aleccionador, pero ella no lo llamaría «acechar». Lo ha hecho una sola vez, el domingo pasado, precisamente. Estaba saliendo de casa para pasar con el coche por delante del apartamento de Jessie cuando apareció el policía y la interceptó temporalmente. Aunque al final fue una suerte, porque al ir más tarde consiguió ver un instante a Tom.

Estaba entrando en su coche, un Mini Cooper, lo cual era ridículo. Y más ridículo estaba todavía con aquella sudadera azul con capucha; siempre decía que las sudaderas con capucha eran de barriobajeros y matones.

Un golpe en la puerta devuelve a Nush a su ser y hace que Gwen se incorpore de un salto.

—Oh, por el amor de Dios. Seguro que es un reportero —dice Gwen —. Esos buitres no saben lo que significa la palabra «no». Voy a librarme de él. Vuelvo en un minuto.

Pero Nush opina que este es un buen momento para marcharse. Ya ha dicho demasiado, se siente un poco descentrada. De modo que va

también al vestíbulo, donde Gwen está abriendo la puerta a la vez que musita un «vete a la porra».

Pero la persona que está en la puerta no es un reportero. Nush no necesita ver que no lleva un micrófono peludo para convencerse de ello.

La visita mira fijamente a Gwen, después a Nush, después otra vez a Gwen, después otra vez a Nush. Acto seguido, antes de que ninguna de las dos pueda pronunciar una sola palabra, dice:

—Esto… ¿Qué cojones estás haciendo tú aquí?

57
Ellen

Es un poco triste que los gemelos no se hayan enfurruñado al ver que yo iba «a ver a la abuela Rose» sin ellos. Por lo general, siempre están deseando ir a todas partes, aunque sea a la oficina de correos o al punto limpio. Siempre imagino que habrían querido más a mi padre; él les habría comprado dulces y les habría hecho muecas graciosas. Mi madre opina que se creen más importantes que nadie, a Max lo llama el «pequeño lord Fauntleroy». En esencia, a la abuela Rose solo le caen bien Cahill y los hijos de Mickey, que son Hennessey hasta la médula.

Reflexiono sobre todo esto mientras aguardo hundida en el asiento de mi coche, a cien kilómetros de donde se supone que debería estar. Ya es el final de la tarde, la hora de cenar de los gemelos, comento ociosamente, y puedo decir que el día de hoy ha supuesto una pérdida total de tiempo y de energía mental. Ya llevo casi tres horas aparcada en Trensale Row y lo único que cabe destacar ha sido la maravilla de la puesta de sol, el cielo del otoño pasando de un azul turbio a un vivo resplandor rojizo. Y pensar que me preocupaba parecer conspicua, cuando en realidad solo han pasado por mi lado un puñado de transeúntes y, lo crucial, no ha habido ni un solo movimiento en ninguna de las viviendas situadas enfrente del punto en el que se apeó Zane.

Así que tal vez debería marcharme.

No: me quedo.

Pero no mucho tiempo. Quizá media hora más.

Pero incluso si me quedo, sigo sin saber muy bien qué pretendo hacer aquí. Quiero decir, si bien el domingo pasado fui temeraria e indiferente al peligro al pedir a Paulo que se reuniera conmigo, sabía que era poco probable que luego fuera a chivarse a la sargento Knowles porque eso iría en contra de lo que lleva escrito en el ADN. Pero el «tío ese» es una entidad desconocida y aguardar dentro de un coche es acechar de todas todas. Y no importa lo más mínimo que yo sepa que en la declaración de ese tío hay algo dudoso; mientras esté en libertad bajo investigación no puedo abordarlo en la puerta de su casa. Según Google, podrían caerme cinco años por intimidar a un testigo (seguramente sea una exageración, pero no estoy preparada para jugar a la lotería de la cárcel).

De modo que debería marcharme.

Debería marcharme ya mismo.

De hecho, lo que voy a hacer es escuchar el mensaje de voz de Nush. Me llamó hace cinco minutos, pero no tenía ánimos para hablar con ella. Para ser sincera, tampoco tengo ánimos para enfrentarme a su mensaje de voz, pero escucharlo, después sopesarlo, después tal vez cabrearme por él, todo eso aplaza unos momentos tener que tomar la decisión de si quedarme o marcharme. Y quién sabe: a lo mejor me ha llamado para hacer las paces. No hay duda de que me vendría muy bien que alguien me prestara un hombro para llorar.

Tengo el teléfono en la mano cuando suena de nuevo. Pero no es Nush, sino Adam. Enderezo la postura y contesto rápidamente.

—Hola —digo en tono alegre, quizá demasiado alegre para una persona que ha pasado la tarde siendo golpeada emocionalmente por Rose Hennessey.

—Hola. ¿Qué tal vas? ¿Sigues ahí?

—No, ya estoy volviendo —miento—. Llevo más de la mitad del camino. Acabo de parar en la gasolinera para hacer un pis rápido.

—Bueno, ¿y cómo ha ido la cosa? —me pregunta Adam—. En una escala de uno a diez, uno el círculo del infierno de Dante y diez más o menos soportable.

Consigo emitir una risa breve, animada al ver que Adam parece estar de mejor humor.

—Pues… siete. No ha ido mal. Bueno, mi madre ha estado antipática, diciendo tacos todo el tiempo, pero no va a venir de visita, esa es la conclusión final. —*Así que no me hagas más preguntas*.—. ¿Los gemelos se han portado bien?

—Sí. Bueno, más o menos. Aquí hay montones de DVD de Disney, de modo que se me ocurrió presentarles a *Dumbo,* pero Max se asustó mucho con los elefantes enloquecidos y luego, cuando probé con *Pinocho,* los dos se asustaron con la escena del burro.

—Es una escena muy jodida, la verdad. Pero qué raro que reaccionaran así, por lo general no se alteran tanto.

—Ya lo sé. Pero no es nada sorprendente. Perciben que está pasando algo, Els. —Se hace el silencio en la línea—. Bueno, opino que mañana deberíamos volver a casa. Ya sé que va a ser duro enfrentarse a la gente, pero los gemelos necesitan un poco de normalidad.

—Por supuesto —digo, porque no puedo decir otra cosa—. Luego llamaré a Gwen para saber si Orla me sigue odiando o no.

—La verás en persona. Puedes preguntárselo directamente.

—Ah, ¿sí?

En el espejo retrovisor aparecen los faros de un vehículo a lo lejos. Es un coche que está entrando despacio en la somnolienta Trensale Row.

—Sí, va a llevar a los chicos a los fuegos artificiales de Whistlebrook. Por eso te he llamado, para preguntarte si te parece bien. Por lo visto, están diseñados para niños y ella va a llevarse a Bella, son aquí cerca, de modo que se le ha ocurrido que estaría bien llevar también a los gemelos. Son de seis y media a siete, o sea que no muy tarde.

En este momento son poco más de las cinco, con lo cual es posible que cuando yo llegue ellos ya se hayan marchado. Siento unas ganas irresistibles de decir que no, necesito urgentemente un abrazo doble.

Pero Adam tiene razón: los gemelos necesitan normalidad. Fuegos artificiales, manzanas bañadas en caramelo y chocolate caliente constituyen la receta perfecta.

—Sí, muy bien. Pero dile a Gwen que lleve orejeras y que no haga caso si Max se queja a la hora de ponérselas. Y que se abriguen bien, que lleven algún gorro, ¿vale?

Adam pregunta:

—¿Qué gorro? —Porque está claro que entender de gorros es algo que no figura entre sus cometidos.

En ese preciso instante, el coche que entró en Trensale Row se detiene delante del número 9, justo enfrente de donde dejé yo a Zane.

De nuevo me hundo en el asiento y observo atentamente, pero el conductor no hace nada. Bueno, es de suponer que estará haciendo algo, pero es casi de noche, yo estoy a quince metros de él, a esta calle no le vendrían mal unas cuantas farolas más, Adam me está describiendo una clase de gorro con borla y, maldita sea, no veo nada.

Pero, de repente, el conductor se apea del coche, es claramente un varón, y no se encamina hacia el número 9, sino hacia el 11. Cuando ya ha subido la mitad de los escalones de la entrada, echa la mano hacia atrás para cerrar el coche con el mando a distancia. Incluso desde lejos consigo oír el débil pitido.

Llega a la puerta de la vivienda, iluminado por la luz del porche, y no le encuentro sentido a nada de lo que veo. Se enciende la luz del vestíbulo, se abre la puerta, aparece otro varón y, de pronto, con agresividad, se la cierra en las narices.

Siento un huracán en el interior de mi cerebro.

—Tengo que irme —le digo a Adam.

No le explico la razón ni me despido ni le contesto cuando, presa del pánico, me pide instrucciones para los gorros. Y aunque probablemente debería, tampoco le digo que a quien tengo delante es Jason Bale.

Jason Bale, que, según la sargento Knowles, «está de baja por enfermedad, desgraciadamente». Que, según la sargento Knowles, ya no está asignado al caso de Zane. Y que, a juzgar por el modo en que aporrea la ventana de la vivienda, tiene un asunto urgente con la

persona que está dentro. Y no es un asunto policial.

58
Ellen

Transcurridos unos momentos, Jason da media vuelta, baja corriendo los escalones y se va de nuevo en su coche. Imagino que uno no puede desahogar su rabia ante una ventana sin que lo terminen oyendo los vecinos. Y lo cierto es que una vecina lo oyó. Una mujer regordeta y de mediana edad le gritó desde su porche mientras secaba un escurridor. A través de mi ventanilla entreabierta la oí amenazar con llamar a la policía.

Pero es que Jason es la policía. Era un agente de alto rango en Londres y algo lo hizo venir a Thames Lawley. ¿Y qué tiene que ver conmigo nada de esto?

Me quedo paralizada ante el volante, intentando ordenar un poco las ideas.

De modo que Zane mintió en todo. Y lo sabía todo. ¿Cómo?

Me hizo venir a este lugar, me dijo exactamente dónde debía dejarlo y después desapareció. ¿Por qué?

Aparece un «testigo», pero dicho testigo miente.

Jason conoce al testigo mentiroso y está claro que entre ellos hay mala sangre.

De pronto lo comprendo todo. Ahora que sé el número de la casa, es posible que pueda obtener un nombre en el directorio de la página web. Y si tengo el nombre del vecino, podré… ¿Qué? ¿Qué puedo hacer?

Puedo sondear a Gwen, ver si ella puede decirme de qué conoce Jason a ese vecino.

Con las manos temblorosas, abro la página de búsqueda y encuentro el número 11. Las personas que figuran en esta dirección tienen una edad de entre cincuenta y cincuenta y cuatro años. Solo hay dos nombres registrados: Samantha y Marcus Tate.

Regreso a Google para introducir estos nombres, pero antes de que tenga ocasión de hacerlo me suena el teléfono.

Es Nush.

Vale, dos veces en veinte minutos. Si tan desesperada está por reconciliarse, puede que se muestre dispuesta a ayudarme con esto. Ella fue la primera que me dijo que Jason había «roto» con su vida anterior.

—Ellen —me dice a bocajarro, sin saludar siquiera. En su tono de

voz hay algo preocupante, una urgencia que no la deja respirar—. ¿Has escuchado mi mensaje?

—No, lo siento, he estado…

—Escucha —me interrumpe. Al fondo se oye el susurrar del viento —. Acaba de ocurrir una cosa más bien extraña…

—Pues has llamado a la persona adecuada —bromeo, en un intento de transmitirle que no le guardo rencor—. Después de lo que ha pasado estas semanas, podría hacer un máster en «cosas extrañas».

—Acabo de pasar por tu casa y…

—¿Mi casa? ¿Por qué?

—Eso no es importante. Pero escucha: cuando ya me iba se presentó un hombre en la puerta. No lo conocía, pero por lo poco que pude deducir antes de disculparme y salir, porque era un tipo bastante intimidante, la verdad, vi que era el padre del chico. Ya sabes, ese chico.

—¿Zane? —Enderezo la espalda y agarro fuerte el volante con la mano libre. En el número 11 de la calle se enciende una luz—. ¿Estás diciendo que Paulo Jackson ha estado en mi casa?

—Si ese es el padre del chico, sí.

—¿Prácticamente calvo —digo— y con pinta de haberse peleado con un oso?

—El mismo.

Vuelvo a reclinarme en el asiento.

—Pues sí, es muy raro. No sé cómo habrá conseguido mi dirección.

Anda, claro, por Julie Jackson. Lo dice todo sobre mi vida actual el hecho de que me haya olvidado del «contratiempo» que tuvimos en la puerta de casa.

—¡Olvídate de eso! —La oigo respirar hondo—. Por lo visto, conocía a Gwen, eso es lo raro. La miró y le preguntó qué diablos hacía allí.

En mi cerebro se dispara una alarma, pero por el momento no es urgente.

—Ya, bueno, es que es un poco bruto. Seguramente quiso decir: «¿Quién es usted? ¿Dónde está Ellen?».

—No. —Imagino a Nush negando con la cabeza de una manera que no admite discusión—. No, por la cara que puso Gwen, era evidente que ella también lo conocía. Se quedó sorprendida… no: pillada con las manos en la masa. Y no dejo de rememorarlo mentalmente, por si he interpretado mal la situación, pero sé sin lugar a dudas lo que oí cuando salía. Y eso fue lo más extraño de todo.

—¿Qué?

—Llamó a Gwen «Frances».

59
Orla

GRUPO DE WHATSAPP: ¿QUIÉNES SON LAS REINAS?
Miembros: Orla, Esme

ESME: ¡Buenas noticias, Orla!

ORLA: Ya se me había olvidado lo que era eso, la verdad. Explícate.

ESME: En el insti todo el mundo ha dejado de hablar de tu madre.

ORLA: Genial.

ESME: Bueno, aparte de Abi Devlin, que se preocupa por esa histriónica. ¿Quieres saber la mala noticia?

ORLA: Claro.

ESME: Que todo el mundo habla de ti. A quién te estás tirando. Declan O'Dell ha montado una porra. Yo le he dicho que madure.

ORLA: Seguro que sí. Pero empezaste tú cuando le contaste a todo el mundo que yo había mentido a mis padres diciendo que me quedaba en tu casa.

ESME: ¡No se lo conté a todo el mundo!

ORLA: Si se lo cuentas a Abi Devlin, se lo estás contando a todo el mundo.

ESME: A decir verdad, tú montaste el drama poniéndote como un agente de la CIA. El señor Fellowes no es profesor, ¿no? Porque Jodie ha dicho que él le dijo que el verde le sentaba muy bien. Es muy raro que un profesor te diga eso, ¿no?

ORLA: No es nadie. Mira, he estado con Gwen. No quería que lo supiera mi madre porque es amiga suya y le parecería raro. Pero nos hemos hecho muy amigas. Con ella puedo hablar, sabe escuchar.

ESME: ¡Pero si tiene como treinta años!

ORLA: No noto la diferencia de edad. Ella dice que soy muy madura para la edad que tengo.

ESME: A ver si lo entiendo. ¿Te has estado viendo con Gwen? Todas las veces que decías a tus padres que te quedabas en mi casa, para estudiar o lo que fuera, ¿en realidad te quedabas en la de Gwen?

ORLA: Pues sí. Y a veces digo que voy a hacerle de canguro y a veces le hago de canguro. Pero otras veces a ella no le apetece salir y nos quedamos en casa y pasamos horas charlando.

ESME: Vaaale. ¿Es un rollo lésbico? Porque Gwen nunca se ve que tenga novio y tú en estos meses te has vuelto alérgica a los tíos.

ORLA: No es un rollo lésbico. Es una relación de hermana mayor, diría yo.

60
Gwen

¿Tienen idea de lo que significan mil libras para un chico como Zane Jackson? Esa insufrible puta de Orla las quemaría en compras por internet en media hora. De hecho, se las gastó en un reloj de Apple y unas horribles zapatillas deportivas. Eso es lo que cuesta actualmente contratar a un chico de diecisiete años para que te haga el trabajo sucio.

Aunque tal vez debería haberle pagado más, porque su ejecución fue digna de un rastrillo de segunda mano. Colocó los condones, pero se lio con la sangre. No encontraron nada, ni una gota. Dijo que se le había olvidado, lo cual no se lo cree nadie, como tampoco su afirmación de que fue culpa mía. Al parecer, lo puso nervioso mi «presión constante» en WhatsApp.

Esperaré algo mejor para hacer el último pago.

Diez mil libras significan que no ha habido cagadas.

61
Ellen

—Marcus Tate, sé que estás ahí dentro.

Retomo donde lo dejó Jason, gritando ante la puerta del número 11 de la calle. He llamado dos veces, sin obtener respuesta, y ahora estoy en cuclillas y gritando por la ranura para el correo y viendo un gato en actitud arrogante que cruza una y otra vez el suelo de mosaico del vestíbulo.

—Si sigo gritando, volverá a salir tu vecina. Y voy a serte sincera, Marcus, me da igual que llame a la policía. Necesitamos que venga la policía. —No lo pienso en absoluto, es un farol—. Es necesario que solucionemos esto. Me llamo Ellen Walsh.

Silencio.

—He grabado un vídeo, ¿sabes?, de Jason. —Salvo que no he hecho tal cosa. ¿Por qué demonios no lo he hecho? Mi antiguo yo, más sensato, sin duda lo habría grabado, pero por lo visto se ha dado definitivamente de baja—. Y sé que eres socio sénior de… —miro el móvil para consultar su perfil de LinkedIn— Sterling Kingsley Walters, lo cual quiere decir que eres abogado, y los dos sabemos que dar falso testimonio podría acarrearte la expulsión del colegio.

Hay una puerta abierta y el gato maúlla hacia ella como preguntándole a su dueño: «¿Quién es esta lunática?».

—Ni siquiera es necesario que entre, puedes hablar conmigo en la puerta. Y si contestas a mis preguntas, juro que me iré al cabo de cinco minutos. Pero si no abres la puerta, acamparé aquí la noche entera.

Nada.

Le propino a la hoja una débil patada de frustración y me vuelvo para bajar de nuevo los escalones.

En eso, la puerta se abre con un chasquido.

Me vuelvo y me encuentro con Marcus Tate.

Es un tipo atractivo, un zorro plateado, aunque no puede tener más de cincuenta años. Con los hombros echados hacia atrás y el pecho fuera, su postura indica la seguridad en sí mismo de un socio sénior. Pero su mirada enfebrecida transmite pánico. Los ojos siempre nos delatan.

—Cinco minutos. —Su tono pijo y de barítono retumba de hostilidad. Creo que nunca me había topado con un odio tan a las

claras—. En estos momentos está llegando mi esposa de Heathrow, estará a ocho o diez kilómetros de aquí. Y si cuando llegue usted aún no se ha marchado, le prometo que encontraré la manera de hacérselo pagar.

Se da media vuelta, echa a andar por el vestíbulo y me conduce hasta un pequeño estudio que hay junto a la cocina en el que una vela con perfume de lavanda lucha por combatir el olor a tabaco rancio.

—Cinco minutos —repite apostándose contra el alféizar de la ventana.

—Bien. ¿De qué conoce usted a Jason Bale? ¿Y por qué mintió a la policía respecto a Zane Jackson y una servidora? Y recuerde que tengo un vídeo de usted cerrándole la puerta en las narices a Jason, un agente de policía que trabajó en este caso y que claramente tiene un problema personal con usted. Así que el juego se ha terminado, Marcus. Necesito que me diga en qué consiste dicho juego y después lo dejaré en paz.

Él me mira fijamente, parpadeando. Con ese cerebro de abogado haciendo horas extras. Parece dudar entre contármelo todo y decirme que me vaya al carajo.

Con un profundo suspiro de resignación, se cruza de brazos y opta por contármelo todo.

—Conocí a Jason la semana pasada. Fue el agente que me tomó declaración. No tenía ni idea de que era hermano de Gwen hasta que vino a verme de forma extraoficial y me dijo que sabía quién era yo.

—¿Y quién es usted?

—Hace unos años tuve una aventura amorosa con Gwen. Es de lo que más me arrepiento en la vida. Samantha, mi esposa, no sabe nada y me gustaría que siguiera sin saberlo todo el tiempo que sea posible, aunque solo sean unos pocos días más.

—Pues entonces siga hablando.

Lanza otro suspiro.

—Jason me dijo que en estos últimos años me había estado vigilando porque sabía que su hermana me tenía «enganchado», dicho por ella, no por mí, y él temía que si yo la rechazaba… En fin, más o menos dio a entender que rechazar a Gwen rara vez termina bien. Como si yo necesitase que me lo dijera.

—Enganchado ¿cómo? —La cabeza me da vueltas al imaginar esa versión de mi amiga, tan buena y tan llena de vida.

—Se quedó embarazada durante nuestra relación y quiso conservar el feto. Bueno, de hecho, se lo quedó.

Nada de «feto». Es Bella, una niña que adora *La patrulla canina* y los colines. Mi expresión lo dice todo.

Marcus continúa, impenitente:

—Inmediatamente le dije que no tenía interés en jugar a ser padre.

Samantha y yo nunca habíamos querido tener hijos y, desde luego, no pensaba tener uno con Gwen.

—Tal vez debería haber tenido un poco más de cuidado, entonces.

—Oh, tuve mucho cuidado. Lo tuvimos los dos, así lo entendí. Ella me dijo que estaba tomando la píldora. —Le asoma un sonrojo por encima del cuello de la camisa—. Y además utilizamos condones. Yo insistí en ello, para proteger a Samantha de…

—Muy noble por su parte.

—Y aun así, sucedió. —Menea la cabeza mirando hacia el suelo y de repente vuelve a levantar la vista—. Siempre me lo he preguntado, ¿sabe? Y de pronto su hermano me lo confirmó.

—¿El qué?

—Que Gwen siempre consigue lo que quiere. Y que no permite que se interponga en su camino el pequeño detalle de lo que puedan desear otras personas.

Lanzo un bufido.

—¿Está diciendo que lo utilizó a usted como donante de esperma?

—Sí, pero no porque anhelara ser madre. No quería un hijo, sino una fuente de ingresos. —Me quedo mirándolo, perpleja, pero tengo una sensación horrible de hacia dónde nos encaminamos—. Aceptó no contárselo a Samantha y liberarme a mí de desempeñar cualquier papel en la vida del niño, pero quiso que le diera dinero a escondidas. Lo presentó como manutención de la criatura. Y yo no habría tenido ningún problema con ese arreglo, disfruto de una buena situación económica y no soy una persona irrazonable. Pero lo que ha ido exigiéndome a lo largo de los años ha sido mucho más que pañales y zapatos nuevos. —Echa un vistazo a su reloj y decide seguir hablando —. Dos semanas en Bali, diez mil libras hace un par de meses… En esa ocasión le pregunté para qué eran y me contestó que yo no necesitaba saber más, igual que Samantha no necesitaba saber que existía Bella. Y luego está el alquiler. Hace aproximadamente un año incluso me exigió que la ayudase a comprar una vivienda, quería que la ayudase con la entrada y que actuase como avalista. No sé lo que acabó pasando, pero gracias a Dios el asunto no salió adelante, porque yo habría tenido que cumplir. Me tenía con el agua al cuello.

Transcurridos unos instantes de silencio, realizo la maniobra evidente, la de retorcer la navaja:

—Así que Gwen lo chantajeó para que dijese que me había visto a mí con Zane Jackson, que lo besé y lo golpeé. Ella sabía que, siendo abogado, constituiría un testigo de primera.

—Cuando engancha algo, se acabó. —No es una respuesta, pero en realidad sí que lo es. Marcus está derrotado—. Ya le arruinó el matrimonio a otro pobre diablo, ¿sabe usted? Me lo contó ella misma, supongo que a modo de advertencia. En serio, no tiene usted idea de

lo que es capaz de hacer. Pregunte a su hermano.

—¿Por qué ha venido aquí Jason esta tarde?

Si continúo haciendo preguntas, puedo aplazar el momento de procesar todo esto.

—Se le ha metido en la cabeza que yo he de saber dónde está Zane Jackson, cosa que no es cierta. Y no quiere preguntárselo a Gwen porque le da miedo provocarla para que haga algo malo. El pobre ha vivido toda su vida de adulto temiendo lo que vaya a hacer su hermana a continuación. Dejó un buen trabajo en Londres, dejó a su mujer porque pensó que tenía que estar cerca de Gwen, vigilarla para que no hiciera daño a nadie. Dijo de manera implícita que ya había ocurrido más veces.

Me viene a la memoria la conversación que he tenido con Adam… ¿cuánto hace, quince minutos? Un conversación que terminó en que Gwen debía coger unas orejeras. Mi amiga, siempre tan servicial.

Oh, Dios mío.

Las orejeras. Los fuegos artificiales. Miro rápidamente el teléfono. Son casi las cinco y media.

Ya estoy bajando a toda prisa los escalones de la entrada cuando Adam contesta a la llamada.

—¿Qué ocurre ahora?

—Adam, es Gwen. Gwen es la responsable de todo esto, de todo. No sé por qué, y en este momento no tengo tiempo para explicártelo. Vas a tener que fiarte de mí, ¿de acuerdo?

Adam me interrumpe con un «¿pero qué diablos?», pero yo me impongo y no lo dejo hablar:

—¡Escúchame! —le grito—. Calculo que tengo unos cuarenta minutos hasta que Gwen salga para Coombe, así que voy a volver a toda velocidad a casa para recoger a Orla, y espero interceptarla allí. Pero si ya ha salido y llega a Coombe, hagas lo que hagas, no permitas que se lleve a los gemelos.

62
Gwen

¿Arrepentimientos? He tenido unos cuantos, ja, ja. No soy una persona que carezca totalmente de alma, a pesar de lo que diga Jason. Aunque ya ha renunciado a decir nada. Él opina que ya no puedo redimirme, que soy un caso perdido. Creo que en parte se echa la culpa a sí mismo de cómo soy yo (Ellen no es la única que tiene complejo de salvadora), pero ya hace mucho tiempo que renunció a salvarme. Sé que vino a Thames Lawley para salvarla a ella.

Y probablemente eso piensa él. Ya llevo un año siendo «amiga» de Ellen y no la he tirado por las escaleras ni le he envenenado los cereales. Y eso supone un alivio para Jason, obviamente, aunque está claro que no es su primer admirador. Al igual que yo, considera a Ellen una falsa y una mimada y piensa que lleva un coche demasiado grande para ella. Pero supongo que está convencido de que no se merece salvajadas, no se merece a una persona despreciable como yo.

Y lo de arrepentirme…

La mano de Max. En realidad, no fue más que un rasguño. Ese niño hace una montaña de un grano de arena. Pero no debería haber sucedido. Se suponía que el cuchillo iba a encontrarlo yo, no él. Se suponía que iba a avergonzar a Ellen delante de todo el mundo y preparar el terreno para los de Servicios Sociales. Exclamar: «Dios santo, Els, qué cerca hemos estado de que ocurra una desgracia». Y se suponía que ella debía preguntarse qué había hecho antes de que llegara una servidora.

Así que no me alegré de que Max se hiciera daño, pero, por desgracia, siempre hay daños colaterales.

¿Se le habrá ocurrido eso a Ellen?

Seré una escéptica, pero lo dudo.

63
Ellen

La última vez que volví de Danesfield a casa coqueteé con el límite de velocidad, desesperada por volver a mi familia y a lo conocido. Esta noche voy a toda pastilla con actitud desafiante: a 130 por la autovía y a 70 en una zona limitada a 50. En todos los semáforos en rojo emito un gruñido primitivo y gutural.

Semáforos en rojo. Luces rojas. ¿Debería haber notado que pasaba algo raro con Gwen? Lo rápida que fue la amistad con ella, lo bien que encajó. ¿Fui yo la que alentó, o fue ella, el hecho de que, aparte de ser madre y de que saliéramos alguna que otra noche mientras Orla le hacía de canguro, toda su vida pareciera girar en torno a ser una amiga solidaria para mí?

Lo cierto es que no le busqué cinco pies al gato porque era una amistad muy cómoda, de bajo mantenimiento. ¿Sería ese su plan desde el principio, ser todo lo que yo deseaba que fuese?

Cuando apenas media hora más tarde llego a la Meadowhouse, encuentro que no hay luces encendidas, aunque cuesta trabajo saberlo con las persianas bajadas y esa puerta de roble por la que no se escapa ni gota. El coche de Gwen no está aparcado fuera, pero es poco probable que lo haya traído aquí, dado que vive al otro lado del parque.

El sitio perfecto para tenerme vigilada.

Entro en la casa y llamo a Orla levantando eco en el silencio del vestíbulo. La luz de la entrada está encendida; en cambio, la cocina está a oscuras. La calefacción está puesta, el ambiente se nota denso. Como Orla no contesta, lo cual no es indicativo de nada porque parece haber hecho un voto de silencio contra mí, voy rápidamente al piso de arriba y abro las puertas de todos los dormitorios. Pero no hay nada ni nadie. Regreso a toda prisa a la planta baja y me dirijo a la cocina. Necesito recuperar el aliento. Llamar a Orla. Llamar a Adam. Llego al umbral y busco el interruptor de la luz.

—Yo no me molestaría, vuelve a estar averiado. Nunca te has merecido esta casa.

Gwen. Sentada en la penumbra y, cómo no, en el asiento de la ventana. Está con la cara vuelta hacia el jardín trasero, contemplando las explosiones de fuegos artificiales verdes y rosas que salpican el cielo nocturno.

—¿Dónde está Orla?

Formulo esta pregunta con voz serena, pues todavía no quiero provocarla. Una vez que sepa que mi hija se encuentra a salvo, podré preguntarle por qué es una loca hija de puta.

—Como es natural, los fuegos artificiales se ven mejor estando a oscuras —dice ella como si yo no hubiera hablado o no me hubiera oído—. Yo, cuando era pequeña, apagaba todas las luces. Así era todo más mágico, los colores eran más vivos. —Se vuelve hacia mí—. Pero luego una se hace mayor y se da cuenta de que los fuegos artificiales en realidad son una mierda. Repetitivos, aburridos. Como tantas cosas en la vida. —Hace una pausa y entorna los ojos juzgando algo que no alcanzo a adivinar—. Pero es muy probable que tú no lo veas así, ¿verdad? Para Ellen Walsh, la vida ha sido siempre un camino de rosas. Claro, es posible que las historias de las Viviendas de Protección Oficial les parezcan sórdidas a personas como Nush o Adam: «¡He tenido que compartir la habitación con mi hermana!», «¡Ni siquiera habíamos oído hablar de los aguacates!». A ver cómo te sienta que te quemen con un cigarrillo porque tuviste el atrevimiento de pedir cereales o que te castiguen todo el día de cara a la pared porque derramaste un poco de refresco en el porro que se estaba fumando tu padre.

—¿Dónde está Orla? —repito, esta vez en un tono teñido de pánico.

—¿Orla? —Gwen me mira con una expresión de falso desconcierto, como si yo estuviera exagerando—. Ha ido a comprar chocolate caliente. Vamos a llevarnos unos cuantos frascos a Whistlebrook. Obviamente, Orla, esa niñata malcriada, ha dicho que podíamos comprarlo allí porque es como tú: no aprecia el dinero. Pero yo siempre opino que el chocolate sabe mejor si se lleva en frasco, ¿no crees tú? Sabe a nostalgia, a seguridad. —Suelta una carcajada áspera, gélida—. Supongo que ya no iremos a Whistlebrook.

—Gwen, ¿dónde está Zane? ¿Le has hecho algo?

Mantengo un tono de voz neutro, doy unos pocos pasos hacia ella. Pero hay algo que me impide acercarme más, su aura actúa como una alambrada.

—Oh, qué bondadoso por tu parte, Ellen. Podrías preguntar por qué, pero en vez de eso estás preocupada por ese jovencito tuyo tan guapo. Te ha calado bien hondo, ¿eh? Puede que no te lo hayas follado, pero sí que has sentido algo por él. Reconócelo.

—Claro que sí —admito—. Reconozco que le he tomado afecto. Es un sentimiento humano bastante normal. ¿Te resulta familiar a ti? Tu hermano opina que no.

Me anoto un tanto, esperando ver aparecer en su semblante alguna indicación de que eso le ha dolido.

Nada.

—Zane habría follado contigo, ¿sabes? Aunque no te lo creas mucho, a esa edad se pasan el día entero cachondos. Pero le gustabas, eso lo sé yo. ¿Ahora te sientes mejor o peor?

Aunque pasara el resto de mi vida reflexionando pausadamente sobre esto, no estoy segura de que pudiera hallar la respuesta.

—Pero sí, sinceramente, me costó creerlo. Incluso después de que nos diéramos cuenta de que la Ellen de la que yo le estaba hablando era la misma Ellen que llevaba meses dándole clase y mintiendo acerca de quién era, aun así no te tomó odio. Dijo que a lo mejor Orla y tú a la larga le habíais hecho un favor porque de todas formas odiaba el instituto y prefería las clases particulares. A ver, no me entiendas mal, Zane estaba asombrado. Yo misma estaba asombrada. Solo había planeado pagarle para que te enviase una carta, una de esas de «sé lo que hiciste», que te asustara. Pero cuando me di cuenta de que te habías metido en su vida a base de engaños, pensé que iba a divertirme un poco.

—De modo que, en vez de eso, le pagaste para que me tendiera una trampa, escenificara una desaparición y me crucificasen.

Gwen se encoge de hombros, ni orgullosa ni avergonzada. Como diciendo: «Esto es lo que hay».

—Si te sirve de consuelo, él solo aceptó joderte en serio cuando le mencioné cinco cifras. E incluso entonces tuve que ponérselo todo en bandeja, conseguir que presumiera de ti delante de sus amigos, decirle cómo debía tocarte la fibra, buscar tus puntos débiles, preparándolo para lo de Danesfield. Y tuve que sacarle casi a la fuerza el número de teléfono de su madre para poder enviarle a ella un mensaje con tu dirección. —Deja escapar un suspiro de cansancio—. Créeme, la tal Frances tuvo más trabajo que tú dándole clases. Zane es un puto avaricioso, pero no disfrutó crucificándote. Supuso un gran esfuerzo.

Lo último que me dijo Zane fue: «De verdad que lo siento, Ellen. No tienes ni idea de cuánto lo siento».

—¿Cómo diste con él? —pregunto antes de una pregunta más urgente—. ¿Cómo te enteraste de su existencia, de entrada?

—¿Que cómo di con él? Supongo que de igual forma que tú. Con tenacidad y determinación. —Su gesto pasa de inexpresivo a juguetón —. ¿Y cómo crees que me enteré de su existencia? Por Orla. La pobre Orla, que se sentía culpable. Estaba reprimiendo lo que sentía, necesitaba alguien con quien desahogarse…

—¿Y te escogió a ti? ¿A una anodina madre soltera para la que hacía de canguro de vez en cuando?

Me da igual cómo suene lo que digo. Quiero verla anonadada. Humillada.

A ella, en cambio, le hace gracia.

—Rara vez ha trabajado de canguro, ¿sabes? Calculo que en estos

nueve o diez meses habrá cuidado de Bella en unas seis o siete ocasiones. —De pronto se oye una fuerte explosión en el exterior que la hace callar momentáneamente. Me la quedo mirando desconcertada mientras el cielo se llena de chispas—. Oh, sí, a Orla y a mí nos encanta quedarnos en casita. Una buena botella de vino suelta la lengua, hace que fluyan los secretos…

—¿Le has dado alcohol a mi hija?

Esto le hace más gracia todavía.

—Ellen, un día, en una fiesta, se bebió ocho chupitos de vodka. —Ladea la cabeza—. Aunque supongo que eso podría ser mentira. Está deseosa de impresionar, de ser vista. Desde que llegaron los gemelos se siente invisible para ti, lo cual son gilipolleces de autocompasión. Ya se lo dije, en términos un poco más suaves. —De nuevo esboza esa sonrisa juguetona—. Compréndeme, no siempre he destilado veneno. De hecho, te he defendido bastante. —Siento una oleada de odio que me recorre el cuerpo, un odio frío, transparente y profundo como el agua—. Y luego, sí, hace un par de meses tomó demasiado Sauvignon y me habló de Zane.

—¿Dónde está? Paulo se merece saber que se encuentra bien, al menos.

—¡Y su madre! —Se lleva una mano al pecho en un gesto de fingida indignación—. Realmente tienes un problema con las madres. No me extraña que sintieras tanta lástima por el pobre Zane, «abandonado», que se encuentra perfectamente, por cierto.

Se levanta y va a la nevera, saca una botella de vino y a continuación, para mi incredulidad, dos copas. Desde el primer día, siempre ha dado la sensación de sentirse aquí como en su casa, pero esta noche es la reina y señora.

—¿Por qué, Gwen? —La respuesta a esta pregunta es lo único que me impide golpearla. Supongo que se sentiría menos inclinada a decírmela si estuviera despatarrada en el suelo—. ¿Por qué has llegado a este extremo? ¿Porque has tenido una vida más dura que la mía y eso te asquea? —Niego con la cabeza—. Ni hablar, no me lo creo. En un mundo enloquecido y desbaratado, eso podría explicar lo de la prueba de alcoholemia, las fotos de Facebook, las llamadas maliciosas…

Ella deja el vino en la mesa.

—¿Sabes?, la mayor parte de todo eso fue culpa tuya. Aquel día, podrías haber superado el límite de alcoholemia. Y esas fotos de Facebook las publicaste tú originalmente. Y si no hubieras presionado a Adam para que comprase esta casa y le hiciera la reforma, yo no habría podido influir suavemente en él para que cancelara todo el asunto.

¿Cómo es que no lo vi? Fue la noche después de haber ido a tomar

un helado cuando Adam propuso por primera vez la idea de aplazar la reforma. Y estuvieron hablando de nuevo el día que vino a casa Cathy Grantham, aunque Gwen lo presentó como que Adam la estaba presionando a ella.

—Esto es demencial —digo en tono quedo, casi susurrando—. De modo que tienes envidia de mi vida, pero todo esto… ¿Por qué has sido tan… despiadada?

—¿Yo? —ruge con un sentimiento de furia descarnada. Es la primera vez que levanta la voz o que abandona la máscara de serenidad—. Tú, Ellen, eres la persona más despiadada que he conocido en toda mi vida, y lo peor es que ni siquiera eres consciente de ello.

Se hace un silencio que vibra por toda la cocina. Gwen parece sentirse frustrada por su propio estallido de rabia. De repente, en un instante, adopta de nuevo un gesto inexpresivo. Una manera perfecta de recuperar el control.

—¿De qué estás hablando? —digo yo, aunque acepto que lo de cubrir a Orla ha sido despiadado de manual—. ¿Y a qué viene ahora todo esto? Hace un año que me conoces y esto empezó hace dos semanas.

—Tenía que conseguir que confiaras en mí. Necesitaba tener rienda suelta en esta casa y eso lleva su tiempo. Y habría parecido un tanto sospechoso que en el momento mismo en que yo entraba en escena tu vida se hubiera desmoronado.

—¿Y por qué querías que ocurriese tal cosa?

Me mira fijamente durante unos segundos.

—¿Alguna vez has sentido odio a primera vista, Ellen? Porque, créeme, es una sensación muy potente.

—Las personas no odian a primera vista igual que se enamoran a primera vista.

—¿No? Pues no estoy de acuerdo en eso. Y nada de lo que hiciste después de esa primera vista me hizo cambiar de opinión lo más mínimo. Sí, eres divertida cuando quieres y eres amable si eso te hace quedar bien. Pero eres una puñetera quejica. —El desprecio que desprende su tono de voz sugiere que no hay nada peor de lo que acusar a alguien—. Y es repugnante, físicamente repugnante, verte quejarte cuando tienes todo lo que yo he querido siempre…

Arremeto contra ella, prácticamente echando espuma por la boca.

—¡Gwen, por Dios, que tienes treinta años! Yo no tenía todo esto cuando tenía treinta años. Lleva tiempo organizarlo todo. Tiene que haber algo más. Dime la razón.

En vez de responderme, me pasa una copa de vino. Yo la rechazo. Ella se encoge de hombros y vuelve a sentarse.

—¿Sabes una cosa, Ellen? En última instancia, esos detalles no

tienen importancia. Lo que importa es lo que ocurra ahora. Porque hay dos opciones, dos maneras en las que puede acabar esto.

Se lleva su copa a los labios. Me visualizo a mí misma estampándosela contra la nariz.

—La primera opción es que yo llevo mi historia a la prensa sensacionalista y cuento todo lo que me ha dicho Orla de lo que ha hecho y que tú le ordenaste que guardara silencio. Y después, naturalmente, está la historia todavía más jugosa de cómo perseguiste y luego sedujiste al adolescente «desaparecido». —Bebe despacio un sorbo de vino para darme a mí tiempo para que asimile todo el horror que contiene esa opción—. Y te aconsejo que ni por un segundo pienses que no voy a ser capaz de hacerlo. Ya hay una periodista de un periodicucho nacional metiendo las narices en esta historia, de modo que bastaría una llamada telefónica para que Orla y tú os convirtierais en carne de cañón de los tabloides. Os destrozarían en TikTok para siempre.

Trago saliva y me esfuerzo por mantener un tono de voz estable:

—¿Sabes?, tú no tienes todos los triunfos en esto, no eres la única que posee influencias…

Ella me mira con una expresión de aburrimiento.

—Si estás hablando de Marcus, te diré que me ha llamado. Estoy enterada de ese supuesto vídeo que has grabado. —¿Él la ha llamado a ella? Suponía que ella se había dado cuenta de que el juego se había acabado cuando Nush oyó a Paulo llamarla «Frances». No se me ocurrió que Marcus Tate pudiera advertirla. Está claro que lo tiene dominado—. Y está de acuerdo conmigo en que te estabas tirando un farol, porque si de verdad hubieras grabado un vídeo, se lo habrías enseñado. De modo que digamos que, tras una pequeña discusión, Marcus y yo volvemos a estar en la misma onda. Yo no llevaré a Bella a que conozca a Samantha y él no cambiará la historia que le ha contado a la policía.

Qué hija de puta. Si no la despreciara, estaría aplaudiendo en este momento.

De repente le centellean los ojos.

—¿Quieres que te diga la segunda opción?

No le doy la satisfacción de oír un «sí».

—A ver qué te parece esto: Zane reaparece vivito y coleando diciendo que ha sido un año difícil y que necesitaba tiempo para aclararse las ideas. Ah, y que de verdad lo siente muchísimo, pero que todo lo que contó de ti se lo inventó para impresionar a sus amigos.

—¿Y por qué iba a decir eso?

—Porque se le está pagando mucho dinero para que obedezca órdenes. Un sueldo decente por cada semana que siga desaparecido y después una suma aún más decente cuando tú te hayas ido para

siempre.

—¿Cuando me haya ido?

—Bueno, sí, es que la finalidad de todo esto no ha sido avergonzarte, Ellen. —Me mira decepcionada, como si yo no hubiera entendido la intención, no hubiera leído bien el mensaje—. Si solo hubiera querido avergonzarte, me habría limitado a los insultos en Facebook y a las llamadas telefónicas anónimas. No, lo que quiero es que te vayas. Y sin duda comprenderás que, aunque Zane diga que mintió, de todas formas estás acabada en Thames Lawley. Esa mancha ya no se quita. Cuando el río suena, agua lleva. Ya sabes cómo es la gente de por aquí. Pero podrías empezar de cero en otro sitio, esto no tiene por qué arruinar más cosas de las que ha arruinado ya.

—¿Y dónde está el truco?

Contesta sin vacilar:

—Fácil. Quiero esta casa.

No digo nada, después me echo a reír. De hecho, incluso retrocedo un poco. Lo inesperado de esa respuesta me sacude de manera física, como una onda expansiva.

—¿A qué te refieres con que quieres esta casa? —Ella mantiene una expresión tranquila y resuelta, como si lo que ha sugerido fuese totalmente razonable. Yo me la quedo mirando con los ojos muy abiertos—. Dios mío, Gwen, ¿estás sufriendo un episodio psicótico? Por supuesto que no pienso regalarte mi maldita casa.

De pronto se oye un crujido de pisadas fuera. Un tintineo de llaves junto a la puerta.

Orla.

—Voy a decirte una cosa, Ellen: el año pasado hubo una ocasión en que me sentí tentada de prenderle fuego, posiblemente contigo dentro, así que cuando se tiene eso en cuenta, pedirte que me la regales ya no suena tan psicótico, ¿no te parece? —Esto es demencial. Gwen está loca. Tengo que impedir que Orla entre en casa; mejor todavía: tengo que lograr que se vaya de aquí—. Pero ni siquiera te estoy pidiendo eso. Esto no tiene por qué resultar desagradable. Quiero que me la vendas, deseo comprarla. —Me mira a los ojos enviándome oleadas de odio puro—. Como lo intenté la vez anterior.

En eso, se abre la puerta de la calle. Yo salgo disparada hacia el vestíbulo. Orla pone cara de sentirse irritada por mi presencia y luego, al ver mi expresión, pasa a sentirse confusa.

—Orla, métete en el coche ahora mismo. Las llaves están en mi bolso, ahí. —Señalo el pie de la escalera. No puedo darme el lujo de mover un solo músculo, necesito actuar de barricada entre mi hija y ese ser.

—Pero espero que me pongas un precio razonable. —Gwen está ya en la puerta de la cocina, todavía con la copa de vino en la mano—.

Desde luego, menor del que pagaste por ella. En este último año la has destrozado con el uso; claro, no merece la pena cuidar las cosas cuando se tiene planeado hacer una reforma total, vaciarla del todo, ¿eh? —Tuerce el cuello y mira a Orla—. Me temo que ya han acabado los fuegos artificiales. De modo que sé buena chica y lárgate, ¿vale? Tu madre y yo tenemos que hablar de cosas de mayores.

Orla da un respingo al percibir el tono y acto seguido me mira a mí con ojos llorosos.

—Mamá, ¿qué está pasando aquí?

—Por favor, métete en el coche.

—Sí, Orlita, márchate. Haz lo que te dice mamá. —Gwen sonríe de oreja a oreja—. Es lo que haces siempre, ¿no? Para ser justos, seguramente es lo mejor, porque tú no tienes ni un solo pensamiento independiente en esa cabecita tuya. Ja, no paras de criticar a Esme, pero ella por lo menos tiene cierto temple, un poco de personalidad.

Me duele en el alma ver a mi hija ahí de pie acorralada, aturdida, con un tarro de chocolate caliente en la mano. Por lo menos, yo he tenido un breve período para adaptarme al giro que han dado las cosas. Y Gwen está tocando exactamente las fibras que tiene que tocar. Las peores, si se es Orla. Aunque por fuera pueda dar una impresión de seguridad en sí misma, no hay duda de que la amistad con Esme ha mermado su autoestima.

Gwen no le da tregua:

—Esme no te soporta, ya te habrás dado cuenta, ¿no? En realidad, es probable que no. Puede que tengas potencial para estudiar en Oxbridge, pero en lo relativo a las personas eres un tanto obtusa. —A continuación vuelve a centrar su mirada y su desprecio en mí—. Supongo que eso lo habrá heredado de ti, Ellen. No te haces ni idea del rencor que te tiene Nush. —¿Que me tiene rencor?—. No, creo que no. ¿Y de verdad pensabas que yo tenía ganas de oírte quejarte noche tras noche de Adam, de tu vejiga caprichosa y de tus lunares sospechosos? —Sonríe—. Pues que sepas que ese lunar que tienes por dentro del muslo fue una información valiosísima.

Orla da un paso hacia el interior de la casa con la vista fija en la copa de vino que sostiene Gwen.

—Gwen, ¿estás borracha? ¿Es eso? ¿Por eso estás diciendo esas cosas tan horribles?

—Oye, que solo has estado fuera veinte minutos. Tardo más tiempo en emborracharme. No soy una flacucha de dieciséis años que no aguanta ni una copa de Sauvignon.

Orla da otro paso al frente.

—¿Pero qué te ha pasado?

Yo alzo una mano para que no siga avanzando.

—Lo que ha pasado, Orla, es que… —Gwen bebe un buen sorbo de

vino, se limpia la boca y regresa a la cocina—. Ah, ¿sabes qué? No voy a tomarme la molestia de explicártelo. Estoy hasta las narices de ti. —Su voz adopta un tono agudo y chillón—. «Oh, Gwen, Esme es muy mala conmigo… Mi madre nunca tiene tiempo para mí… Roan Howells me ha metido mano.» ¿De verdad creíste que me importaba todo eso, que éramos amigas? Lo único que buscaba era información sobre tu madre. No eres más que una tonta, una malcriada. No eres nada.

A continuación, todo sucede muy deprisa. Una oleada emocional. Orla me empuja para que me aparte y se lanza contra Gwen con las manos por delante. La expresión de furia primitiva endurece las suaves facciones del rostro de mi hija. Un momento después, la copa de vino se estrella contra las baldosas. Se oye gritar un «¡hija de puta!» seguido de un rugido de furia y del golpe seco y cortante de Orla propinando una bofetada a Gwen.

Acto seguido, Gwen levanta la mano en el aire y Orla se prepara para el impacto que se avecina.

Yo, instintivamente, me lanzo hacia delante.

Entonces, con un fuerte empujón, brota un montón de sangre.

Muchísima sangre.

Al instante comienza a formar un charco debajo de la mesa del desayuno goteando desde la afilada esquina en la que Gwen se ha abierto la cabeza. Me agacho, pero no me atrevo a tocarla.

Oh, Dios mío.

¿Qué es lo que he hecho?

Detrás de mí, Orla está chillando:

—¿Respira? ¡Llama a una ambulancia!

Y así, aturdida y apenas respirando yo misma, hago exactamente lo que me dice mi hija. Pero al contemplar el cuerpo menudo de Gwen mientras le refiero el caos a la operadora, en mi cabeza no entra pedirle perdón.

Lo único que se me ocurre pensar es: *¿Por qué?*

Cuarta mala acción

Meadowhouse

Jason

MEADOWHOUSE, CALDICOTT LANE,

THAMES LAWLEY

VENTA SUJETA A CONTRATO

Gazump (informal, inglés británico): cuando alguien hace una oferta más alta por la casa que tú estás comprando y le aceptan dicha oferta, con lo cual tú te ves obligado a tirar la toalla, a veces en una fase ya muy tardía.

Ejemplos:

Se quedó desolado cuando llegó un mejor postor poco antes de cerrar la venta.

El beneficio obtenido al hacer gazump *no es de sorprender, dado el reciente* boom *inmobiliario.*

Si bien hacer gazump *puede considerarse una práctica inmoral, no es ilegal en absoluto.*

Gazump. Una palabra curiosa cuando se es un niño pequeño. Bella oyó gritarla tantas veces en boca de su madre, que estaba despotricando todo el tiempo, que no tardó en utilizarla para todo. Incluso empezó a usarla fuera de casa.

De modo que Gwen, cuando se mudó a Thames Lawley y se instaló justo enfrente de la casa que le habían «robado», puso fin al asunto diciéndole a Bella que *gazump* era una palabra secreta, una palabra temible. Solo debía susurrársela a mamá en el oído, o, como mucho, al tío Jason, y si otra persona la oía pronunciarla, vendrían los duendes malos a comérsela.

Una maldad decirle eso a una niña pequeña, pero Gwen siempre había tenido esa vena malvada.

Y solo existía un duende malo, y ese era Ellen Walsh.

Siempre he sabido que Gwen era distinta. Calculadora. Vengativa. Ya desde muy pequeña, mentía y pegaba a la gente, pero, por encima de todo, lo que destacaba en ella era el rencor. El larguísimo tiempo que

era capaz de mantenerlo. Los enormes esfuerzos que hacía para vengarse. El desproporcionado castigo que disfrutaba imponiendo. En tercer curso, una «amiga» le pidió prestado su ejemplar de *El viento en los sauces* y luego se lo devolvió con una página arrancada. Seis meses después, Gwen derramó «accidentalmente» zumo de naranja en la pechera del traje de la primera comunión de su amiga.

Esto me lo contó alardeando de ello, creyendo que yo me sentiría impresionado por la paciencia que había tenido.

—Jason, si me hubiera vengado de ella demasiado pronto, ella habría sabido que no era un accidente. Y de todas formas, quería esperar a poder hacerle algo que fuese malo de verdad.

Al igual que Freud, yo echo la culpa a los padres, aunque hoy en día ya está pasado de moda afirmar eso. Se ha convertido en un cliché, claro que también es un cliché señalar que la mayoría de los clichés son verdades. Porque todo lo que Gwen tenía de malo tenía su origen o lo había aprendido de aquellos dos derrochadores tan negligentes y abusivos. Aprendió a mentir para mantenerse a salvo. Aprendió a pegar porque eso era lo que hacían ellos. Mantenía el rencor durante mucho tiempo porque perdonar no era algo que se enseñara en nuestra casa. Si alguien te causaba un agravio, tú le arreabas un puñetazo. Si el agravio lo causabas tú, te castigaban a ti. Y Gwen se llevó muchos castigos en sus primeros años. Muchos más que yo, debo reconocerlo. Pero es que yo era feliz manteniéndome en un segundo plano, mientras que Gwen, incluso cuando iba claramente en contra de sus intereses, incluso afrontando la violencia, nunca se acobardaba.

De modo que sí, nuestros padres eran una mierda, y yo les echo la culpa de lo que Gwen terminó siendo y de lo que es ahora. Pero en cierto sentido, tal vez de manera no muy justa, también echo la culpa a los padres adoptivos de Gwen, los Merrick.

A lo largo de nuestra desgraciada infancia, Gwen y yo estuvimos entrando y saliendo de familias de adopción con las que vivimos durante cortos períodos. Algunas veces nos colocaban a los dos juntos, pero, por desgracia, no era la norma. No siempre es fácil colocar a dos hermanos, sobre todo si se llevan seis años de edad. Esa diferencia de edad también fue la razón de que cuando Gwen cumplió diez años y a nuestros padres ya se les consideró un caso perdido, yo tenía dieciséis, era casi una persona adulta. Fundamentalmente, me dieron permiso para que viviera solo.

Gwen suplicó a las autoridades que la dejaran vivir conmigo, pero yo era demasiado joven para ser su guardián legal. De modo que terminó viviendo un año en el hogar de los Wisley, una familia famosa por su brutalidad.

Pero entonces llegaron los Merrick.

Beverly y Malcolm Merrick, de la Meadowhouse de Thames Lawley.

—¡Thames Lawley! —exclamé yo—. Mi hermanita va a darse la gran vida.

—Sinceramente, espera a ver mi casa —replicó ella. Dijo «mi casa». Más rápida que una flecha, acababa de declararse propietaria—. No lo digo en broma, Jason. Es perfecta. Como salida de una tarjeta de Navidad.

La primera vez que fui a verla fue una semana después de su llegada. Habría ido antes, pues ya por aquel entonces me mantenía vigilante, siempre atento a controlarla, pero es que había tenido las primeras vacaciones de verano de toda mi vida: un viajecito barato solo para chicos a Blackpool.

Gwen me abrió la puerta con un conejito en los brazos.

—¡Hala, qué moreno estás! —me dijo.

—¡Y tú, qué contenta! —contesté yo.

Y era cierto. Siempre había querido tener un conejito, y lo que es más: se la veía sana de verdad. Bien alimentada, bien cuidada y, para ser sincero, bien de dinero. Iba calzada con unas Nike de color rosa que ya en el año 2003 debían de costar cincuenta libras.

La Meadowhouse era tal y como es ahora: abarrotada de trastos, pasada de moda, pero acogedora y encantadora a su manera. Y lo mismo podía decirse de Bev y Malc, el matrimonio de cincuentones rubicundos y rechonchos que me trataron como a un VIP. Comimos pastas caseras mientras ellos no paraban de hablar con entusiasmo de Gwen y después Malc me aburrió hasta hacerme llorar enseñándome todo el jardín de la entrada (yo tenía diecisiete años, no me emocionaban nada las malvarrosas). Cuando volvimos a entrar, encontramos a Gwen sentada con las piernas cruzadas en el asiento de la ventana, fabricando pulseras de la amistad. Había hecho una de color morado para mí.

—Este es mi sitio preferido —me comentó como si fuese una agente inmobiliaria vendiendo un inmueble—. Se siente el sol en la espalda, pero al mismo tiempo uno está dentro de casa. Y a mí me encanta estar dentro de casa, Jason. ¿Este sitio no te recuerda a la casa de Badger de *El viento en los sauces?* ¡Hasta tiene una despensa! —Me insistió en que echase un vistazo, me fue enseñando tarros de mermelada y latas de galletas, manojos de hierbas aromáticas y ristras de cebollas—. Y me han regalado una bicicleta. Y además, tengo mi propia caseta en el árbol. ¡Una caseta en un árbol! —Hizo una pausa para colocarme en la muñeca la pulserita de color morado—. Aquí me siento muy segura. Nunca me había sentido segura.

Me resultó agradable ver que estaba instalada; incluso a medida que fueron pasando los meses, se hizo obvio que Gwen era el

«proyecto con la niña pobre» que tenían los Merrick. Para cuando cumplió doce años, alquilaron un castillo de princesa inflable que parecía un poco infantil, pero quién era yo para aguarle la fiesta ahora que estaba reviviendo su niñez perdida. Cuando cumplió los trece, la llevaron a Disneylandia. Las Navidades del 2004 las pasaron en el Four Seasons de Hawái.

Para ser sincero, era todo un poco *My Fair Lady,* lo cual nunca me pareció muy acertado.

De repente, a finales del 2005, Gwen me llamó toda histérica. La hija de los Merrick había roto con su marido en Australia y pensaba regresar con sus tres hijos, iban a venirse a vivir a «mi casa». Como resultado, el matrimonio ponía fin a la estancia de Gwen. Yo, de entrada, me puse furioso. No consideraba correcto en absoluto que pudieran deshacerse de ella sin más. Sin embargo, cuando hablé con la asistente social de Gwen, esta me explicó que la causa no era exclusivamente el cambio inesperado de las circunstancias. Ya llevaba un tiempo habiendo problemas de conducta: Gwen tenía monumentales ataques de cólera, con amenazas, en las raras ocasiones en que no le daban lo que quería y, por ese motivo, a los Merrick les resultó más fácil tomar la decisión.

Gwen estaba fuera de sí. Primero catatónica a causa de la aflicción y luego salvaje y con una furia desbocada. Lo probó todo, y digo todo, para quedarse en aquella casa (para entonces ya me había dado cuenta de que tenía apego a la casa y no a los Merrick, pues representaba seguridad y lujo). Probó a adularlos, a portarse bien, a hacer algo útil, a volverse invisible. En un momento dado incluso dijo que dormiría en la caseta del árbol y que ellos ni siquiera se percatarían de su presencia. Pero cuando vio que nada funcionaba, empezó a lanzarles insultos que dudo que ellos hubieran oído jamás. Les ensució las moquetas con caca de perro (ellos no tenían perro, así que se tomó muchas molestias para encontrarla) y prendió fuego a las cortinas del dormitorio.

Se suponía que debía permanecer con los Merrick veintiocho días después de que estos anunciaran que se acababa su estancia en la casa. Pero solo duró trece.

Luego, como año y medio más tarde, mientras Gwen estaba viviendo a varios kilómetros de allí con un matrimonio mucho menos indulgente, un joven adolescente irrumpió en la Meadowhouse y perpetró lo que la policía denominó una «agresión despiadada, sostenida y totalmente absurda» contra Bev y Malc Merrick. Gracias a Dios, sobrevivieron, pero Bev tardó tres meses en volver a andar y desde entonces Malc nunca volvió a oír como antes.

Gwen no hizo el menor intento de ocultarme que lo había provocado ella.

—Sí, asombra ver lo que son capaces de hacer algunos chicos a cambio de una mamada y cincuenta libras.

Un poco más adelante intentó retractarse afirmando que lo había dicho en broma. Pero yo sabía que no.

Después de aquello, comenzamos a distanciarnos. Yo no podía soportarla, y mucho menos pasar tiempo con ella. De vez en cuando hablábamos por teléfono y ocasionalmente nos veíamos en persona un tanto tensos los dos, pero ya llevaba casi un año sin verla cuando aceptaron mi solicitud en la Universidad de Greenwich para estudiar Criminología y Psicología.

¿Mi hermana era una psicópata? Supongo que esa fue la pregunta que me empujó a cursar aquellos estudios. Sentía la necesidad de entenderla (¿simplemente carecía ella de las herramientas necesarias para procesar las decepciones de forma segura?) y también necesitaba averiguar si había algo que pudiera haber hecho yo para evitar que los Merrick, un matrimonio ingenuo pero bien intencionado, vivieran el resto de su vida con miedo.

En la actualidad no tengo respuesta para esa pregunta, igual que no la tenía entonces. Creo estar convencido de que la maldad de Gwen no era innata, sino circunstancial, del entorno. Nuestros padres la descuidaron, la maltrataron y la abandonaron y después los Merrick la idolatraron de forma superficial y la mimaron en exceso durante dos años para después deshacerse de ella. Ninguna de esas cosas es buena ni por lo más remoto.

Desde luego, Gwen obtenía una puntuación muy alta en lo de manipular, en lo de mentir patológicamente, en haber tenido problemas de conducta en la primera infancia, en encanto superficial, en falta de remordimiento y en no saber aceptar la responsabilidad personal. Pero lo mismo le ocurría a la mitad del país, si esa no es una observación demasiado escéptica (sí que soy demasiado escéptico). Y, de todas maneras, yo no necesitaba ponerle una etiqueta. Sabía que mi hermana era una persona peligrosa, eso era lo único que me importaba a mí.

*

Pasaron muchos años. Yo me incorporé a la policía metropolitana y Gwen se las arregló muy bien sola. Sacó buenísimas notas primero en los exámenes para el certificado de secundaria y después en los de acceso a la universidad e iba camino de ocupar un puesto al parecer bastante alto en relaciones públicas financieras. Nuestros encuentros seguían siendo irregulares; yo vivía en Londres, ella vivía en Reading. Asistió a mi boda y de vez en cuando venía por Navidad, pero no ayudaba el hecho de que Emma no pudiera soportarla.

—No la odio *per se* —me dijo una vez—, es más por la obsesión que

tienes tú con ella. Que ni siquiera se atrevas a tomarte con ella un café y, sin embargo, estés todo el tiempo controlando lo que hace, vigilándola de lejos.

Después, hace cuatro años, Gwen me comentó que estaba embarazada. Iba a tener una niña, me dijo, y la iba a llamar Bella o Belle, como la princesa de Disney. Yo le pregunté si había sido por sorpresa y me respondió que no, que ya lo tenía planeado. Así que le pregunté quién era el padre. No quiso decírmelo y me contestó que no me preocupara por él, que era problema suyo. Pero pensar en Gwen y sus «problemas» siempre me provocó escalofríos y, después de unos seis meses de vigilancia periódica por mi parte, descubrí que el padre era un abogado casado que se llamaba Marcus Tate.

De verdad que me pregunté si tener un hijo lograría cambiarla. Y cuando llegó Bella se la notó más contenta. Menos combativa, más estable. Despacio, muy despacio, empezamos a vernos un poco más.

Luego la Meadowhouse se puso a la venta y volvió al ataque la antigua Gwen.

Supe que no había cambiado por la manera en que se sentó a reescribir la historia. Lo único de lo que habló fue de los buenos tiempos y de que nunca se había sentido tan segura. Eso sí que me lo creí, pues solo con verla con su jersey arco iris y su cabellera pelirroja recogida en dos coletas, no me resultó difícil llegar a la conclusión de que se había quedado estancada en alguna etapa de su desarrollo y necesitaba sentirse tal y como se sentía entre los once y los trece años.

Y siguió hablando. Cuando comprase la casa (no «si» la comprase), iba a hacer mermelada con Bella y a recoger malvarrosas del jardín como hacía Bev.

No mencionó las cacas de perro ni el incendio de las cortinas. Ni que el precio de la venganza había sido una mamada y cincuenta libras.

—En internet hay unas cuantas fotos de la casa —me dijo—. Cuesta creerlo, pero casi no ha cambiado desde la época en que viví yo allí. Esto es cosa del destino, Jason. Siento que me pertenece.

Le pregunté cómo iba a pagarla. Me contestó que el padre de Bella tenía mucho dinero (yo sabía que eso era verdad, porque lo había estado vigilando). Además, había ahorrado la mayor parte de las bonificaciones que le habían ido dando en el trabajo con el paso de los años, antes de tener a Bella, porque siempre había sido su sueño poder comprar algún día la Meadowhouse.

—¡Y la venden a un precio razonable! Acaban de reducirlo ligeramente porque los propietarios actuales van a divorciarse y tienen prisa en vender. Por lo visto, necesita una reforma completa, de modo que el agente de la inmobiliaria me ha dicho que he de tener en cuenta ese factor. Pero, aparte de quizá una mano de pintura, pienso

conservarla tal y como está.

Estaba decidida. No pude impedírselo.

También me entró miedo de que sucediera algo si lo intentase alguien.

Lo único en que insistí —y fue para ayudarla, si bien a regañadientes— fue en que no acudiera a visitar la casa. Le dije que iría yo solo. Temía que ella, al enfrentarse a otros posibles compradores, hiciera algo imprevisible que hiciera desistir a los vendedores. Y de todas maneras, no era necesario que ella fuera a ver aquella casa; ya sabía con seguridad que la quería para sí.

A Ellen la vi por primera vez en una de aquellas visitas. Intercambiamos una mínima sonrisa y luego le dije «usted primero» en la puerta de la cocina.

A veces me cuesta creer que no se acuerde de mí.

Otras veces, me pregunto si la gente me ve siquiera.

La venta de una propiedad rara vez es algo divertido, pero para resumir la película de terror que siguió, diré que Gwen hizo una oferta, se la aceptaron y seis semanas más tarde… *kaput*.

Literalmente dos semanas antes de intercambiar contratos, cuando ella ya había gastado dinero en informes y búsquedas, comprado muebles y contratado una empresa de mudanzas, una llamada telefónica le informó de que la Meadowhouse iba a ser el sueño de otro comprador.

Un comprador de última hora había hecho una oferta más alta que superaba ligeramente el precio inicial. Gwen solicitó una oportunidad para igualarlo sabiendo que su única opción era hablar rápidamente con Marcus, pero eso no le interesó al vendedor. Lo cierto era que Gwen —¡sorpresa!— había supuesto un verdadero dolor de cabeza a lo largo de todo el proceso, pues discutía cada detalle ínfimo y sermoneaba a todos por no aportar su granito de arena. Y como los nuevos compradores iban a pagar al contado, no habría alteraciones en el calendario previsto. Fundamentalmente, el vendedor, harto ya de Gwen, se sintió más que contento de venderle la casa a otro.

De modo que por segunda vez perdió la Meadowhouse, así lo vio ella, desconsolada. Y si no hubiera pagado a un matón para que agrediera a los Merrick, quizá hubiera sentido lástima de ella. En vez eso, me invadió el pánico.

—¡Esto solo ocurre en este maldito país! —exclamó furiosa—. Esto no ocurriría en Estados Unidos. Incluso en Escocia, una oferta es vinculante. ¿Sabías que el ochenta y cinco por ciento del público opina que la práctica del *gazumping* debería considerarse un delito?

Y cuando no estaba obsesionada con los datos, estaba maldiciendo a los nuevos compradores, aquellos «hijos de puta ladrones y

tramposos» que podían darse el lujo de comprar una casa de seiscientas mil libras al contado.

Más adelante, una vez que se hubo hecho amiga de Ellen, se enteró de que en realidad habían sido los padres de Adam los que habían comprado la Meadowhouse sin hipotecas. El pacto fue que Adam y Ellen se la comprarían a ellos en cuanto vendieran su antigua casa.

—Todo ha sido un poco complicado —le confió Ellen— y caro, aunque ha merecido la pena. Pero me sabe un poco mal, sabes, por el comprador que ya había hecho la oferta. Adam dijo que no debíamos, que era mal karma. Pero, en fin, en el amor y en la inmobiliaria todo vale…

Pero no todo valía, insistió Gwen. Se había apretado el cinturón y había ahorrado para comprar la Meadowhouse (muy cómodamente, se olvidó del dinero de Marcus), y de hecho era insoportablemente injusto, y de verdad que le estaba costando mucho trabajo soportarlo, que hubiera acudido el banco de mamá y papá en ayuda de los Walsh.

Unas semanas más tarde, cuando Gwen me contó que había alquilado una de las viviendas que se acababan de construir enfrente de la Meadowhouse, supe de inmediato que estaba planeando algo. Intentó hacerse la tímida y se fingió perpleja cuando le pregunté por qué había hecho aquello. Me contestó que simplemente se había enamorado de Thames Lawley y que era agradable tener como paisaje la Meadowhouse.

En aquella ocasión contuve los nervios, aunque hice una cosa de la que no me sentí muy orgulloso que digamos, una cosa que llevaba muchos años pensando hacer.

Busqué a Gwen en la base de datos de la policía.

Sabía que usar dicha base de datos de manera injustificada constituía un delito por el que me podían echar del trabajo, pero es que tenía que correr ese riesgo. Tenía que saber si, en los años en que apenas nos habíamos visto, Gwen había hecho daño a alguien, si había vuelto a las andadas. No encontré que constara nada, ni siquiera una amonestación o una multa de tráfico. Pero claro, ya había salido impune de lo que les hizo a los Merrick.

Las peores cosas que hace la gente no siempre llega a saberlas la policía.

Pero fue la primera vez que Gwen me habló de Ellen y de cómo la había acogido en la Meadowhouse, de cómo le había confiado las llaves de la casa y hasta sus hijos, lo que me hizo darme cuenta de que tenía que trasladarme a Thames Lawley. No había podido proteger a los Merrick, pero quizá pudiera proteger a los Walsh. Esta vez no le quitaría ojo a Gwen, aunque eso supusiera un gran coste personal para mí.

Así que le dije a Gwen que Emma me había echado de casa, lo cual era cierto en parte, porque me dijo que si me iba, no se me ocurriera volver. Y a mi jefe le dije que estaba muy quemado en el trabajo, lo cual también era cierto en parte, pero no por las razones que él creía.

Poco sabía yo que lo de estar quemado no había hecho más que empezar.

Vigilar a Gwen. Vigilar a Ellen. Procurar fingir ante Gwen que no estaba encima de ella. Saber que solo era cuestión de tiempo que hiciese algo. Resultaba agotador. Un trabajo de jornada completa.

Pero todo me resultó más o menos llevadero hasta la semana en que Ellen mostró a Gwen los planes que tenía para la reforma. Esa fue la chispa que encendió a Gwen, el catalizador de todo. Porque, tal como lo vio ella, la Meadowhouse, o al menos la versión idealizada, le estaba siendo arrebatada de nuevo. Solo que esta vez de manera irrevocable.

—Según parece, no reconoceré la casa una vez que esté terminada. Piensan levantarla entera y empezar desde cero, será una vivienda de la era espacial, sin tabiques. Ellen dice que va a costarles un riñón, pero que no importa, porque será su «casa para siempre». Que no van a irse nunca.

Y entonces fue cuando Gwen comprendió que, si no recurría a una maniobra drástica, jamás volvería a vivir en la Meadowhouse.

Resulta que ya no va a poder.

64
Ellen

Tres meses después

Gwen no llegó a recobrar la consciencia. A mí me cayeron dos años por homicidio imprudente (lo de imprudente fue mi «empujón propinado con fuerza desproporcionada»). Mi condena fue leve gracias al «alto grado de provocación», mi «ausencia de antecedentes penales» y mi decisión, tras mucho debate y mucha introspección, de declararme culpable. Mi abogado (recomendado por Tom Delaney; los ángeles usan extraños camuflajes) estuvo estudiando aplicar el argumento de la legítima defensa porque Gwen había levantado un brazo para golpear a Orla. Pero el hecho de que Orla la hubiera golpeado primero y de que Gwen fuese la única que presentaba heridas visibles hacía que dicho argumento fuera arriesgado, así que me tocó decir «hola» a la prisión de Holbeach.

Y en cualquier caso, una persona perdió la vida y alguien tiene que pagar por ello. Lo comprendo. También comprendo a la perfección que aquí hay otra víctima más: Bella. Una niña. Pero, aunque nunca lo diré en voz alta, opino que le irá mejor sin su tóxica madre. Aunque los asistentes sociales supuestamente pensaban lo mismo de Gwen cuando la apartaron de la crueldad de sus padres.

Pero Gwen tenía diez años y Bella tiene tres. Eso, en psicología, representa un océano entero. Es posible que dentro de unos pocos años ya ni siquiera la recuerde. Lo cual, si bien es muy deprimente, quizá suponga un alivio.

Marcus Tate prestó declaración completa, perdió su licencia para ejercer de abogado y sus veinte años de matrimonio. No sé muy bien lo que siento al respecto, la verdad. Lo mejor que se me ocurre para describir mi sentimiento es una especie de comprensión y un «te lo tienes merecido». Luego, Jason Bale (otro extraño ángel) le proporcionó al tribunal una descripción detallada de su hermana, la más negativa que pudo. Ha venido varias veces a verme y la rabia que siente hacia Gwen es superior incluso a la mía. Espero que se dé cuenta de que dicha rabia no tardará en complicarse con oleadas de intensa pena.

A decir verdad, tampoco sé qué sentir por Jason. Lo respeto por haberse hecho cargo de Bella y a su ex, Emma, por haberlo apoyado en eso. Siempre que Jason sea capaz de disimular la rabia que siente

por la madre de la pequeña, el mejor sitio para esta es una familia. ¿Pero siento lástima de él? ¿Lo he perdonado? Es una pregunta difícil. Al fin y al cabo, ya desde muy pronto reconoció que había sospechado que Gwen había vuelto a las andadas. Entonces, ¿no debería habérselo impedido él? A lo mejor no pudo. ¿Pero no debería habernos advertido a nosotros? Desde luego que sí.

Y lo mismo me pasa con Tim Sharp, la media naranja de los ahora famosos divorciados Sharp, a quienes les compramos alegremente la casa. Resulta que a él también le habían enviado una carta anónima para decirle que debía irse de la Meadowhouse o sacaría a la luz que había cometido una infidelidad. Se negó a hacer caso de aquel chantaje y tres meses después su mujer recibió varias fotos condenatorias. Al igual que Jason, debería habernos avisado a nosotros. Pero esa es la culpa que les corresponde a ellos, yo ya tengo bastante con ocuparme de la mía.

Me acuerdo mucho de Gwen. La recuerdo como una figura fija, sonriente, en el asiento de la ventana. Y también la recuerdo tirada en el suelo de la cocina, víctima en última instancia de su propia crueldad. Pero principalmente pienso en lo que habría hecho yo si las cosas no hubieran llegado a eso, si hubiera elegido mi «opción».

¿Le habría vendido la Meadowhouse?

La verdad demoledora es que de todas formas no habríamos tardado en vender. Gwen estaba en lo cierto: yo estaba acabada en Thames Lawley. La gente tiene memoria. Las manchas ya no se quitan. Y si bien yo podría haberle plantado cara y no haber hecho caso de lo que la gente pensara de mí, de ninguna manera habría podido endosar ese estigma a mis hijos.

De modo que la cosa no tenía por qué haber terminado como terminó.

¿He mencionado que hoy es el Día de la Madre? He recibido libros, dibujos infantiles, un par de chancletas y nada de Adam. Aquí las chancletas se conocen como «calzado de ducha» porque los suelos de las duchas están más que mugrientos. Pero el mejor regalo de todos, con mucho, ha sido el de Orla. Ha sido la primera vez que ha venido a verme. Y en un gesto de divina normalidad, está poniendo los ojos en blanco y mirándome con el ceño fruncido.

—Oye, deja de mirarme, ¿quieres? Eso de mirarme fijamente y medio sonriendo me está dando miedo, mamá.

Pero no puedo dejarlo ni quiero. Francamente, Orla tiene suerte de que no se me permita olfatearla. Llevo casi media hora haciendo esfuerzos para no hundir la cara en su melena.

—¿Y dónde me sugieres que mire, entonces? No es que nos sobren paisajes bonitos precisamente. —Aunque alguien ha montado una exposición del Día de la Madre con flores de plástico, globos rosas y banderines con paños de cocina. Algo mono para que lo toqueteen los niños que vengan de visita: esto es para ellos, no para sus inútiles madres—. ¿Has oído alguna vez la expresión de «hasta un gato puede parecer una reina»? Significa que incluso una persona de baja categoría tiene unos derechos básicos. En este supuesto, yo soy el gato y tú eres la reina, que quede claro.

Orla suelta un bufido.

—Veo que la cárcel no te ha cambiado. Hablas igual de estirada que siempre. Pensé que a lo mejor al codearte con todos los delincuentes te volvías un poco más… llana.

Suelto una carcajada.

—Pues lamento decepcionarte. Solo hablo con dos personas. —Echo un vistazo rápido a mi alrededor para cerciorarme de que ninguna de mis «amigas» esté lo bastante cerca para oír lo que digo—. Una cumple condena por fraude fiscal grave y no para de hablar de su periquito. La otra está condenada por lesiones causadas por conducción peligrosa, es una florista de sesenta y un años; a su lado, hasta Muriel parecería «llana».

Esto último le provoca una mínima sonrisa a Orla. Me lo anoto como mi mayor victoria hasta el momento.

—Tía Kris no se equivocaba —me dice—. Tú nunca fuiste una de las chicas guais del instituto, ¿a que no?

La tía Kris. Anteriormente conocida como la Tía Guay y en la actualidad madre *de facto* de los gemelos y adulto responsable. Y aunque me da miedo pensar lo que estarán comiendo mis hijos, lo que ella les estará permitiendo ver en la televisión y lo que les estará enseñando, sé que los estará cuidando bien, de la única manera que importa. Lo único que quiero para ellos es que se sientan seguros y queridos.

—Además, pensaba que ibas a llevar puesto un mono de color naranja —me dice Orla. Otra decepción, a juzgar por la expresión de su cara.

—Ves demasiada televisión americana, Orla. De hecho, últimamente yo también veo demasiada televisión americana. Aquí dentro no hay mucho más que hacer. —Quiero que me pregunte qué es lo que veo para que encontremos un terreno común más allá de los secretos. Al ver que no me lo pregunta, digo sin pensar—: Bueno, no hay mucho más que hacer, salvo soñar con echar un pitillo.

—Yo llevo. Pero no te lo permiten, ¿no?

—¿Disculpa?

Saca la mandíbula hacia fuera; un gesto Hennessey puro.

—Es que he estado un poco estresada, por si se te había olvidado.

—En ese caso, te vendría bien tomar infusiones de manzanilla. Y hacer yoga.

Cruza una pierna por encima de la otra.

—Mamá, no te subas a la parra. Tú empezaste a mi edad.

Di más bien a los catorce.

Al final, mi madre me pilló fumando. Estaba segura de que me la iba a cargar, pero, en vez de eso, ella me dijo: «Ellen, si esto es lo peor que vas a hacer en la vida, no me va a quitar el sueño». Me gustaría saber qué tal duerme ahora. Y si ha recibido mi tarjeta del Día de la Madre, ¿la exhibirá? Se suponía que yo era la hija de la que podía presumir ante sus amigas. Seguro que ahora odia lo que está pasando.

De modo que eso es algo positivo, al menos.

—Ya, bueno, eso fue a mediados de los noventa, Orla, cuando fumar la convertía a una en Kate Moss. En aquella época era algo elegante. Creía que mis hijos serían la generación mejor informada.

Incluso dentro del contexto de nuestra serie de desgracias, esto supone un duro golpe. Mi pequeña fuma. Y la naturalidad con que lo he dicho es como la desaparición de otro límite más.

—¿Lo sabe papá? —le pregunto.

—Lo cierto es que me pilló el otro día.

—¿Y qué te dijo?

—Lo normal. Que es culpa tuya.

Feliz Día de la Madre para mí.

Lanzo un suspiro y me masajeo el cuello.

—Bueno, ¿y de cuántos cigarrillos estamos hablando? ¿Cuándo has empezado?

—Hace cuatro o cinco meses. No mucho antes de… bueno, ya sabes, de todo. —Se pone seria—. *Ella* me dijo que debería probar con uno y yo le contesté que no, que ya había probado y no entendía a qué venía tanto alboroto. Pero luego me dijo que los mentolados eran mucho más agradables. Y lo son. Resultan adictivos. —Se encoge de hombros—. En realidad, depende de cómo me encuentre, pero supongo que me fumaré entre cinco y diez al día.

Gwen ahora es ella. Orla estableció esa norma en cuanto llegó aquí. Me explicó que el hecho de negarse a pronunciar su nombre hace que esté «todavía más muerta», y eso solo puede ser precioso. Yo, al ser la adulta, la madre, le contesté que ese grado de odio no era sano, pero ahora que sé que Gwen incitó intencionadamente a Orla a que fumase, y sabe Dios cuánto tiempo le va a durar a mi hija esa herencia, ya no me preocupa lo que es adulto ni lo que es sano. Con sumo placer desenterraría a esa hija de puta para volver a matarla.

Quinta mala acción

La invitación

Ellen

Han pasado dos horas y me he tranquilizado un poco. Por la manzanilla y el yoga. Una vez que he terminado, hojeo el libro nuevo que me ha regalado Orla, titulado *Guía para idiotas para lograr la calma interior*. A continuación, recibo una llamada de los gemelos que me levanta el ánimo, aunque todas las noticias que me dan las siento como una forma de castigo. Max ha nadado por primera vez en Turtle Tots y Kian tiene una nueva palabra favorita, «carretilla». Ah, y los dos han probado a comer berenjena y no les ha parecido mal del todo. La tía Kris insiste en que Max lo pruebe todo una vez.

Qué bruta.

Adam y yo hablamos brevemente de la venta de la casa y luego debatimos sobre la mejor manera de abordar el nuevo vicio de Orla. En realidad, es lo más que hemos hablado en varias semanas, dado que él ha empezado a poner excusas para no venir a verme y cuando lo llamo les pasa el teléfono directamente a los chicos. Me propone comprarle el libro de Allen Carr titulado *Es fácil dejar de fumar si sabes cómo,* cosa que estaría bien si ella fuese a tomarse la molestia de leerlo. Yo, siempre realista, sugiero pagarle treinta libras por cada semana de abstinencia, aunque querré pruebas de ello, naturalmente.

Adam dice:

—De modo que, además de lo que ya tengo, imagino que también vas a cargarme con tener que olerle el aliento, ¿no?

—No tienes ni idea —le replico— de lo mucho que me encantaría olérselo yo.

—Ellen —me dice—, si estás buscando comprensión, ahórrate el crédito para estas llamadas.

Al fondo se oye vocear a Kristy:

—¡Y el dinero! Esa cría no va a dejar de fumar.

Gwen. La maldita Gwen. Incluso desde la tumba está causando sufrimiento. Incluso en mis pesadillas se las arregla para perseguirme. De promedio, yo diría que tiene un cameo cada dos noches.

Entonces, ¿me alegro de que se haya muerto?

Decir que me alegra resultaría muy duro; es mejor decir que me siento aliviada. La católica no practicante que llevo dentro tiene el convencimiento de que toda vida es sagrada, pero la Ellen pragmática hasta la médula sabe que tenemos suerte de que no esté aquí para contar la historia completa. Porque, hasta donde saben todos, Gwen intentó avergonzarme y sacarme de la Meadowhouse y reclutó a uno

de mis alumnos desesperados y desaventajados para que la ayudase. Tan solo Adam, Orla y yo sabemos lo del cuchillo colocado intencionadamente.

Y Zane, claro.

Aunque me acuerdo mucho de Gwen, de Zane me acuerdo casi constantemente. He llamado a Paulo para saber si ha tenido noticias suyas, pero todas las veces me ha respondido que no y siempre lo he encontrado borracho. Dependiendo del número de cervezas que se haya tomado, sus respuestas han variado entre «¿Sabes qué? Que se joda» y «El día que nació ese chico me tocó la lotería». De vez en cuando paga su frustración conmigo: «Ellen, relájate, ¿quieres? Pareces un disco rayado. Ya aparecerá».

Pero el tema sigue siendo el *dónde*. ¿Dónde puede estar este joven desaparecido de la Torre Lomax? Al parecer, en Facebook corre el rumor de que está en Londres. Unos dicen que está en Manchester. Otros, que en Italia.

Ni siquiera se acercan.

Su carta llegó hace tres semanas. Una postal de Koh Phangan dentro de un sobre de gran tamaño. Por delante, una luna llena y una declaración estándar que decía *Ojalá estuvieras aquí;* en la parte de atrás, un mensaje para mí.

Totalmente en serio, ojalá estuvieras aquí. Ahora llevo barba.
Podríamos comparar pelos en la barbilla. 😊
Me acuerdo de ti un montón.
Muchos besos. XX
P. D. Lo siento. Qué frase tan inútil.

No firmó con su nombre, probablemente porque sabía que las cartas dirigidas a los presos se controlan siempre y no estaba muy seguro de no tener problemas con la justicia. Pero era obvio que la postal era suya. Y no por la referencia a los pelos en la barbilla, sino por la disculpa del final: una frase de Hemingway. Esto no lo supe de inmediato, pero tuve una corazonada porque sonaba a cita textual. Unos días más tarde, aprovechándome de mi estatus de privilegio (por buena conducta), pedí utilizar internet. De vez en cuando dan permiso, aunque con restricciones, y obviamente las redes sociales están prohibidas.

Resultó que la frase era solo parte de una cita textual.

La primera parte decía: *Te amo y siempre te amaré.*

Salí de la red y llamé a Paulo. Era necesario sacarlo de su sufrimiento. Me contestó con un «¡Maldito sea yo! ¡Maldita sea Tailandia! Seguro que Julie lo ha sabido todo el tiempo».

Y ayer mismo llegó otra carta. Un poco más larga y escrita en papel con membrete, lo cual quería decir que se alojaba en Mochileros del Culture Club o que por lo menos había estado allí de visita. Volví a pedir permiso para usar internet y descubrí que aquel era «el sitio donde alojarse si uno quería estar todo el tiempo de fiesta bajo la luna llena como si no hubiera un mañana».

Al parecer, también era el sitio en el que mostrar los sentimientos.

Ellen:

Hemingway decía que uno siempre debe hacer estando sobrio lo que ha dicho que haría estando borracho, así que aquí va…

Verás, anoche estaba como una cuba y estuve hablando de ti con un tipo de Sudáfrica. Le dije que me ENCANTARÍA volver a verte, o por lo menos tener noticias tuyas, y él me dijo que en ese caso debía decírtelo. Y supongo que lo acabo de hacer.

Voy a quedarme unas cuantas semanas en MCC, así que ¿me escribirás aquí, me contarás qué tal te va (y tal vez que no me odias, aunque sea mentira)? Por cierto, estoy tentado de quedarme en Koh Phangan mucho más tiempo. Aquí hay buena vibra y tengo medios y recursos para ganar dinero.

Y la verdad es que se pueden conseguir vuelos muy baratos, ¿sabes? 😊😊😊

Y para cuando quedes en libertad, ya tendré veinte años.

Ahí lo dejo.

XXXX

P. D. Te perdono. ¿Podrás perdonarme tú?

Debería haber roto en pedazos este mensaje tan sentido, esta granada de mano, y tirarlo a la papelera. Estas ciento cincuenta y tres palabras capaces de causar un daño inimaginable en lo que me queda de vida. Pero en vez de eso lo he leído cien veces. Ni siquiera me parece una exageración. Y entre una lectura y otra, y reflexionando sobre lo que dice, y reconociendo la olvidada emoción de sentirse deseada, me tumbo en mi litera a pensar en las visitas de Adam, cada vez más espaciadas. Pienso en nuestras mínimas posibilidades de supervivencia y en lo que eso dice de nosotros como pareja. Supongo que nuestros cimientos no eran tan macizos como yo creía. Nuestros «años de servicio» no se han equiparado a un compromiso verdadero. Y supongo que Adam, a pesar de toda su moralidad de *Barrio Sésamo,* no tiene capacidad para perdonar de verdad.

Luego pienso en lo que diría él, lo que haría si supiera que Zane me ha escrito. Sin la menor duda, supondría el golpe final para nuestro matrimonio que se me ocurriera siquiera escribirle también.

Y es posible que le escriba.

Por el momento, no es más que una carta encantadora que guardo debajo del colchón. Unas cuantas cosas escritas en papel barato en medio de una resaca. Ya pensaré otro día qué hacer con ella. Aquí no hay mucho más que hacer, excepto pensar.

Agradecimientos

Escribir y publicar un libro supone un esfuerzo en equipo tan enorme que cuesta trabajo saber por dónde empezar. Quizá el mejor sitio sea la primera persona con la que hablé de *Cinco malas acciones:* Eugenie Furniss, mi extraordinaria agente. Todavía recuerdo la emoción que sentí aquel día al salir de almorzar contigo, el alivio al ver que te había encantado, la sensación de que allí había algo que merecía la pena. Muchas gracias por tu apoyo constante y tus consejos ¡y por convencerme de que no me pasara de creativa algunas veces! Eugenie cuenta con la fantástica ayuda de Emily MacDonald y Marilia Savvides de 42, que desempeñaron un papel crucial a la hora de llevar este libro a las librerías. Gracias también a Eleanor Moran por tu entusiasmo (¡y por haber visto una gran idea en mi presentación, que no fue tan buena!).

Es de justicia decir que, en cuanto a editores, me tocó la lotería cuando firmé con Katherine Armstrong (Simon & Schuster) y Emily Griffin (Harper US) al comienzo de mi carrera y ha sido un disfrute y un privilegio trabajar con ambas desde entonces. Unas gracias enormes por todo lo que hacéis: estimularme, elogiarme, hacer magia con lo que escribo. Vuestra mirada lúcida y vuestras intuitivas correcciones han hecho que este libro sea mucho mejor. También quisiera dar las gracias a los expertos que trabajan en la sombra tanto en S&S como en Harper: los equipos de relaciones públicas, marketing y ventas, los diseñadores, los revisores y correctores, todo el mundo (con una mención especial para Judith Long, por haber arreglado con excepcional elegancia mis galeradas, llenas de anotaciones desordenadas).

La comunidad de escritores de novela negra presta un apoyo infinito y decir nombres supondría una tarea muy larga, pues podría llenar, literalmente, una página entera. Pero ya sabéis quiénes sois (!), y espero que sepáis lo mucho que os valoro. Gracias por todas las risas (muchas) y los llantos (ocasionales), los mensajes de WhatsApp y las comidas, las primeras lecturas y los ánimos que me habéis dado. Una ventaja inesperada de ser autora ha sido la aparición de esos amigos tan maravillosos.

¡Y no me olvido de los amigos que no son escritores, por supuesto! Me habéis acompañado en este viaje durante MUCHO tiempo y, aunque de nuevo hay muchísimas personas increíbles que mencionar, quiero nombrar en especial a Helen, Cat, Carla y Fiona. Siempre he

dicho que iba a hacer esto y vosotras nunca habéis dudado de que así sería.

Finalmente, y por encima de todo, gracias a mi familia: mis padres y los sustanciales clanes Frear y Naughton (incluidos los perritos *Millie* y *Zuma,* que se sentaban a mis pies y han resultado ser excelentes perros de apoyo creativo en diversos momentos de estos últimos años).

Y a Neil. Mi compañero para siempre. Es probable que no haya sido muy fácil convivir conmigo mientras escribía el libro (y lo reescribía una y otra vez). De hecho, borra lo de «probable»; ha sido una pesadilla, comprobado. Gracias siempre por tu paciencia y tu buen humor y por quererme de manera incondicional (pero es obvio que yo te quiero más, comprobado.

Título original: *Five Bad Deeds*

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Simon & Schuster UK Ltd. a través de International Editors and Yañez' Co.

Edición en formato digital: 2024

Extracto de *Adiós a las armas* © the Estate of Ernest Hemingway, 1929, publicado por primera vez en Reino Unido por Jonathan Cape. Traducido al castellano por Miguel Temprano García en la edición de Debolsillo, 2014.

Extracto de *El Jardín del Edén* © Mary Hemingway, John Hemingway, Patrick Hemingway y Gregory Hemingway, 1986, publicado por primera vez en Reino Unido por Hamilton Ltd. Traducido al castellano por Pilar Giralt Gorina en la edición de Debolsillo, 2004.

Diseño de colección: Summa Branding

Copyright © 2023 by Caz Frear
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-29-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Tres meses después
1. Ellen
2. Ellen
3. Orla
4. Ellen
5. Ellen
6. Ellen
7. Adam

Primera mala acción. El mensajero
Ellen
8. Nush
9. Ellen
10. Kristy
11. Ellen
12. Jason
13. Ellen
14. Gwen
15. Ellen
16. Ellen
17. Orla
18. Ellen
19. Nush
20. Ellen
21. Orla
22. Jason
23. Ellen
24. Ellen
25. Ellen
26. Nush
27. Kristy

Segunda mala acción. El dinero
Kristy
28. Ellen
29. Jason
30. Ellen
31. Gwen
32. Adam
33. Ellen
34. Ellen
35. Nush

36. Ellen
37. Kristy
38. Ellen
39. Jason
40. Ellen
41. Orla
42. Ellen
43. Ellen
44. Ellen
Tercera mala acción. El cuchillo
Orla
Ellen
45. Ellen
46. Jason
47. Ellen
48. Nush
49. Ellen
50. Orla
51. Ellen
52. Kristy
53. Ellen
54. Nush
55. Kristy
56. Nush
57. Ellen
58. Ellen
59. Orla
60 Gwen
61. Ellen
62. Gwen
63. Ellen
Cuarta mala acción. Meadowhouse
Jason
64. Ellen
Quinta mala acción. La invitación
Ellen
Agradecimientos
Créditos